

NOVA.

PEMÓN BOUZAS

Isabel Barreto, la mujer que
surcó los mares del Sur en busca
de la Ruta de las Especies

El informe Manila

de

Felipe II recibe de manos del capitán de los ejércitos españoles Antonio García de Melo un informe en el que se cuenta la historia de Isabel Barreto.

Tras la muerte de su marido, Álvaro de Mendaño, que en 1568, tras varios meses de dura y difícil navegación por los mares del Sur, descubrió las islas Salomón, esta intrépida dama gallega pretendió abrir nuevas rutas de navegación para comerciar con los productos deseados en el virreinato del Perú: las sedas y especias de China.

OceanofPDF.com



Pemón Bouzas

El informe Manila

**Isabel Barreto, la mujer que surcó los mares del Sur en
busca de la ruta de las especias**

ePub r1.0

Titivillus 14-11-2022

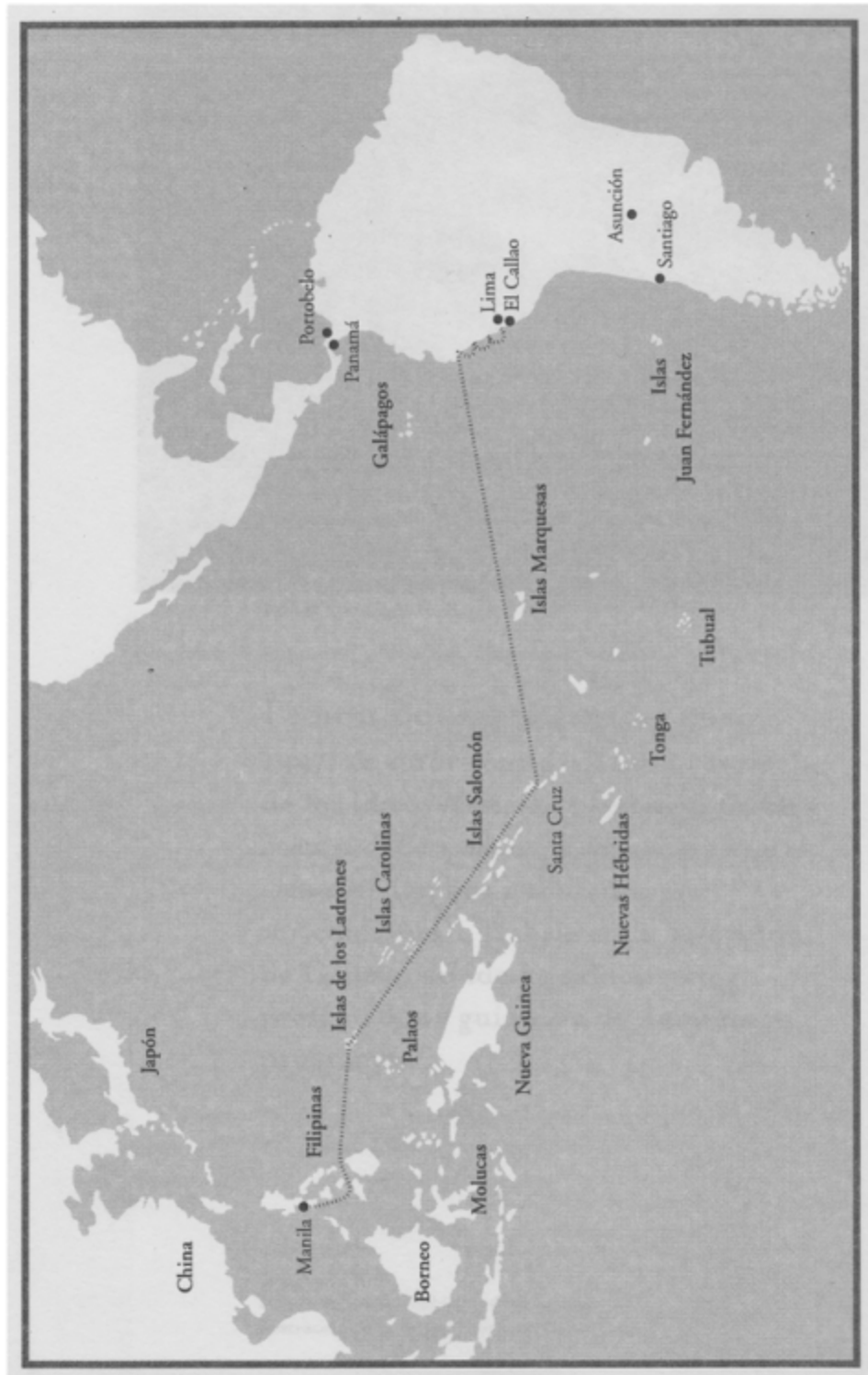
OceanofPDF.com

Título original: *El informe Manila*
Pemón Bouzas, 2005

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

EL ESPÍA DEL REY

Caía la tarde. La habitación se encontraba en penumbra. Las grandes y gruesas cortinas a duras penas dejaban filtrar la luz. El ambiente estaba enrarecido por un olor hediondo. En una esquina de la estancia, dos personajes cuchicheaban sin que trascendiera nada de lo que se decían. Eran Juan Gómez de Sanabria y Cristóbal Pérez de Hera, médicos de profesión. Habían pasado buena parte de la noche y toda la mañana poniendo en práctica sus conocimientos científicos para intentar conseguir que su paciente se sintiera aliviado de los intensos dolores que sufría, buscando, al mismo tiempo, nuevas variantes en los remedios que le aplicaban para cambiar el curso de una ya larga y penosa enfermedad. El agotamiento por una prolongada vigilia hacía mella en sus caras, pero no podían relajarse, en cualquier momento el dolor podría aparecer de nuevo interrumpiendo, una vez más, el descanso de su majestad, obligándoles a la aplicación de más ungüentos sobre aquellas piernas desfiguradas por las llagas y las heridas purulentas, debidas a la continuada postración provocada por la enfermedad más característica de la época entre los hombres ricos y poderosos, la gota.

Felipe II abrió los ojos. Los corazones de Gómez de Sanabria y Pérez de Hera se aceleraron y sus bocas enmudecieron. Buscaron, en un instante, la mirada del hombre más poderoso de la tierra que yacía ante ellos, extenuado, en un lecho de dolor. Durante horas, las fuertes mandíbulas del rey habían permanecido firmemente apretadas una contra otra, en un intento inútil de aplacar el dolor que sufría y de evitar que éste se hiciera notorio ante los oídos y las miradas de médicos y sirvientes. Pero no había descansado en la última hora, sucedió que el agotamiento pudo con el dolor. Ahora, su real mirada era más serena. La crisis había pasado.

—Llamad a mi confesor —ordenó. Su voz profunda y segura aún mantenía la dignidad real donde le correspondía, como si la visión de sus propias piernas, llenas de inmundicias y desnudas por no poder soportar ni siquiera el contacto de una sábana, no fuesen las suyas.

Jean L'Hermite, el ayudante de cámara de su majestad, como impulsado por un resorte transmitió la orden a un mozo para que localizara de inmediato al confesor del rey. Pocos minutos más tarde, los lanceros que custodiaban la estancia dejaban paso al sacerdote, que acudió apresurado hasta los pies de la cama en la que se encontraba el rey.

—Fray Diego —dijo el rey—, leedme las Sagradas Escrituras, me hará bien.

—Como gustéis, majestad —respondió.

Fray Diego de Yepes, confesor de Felipe II, abrió las Sagradas Escrituras por el Nuevo Testamento. Después de tanto sufrimiento, quería reconfortar al rey con una de sus lecturas predilectas, la Pasión según San Mateo, y se dispuso a leer.

Cuando salían, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús. Al llegar al lugar llamado Gólgota, esto es, el lugar de la Calavera, dieron a Jesús vino mezclado con hiel para que lo bebiera...

El rey Felipe II estuvo atento a la lectura. Algo más que eso, parecía sufrir más con la pasión de Cristo que con la suya propia. Cuando sintió que las fuerzas le faltaban para seguir escuchando con atención, pidió a fray Diego que se acercara ya que quería confesarse.

El verano había sido muy caluroso en Madrid y aquel día de septiembre no era una excepción. El atardecer era bienvenido por si con él llegaba alguna ligera brisa que refrescara el ambiente. Sobre los imponentes muros del Alcázar, el sol dibujaba tonalidades ocre y doradas mientras los pendones y las banderas se desperezaban.

El bullicio y la agitación en las calles eran la nota dominante. Las mujeres apuraban, con los cántaros en brazos, hacia las fuentes más próximas para hacer acopio de agua fresca para la noche. Los niños corrían

de un lado a otro de las calles en juegos interminables y sin desfallecer, cuando no tenían tomadas las fuentes, como si de baños públicos se tratara, para mitigar el calor. La calle Mayor, la plaza de la Encarnación, la de la Cebada, la de Santa Ana y la Puerta del Sol, así como sus respectivos alrededores, estaban repletas de vendedores ambulantes que promocionaban sus productos a viva voz. Los caballeros nobles deambulaban sobre hermosos corceles por los paseos y alamedas del Prado, intentando deslumbrar a damas de alta cuna o a poderosas cortesanas que, dentro de sus suntuosos carruajes, observaban el trajín con indolencia o, por el contrario, con evidente sonrojo.

A las ocho de la tarde, el rey pidió que se encendieran las luces de la estancia. Los tapices que colgaban de las paredes adquirieron vida con los reflejos de las centelleantes lámparas. Quería que todo estuviera dispuesto para la llegada de su privado, con quien debía despachar los asuntos del reino. Esa tarde se acumulaba el trabajo al haberse sentido indispuesto toda la mañana. El rey Felipe II quería controlar, como había hecho durante cada día de su reinado, todos los acontecimientos de tan vasto imperio. Así, disponía de un reducido grupo de hombres a los que confiaba diferentes responsabilidades. De entre todos ellos, su brazo derecho, el hombre de máxima confianza en la junta de gobierno, era el portugués Cristóbal de Moura que, puntual a su cita, entraba en las habitaciones reales y saludaba al rey Felipe.

—Majestad —dijo De Moura, haciendo una reverencia cuando se encontraba a diez pasos del rey.

—Adelante, amigo De Moura —contestó el rey—. ¿Cómo está mi imperio? ¿Qué noticias me traéis?

—Majestad, ¿cómo os encontráis vos? —preguntó el ministro.

—Jesucristo Nuestro Señor sufrió mucho más en su calvario para redimirnos, querido De Moura —respondió el rey.

—Majestad —Cristóbal de Moura entró de lleno en los temas concernientes al imperio—, los Tercios están teniendo bastantes dificultades en la Picardía. Enrique IV está tomando posiciones ventajosas cerca de Amiens. ¿No sería bueno ir pensando en la paz con los franceses?

—Tal vez tengáis razón, pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Los Tercios quizá tampoco fallen en este envite y entonces otras serán las condiciones.

—Le recuerdo con dolor y preocupación, majestad, que en todo el año pasado no han recibido la soldada a causa de la bancarrota, y que en este año ya se les adeudan casi seis meses. La tropa está recelosa y nuestros oficiales no encuentran con qué darles satisfacción.

—Sabe usted muy bien, Cristóbal de Moura, que nuestros problemas económicos son debidos a los inmorales e injustos intereses que nos cobran los banqueros prestamistas. Pronto llegará la flota de América y paliaremos la situación. Por cierto, ¿qué noticias tenemos de la Armada? ¿Está lista para atacar a los ingleses? No quiero otro fracaso.

Cristóbal de Moura temía apesadumbrar al rey pero, sobre todo, temía su cólera. Era consciente de que en los últimos meses se había suavizado su carácter, quizá como fruto del dolor, o simplemente a causa del natural agotamiento de un hombre septuagenario que había vivido sin descanso, con muchos frentes abiertos en los terrenos político, militar y personal.

—Los navíos están prestos a partir bajo el mando del capitán Martín de Padilla. De momento, el tiempo no es favorable y con la demora se pretenden evitar los contratiempos que nos llevaron al fracaso de hace un año.

—Nuestros aliados irlandeses nos apremian —dijo el rey— y no debemos desampararlos ante las garras de la colérica y codiciosa Isabel. Que los barcos salgan cuanto antes. ¿Algo más de importancia para hoy, De Moura?

—Nada que no pueda ser despachado mañana, majestad. Quizá debáis descansar. Sólo una cosa más... Acabamos de recibir este informe de «entregar en mano a su majestad el rey» de uno de vuestros embajadores especiales. Os lo dejo sobre la mesa y tal vez mañana podáis dedicarle algún tiempo.

—¿Quién lo envía?

—Debo romper el sello para saberlo, señor.

—Hacedlo ahora.

—Procede de Manila, majestad, y lo firma... el capitán Antonio García de Melo.

La mención de aquel nombre por parte del ministro causó una profunda impresión en Felipe II. El rey, con el informe ya en sus manos, estaba entusiasmado al tener noticias de uno de sus hombres favoritos en el espionaje imperial. Gozaba el rey de una magnífica memoria, tanto es así que, a pesar de su enfermedad que tanto le trastornaba y de su avanzada edad, presumía de recordar nombres y caras de personas que solamente habían estado ante su presencia en una única ocasión.

Recordaba perfectamente Felipe II que el capitán Antonio García de Melo había sido enviado por él mismo al virreinato del Perú, para que le diera cuenta de cómo se encontraba aquél y de que prestara atención especial en lo concerniente al viaje de exploración y redescubrimiento de las islas Salomón en el mar del Sur. El adelantado Álvaro de Mendaña, descubridor de aquellas islas en 1568, había sido encomendado en una nueva capitulación otorgada el 27 de abril de 1573, para un nuevo viaje que veinte años más tarde aún no se había realizado. El rey, en la década de los años noventa, había apremiado al virrey a que hiciera todo lo posible por incrementar los territorios de la corona, acercando a la verdadera fe católica los nuevos dominios que se derivasen de tales empresas. Y, sobre todo, que procurasen el mayor aporte posible de oro y plata para las mermadas arcas reales, tan necesitadas de ingresos con los que poder mantener los múltiples frentes abiertos. La defensa de la fe católica contra el calvinismo y el luteranismo en los países del imperio, la permanente lucha contra el turco, las interminables guerras con Francia y la codicia y ambición de Isabel de Inglaterra que, con sus alianzas para segregar Portugal del reino de España, con sus apoyos a los Países Bajos en su lucha contra los Tercios españoles y con el incesante y efectivo apoyo a los corsarios para que atacaran a la flota de Indias y a las ciudades de ultramar, se había convertido en la enemiga a ultranza de la corona. Todo ello había dejado en la bancarrota, en varias ocasiones, la hacienda del monarca cristiano; era, por tanto, imprescindible que de los virreinos llegara más aporte de riquezas.

El rey tenía motivos para emocionarse al tener noticias de Antonio García de Melo. Tal vez ahí se encontrasen algunas respuestas a sus

problemas financieros. Tal vez se abrieran nuevos horizontes para ese gran imperio, presente en todos los mares y continentes conocidos del planeta. Además, sentía una predilección por aquel hombre, aquel soldado que tan valerosamente había luchado en Flandes bajo las órdenes directas de Alejandro Farnesio y que había demostrado cualidades de negociador al intervenir en las luchas de la Liga católica contra los hugonotes calvinistas que pretendían, y al final consiguieron, colocar al rey de Navarra, Enrique de Borbón, como rey de Francia, a la postre Enrique IV.

El rey dejó a un lado el informe y abrió la carta de García de Melo.

Majestad:

Que no os sorprenda mi presencia en las islas que llevan vuestro nombre. El trabajo que me encomendasteis hace ya tres años, sumado a determinadas circunstancias a las que hago referencia en mi informe, me ha traído hasta Manila donde, a sabiendas de la inmediata partida de un galeón hacia Nueva España, me he puesto a escribir la primera parte para que estuviese en vuestras manos, junto a esta carta, con la mayor premura.

En el informe que os adjunto, encontraréis noticias sobre la Ciudad de los Reyes y sobre el virreinato del Perú del que es capital. Me he dedicado con especial atención, tal como me habíais pedido, al seguimiento y decurso de los hechos que tuvieran que ver con el viaje del adelantado Álvaro de Mendaña a las islas Salomón. Y fueron precisamente esas circunstancias las que me han traído hasta las islas Filipinas.

He investigado a las personas que han tenido que ver directa o indirectamente con los hechos de los que os doy noticia. Toda la información que he recabado me ha llevado a considerar como persona de importancia capital en todo momento, es decir, antes, durante y hasta el desenlace de esta historia, a una mujer. Leéis bien, majestad, una mujer. Se trata de Isabel Barreto de Mendaña, esposa del adelantado don Álvaro de Mendaña y Neira e hija de Nuño Rodríguez de Barreto y Mariana de Castro, nobles

procedentes de tierras gallegas que llegaron a la Ciudad de los Reyes, con licencia vuestra, donde fundaron una numerosa familia.

Como os decía, majestad, este informe no es completo, tanto por la premura en haceros llegar la primera parte, como por las necesarias medidas de seguridad que me obligan a enviaros el desenlace por una vía diferente. La segunda parte estará en vuestras manos, Dios mediante, poco después de que recibáis la presente.

Rezo a Dios por su majestad.

*En Manila, 2 de marzo de 1596.
Capitán Antonio García de Melo.*

Era ya de noche y en las calles de Madrid se había hecho la calma. Las tabernas y mesones despachaban cocidos, longanizas y hogazas de pan regadas con mucho y buen vino de la comarca a clientes y gente de paso. En otras posadas con peor nota, la música sonaba al ritmo de laúdes y guitarras mientras dadivosas y alegres mujeres servían vino mezclado con agua a cambio de unos cuantos vellones. De las calles se habían apoderado las tinieblas. Únicamente embozados, profesionales del acero y del rendir cuentas a sueldo de algún poderoso, se atrevían, pues aquéllos tienen por cómplice la oscuridad casi absoluta que domina completamente las noches de la capital del mundo, un poblacho que crecía desmesuradamente al socaire de la corte, muy poderosa ella, pero que empezaba a evidenciar un futuro de decadencia que quizá costase mucho frenar. Patrullas de alguaciles con antorchas hacían sus rondas nocturnas y algún que otro carruaje de persona importante, perfectamente escoltado por criados muy armados, rompía el silencio y cortaba la oscuridad con sus linternas.

LA CIUDAD DE LOS REYES

Llegué a El Callao, el puerto de los Reyes, en un galeón procedente de Panamá que formaba parte de la flota del mar del Sur. Los navíos viajaban con las bodegas repletas de mercancías procedentes de España y otras que venían de Manila, vía Acapulco. Toda la flota quedó fondeada a una distancia prudente de otros navíos, no muy lejos de tierra firme, a la que nos llevaron en lanchas. La «mar mansa», como la llaman aquí, es un fondeadero idóneo. Se trata de una bahía, sin mar de fondo, que está protegida de las fuertes corrientes y de las embestidas del mar del Sur por una serie de islotes, pero sobre todo por los conocidos como del Frontón y de San Lorenzo. En ella, en la bahía, desemboca el río Rímac.

La llegada de una flota a puerto siempre genera una gran curiosidad, pero en este caso me pareció un gran acontecimiento social. En el puerto de El Callao no sólo estaban pendientes del desembarco los aduaneros, sino también muchos de los habitantes del pueblo, relacionados de una u otra manera con la actividad portuaria; se había dado cita allí lo más granado de la sociedad de la capital, la Ciudad de los Reyes, bautizada así por Francisco Pizarro porque la fundó el día de la Epifanía del Señor, aunque por lo que he visto también se la conoce por Lima y a sus habitantes se les llama limeños.

El trajín era continuo. Lanchas llegando a tierra con pasajeros y otras repletas de baúles y cestos con las pertenencias de los viajeros. En un incesante ir y venir, los estibadores fueron descargando las lanchas que habían dejado vacías las bodegas de los galeones. Bargueños, escritorios, sillones, camas y todo tipo de muebles procedentes de Sevilla o de Lisboa, tejidos de diversa factura y procedencia, como tafetanes, terciopelos, paños de lana de Toledo, Granada, Flandes y los países mediterráneos. Porcelanas

y sedas de China. Todo lo que las grandes familias de las más importantes ciudades del virreinato pudiesen desear llegaba en esos barcos. No es extraña, por tanto, la presencia a pie de playa de comerciantes, de propietarios de pequeños y grandes tambos en los que se almacenan muchos de esos productos, para luego venderlos y distribuirlos a otras ciudades. Allí estaban, atentos a la estiba de sus mercancías que, en cuanto podían, cargaban en sus carromatos.

Llamaba la atención el número y la pomposidad de las carrozas que, aparcadas a cierta distancia, servían de platea de lujo ante tal espectáculo. Asomaban sus caras, a través de las ventanillas, mujeres que hacían honor a la fama que ya estaban adquiriendo en la Ciudad de los Reyes por su belleza, noticia que corría como la pólvora, tanto por Nueva España como por todo el imperio. Allí vi por primera vez a Isabel. Su presencia llamaba poderosamente la atención, destacaba sobre las demás damas, pero no ya tanto por su hermosura, que la poseía, como por su ímpetu, su carácter activo, tal vez excesivo para una mujer de su tiempo. Estaba acompañada por algunos familiares, por su hermana Mariana y por su padre, Nuño Rodríguez Barreto, un noble de origen gallego que tuvo la osadía de aventurarse en el nuevo mundo con su mujer, sus primeros hijos, un grupo de criados y casi todos los enseres que poseía y podía acarrear en tan arriesgada aventura.

Isabel estaba entusiasmada ante tal visión. Por un lado, toda una flota de galeones fondeada en la bahía, sus ojos brillaban con intensidad y quizá con envidia, pero en aquel momento no lo supe ver. Por otra parte, cuidaba, como si en ello le fuera la vida, de que todos los fardos consignados a nombre de los Barreto fueran prontamente ubicados en los carromatos de la familia tras pasar los controles aduaneros. No era suficiente que los empleados y esclavos cumplieran su cometido, en ocasiones ella arrimaba el hombro y, sin parar de moverse de un lado a otro, daba órdenes indicando dónde o cómo había que colocar cada fardo.

Me hospedé en casa de mi amigo y viejo compañero de armas ya retirado, Francisco Potter, nieto de un oficial inglés que por circunstancias extrañas se quedó en Cádiz donde, a la postre, fundó una familia. Mi amigo Potter fue oficial del Estado Mayor en la campaña de 1579, en los Países

Bajos. A las órdenes de Alejandro Farnesio habían conseguido recuperar el control en las provincias del sur. Yo lo conocí unos años más tarde, en el canal de la Mancha, su brazo me sacó del agua con energía cuando me estaba ahogando en pleno temporal. Los dos formábamos parte del contingente de tropas que iban a desembarcar en las costas inglesas de Plymouth, navegábamos en la llamada «Armada invencible» y fuimos derrotados, sin desenvainar, por un fuerte temporal. Luego los ingleses, en nuestro caso Drake, que esperaba a cubierto con sus naves, remataron los restos de una flota desarbolada. Potter y unos cuantos más, entre los que me encontraba, llegamos a tierra y pudimos salvarnos. Le debo la vida y desde entonces entre ambos existe una gran amistad.

Su hacienda se encuentra a orillas del río Rímac, a un par de cuadras del convento de Santo Domingo. Tienen una hermosa casa con planta superior en la que hay una galería de madera hermosamente trabajada que da al exterior, a la empedrada calle, y un amplio corredor desde el que se divisan el patio, el jardín, los frutales y el propio río. Potter está retirado de toda actividad militar, como ya dije, pero desde 1588, en que es virrey don García Hurtado de Mendoza, es llamado a palacio como consejero militar del propio virrey, sobre todo en temas de defensa contra posibles ataques de tropas inglesas a nuestros puertos en el mar del Sur. Pero su vida transcurre tranquila atendiendo sus plantaciones de maíz y sus viñas.

—Antonio, ¿qué te trae tan lejos?

—Tú sabes, amigo Francisco —contesté—, que las cosas no andan demasiado bien en la corte. Su majestad está muy sensible a los problemas que pueda haber causado la mala política de su viejo ministro Antonio Pérez, de ingrato recuerdo para todos, y de sus colaboradores y secuaces.

—La «princesita» murió ya, ¿verdad?

—¿Ana de Mendoza, la de Éboli? Sí, aún no hace un par de años. Pero él sigue dando guerra desde Francia. Lo malo es que controló tantos resortes del poder mientras no fue descubierto que ahora el rey Felipe II tiene que ir desactivándolos de la manera más discreta posible, y la tarea no es fácil.

—Arduo empeño, Antonio. Aquí estamos atravesando por un momento de pujanza. Pero son muchos los tientos con los que ha de andar Hurtado de

Mendoza, a quien debieron afectar, y mucho, las andanzas de su hermana la princesa de Éboli en la corte de Madrid. No pocos enemigos tiene que quieren sacar el máximo provecho, de espaldas a la comunidad y a la corona.

Tras una provechosa cena, continuamos charlando. Francisco Potter quería novedades de la metrópoli y yo de la Ciudad de los Reyes, de Lima.

—¿Cómo te vas a presentar ante la sociedad limeña? ¿Como soldado a cara descubierta? —preguntó Potter.

—Traigo credenciales avaladas por el rey Felipe II. Oficialmente se me presenta como diplomático, una especie de embajador itinerante sin ningún cometido concreto —le contesté—. De tal manera que tengo movilidad y a la vez protección, en caso de ser necesaria, por mi rango. Sólo conoce mi identidad como espía de su majestad el propio virrey, que debió de ser informado desde el Alcázar por correo real.

En Lima el sol cae de repente, tragado literalmente por el mar del Sur. No da tiempo a encender las velas ni los candiles. Pero ni siquiera la puesta de sol alivia con una brisa el calor pegajoso, tremendamente húmedo, de esta ciudad.

Apuramos los pasos entre los naranjos y los granados de la huerta y, después de refrescar las gargantas con un amplio trago de agua fresca del pozo, nos despedimos hasta la mañana siguiente.

El repique de campanas llamando a oración en el vecino convento de Santo Domingo me despertó de un profundo sueño; después de tantas jornadas embarcado, por fin pude dormir a pierna suelta en tierra. Estaba amaneciendo y la casa de Potter registraba ya actividad. Los empleados afrontaban una nueva jornada en el campo y el servicio disponía todo para la comodidad del señor y de su esposa, encamada por un embarazo nada fácil.

A media mañana debía presentar mis credenciales en palacio durante una audiencia con el virrey, al igual que todos los hombres de alcurnia y de guerra que habían llegado conmigo en la flota de Panamá. Me acompañaba mi amigo Francisco Potter, mejor introductor sería difícil de encontrar. Pasamos a caballo delante de la puerta de la iglesia de Santo Domingo y no tardamos en llegar a la plaza Mayor. Me impresionó su grandeza, su

amplitud. Tenía la catedral al fondo, con el palacio arzobispal pegado a ella. Una sencilla pero bella fuente de bronce coronada por un ángel se encontraba en el centro. Mucha gente circulando de un lado a otro y mucho estruendo, el producido por el paso de carros y carrozas sobre las empedradas calles limeñas.

A nuestro lado se erigía majestuoso el palacio de Pizarro, el palacio de los virreyes, construido con un estilo muy característico en las colonias. Era el día apropiado para que la aristocracia de Lima luciese las mejores galas. La oportunidad de conocer y ser conocidos por los forasteros, recién llegados de la metrópoli o simplemente de Nueva España. Casi todos hombres, los invitados hacían corros en los salones de palacio, atentos a la entrada de caras nuevas. Sin embargo, allí estaba la bella mujer que había visto en El Callao el día anterior.

—Es Isabel Barreto de Mendaña —me dijo Potter sin mediar palabra—. El hombre que está a su derecha es su marido, el adelantado Álvaro de Mendaña. Quizá lo conozcas como el navegante que descubrió las islas Salomón hace más de veinte años.

—He oído hablar de él en la corte —respondí—. De hecho, el rey Felipe II le concedió otra real cédula para repetir el viaje, continuar con los descubrimientos y cristianizar las nuevas tierras que pudiera aportar al imperio.

—Data ya de 1573 esa capitulación, pero ni Francisco de Toledo en su largo periodo como virrey, ni los sucesivos, Martín Enríquez de Almansa y Fernando de Torres y Portugal, prestaron atención al marino.

—Pues es un tema que interesa y mucho a su majestad.

—Tendré ocasión de presentarte a los Barreto y al propio Mendaña esta tarde en el baile de bienvenida a los recién llegados.

En pocos minutos estábamos ante el virrey don García Hurtado de Mendoza y su esposa, la virreina doña Teresa de Castro, hija del todopoderoso conde de Lemos, grande de España. Saludé al virrey y le entregué el despacho con el sello real.

—Os esperaba De Melo —sonrió el virrey—. Teresa, os presento al señor don Antonio García de Melo, diplomático al servicio de su majestad el rey Felipe II.

—Bienvenido a la Ciudad de los Reyes, que es acogedora para todos los hombres y mujeres de buena fe —comentó la virreina.

—Señor, estaré a vuestra disposición.

Tuve en todo momento la sensación de que el virrey tenía una clara idea de quién era yo y de mi trabajo en el Perú. Y no parecía nada molesto ni preocupado por tener ante sí a un espía del rey. García Hurtado de Mendoza era un hombre noble, honrado y con un largo historial de lealtad al servicio de su majestad. Lealtad demostrada ya por su padre, que le antecedió en el puesto de virrey del Perú muchos años y unos cuantos virreyes atrás. Le constaba tener la confianza de Felipe II y recibía con agrado mi visita.

—Será bueno que nos veamos en los próximos días —comentó el virrey —, pero no lo haremos en mi despacho. Amigo Potter, ¿querriais ser vos el anfitrión de una buena cena y una más amplia y discreta conversación?

—Poned la fecha —contestó Francisco Potter—. En mi casa estaremos alejados de miradas no deseadas.

Doña Teresa de Castro se despidió de nosotros hasta la tarde, recordándonos que esperaba vernos en el baile de bienvenida de la flota que tendría lugar tras la cena servida en palacio esa misma tarde. Esperamos a que finalizaran las audiencias para abandonar la sala. Luego fui presentado a personas que se acercaban a saludar a Potter.

Ya que estábamos en la plaza Mayor, le propuse a Potter ser mi cicerone en un rápido recorrido por la ciudad. Cruzamos la plaza a pie para dirigirnos a la catedral, que se encontraba en obras, no faltaba mucho para finalizar la reconstrucción de sus torres, que ocho años atrás habían quedado dañadas por el fuerte terremoto sufrido en todo el virreinato del Perú. Una vez dentro, a uno le costaba creer que algunas de aquellas estructuras, que en el viejo continente serían de piedra, aquí fueran de madera. Pero la sensación de espiritualidad y de recogimiento se alcanzaba de igual manera. Al salir, como a la derecha, teníamos el Palacio Arzobispal, sede también del Santo Oficio, giramos a la izquierda y nos metimos por una calle hacia el sur. A un par de cuadras, nos detuvimos en una pulpería. Nos sentamos. Enseguida, una moza mestiza nos trajo un par de jarras de vino. El patrón, un gallego de tez sonrosada, nariz aguileña y poco pelo pero largo, llamado Jorge, se encontraba detrás del mostrador

junto a su mujer, Maruxa, vendiendo pescados frescos recién llegados de El Callao, embutidos y carnes salpimentadas, especias y todo lo necesario para abastecer a una importante clientela. Charlamos de manera distendida mientras bebíamos un vino que no estaba nada mal, procedente de los viñedos de la región de Ica.

Todavía de día llegamos al palacio del virrey. En la plaza Mayor se respiraba un ambiente de fiesta. Las carrozas y las calesas esperaban su turno para situarse ante la puerta principal del palacio y así poder dejar a sus nobles y aristócratas ocupantes en el lugar preciso. Damas y caballeros de las más arraigadas familias limeñas acudían orgullosos de su linaje, de sus riquezas, de su situación social. Muchas de ellas conservaban apellidos con mucho peso, eran descendientes de los primeros conquistadores: Almagro, Riquelme, Salcedo, Mazuelas, Mendoza, Pizarro. Junto a otros también muy ilustres como los Castro, Quiroga y otros más.

En la cena de gala fui sentado frente a un militar, el capitán Gallegos de Andrada, dedicado en los últimos años a sus propios negocios, a su hacienda. Dejó el servicio activo después de que la encuesta, o juicio, celebrada en 1588, sobre unos derechos que había adquirido hubiese sido desestimada por la Audiencia de Lima. Estaba acompañado por su bella esposa, una indígena hija de un cacique inca, llamada Citcama Teresa. Les iba bien. Se sentían grandes en un territorio también grande, lleno de posibilidades para seguir prosperando. Una de sus mayores preocupaciones era la educación de sus hijos. La Universidad de San Marcos ya no era lo que había sido; el Seminario, fundado hacía dos años por el arzobispo Toribio de Mogrovejo, tampoco era lo que ambicionaban para los hijos varones, quedaba únicamente el colegio San Pablo de los jesuitas o mandarlos a España, a Salamanca, pero esa idea no la compartía Citcama, que no quería que sus hijos tuviesen que alejarse tanto de ella. Le incomodaba la idea de pasar años sin verlos.

En el baile, las familias tomaban posiciones. Era una partida en la que unos sabían dónde estaban y qué lugar ocupaban, y los demás intentaban colocarse lo mejor posible. Los más cercanos al poder, junto a los virreyes, a los oidores de la Audiencia, o las familias con más pedigrí, las de los descendientes de los conquistadores que, por derecho propio, formaban

parte del Cabildo del Pueblo, considerándose a sí mismos como casta aparte. Luego estaban los advenedizos y la pequeña aristocracia formada por hidalgos, oficiales y encomenderos.

En un momento dado, mientras transcurría el baile, Potter y yo nos cruzamos con algunos miembros de la Audiencia.

—¡Francisco Potter! ¿Cómo está?

—Muy bien, ¿y usted? Le presento a mi invitado, don Antonio García de Melo —contestó—. Antonio, este señor es don Juan Bautista Monzón, oidor de la Audiencia de Lima.

Intercambiamos unas palabras vacías de contenido pero llenas de diplomacia y buenas maneras. No tardó en presentarse un segundo oidor. No me gustó nada su talante, era un gracioso que continuamente se pasaba de listo. Resultó llamarse Manuel Pérez de Alcázar. Oír su nombre me puso en alerta, figuraba en la lista de encuestas, de investigaciones que debía realizar. Se le conocía por su astucia y por el permanente asedio con el que sometía a los poderosos, a otros sin embargo trataba de ganárselos de la forma más servil. Ya en el Real Alcázar de Madrid era famoso por sus intentos de aproximación a su majestad el rey Felipe II. Quien sí le acabó atendiendo, no se sabe muy bien si por quitárselo de encima o porque vio en él a un peón perfecto, fue el todopoderoso ministro Antonio Pérez, huido a Francia tras escapar de la cárcel de Madrid donde permanecía preso, entre otras cosas, por ser el promotor del asesinato de su amigo, y secretario de don Juan de Austria, Juan Escobedo.

—No sé nada de vos y eso me molesta, porque yo lo sé todo sobre los habitantes de Lima, ¿no es verdad, querido Potter? —preguntó esbozando una tan amplia como falsa sonrisa—. Pero con estas amistades no tenéis nada que temer —concluyó.

—Mis credenciales están en manos del virrey desde esta mañana —le respondí—. Si queréis consultarlas no tenéis más que pedir las, señor.

—Lo haré, no lo dudéis.

El grupo se disolvió, ellos continuaron saludando amistades con cierta prepotencia y nosotros avanzamos en sentido contrario.

—Son unos elementos peligrosos estos oidores —apuntó Potter—. El primero, Monzón, sin ser mala gente, le estuvo buscando las cosquillas a

Mendaña. Sacó a relucir de forma poco ortodoxa lo que le había costado a la corona su viaje de descubrimiento de las islas Salomón en 1567, y no sólo eso, como la jornada la hizo siendo gobernador en funciones su tío García de Castro, cuando Francisco de Toledo tomó posesión como nuevo virrey en 1568, también la emprendió en contra de su antecesor, acusándole de prevaricación por favorecer la empresa de un sobrino suyo.

—¿Y el otro? Ese sí que me preocupa.

—Fíjate, en cuanto tiene ocasión se pega al virrey o a doña Teresa, la virreina, sólo para que le vean y creamos todos que su relación va más allá que la que requiere su cargo.

—Y ¿cómo es realmente esa relación con los virreyes? —pregunté.

—Como sabes, Antonio, los oidores son elegidos y nombrados por el propio Consejo de Indias en España. El virrey nada tiene que ver con su elección, pero aun así las relaciones entre Audiencia, poder judicial y poder ejecutivo no tendrían que ser malas, al contrario. Sin embargo, García Hurtado de Mendoza prefiere no tenerlos delante a éstos.

Después del encuentro con tan ilustres dignatarios del poder virreinal, muchas miradas se habían detenido en nosotros, sobre todo en los que, como yo, éramos los recién llegados. Eso ni era bueno ni malo, de hecho, a los ojos del mundo yo sólo era un diplomático al servicio de su majestad, en visita no oficial al virreinato del Perú. Estaba allí disfrutando de algo parecido a unas vacaciones, ganadas después de participar en grandes batallas, en el frente y en la diplomacia, en Flandes, en Francia, en Inglaterra... Por eso, hacían de nosotros el centro de muchas miradas. Fue la virreina, la marquesa de Cañete, quien reclamó nuestra presencia a su lado.

—Señor De Melo —dijo—, quiero presentarle a mi hermano Beltrán de Castro.

—Es un verdadero placer —le contesté—, vuestra fama os precede.

—Mi hermano está al mando de la flota de guerra del mar del Sur. De él y de sus hombres dependemos en lo referente a la defensa de los ingleses y de los piratas, pero también realizan un buen trabajo en la lucha contra el contrabando de las mercancías que llegan de forma ilegal desde Nueva España.

—Hermana, vais a conseguir sonrojarme —respondió Beltrán de Castro—. La verdad es que el trabajo es mucho y los medios escasos. Intento convencer a Teresa para que, a su vez, convenza a su esposo el virrey de que es necesario invertir en defensa, tanto del puerto de El Callao como en los de Concepción y Arica al sur y los de Paita, Guayaquil y Panamá al norte. Y desde luego, hay que renovar la flota. El mejor galeón que tenemos es el *San Jerónimo* y sólo Dios sabe por qué aún flota ese viejo cascarón.

—Beltrán, estamos en una fiesta —dijo la virreina—. No es momento de aburrir a nuestros invitados con cuestiones militares.

—De todas maneras, señora, si me permitís, me gustaría tener la oportunidad de conversar nuevamente con vuestro hermano. ¿Os parece bien, señor De Castro? —pregunté.

—Será para mí un placer conversar de estas y otras cosas con vos.

La fiesta estaba resultando provechosa. De eso se trataba, en este tipo de celebraciones se producen una serie de relaciones, de contactos, que de otra manera serían muy difíciles de establecer.

—Buen marino este hombre. ¿Sabías, Potter, que estudió en la Escuela de Pilotos de Lisboa?

—Y algo más, muchacho. Si allí se forman muy bien los pilotos, aquí tuvo al mejor maestro de cartografía, astronomía y ciencias de la mar que haya existido, Pedro Sarmiento de Gamboa.

—El almirante Pedro Sarmiento de Gamboa. Viajó también con Mendaña en la expedición de descubrimiento de las islas Salomón, ¿no es cierto?

—Sí que lo es. De hecho, las malas lenguas dicen que gracias a Sarmiento y al piloto mayor Hernán Gallegos pudieron llegar tan lejos y, sobre todo, regresar al Perú.

Efectivamente, el palacio de Pizarro, sede del virreinato, rebosaba esplendor. Todo el que era alguien en la Ciudad de los Reyes estaba allí. Bueno, echaba en falta al arzobispo, pero no iban mis intereses por ese lado. A quien sí quería conocer era al propio Mendaña y a su esposa, Isabel Barreto.

—Potter, preséntame a Mendaña y a los Barreto.

—A eso vamos, Antonio —me contestó—. He visto que en la cena y en el baile no has quitado ojo al grupo de los Barreto. Además, están en este momento en compañía de otro buen amigo.

—Felipe, ¿cómo estás, amigo mío? Álvaro, señora, señores —dijo Potter—, quiero presentarles a una persona que aprecio mucho, tanto que para mí es como de la familia, Antonio García de Melo, recién llegado al Perú en la flota de Panamá, procedente de España. Antonio, te presento al capitán don Felipe Corzo, buen navegante, y a don Álvaro de Mendaña y Neira, de quien ya has oído hablar.

—Señor Corzo, encantado de saludarle. Señor Mendaña, me rindo ante su audacia y su valentía. Le felicito por sus descubrimientos. Toda la corte habló durante años de su heroico descubrimiento de las islas Salomón, en el medio de la nada en este mar del Sur tan grande como desconocido. En su momento, la noticia fue muy celebrada en Madrid.

—Gracias por sus elogios —respondió Mendaña—. Gran mar que da grandes sustos a los navegantes que nos adentramos en él, pero también muy pacífico en otras grandes áreas, con muchas posibilidades de encalmar por largas jornadas. Os presento a mi esposa Isabel Barreto y a mis cuñados Lorenzo y Diego.

—Señora —dije, realizando una pequeña inclinación de cabeza al saludarla—, tengo entendido que comparte con su esposo el interés por los descubrimientos y por la navegación...

—Está usted bien informado, señor —contestó—. Y no sólo el interés, como bien saben nuestros amigos, en cuanto sea posible emprender la segunda expedición a las islas Salomón, yo estaré decidida a embarcarme con mi marido en tan emocionante viaje.

—Emocionante seguro, interesante también, pero muy arriesgado, ¿no lo creéis así, señora? —dije—. ¿No pensáis como yo, señor Mendaña?

—Señor De Melo, subestimáis a mi esposa —contestó Mendaña—. Os sorprenderían sus conocimientos de navegación, de pilotaje, de astronomía... en fin, muchos hombres quisieran estar a su altura.

—Y eso trae problemas —apostilló ella—. ¿También vos tenéis recelos de una mujer con conocimientos «de hombres», señor De Melo?

—No, señora, al contrario, me siento sorprendido, pero no receloso. Os vi ayer en El Callao dirigiendo la estiba de vuestra carga recién llegada de Panamá. Sin duda sois una mujer de carácter.

La conversación se prolongó por unos minutos de manera agradable. No era necesario tirarle de la lengua a Mendaña para que hablara con fruición sobre su nueva expedición y sobre su primer viaje a las islas Salomón, realizado en 1567, ¡hacía más de veintiséis años! Todo ese tiempo de espera para poder repetir la hazaña parece haber convertido a las islas de Poniente en el tema de su vida y en una verdadera obsesión. Sin embargo, la fuerza y la ilusión, en definitiva, el empuje, los aportaba por Isabel Barreto, su esposa. Mientras ella bailaba con Mendaña, Potter y yo seguimos conversando con los hermanos de Isabel, Lorenzo y Diego, ambos al servicio de su majestad, el primero en la Marina de guerra y el segundo como oficial de arcabuceros al servicio del virrey.

Después de una larga velada, los virreyes se retiraron a descansar. Esa noche había sido un tanto excesiva para el marqués de Cañete, don Diego Hurtado también padecía el mal de los hombres principales, la gota, que aunque en su caso no estaba muy avanzada, no dejaba de ser un incordio.

El adelantado don Álvaro de Mendaña había encontrado en mí a un interlocutor perfecto para sus historias y sus proyectos. Me veía como un nuevo apoyo. Debía de pensar que cuantos más adeptos ganara para la causa le iría mejor. Y yo estaba interesado, tanto en su primer viaje como en todo lo referente al segundo, todavía no realizado pese a tener cédula real para tal empresa desde hacía años. Yo quería saber por qué tanta demora, por qué tanto freno a una expedición de descubrimiento y colonización de nuevas tierras, que pudiera ser beneficiosa para la corona.

—El próximo domingo hay fiesta taurina —dijo Isabel Barreto de Mendaña—. Nos encantaría que viniesen a almorzar con nosotros. Después asistiríamos juntos al festejo.

—Potter, ¿qué te parece la invitación?

—Difícil de rechazar. En vuestra hacienda estaremos para el almuerzo —contestó.

—Deseamos que tenga una feliz estancia en el Perú, señor De Melo —dijo Lorenzo Barreto despidiéndose.

Los siguientes días transcurrieron despacio, los pasé más dedicado al descanso y a adaptarme al clima, al ritmo de vida de la ciudad y a sus habitantes. Tuve ocasión de acercarme al convento de San Francisco. Me pareció una magnífica obra arquitectónica, de ambiente fresco y a la vez luminoso. He visto azulejos sevillanos en las paredes y magníficas piezas de imaginería hechas por artistas afincados en Lima desde hacía unas décadas, entre los que destacaban por su buena fama Mateo de Alesio y Angelino Medoro. Me sorprendió también el descubrir que el camposanto no se encontraba en un lateral de la iglesia sino debajo de ella. A través de unos pasadizos excavados en la tierra, a modo de catacumbas, se accedía a unas cámaras en las que se iba enterrando a los fieles fallecidos en esa parroquia. Más tarde descubrí que el sistema de catacumbas era común en muchas de las iglesias limeñas.

Los franciscanos de Lima siguen las directrices de los de otros lugares de Europa en los que están establecidos; donde construyen un convento con su iglesia adosada, también organizan una biblioteca, y ésta además de contar con un buen número de volúmenes, está muy bien pensada pues la luz natural penetra durante todo el día a través de unas grandes claraboyas ubicadas en el techo y por unos amplios ventanales.

Aproveché el paseo para cruzar el río Rímac por el puente de madera y me adentré en una zona de casas grandes, salpicadas aquí y allá entre huertos y campos con frutales; también divisé desde donde me encontraba varios grupos de viviendas más humildes en las laderas del cerro San Cristóbal, en las que se veían gentes de diversas razas, incas, negros y mestizos, y también algunos blancos. Era una tierra rica que aprovechaba el agua del río Rímac y la humedad que bajaba del cerro. En esa parte del extrarradio de la Ciudad de los Reyes se estaban asentando muchas familias que buscaban un pequeño terreno donde construir una vivienda, que no estuviera demasiado lejos de la protección de la capital pero lo suficientemente alejada para vivir cómodamente, distante del ajetreo palaciego y del bullicio de las transitadas calles del centro.

Me crucé con una patrulla de alguaciles que se quedaron sorprendidos de verme pasear solo por aquellos lugares.

—Está usted muy alejado de la ciudad, señor —dijo uno de ellos—. Es peligroso.

—La gente parece estar a lo suyo, no veo el peligro —respondí.

El que parecía de más edad, curtido en mil refriegas, con una cicatriz en la cara y amplio mostacho, insistía en que debían escoltarme hasta el centro.

—No son los mulatos, ni los indios, ni los mestizos que aquí viven los peligrosos. El peligro no viene de ellos, viene de los cerros y de más allá de ellos, de las montañas. Son los cimarrones, esclavos negros y mestizos que se han echado al monte y que viven de la rapiña.

—Pero también hay blancos, no se fíe, señor —dijo otro—. Se trata de convictos a galeras que se fugan y continúan con la mala vida. Ésos son los más peligrosos porque tienen armas, mucha pólvora...

—Todos son un peligro, señor. Venga con nosotros, le acompañaremos a su casa.

Así fue como regresé escoltado a la casa de Potter, que rápidamente agradeció la gentileza de los alguaciles, apaciguando su sed con vino fresco de su cosecha particular. Mientras bebían, insistían, buscando la complicidad de Potter, en recordarme los peligros que suponían los bandidos para las gentes de bien de Lima y del Perú.

La mañana del domingo se presentaba despejada. Iba a ser un día caluroso. Concepción, la mujer de Potter, se encontraba más animada y con fuerzas para acompañarnos en la jornada festiva. En vez de asistir a las celebraciones religiosas en la iglesia del convento de Santo Domingo, nos fuimos al otro lado de la ciudad, a los Barrios Altos. Allí escuchamos misa en una iglesia más modesta, pero también repleta de fieles, la de Santa Ana. Cuando llegamos, coincidimos en la entrada con la familia Barreto al completo, incluido don Álvaro de Mendaña. La casa familiar se encontraba a pocos minutos andando y ésa era la parroquia a la que estaban adscritos.

Al acabar la celebración, nos dirigimos todos juntos a la hacienda de los Barreto. Potter me había dicho que los suegros de Mendaña, los patriarcas de la familia, Nuño Rodríguez Barreto y su esposa Mariana de Castro, eran unas personas entrañables, honradas y muy trabajadoras. Además de

Lorenzo y Diego Barreto, presentes en la cena de palacio y que ya conocía, fui presentado a los demás hermanos, Luis, Mariana y su prometido, el capitán Lope de Vega, Petronila, que era religiosa, Antonio, Jerónimo, Beatriz y Leonor. Y claro está, Isabel Barreto y su esposo Álvaro de Mendaña y Neira.

—La iglesia de Santa Ana es más modesta que las del centro de Lima, pero nos queda más cerca, es más cómoda para nosotros. Además, aquí fueron bautizados varios de mis hermanos y aquí también tuvo lugar mi casamiento con Álvaro, hace ocho años —comentó Isabel.

—Es nuestra iglesia, la de este barrio tan tranquilo —intervino Mariana de Castro, la madre de Isabel—. En esta parte de la ciudad las casas no están tan pegadas unas a otras, al estar rodeadas de fincas más grandes que las del centro, aunque últimamente está viniendo mucha gente a esta zona, no sé lo que va a durar el sosiego.

—¿No tienen problema con los bandidos? —pregunté.

—La bajada de bandidos no es frecuente, pero existe —contestó Nuño Rodríguez Barreto, el patriarca de la familia—. De vez en cuando intentan un asalto nocturno a alguna hacienda, pero con mucho riesgo para ellos, porque estamos sobre aviso y mantenemos nuestra propia vigilancia, al margen de las rondas de los alguaciles.

—Prefieren asaltar carromatos y a los incautos viajeros, sobre todo al amanecer —apuntó Luis Barreto.

—¿Qué os trae por Perú, si me permitís la osadía? —preguntó Isabel—. ¿De veras estáis conociendo el país o tenéis intención de quedaros?

—Como os he dicho en la fiesta en palacio, soy diplomático y, tras estar en varios frentes de guerra y en alguna que otra negociación entre gobiernos, su majestad el rey Felipe II me ha concedido la gracia de poder viajar por el virreinato del Perú. Se dicen cosas maravillosas en España sobre esta tierra de promisión, y son muchos los que quieren venir, atraídos por la fama y las riquezas que ofrece este país.

—La mentalidad aquí es muy diferente a la de la metrópoli —continuó don Nuño—. En España y en toda Europa son muy pocos, o ninguno, los nobles que no viven de sus rentas o de asignaciones reales. Aquí es distinto. Los nobles, manteniendo su condición como tales, se dedican a los negocios

y los atienden personalmente, sin ningún descrédito. Raro es el que no posee una hacienda y una o más encomiendas dedicadas al vino, los frutales, el aceite o el maíz.

—Ustedes tienen buen vino —dije, saboreando la copa que tenía en mis manos.

—Y buen aceite —apuntó Potter.

—Poseemos fincas en la región de Ica, a unas cincuenta leguas al sur de la Ciudad de los Reyes, con una importante plantación de olivos y buenos viñedos —respondió Nuño con satisfacción y orgullo—. Son tierras fértiles, con mucho sol y agua suficiente para que los frutos se desarrollen.

La conversación transcurrió con intercambio de informaciones sobre cómo era el Perú, con las montañas más altas del mundo, según Nuño, que decía haberlas recorrido en más de una ocasión; sobre Lima y su comarca, sobre el crecimiento de la ciudad y la llegada de nuevos inmigrantes desde la metrópoli, la estabilidad del gobierno y, como no podía ser de otra manera, de las islas Salomón. Mendaña parecía ver muy próximo su nuevo viaje, que sería el segundo y tan ansiado. Veintiséis años después del primero, el hombre no cejaba en su empeño y había involucrado de tal manera a los Barreto que no sólo estaban financiando la expedición, sino que algunos de ellos tenían previsto incorporarse a la misma, participando activamente en tan grande aventura.

Los festejos taurinos únicamente se celebraban con ocasión de cuatro festividades cada año, coincidiendo con los días de Reyes, San Juan, Santiago y Nuestra Señora el 15 de agosto, pero excepcionalmente también se producían algún que otro domingo o festivo, eso sí, con menor pompa y ornamento. Para tales eventos, la ciudad disponía, al otro lado del río Rímac, de una hermosa plaza de toros situada en la plaza de Acho. Como siempre, la fiesta había congregado a varios miles de personas, la nobleza ocupaba sus palcos y el resto de la gente su lugar en la grada. Se trataba de una ocasión más para lucir galas, ostentar riquezas y demostrar poder. Mendaña, sentado a mi lado, continuó abrumándome con sus ideas sobre la expedición, prácticamente ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Isabel nos miraba esbozando una ligera sonrisa pero sin terciar. Mendaña me adelantó

que quería realizar su viaje el próximo año, en 1595. Según él, este virrey estaba por la labor, no como los anteriores, que ignoraron su proyecto.

—Necesito que algunos socios más apoyen económicamente mi proyecto —dijo el adelantado—. Tan pronto los consiga, sólo será cuestión de preparar la flota y partir. Por eso calculo un año más de espera.

—Ahora las cosas han cambiado —terció Isabel—. Antes la corona financiaba las expediciones de descubrimiento y colonización, pero ahora el rey debe mantener su imperio y necesita cada vez más oro y plata del Perú y de Nueva España. Gastos ya tiene bastantes.

—Nuestro viaje es caro —continuó Mendaña—. Hay que comprar los barcos, armarlos, aparejarlos, comprar víveres y demás bastimentos, reclutar personas y soldados para las futuras colonias. Todo son gastos y esfuerzos, pero insistimos y nos empeñamos en sacar esto adelante.

—A todo esto hay que sumar la fianza que debemos pagar, en garantía para cubrir determinados gastos en caso de fracaso o desastre, de tal manera que a la corona no le cueste un solo real.

—No debe de ser tarea nada fácil —apunté—. Además, supongo que no todo el mundo verá con buenos ojos este viaje.

—Los enemigos son muchos y por diferentes motivos —dijo Isabel—. Hay mucha gente que no perdona a mi marido el éxito de su descubrimiento, y otros no hacen más que poner trabas para que no realice el segundo viaje.

Estaba claro que mi atención a su proyecto les agradaba. Con tanta espera, tantas zancadillas, tanto sufrimiento... lo que ansiaban era tener adeptos a su causa, y un diplomático recién llegado al virreinato, aunque no aportara nada, siempre era preferible tenerlo a favor, aunque sólo fuera anímicamente.

Con mucho regocijo para los presentes, se desarrolló el festejo, que duró hasta última hora de la tarde. Yo poco disfruté de la tauromaquia, no era fácil teniendo a Mendaña en plena disertación y conmigo como destinatario de todos sus comentarios; sin embargo, yo aprovechaba cualquier lance aplaudido por el público para involucrarme en el festejo, aunque la mirada se me desviara en varias ocasiones hacia el rostro de su mujer, Isabel Barreto. Era realmente bella.

EL CORSARIO INGLÉS

Aquella mañana me levanté temprano. Tenía intención de volver al puerto de El Callao para estudiarlo mejor, conocer sus defensas, la disponibilidad de la tropa ante un eventual ataque enemigo y, de paso, comer pescado fresco en cualquiera de los tambos que allí hay. Salí a caballo en una montura que puso a mi disposición Potter y me dirigí a la izquierda, hacia la plaza Mayor, para desde allí tomar el camino real hasta el puerto, que dista poco más de dos leguas.

Ante el palacio de Gobierno el alboroto era grande. Alguaciles yendo y viniendo, gente alborotada y los arcabuceros atentos y esperando órdenes. Me detuve y pregunté a uno de los hombres que allí se encontraban. Estaba muy alterado.

—¿Qué es lo que sucede, buen hombre?

—Los bandoleros, señor —contestó casi sin aire—. Han atacado varias haciendas. Hay muchos muertos, es terrible, señor.

—¿Dónde ha sido el ataque?

—En los Barrios Altos, señor.

Espoleé mi caballo sin esperar más comentario y me dirigí, todo lo rápido que pude avanzar al galope sobre el adoquinado de las calles limeñas, hacia el barrio de Santa Ana, uno de los barrios altos, para conocer de cerca la situación. Vi varios cuerpos tendidos sobre charcos de su propia sangre, bandoleros cimarrones sin duda, no había nadie preocupado por ellos. Hombres y mujeres de las haciendas próximas asistían a los heridos, a algunos los llevaban hasta la iglesia de Santa Ana, colocándolos sobre los bancos para poder atenderlos mejor. Otros lloraban a sus muertos. Cabalgué hasta la hacienda de los Barreto. La tensión era grande. Diego, uno de los hermanos de Isabel, estaba herido, tenía un corte importante en el muslo

donde había impactado el machete de un cimarrón. Sus hermanas Petronila y Leonor, con la ayuda de una vieja criada de origen africano que estaba al servicio de los Barreto desde siempre, le estaban haciendo las primeras curas y se disponían a coser la herida. Swami se llamaba la negra. Siendo una adolescente había sido capturada, con todos los de su aldea, en algún lugar de África, luego fue embarcada en una nave negrera de contrabandistas ingleses que traficaban con esclavos que luego vendían ilegalmente en las colonias españolas de ultramar. El barco negrero se encontró con un galeón español cerca de las costas de Maracaibo y ambos entraron en un combate que resultó efímero, ya que la primera andanada del galeón español tuvo la fortuna de destrozar el palo mayor de la nao de los contrabandistas a la que, además, abrieron un boquete de gran tamaño muy cerca de la línea de flotación. Ante la gravedad de la situación, la tripulación inglesa lanzó un bote al agua y arriando vela se dieron a la fuga. El capitán español puso el galeón al paio, abarloado junto a la nave negrera, fue así como pudieron rescatar a unos doscientos negros supervivientes de entre los cerca de seiscientos esclavizados en las costas africanas. Entre ellos se encontraba Swami. Una vez finalizado el salvamento y recuperada la valiosa carga de marfiles que también llevaban los ingleses, el galeón no tardó en dar caza a la lancha en la que habían huido los negreros después de haber abandonando a su suerte a los infelices esclavos. El galeón español arribó a Portobelo donde puso a buen recaudo a los contrabandistas, que fueron encerrados en el castillo de San Felipe. Los desdichados esclavos fueron auxiliados por los franciscanos y por las gentes de aquel rico puerto de enlace entre los dos mares, el mar del Norte o Atlántico y el mar del Sur. Una vez recuperada, Swami consiguió llegar hasta Panamá y allí logró embarcarse en un galeón que finalmente arribó al puerto de El Callao. Trabajó donde pudo y como pudo por salarios míseros, aprendió el idioma y se relacionó con incas. Los Barreto la conocieron siendo jóvenes, cuando se escapaban a la huaca de Santa Ana, un lugar de culto pagano, en principio incaico y luego también africano, ubicada sobre un cementerio indio situado detrás del convento de la Concepción y del propio hospital de Santa Ana. Cuando esa huaca, famosa en toda Lima, fue clausurada por la Inquisición, a Swami se le dio cobijo y trabajo en casa de

los Barreto. Esa mujer, además de poseer ciertas cualidades adivinatorias, era una buena curandera y sabía lo que hacía en la pierna malherida de Diego Barreto.

Lorenzo y Luis habían organizado una patrulla, con sus propios sirvientes y con los residentes de otras haciendas, para perseguir a los asaltantes. Mientras tanto, en las puertas del establo se encontraba Nuño Rodríguez Barreto con sus hijos Antonio, Jerónimo e Isabel; iban a interrogar a un cimarrón que habían capturado, que por estar herido había sido abandonado a su suerte por sus compinches.

—Este desgraciado es uno de ellos —dijo Nuño—, y sin embargo salvó la vida a Isabel.

—Se interpuso —dijo Isabel, todavía alterada por los hechos vividos—, cuando otro cimarrón pretendía asestarme un machetazo, me salvó la vida recibiendo él parte del golpe.

—Sí, además gritó «¡a la señora no!». Y fue cuando me di cuenta de que mi hermana estaba en peligro —continuó Antonio—. Me acerqué rápidamente y de una estocada me deshice del agresor.

—Yo a ti te conozco, ¿verdad? —dijo Nuño, dirigiéndose al cimarrón detenido—. Tú has sido mi esclavo y te echaste al cerro al poco tiempo de llegar a la hacienda.

Era, efectivamente, uno de los esclavos que habían adquirido los Barreto en 1590 para paliar la falta de mano de obra que hubo aquel año debido, fundamentalmente, a la gran epidemia de peste que había azotado la ciudad y que se había llevado por delante a cientos de personas. A raíz de aquella peste, se había incrementado el número de esclavos en las haciendas del Perú, para satisfacer las necesidades de personal para el trabajo en el campo, a pesar de que la sociedad católica de la Ciudad de los Reyes no era demasiado partidaria de entrar en el negocio de esclavos.

Aquel negro era un hombre alto, robusto y tenía, según contaban los sirvientes de la hacienda, un carácter indomable. Apenas hablaba y eran muy escasas las palabras que pronunciaba en castellano. Se había fugado al poco tiempo de ser comprado pero no por ser maltratado, ya que en esa hacienda no se permitían ni la violencia ni los malos tratos, ni a esclavos ni a sirvientes asalariados, por parte de los capataces. Se fugó por su deseo de

libertad, de sentirse dueño de su propio destino. Pero la vida es muy difícil en los cerros y no tuvo más remedio que unirse a un grupo de cimarrones que se dedicaban a asaltar carromatos y viajeros en los caminos reales. Según se pudo saber, nunca había realizado ninguna incursión en la ciudad, ésta era la primera vez y, además, no venía en un único grupo de bandidos, sino que se habían juntado varias bandas para realizar este asalto, aunque él desconocía los motivos de tal agrupación de fuerzas. Eso sí, también había blancos, hombres blancos poderosos.

—¿Quiénes son esos hombres blancos? —preguntó Nuño—. ¿Los conoces?

—No sé cómo se llaman ni quiénes son —respondió el cimarrón con dificultad—. Pero llegaron con plata y dando órdenes.

Estaba claro que aquel ataque no había sido una incursión más de los cimarrones en la ciudad de Lima. Buscaban algo más, ya que recibían monedas de plata de hombres blancos que les incitaban a realizar sus fechorías disfrazadas de robos. Sería muy difícil averiguar quién o quiénes estaban detrás de tales incursiones y qué pretendían con ellas. Habrían de estar todos muy atentos a futuros asaltos.

Mientras se decidía qué hacer con el prisionero, se le retuvo encadenado en un cobertizo y se le curaron las heridas. A mediodía regresaron Lorenzo y Luis con su patrulla. Habían alcanzado a algunos cimarrones rezagados con los que entablaron pelea, dándoles muerte, pero no habían tenido ningún éxito a la hora de capturar a los cabecillas para someterlos a interrogatorio.

Hasta los oídos de García Hurtado de Mendoza habían llegado las noticias de los disturbios provocados por los cimarrones en los barrios altos de Lima. No se le escapó al virrey el hecho de que se hubiera producido una reacción conjunta de varios de los hacendados afectados para la persecución de los bandidos y la defensa de sus familias, casas y demás propiedades susceptibles de ser nuevamente atacadas. También fue informado de mi presencia en el lugar de los hechos tan pronto como tuve noticia de los mismos y del retraso de la intervención de los alguaciles.

Este tipo de acontecimientos no beneficiaba en nada la imagen de normalidad, de prosperidad y de paz interna que quería transmitir el virrey

para que, en la metrópoli, no hubiera lugar a comentarios al respecto, ni preguntas indiscretas sobre la actuación del mismo, con el consiguiente riesgo de perder la situación privilegiada de que disponía y, quién sabe, si de tener que rendir cuentas ante el Consejo de Indias.

La actuación de los alguaciles había quedado en entredicho. Habían empleado más tiempo en decidir qué hacer que en actuar directamente contra los cimarrones. Tanto es así que cuando los hacendados, con los Barreto al frente, regresaban de perseguir a los atacantes se cruzaron con una numerosa patrulla de defensores de la ley que todavía partía a esas horas en misión de castigo. El descontento entre encomenderos de las regiones más alejadas de la capital y el de los hacendados de los barrios periféricos a la Ciudad de los Reyes era patente, y el propio García Hurtado era consciente de que tendría que afrontar una reunión con ellos para buscar una solución al problema y aplacar los ánimos de los enfurecidos nobles del virreinato.

Unos días después de aquellos incidentes, pude realizar mi pequeña excursión por la costa para conocer de cerca y con mayor detalle cuál era la situación en la que se encontraban las defensas del principal puerto del Perú, El Callao; quería estudiar sus características, por eso me dirigí al noroeste cruzando el río Rímac para poder alcanzar el extremo norte de la bahía. Una vez allí me quedé contemplando durante un buen rato todo el océano. Producía vértigo imaginarse en un galeón rumbo a lo desconocido a través de un mar del Sur inmenso e ignoto en su mayor parte. Quería imaginarme las islas Salomón tal como Mendaña las había visto al descubrirlas, quizá mejor, tal como su mujer, Isabel Barreto, las intuía. ¿Cuántas tierras ocultas en ese mar quedaban por descubrir? Esa pregunta que yo me hacía también se la había hecho antes su majestad el rey Felipe II. El imperio era inmenso, no se ponía el sol en él, y era precisamente esa inmensidad la que lo complicaba. Si a eso se añadía la permanente disposición de nuestras tropas para defender no sólo las fronteras del ataque de potencias extranjeras y enemigos varios, sino también la defensa de la fe católica, era comprensible que Felipe II requiriese el envío de mucho más oro y plata de las minas de Nueva España y del Perú para paliar tanto dispendio. Era comprensible también que su

majestad estuviese interesado y preocupado por el descubrimiento de nuevas tierras que pudieran aportar, por tanto, nuevas riquezas a las maltrechas arcas de la corona, y sobre las islas Salomón y sus tesoros se había hablado mucho en la corte, de ahí el interés del rey de poner en marcha cuanto antes la segunda expedición a través del mar del Sur para colonizar aquellas míticas islas.

Al norte de la bahía, aunque mirando hacia el sur, se apiñaba un grupo de cabañas de pescadores indios. Algunas canoas estaban varadas en la playa y otras se vislumbraban a lo lejos, próximas a la isla de San Lorenzo, en plena faena. El pescado lo vendían en El Callao cuando venían de regreso. Durante el paseo, pensaba en las posibilidades que tenían esas tierras para convertirse en un país de prosperidad y de futuro.

Me detuve al mediodía ante una choza grande en la que servían pescado fresco a la brasa con tortitas de harina. Había más comensales en otras mesas, soldados, marineros y demás gente de paso. Unos comían y otros apuraban medio azumbre de vino, fresco pero malo. Seguí mi camino un par de horas más, costearlo, sin perder de vista el mar del Sur, hasta que decidí que debía regresar para que la noche no se me echara encima y para no preocupar a mis anfitriones.

Las primeras luces de farolas se dejaban ver ya en la aldea de pescadores, en la que una inusitada actividad de carromatos daba cierto frenesí al lugar. Al cruzarme con un indio pareció asustarse y salió corriendo, como si hubiera visto a alguien no deseado. Llegué en un mal momento al poblacho, pensé. Estaba viendo cómo una serie de pequeñas embarcaciones arribaban a la playa, cargadas todas ellas de pesados y abultados fardos que inmediatamente eran repartidos en los muchos carromatos que en el camino, entre las chozas, esperaban. Eran contrabandistas.

Estaban descargando una galeota fondeada a menos de media legua en la entrada de la bahía. Procedía seguramente de Panamá, donde habría llenado sus paños con productos recién llegados a Portobelo en los galeones de Sevilla y que, en algún punto del camino real, fueron distraídos para el mercado negro. Armas, telas, azulejos y muebles que, unidos a la pólvora, sedas y especias que a Panamá llegaban desde Acapulco, en Nueva

España, procedentes de Filipinas en el galeón de Manila, constituían un pingüe negocio que se hacía más ventajoso al no pagar los aranceles en las aduanas del Perú. Este comercio clandestino hacía mucho daño a las arcas reales, pero era muy difícil de controlar y de evitar, sobre todo en el Nuevo Continente, en el que muchos de los funcionarios y, sobre todo, las más poderosas familias eran los principales beneficiarios. En las últimas chozas, varios soldados muy descuidados y sobrados de bebida esperaban su turno para saciar sus instintos en el lecho de alguna india. Procuré no dejarme ver demasiado, ni dar importancia a nada de lo que allí acontecía y, poco a poco pero sin pausa, seguí mi camino.

Lima se veía aquellos días con una agitación impropia. Ninguna actividad especial estaba prevista para esos días, ni llegada de flota, ni almacenaje de plata de Potosí en las cámaras del palacio, ni fiestas... nada. Sin embargo, el ambiente estaba cargado de cierta tensión no justificada. En las huacas de los alrededores, donde negros e incas practicaban sus ritos paganos, se hablaba de la llegada de un mal... según unos un nuevo terremoto, muy superior al de 1586; para otros, el mal vendría del mar, acechando con gran peligro de destrucción y muerte.

Isabel Barreto acababa de llegar de Castrovirreina, una pequeña aldea inca situada a medio camino entre Lima y Cuzco, rebautizada así en honor de la virreina Teresa de Castro, a quien Isabel había acompañado en viaje protocolario. Su hermano Diego, capitán de arcabuceros del virrey, era el responsable de la seguridad de las personas y los productos. De regreso, la comitiva de tan altos dignatarios traía varios carromatos repletos de oro, plata y azogue; metales preciosos que procesarían en la Ciudad de los Reyes para su posterior traslado a Sevilla, vía Panamá.

Esa inquietud reinante había sido percibida por Isabel que, a pesar de ser una mujer con altos valores cristianos, no dejaba de darle su importancia a determinadas prácticas paganas realizadas en las huacas y que, según ella, no se alejaban mucho de las que había oído de niña, contadas por las sirvientas que vinieron de Galicia con la familia; tanto a ella como a sus hermanos les gustaba estar alrededor del fuego, en las noches de invierno,

escuchando aquellos cuentos de magia y de espíritus que pululaban por las lejanas tierras del noroeste peninsular. Swami también se mostraba inquieta, sus instintos, su fina sensibilidad detectaban asimismo una extraña fuerza en el ambiente. Juntas, ama y criada, fueron a la huaca de Santa Ana, hicieron el donativo pertinente a los santeros y escucharon, hasta bien entrada la noche, lo que los espíritus contaban a través de sus intermediarios. Las predicciones no eran nada halagüeñas. Ése fue el mensaje que transmitieron con gran preocupación a toda la familia. Una crisis más, provocada por cualquier catástrofe o incidente bélico, echaría al traste todas las esperanzas de una nueva expedición a las islas Salomón, y veintiséis años de espera eran ya demasiados, tantos que una nueva demora supondría un obstáculo prácticamente insalvable. Según lo augurado en la huaca, el mal vendría por mar, por lo tanto Lorenzo Barreto, como oficial que era de la Marina de guerra, debería tomar cartas en el asunto para proteger con los navíos reales el puerto de El Callao y la ciudad de Lima; con ello cuidaría, asimismo, los intereses de la familia.

Los rumores eran verdaderamente clamores y el miedo había calado hondo en la capital. En la catedral y en las iglesias de los conventos de San Francisco y Santo Domingo las misas eran continuas, pidiendo la intercesión del Señor, de la Virgen María y de todos los Santos, para evitar cualquier mal ante el peligro que se avecinaba.

No ajenos a lo que se hablaba en las empedradas calles de Lima, en casa de los Potter recibíamos la visita de los virreyes. Teníamos una cena pendiente y mucho de que hablar, alejados de palacio y fuera de todo protocolo. Nos acompañó también Beltrán de Castro, hermano de la virreina y comandante de la flota de guerra. El virrey se mostró inicialmente interesado en conocer de primera mano el estado de salud de su majestad.

—Como sabéis —contesté—, la gota le ha postrado y a pesar de su fortaleza la enfermedad, que tanto dolor produce, cada vez se agrava más, poco a poco va minando su resistencia, y su avanzada edad es otro problema añadido. Pero confiemos en la bondad del Señor.

Teresa de Castro, la joven esposa del virrey, aprovechó la ocasión para censurar amablemente a su esposo, recordándole cariñosamente que debía cuidarse para que la gota no avanzara más en su persona. La virreina era

una mujer hermosa, muy querida en Lima, donde había sido recibida, cuando llegó junto a su esposo cinco años atrás, con grandes pompas, como nunca se recordaba en el Perú. Además de su belleza, destacaba por su bondad, por su condescendencia; fue realmente la primera virreina que acompañó a su marido al frente del gobierno del Perú. Tanto era el cariño que se le tenía que incluso un inca se acercó a palacio y le obsequió con varios lingotes de plata, pidiéndole a cambio que fuese madrina de bautizo de su hijo recién nacido, a lo que ella accedió. Ése fue el motivo de su desplazamiento a la región minera de Huancavelica, al pueblo llamado desde entonces Castrovirreina, en el que fue acompañada por varias señoras de Lima, entre ellas Isabel Barreto, por el oidor de la Audiencia, Juan Bautista Monzón, y por un amplio séquito formado por hombres de la alta nobleza e hidalgos necesitados de méritos, escoltados todos por treinta soldados mandados por Diego Barreto.

El virrey Hurtado de Mendoza tenía otras preocupaciones. Debía satisfacer las necesidades de financiación de la corona y hacer compatibles los envíos de metales preciosos y de las alcabalas y almojarifazgos, impuestos que muchas familias hacendadas y la nobleza limeña consideraban excesivos. Por otra parte, la Marina de guerra difícilmente podría afrontar nuevas acometidas de corsarios ingleses, cada vez más decididos a internarse en el mar del Sur, el mar español. El anterior susto lo había dado Thomas Cavendish, que fue derrotado y puesto en fuga, pero el incidente había dejado en evidencia la precaria defensa de nuestros puertos, desde Chile hasta Panamá, y la escasez de barcos en la Armada de guerra del mar del Sur. Tanto Drake como Cavendish fueron derrotados y perseguidos, pero no capturados; y ello entrañaba peligro porque, uno y otro, informarían a Isabel I de Inglaterra de lo que habían visto, con lo que las intenciones corsarias de hacerse con aquel mar irían en aumento. En lo que a tierra firme atañe, el territorio del virreinato era muy vasto y muy rico, pero esas riquezas tenían que ser transportadas en carromatos tirados por bueyes a través de las sierras andinas desde lugares muy distantes. Los cimarrones y bandoleros proliferaban por doquier y el número de soldados y arcabuceros no crecía, con lo que los riesgos se incrementaban paulatinamente.

—Todos estos temas me preocupan y son el centro de mi atención y de mi tiempo al frente del virreinato —dijo Hurtado de Mendoza, dirigiéndose a De Melo—. Pero mi gestión es y debe ser así, fiscalizada por el Consejo de Indias y por su majestad el rey Felipe II. Y no es ajeno a ninguno de nosotros que, si bien no pretendo perpetuarme en el cargo, no son pocas las presiones que deben recibir en la corte de Madrid por parte de gente ilustre que pretende este puesto. Ni serán pocas las quejas que les lleguen desde aquí de los descontentos con mi gestión. Francamente, señor De Melo, ¿qué hacéis en Perú?

—Francamente, señor: oír, ver e informar a su majestad —respondí—. Pero también debo deciros que no vengo con la misión específica de evaluaros a vos. Más bien a la sociedad en general, las riquezas y posibilidades del país, las defensas y el estado del ejército y la Marina y, especialmente, comprobar la situación en que se encuentra el proyecto para redescubrir y colonizar las islas de Poniente o islas Salomón.

—Agradezco vuestra sinceridad en la respuesta —contestó el virrey—. Mi cuñado Beltrán de Castro pudiera pareceros persona interesada cuando habla de la Marina de guerra que él mismo manda, pero os aseguro, ahora lo vais a comprobar, que es la persona más crítica con los medios que posee; continuamente tengo que escuchar sus quejas, que comprendo, pero difícilmente puedo darle satisfacción.

—Ciertamente —dijo Beltrán de Castro—, son fundadas esas quejas. Con base en El Callao únicamente disponemos de la nao *San Jerónimo* para una defensa con garantías. Aun así, precisa ser reforzada en artillería y en dotación, también le irían bien nuevas velas y jarcias. La nao *San Francisco*, que estos días está en Panamá, es demasiado vieja, amén de estar mal artillada. La *San Juan* es muy pequeña, valdría como barco de apoyo, pero con muchos riesgos... Qué voy a decir de la necesidad de al menos otra nao grande y moderna... y de reforzar las defensas en tierra, en el puerto de El Callao.

—He ido allí en varias ocasiones —dijo De Melo— y creo que sería bueno construir cerca de la punta una fortaleza defensiva, con artillería de alcance para mantener a raya al enemigo. Así tenía pensado proponérselo a su majestad.

Mientras yo hablaba, Beltrán de Castro asentía, esbozando una sonrisa de satisfacción al ver que este forastero, que gozaba de la confianza real, coincidía con él en la definición de las necesidades defensivas.

—Éste es un gran territorio lleno de riquezas y de posibilidades de expansión —continuó el virrey—. Pero la metrópoli es insaciable. Cada vez enviamos más cargamentos de oro y plata, y de otros productos y, aun así, nuestro esfuerzo es insuficiente, cada día tenemos menos margen para, con lo que nos queda, poder organizar las estructuras necesarias para un funcionamiento con garantías de este virreinato, para poner en práctica un buen gobierno de estos territorios.

La conversación continuó desgranando ampliamente la situación real del Perú y de sus vastos territorios en los aspectos estratégicos, defensivos, económicos, sociales y religiosos, hasta el momento de servirse la cena en uno de los comedores al aire libre de la hacienda de Francisco Potter. La virreina Teresa de Castro se había distraído muy discretamente de la conversación para interesarse por el embarazo de Concepción, la mujer de Potter. Ya en la cena, Teresa insistía para que el virrey tomara más cantidad de pescado y vegetales y que no estuviera tan pendiente de la carne. Creía ella que de esa manera mejoraría su estado de salud, incluso quién sabe si sería bueno para la gota. Tras la cena, la conversación fue recuperando su rumbo y, llegado el momento, patentice de nuevo mi interés por la cuestión de las islas Salomón.

—Como bien sabe nuestro anfitrión, ése es un tema muy delicado —dijo el virrey, apoyándose en Potter.

—Es cierto —apuntó Potter—. La cuestión no es nada fácil de resolver, debido precisamente a lo que Hurtado nos contaba antes sobre el estado de la economía y las instituciones aquí en el Perú.

—Es mi voluntad —siguió el virrey— que esa jornada de navegación se lleve a cabo, pero tengo instrucciones del rey Felipe II de que ello no cueste un real a la corona. Eso sí, dando todo el apoyo a la expedición de Mendaña.

—Pero eso no deja de ser un enredo porque, si bien es cierto que tanto Mendaña como la familia de su mujer, Isabel Barreto, disponen de cincuenta mil ducados o más para afrontar la jornada, difícilmente se les

pueden vender barcos o artillería de la corona porque no disponemos de ellos. Si se les vende lo que hay quedarían Lima y El Callao completamente indefensos ante cualquier eventualidad —concluyó Potter.

—Conocemos la importancia de esa jornada y lo que puede reportar a la corona —indicó Beltrán de Castro—. Todo el mundo está de acuerdo en apoyarla... bueno, realmente todos no, porque también hay gente que no aprecia a Mendaña y otros muchos le tienen envidia por sus descubrimientos, por las dos capitulaciones reales... y por la esposa tan bella que posee, los celos también son un factor a tener en cuenta, y por el empeño que Isabel Barreto está poniendo en sacar adelante tan difícil expedición, pero, a lo que iba, en la Marina disponemos solamente de la nao *San Jerónimo*, con las carencias antes expuestas, y de un par de galeotas con las que difícilmente podríamos afrontar con garantías una defensa contra dos naves corsarias si nos atacaran al mismo tiempo, y no quiero ni pensar que fallen las comunicaciones y que el ataque al puerto de El Callao sea por sorpresa.

—Para que Mendaña pueda llevar a cabo su jornada de navegación —continuó el virrey—, precisa al menos de dos naos y una o dos embarcaciones menores de apoyo, ya sean galeotas, ya sean fragatas, y no dispone de ellas ni tiene dónde comprarlas.

—Circulan rumores —siguió Potter— de que al menos disponen de una embarcación, de una galeota, mérito que las mismas lenguas atribuyen al buen hacer de Isabel. Sea como sea, les falta lo principal, que son dos navíos con garantías, y nadie consideraría de buen gobierno que Hurtado vendiera la *San Jerónimo* aunque ello reportara muchos ducados a la corona.

—Quedaríamos indefensos —apuntó Beltrán de Castro.

A todas luces, al margen de intereses más o menos fuertes en contra de Mendaña, desde el Perú y sus instituciones poco o nada más se podía hacer en lo concerniente a las islas de Poniente. De todas formas, la aventura me parecía tan atractiva, tan apetecible que me resistía a creer que pudiera desvanecerse sin ni siquiera haber empezado.

Desde que su majestad el rey Felipe II me encargó que investigara este asunto, despertó en mí un inusitado interés, quizá por los mitos que

rodeaban la historia de las islas y que hablaban de que el bíblico rey Salomón había conseguido allí sus riquezas, proporcionadas por la mismísima reina de Saba. Otro aliciente fue la lectura de las encuestas y de los memoriales de los que participaron en aquel primer viaje de descubrimiento en 1567. Dejando a un lado las notables diferencias de criterio entre el piloto mayor Hernán Gallegos y el cosmógrafo y navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, la lectura de la relación del viaje, desde la diferente visión de varios ilustres servidores de los intereses de la corona, invitaba a embarcarse en nuevas aventuras de descubrimiento y colonización de tierras ignotas en el mar del Sur. Pero había un tercer elemento que de manera especial me empujaba a ello: la arrolladora personalidad de Isabel Barreto de Mendaña y su cautivadora belleza. Ella era, sin duda, la clave del éxito o del fracaso del proyecto y yo, a pesar de lo que la lógica evidenciaba, me inclinaba a creer en ella.

Habíamos dejado ya los temas oficiales y hombres y mujeres departíamos juntos refrescándonos con alguna fruta y bebiendo licores. Saqué a colación que durante el viaje entre Sevilla y Portobelo había leído *La Araucana*, un poema épico escrito por Alonso de Ercilla, en el que los protagonistas eran el propio virrey, García Hurtado de Mendoza, y el cacique indio araucano Caupolicán.

—Ercilla fue soldado a mis órdenes cuando, hace ya bastantes años, fui enviado por mi padre, que entonces era virrey aquí, a pacificar los territorios de Chile. Allí se inspiró para escribir ese poemario en el que describe magníficamente aquellas tierras y a los araucanos.

Estábamos con esos temas, más dedicados a recordar anécdotas y experiencias, cuando un oficial de la guardia del virrey pidió licencia para entrar. Venía acompañado por un soldado con aspecto cansado. Dirigiéndose al virrey, presentó al soldado como un mensajero que llegaba desde Panamá enviado por el gobernador con un despacho urgente.

—¡Preséntese, soldado! —ordenó el oficial de arcabuceros.

—Soy el soldado Elisardo Iglesias Gómez, señor, del regimiento de lanceros y arcabuceros del gobernador de Panamá, que me envía con despacho urgente para vos.

—¿Cómo habéis hecho el viaje, soldado? —preguntó el virrey.

—Por mar, señor. En el patache *San Buenaventura*. Arribamos al puerto de El Callao esta misma tarde.

El virrey rompió el sello oficial del gobernador de Panamá y leyó con gesto grave el despacho. Las noticias no eran nada buenas.

—Exactamente ¿cuándo salisteis de Panamá? —preguntó de nuevo el virrey.

—Hace veinte días, señor —respondió el soldado.

—Cuidad de este hombre hasta que pueda ser embarcado de regreso a su batallón en Panamá —dispuso Hurtado, dirigiéndose a su oficial, al que también ordenó que citara en palacio, con la mayor premura, a los oficiales jefes del regimiento de arcabuceros, a los jefes del batallón de lanceros, al oficial de defensa de El Callao y a los mandos de los alguaciles. Ya dirigiéndose a nosotros, nos hizo partícipes de tan mala noticia—. Amigos, el corsario inglés Richard Hawkins viene hacia aquí. Ésas son las noticias que llegan de Panamá. Ahora debemos esperar la llegada de otro correo, en esta ocasión por tierra, procedente de Asunción, que nos confirme el paso del corsario frente a la desembocadura del río de la Plata.

—Me adelanto para reunir a los mejores marinos y para ordenar que preparen la *San Jerónimo* y las galeotas disponibles —dijo Beltrán de Castro.

La velada finalizó de manera inesperada. El sol regalaba sus últimos rayos, perfilando la Ciudad de los Reyes entre luces y sombras, dotándola de una mayor belleza, aunque efímera, ya que el mar del Sur se tragaba al astro rey de una manera sorprendentemente rápida. ¡Qué contraste con Flandes! Sin puestas de sol, siempre bajo intensas nieblas y lluvias meonas. ¡Qué distinto a Galicia! Con aquellos largos y plácidos atardeceres en los que el océano Atlántico no tiene prisa por llevarse el sol. Me puse a disposición de García Hurtado de Mendoza y con él me fui a palacio. Potter también nos acompañó. Mientras esperábamos la llegada de todos los oficiales convocados, comenté con Hurtado de Mendoza mi excursión cruzando el Rímac y bordeando toda la bahía de El Callao. Le mencioné que dos días antes, el patache *San Buenaventura* estaba fondeado cerca de los islotes y

que de él salían una serie de lanchas cargadas de fardos que entraban contrabando a través de las aldeas indias. El virrey no se sorprendió ante tal noticia. Me dijo que esas actividades fraudulentas eran frecuentes y que poco se podía hacer para evitarlas. Personajes importantes de la sociedad limeña participaban de esos negocios que perjudicaban al tesoro real y a los comerciantes honrados, que ofrecían los productos llegados de la Península tras haber pagado el correspondiente almojarifazgo. Las mercancías procedentes del contrabando podían llegar a costar entre cinco y diez veces menos que las vendidas legalmente.

La noche había caído y con ella los temores se habían adueñado de las calles. Los malos presagios se confirmaron y el mal llegaría efectivamente por el mar, tal como anticiparan en la huaca de Santa Ana los oráculos al dios Rímac, río divino para los indígenas. Y la noticia había corrido como la pólvora por la Ciudad de los Reyes, que desde esa noche iba a mantener una tensa vigilia, en espera de que sus defensas fuesen suficientes para evitar, con la ayuda de Dios, el saqueo y la destrucción de la ciudad y su puerto.

Poco a poco los citados fueron llegando a palacio. Entre ellos Lorenzo y Diego Barreto y el adelantado Álvaro de Mendaña y Neira, que ya había participado en la puesta en fuga del pirata Drake y en el enfrentamiento victorioso ante el corsario Cavendish. Sus rostros, curtidos en numerosas campañas militares en tierra y mar, expresaban preocupación, y también impaciencia por conocer más detalles sobre las noticias que habían oído referentes a la llegada del corsario Hawkins. La espera no era agradable pero era inevitable, todos los que estábamos allí queríamos buscar soluciones y tomar disposiciones cuanto antes para evitar ser cogidos por sorpresa por el pirata. Saliendo a las puertas de palacio, observé cómo poco a poco se iba concentrando gente en la plaza, varios centenares de personas, que igualmente esperaban noticias con que poder calmar los ánimos de una población alterada, primero por los rumores partidos de las huacas y después por la confirmación de los mismos con el correo llegado desde la Audiencia de Panamá. Casi todo el mundo se concentraba alrededor de la fuente del ángel, sólo unos pocos estaban más próximos a las puertas del palacio. Esa noche la ciudad parecía más iluminada que nunca y tanto la

catedral como las iglesias permanecían abiertas para acoger a los fieles necesitados de apoyo espiritual para sobrellevar de mejor manera la situación de crisis que se avecinaba.

Por otro lado, los acuartelamientos estaban en alerta máxima, con todo el mundo disponible y en su puesto, a la espera de recibir las órdenes pertinentes dispuestas en palacio en la reunión que estaba pronta a celebrarse.

Por fin, todos congregados en el salón de armas del palacio del virrey, dio comienzo la junta de defensa y fue precisamente García Hurtado de Mendoza el que tomó la palabra en primer lugar para informar oficialmente a todos los presentes de cuál era el peligro que había que afrontar. Aunque todos ya tenían noticias del mismo desde el momento en que fueron convocados, la confirmación por parte del virrey acentuó la gravedad de los hechos. Uno tras otro, cada uno de los responsables de la defensa fue informando del estado de sus tropas, de sus acuartelamientos, del estado de los barcos disponibles, de los de la corona y de los privados puestos a disposición del virrey para la defensa de Lima y su puerto y, por tanto, de todo el virreinato del Perú, del armamento disponible y de su estado, de la munición, la pólvora... y, finalmente, del posible alistamiento de civiles como voluntarios y del reclutamiento de presos a cambio de prebendas, si arriesgaban sus vidas en la defensa de la ciudad.

Se decidió la alerta permanente, coordinada desde el propio palacio por un gabinete de crisis. Gabinete que sería el encargado de la gestión de los medios, día y noche, y de informar inmediatamente al virrey de las novedades importantes que se fueran produciendo. Se reforzaron las defensas de artillería en las playas de El Callao, del Barranco, Miradores y la Magdalena. Se ubicaron puestos de vigilancia continuada en el islote de El Frontón. Se enviaron correos con instrucciones de defensa a los pueblos costeros de la región de Ica, al sur de Lima, y también a Valparaíso, en Chile, así como a los puertos norteños de Santa y de Paita.

Se pidió a la población civil que se agrupase en batallones de defensa bajo el mando de alguaciles o capitanes, que se preparasen para vivir unos días de tensa espera y de posible conflicto armado contra un enemigo sobre el que no se tenían demasiados datos, pero que resultaba siempre muy

peligroso, tal como atestiguaban los que sufrieron sus ataques en distintos puertos del Caribe. Yo me puse a disposición del virrey y de Beltrán de Castro, responsable de la Marina de guerra, para participar tanto en jornadas de patrulla costera para avistar al enemigo como en la defensa del puerto. De todas formas, antes de precipitarse en acciones sin ton ni son, habría que esperar las noticias que debería traer el correo de Asunción.

Los siguientes días la Ciudad de los Reyes y su puerto estaban totalmente militarizados, con los habitantes implicados en la defensa aportando hombres, armas y munición por un lado y por otro, alimentos para el mantenimiento de la tropa y de los bastimentos de los navíos que patrullaban la costa.

El correo de Asunción llegó y se presentó ante el virrey con despacho sellado en la Audiencia de Buenos Aires. El virrey leyó el comunicado y participó de su contenido al gabinete de defensa, informando de que Richard Hawkins, famoso corsario al servicio de la corona de Inglaterra e hijo del no menos conocido John Hawkins, compañero de andanzas del temible Drake por el Caribe y otros mares, se dirigía a las costas españolas del mar de Sur con el fin de saquear ciudades, almacenar riquezas y causar el mayor destrozo posible, para mayor lamento y debilidad de la corona española. A estas alturas, y teniendo en cuenta la fecha de los despachos recibidos, el corsario debía de estar a punto de enfrentarse al estrecho de Magallanes.

Todas estas amenazas significaron un freno en la actividad cotidiana de El Callao y de Lima. Muchas familias abandonaron la ciudad para dirigirse a los lugares donde tenían plantaciones y encomiendas, llevándose consigo las pertenencias de más valor, aun a riesgo de ser asaltados por los cimarrones. Se dirigían fundamentalmente hacia Huancavelica e Ica, pero lejos de la costa y de la capital. Los tesoros de iglesias, conventos, catedral, palacios y casas particulares fueron ocultados en catacumbas y otros depósitos creados para tal efecto y las riquezas que, en forma de oro, plata y monedas, se encontraban almacenadas en las cámaras del tesoro del palacio y de la casa de aduanas en el puerto fueron trasladadas a otros lugares y repartidas de tal manera que el descubrimiento de uno o de varios de los depósitos por parte de los corsarios no significara la ruina total de la ciudad,

ni la pérdida de lo trabajado en las minas durante varios meses. Todo ello reflejaba que había gran actividad, mucha de ella secreta, para que nadie pudiera aprovecharse de la preocupación por un enemigo extranjero, teniendo al ladrón en casa, que espabilados los hubo y habrá siempre en todas partes. Además, por seguridad, prácticamente nadie debía conocer todos los almacenes secretos que guardaban el tesoro para que, en caso de tortura, no se pudiera dar más información que la que realmente se conocía, evitando así la pérdida total del tesoro real.

Cuando una persona es capaz de calmarse, a pesar de estar viviendo trances difíciles, horas y días de desasosiego y riesgo, puede recuperar la memoria de lo cotidiano y de lo considerado primordial en los momentos anteriores a la crisis. Esa capacidad era la que se le exigía a un buen oficial y la poseían también aquellas personas que considerábamos extraordinarias. Me intrigaba saber cómo afrontaba Isabel Barreto una situación que podría echar al traste todos sus planes y frustrar sus ambiciones. Para averiguarlo busqué la ocasión de compartir misión con su marido Álvaro de Mendaña, el adelantado de las islas Salomón. Zarpamos en un patache a patrullar en una jornada de sólo cinco días hacia el sur, de tal manera que el avistar naves enemigas no nos pillara demasiado lejos y pudiéramos regresar con la suficiente rapidez para dar la alerta y organizar la defensa del puerto y la ciudad.

Al salir del puerto, me pareció extraño no ver a Isabel despidiendo a su marido y a su hermano Lorenzo. Navegamos con buen viento hacia el sur, sin perder la referencia de la costa. El propio Mendaña era el piloto de la embarcación, dejando claros sus conocimientos del arte de navegar, si bien es cierto que esa ruta la conocía perfectamente y no entrañaba demasiada dificultad. Lorenzo con un catalejo y yo con otro oteábamos el horizonte desde la proa en busca de un enemigo, invisible de momento. Además, contábamos con turnos de vigías alternándose en el puesto de observación de la cofa. Al caer la noche, fui invitado a cenar en el camarote de los Barreto y cuál fue mi sorpresa al encontrar allí a Isabel, con el pelo recogido y con ropa de hombre, para no ser descubierta por el resto de la tripulación, poco receptiva a llevar mujeres a bordo en estas lides. El atrevimiento de esa mujer alcanzaba grados temerarios, se arriesgaba a que

la Santa Inquisición la descubriese y la acusase de inmoralidad, de indecencia, como una vulgar ramera, por ir vestida con atuendos impropios y antinaturales para una mujer. Sería impensable verla así en Madrid o en Sevilla, pero estábamos en el Nuevo Mundo.

—¿Sorprendido, señor De Melo? —preguntó la propia Isabel—. Usted es un hombre de mundo y a mi familia y a mí nos parece de confianza, que suponemos recíproca.

—No lo dudéis. Y con respecto a la pregunta, debo confesar mi sorpresa pero también mi satisfacción por verla de nuevo en plena actividad. Admiro su valentía, señora. Su marido y su familia deben estar orgullosos de usted.

—No son necesarios tantos halagos, señor De Melo —dijo Mendaña—. Me parece excesiva su presencia aquí, no era necesario exponerse de esta manera —dijo refiriéndose a su mujer en el barco.

—Isabel, estoy de acuerdo con tu marido —sentenció Lorenzo Barreto.

Esa noche, escuchándola, tuve respuestas para algunas de mis preguntas. No cabía la menor duda de que ella era el alma y el corazón de la familia y la estrategia de lo que se debía o no hacer en cada caso. Incitaba continuamente a su esposo Mendaña a ser protagonista en la defensa contra el inglés y a sus hermanos también, en este caso a Lorenzo, para que quedara patente el buen hacer de los Barreto y su disposición para defender los intereses de la corona y por su valentía en los conflictos.

Al tercer día, se realizó la maniobra de cambio de rumbo para regresar a El Callao. Fue ese atardecer cuando avistamos por el sur un navío, localizado por el vigía de la cofa. Mendaña dio las órdenes pertinentes para que se ciñera la mayor y se largara la gavia para adquirir más velocidad, y que se hiciera la misma operación con la vela de trinquete y el foque. Entre tanto, Lorenzo y yo intentábamos adivinar el pabellón de la embarcación que venía a todo trapo. De ser los corsarios, dependíamos únicamente de la pericia como navegante de Álvaro de Mendaña.

Se trataba de un bajel español. Aflojamos la marcha manteniendo la cautela hasta comprobar definitivamente la primera apreciación. Barco amigo pero noticias malas. El capitán Juan Martínez de Leiva estaba al mando y se dirigía a Lima enviado por el gobernador de Chile, Oñez de Loyola, para informar de la inminente llegada del corsario Hawkins.

Cuando arribamos a puerto, acompañamos al capitán ante el virrey, a quien dio parte de lo indicado por su gobernador y de las medidas de defensa que tenía previstas para Valparaíso. Nosotros reforzamos más, si cabe, nuestra vigilancia. Tras un día para el aprovisionamiento del barco, se ordenó al capitán Martínez de Leiva su regreso a Chile para apoyar la defensa de Valparaíso y de la Audiencia de Santiago.

No esperábamos ver de nuevo a Martínez de Leiva tan pronto. No había transcurrido un mes desde su partida de Lima y ya entraba otra vez con su barco en la bahía. Las dos leguas entre El Callao y Lima le parecieron interminables. Por segunda vez ante el virrey informó.

—Señor —dijo, dirigiéndose a Hurtado de Mendoza—, Valparaíso está en manos del corsario. Cuando nos acercábamos, oímos ruido de cañones y arcabuces y vimos varias zonas de la ciudad en llamas. No había oposición al inglés, que con unos setenta hombres bien armados tomó la ciudad. Usamos el bote para acercarnos a tierra y comprobamos los daños causados por el inglés y la situación de la ciudad y del puerto. Ambos estaban en su poder. Arrasaban con todo y pedían rescate a cambio de devolver sin daño las pequeñas embarcaciones que todavía quedaban a flote en el puerto. Cuando regresábamos a nuestro barco, vimos cómo apresaban una nao que era esperada esos días, venía cargada de oro y manzanas procedente de Valdivia. Siempre trae manzanas, señor, son muy buenas y apreciadas en la ciudad.

—Tranquilícese, capitán —dijo el virrey—. Siga su relato.

—Con la *Dainty* a la vista, así se llama la embarcación corsaria, nos dimos cuenta de la inferioridad en la que nos encontrábamos y para no caer en sus manos y entregarles otro barco, decidimos poner rumbo al Perú para encarar al enemigo junto a la *San Jerónimo* y a las otras pequeñas embarcaciones que en este puerto pudiera haber.

—Buena decisión, capitán.

De esta manera tan dramática, preocupados por lo que estaban sufriendo en Chile, y enterados del poderío de la *Dainty*, así como del armamento y preparación de los corsarios, pergeñamos la estrategia de defensa de la capital del virreinato del Perú.

La *Dainty* enfilaba la proa hacia la línea equinoccial con los pañoles llenos de alimentos, como para afrontar una larga jornada de navegación. Todo el oro en polvo robado al barco que procedía de Valdivia, dos mil quinientos ducados de oro cobrados por el rescate de varias embarcaciones del puerto, que en caso de no pagar serían hundidas, sin olvidar varios miles de reales de plata, fruto de saqueos diversos y otras extorsiones, era un botín magnífico. Navegaban eufóricos, con la tranquilidad que da una victoria sin apenas esfuerzo, la resistencia en Valparaíso había sido nula, y con tan succulento pendolaje no tenían prisa en llegar a El Callao. Estaban saboreando su primer gran golpe en el mar del Sur, el mar al que los propios ingleses llamaban el *mar español*. Sin duda, pretendían que dejara de serlo.

Desde Panamá había llegado otra nao, la *San Francisco*, preparada para entrar en combate apoyando a la *San Jerónimo*, que por sí sola o con la simple ayuda de pataches o galeotas, no tendría nada fácil el enfrentamiento con el moderno y bien armado barco de Hawkins.

Mediado ya el mes de junio, la *Dainty* se disponía a acometer desde alta mar la entrada en la bahía de El Callao. Había navegado lejos de la costa para no ser vista; los ingleses querían sorprender a los españoles sin darles tiempo para la reacción. Pretendían otra entrada triunfal. Lo que no esperaban era ver salir de la bahía a un patache con rumbo Norte y dirección a Panamá, que llevaba las bodegas bien cargadas, tal como reflejaban la poca velocidad con que se desplazaba y el nivel del mar por encima de la línea de flotación. La codicia del corsario le hizo pensar inmediatamente en otro cargamento de oro. Cambió el rumbo y se lanzó contra el patache, al que alcanzaría en poco más de tres horas. Primero el oro y después el puerto y la ciudad, debió de pensar Hawkins.

Con el patache a tiro, la *Dainty* disparó un verso, más con intención de asustar y detener al barco español que de pretender causarle grandes daños, y mucho menos hundirlo. La carga era lo importante y era necesario que la embarcación capturada no sufriera grandes desperfectos. El patache, ante lo desproporcionado de la pelea, ni siquiera lo intentó. Arrió velas y esperó. La *Dainty* arrió las necesarias para reducir la velocidad y quedarse al paio, abarloada junto al patache, que fue abordado sin resistencia. Los corsarios fueron directos a los pañoles y comprobaron con gran decepción que sólo

contenían maíz y fruta. Incrédulos y de muy mal humor, los ingleses preguntaron a la tripulación del patache cuál era su destino, la respuesta que recibieron fue que la nave española se dirigía al puerto de Paita con una carga de grano y fruta. Resignados, confiscaron una parte de la carga. La sorpresa la causó el estruendo de una andanada con la que eran saludados desde la *San Jerónimo*. Los corsarios, entretenidos con la piratería, habían olvidado la vigilancia. Su prepotencia les había jugado una mala pasada.

Hawkins, desesperado, ordenó izar velas. Se desgañitaba gritando a su tripulación que regresara a la *Dainty*. La celada había dado resultado. El patache sirvió de cebo para alejar a los corsarios de la capital del virreinato y para lograr que se detuvieran en alta mar, lo que permitiría que los navíos *San Jerónimo* y *San Francisco* pudieran aproximarse a él con posibilidades de entrar en combate de manera ventajosa o, cuando menos, de perseguirlo por un mar para ellos desconocido, con lo que aumentarían las posibilidades de captura y rendición. El plan de Mendaña y Beltrán de Castro había funcionado.

Los ingleses tardaron en alcanzar la velocidad de crucero, pero nuestros barcos estaban ya muy cerca. La persecución estaba servida. La *Dainty* era muy rápida, pero nuestros pilotos, muy hábiles y conocedores de esos mares. Entre bordada y bordada, algunas andanadas que poco o ningún daño hacían, pero servían para meter miedo al enemigo y para dejar claras las intenciones. No se podía consentir que los corsarios camparan a sus anchas por un mar que era nuestro, y un buen escarmiento supondría que en Inglaterra se lo pensarán muy mucho antes de iniciar una nueva incursión por el mar del Sur.

Mendaña sugirió que la *San Jerónimo* se introdujera mar adentro, abandonando la estela de la *Dainty*, que sólo seguiría la *San Francisco*. Aseguraba el adelantado que alejados de la costa se aprovecharían vientos más fuertes, con los que se lograría alcanzar al corsario atacándole por dos frentes, empujándole a tierra al no tener posibilidad de maniobra. Uno de nuestros navíos los tendría siempre a tiro. Dos días después de iniciada esa estrategia, los vientos favorables habían confirmado las previsiones de Mendaña. Teníamos acorralado al barco enemigo y por sorpresa. Andanada tras andanada, los ingleses habían sido empujados hacia la costa con daños

en su arboladura y con algunas bajas. Ya había entrado el mes de julio y nos encontrábamos en la bahía de Atacames, unas quince leguas al norte de la línea equinoccial.

OceanofPDF.com

LA SONRISA DE LA AMBICIÓN

La alegría fue inmensa cuando los vigías, situados estratégicamente para controlar la llegada, bien del corsario, o bien de los nuestros, informaron de la pronta arribada a puerto de las dos naos españolas y del buque inglés, también con pabellón español. Atrás quedaron casi tres meses de incertidumbre y temor, que se iniciaron cuando se tuvo noticia de que Hawkins se dirigía al mar del Sur con la intención de robar y destruir los puertos y las embarcaciones de la corona española. Toda esa tensión acumulada, durante varios meses de sufrimiento, se convirtió de golpe en alegría a raudales.

Las dos leguas que separan la Ciudad de los Reyes de su puerto por el camino real registraban un movimiento pocas veces visto. De Lima bajaban carrozas, calesas, carromatos, jinetes y gente de a pie, a los que se unían otros procedentes de los pueblos de la costa. Muchos iban cantando, otros rezando y dando gracias a Dios por tan satisfactoria solución al conflicto. A un buen puñado de mujeres, algunas con sus hijos, se las veía impacientes por comprobar que sus maridos o sus hijos, enrolados en la *San Jerónimo* o en la *San Francisco*, regresaban sanos y salvos. Varios sacerdotes, con la colaboración de los religiosos de diferentes órdenes, rezaban el santo rosario ante centenares de fieles a pie de playa, con la mirada fija en las naos victoriosas que se aproximaban al fondeadero.

Cuando desembarcamos fuimos recibidos como héroes. Afortunadamente, nadie tuvo que llorar ninguna desgracia en el bando español, con lo que los familiares de las tripulaciones pudieron compartir ampliamente el éxito de la hazaña naval con todo el pueblo de la Ciudad de los Reyes y su puerto. Nuestros soldados escoltaron a Richard Hawkins hasta un calabozo sito en la casa de aduanas de El Callao, mientras que su

tripulación fue dividida entre los calabozos del acuartelamiento y los de los alguaciles, salvo tres de ellos que, por estar heridos, fueron enviados al Hospital Español. Se decretaron tres días de fiesta y las celebraciones implicaron a toda la ciudad. Se sucedieron las misas solemnes de agradecimiento por las venturosas noticias, la música invadió las calles y las familias nobles se pasearon por la plaza Mayor en sus engalanados carruajes y vestidas con las mejores galas. El acto principal, el más esperado, fue el homenaje a los héroes que, marcialmente formados en la plaza Mayor, frente a palacio, y con la concurrencia de miles de personas, fueron condecorados y recompensados por los virreyes y loadas sus gestas, para mayor delirio del público asistente, en la que quedó registrada como primera batalla en el mar del Sur con resultado victorioso para la corona española.

Con Hawkins se respetó el pacto de rendición que negoció Beltrán de Castro, capitán general de la flota que salió en su captura; no habría pena de muerte para nadie. Tras los pertinentes interrogatorios, se tuvo noticia de los planes de los corsarios, que no eran otros que apoderarse de cuantas más riquezas mejor, para así debilitar la economía de la corona española, tan necesitada de las remesas que anualmente se enviaban desde el Perú. El virrey escribió un despacho a su majestad el rey Felipe II, narrando tan victoriosos y provechosos hechos, la recuperación del oro y plata robados en el saqueo de Valparaíso y la captura de un magnífico y moderno buque de guerra, perfectamente artillado, que serviría para reforzar la Marina de defensa del virreinato y del mar del Sur.

La situación general de Lima había cambiado. No quedaba más remedio que retomar la normalidad, anterior al primer aviso con la amenaza del corsario. Y al socaire de los acontecimientos vividos, quien más quien menos pretendía sacar partido. Isabel Barreto, con su intuición y como mujer decidida y preclara, estaba preparando una nueva estrategia. Ahora o nunca, pensaba. La decisiva participación de Mendaña en la captura de Hawkins, unida a la numerosa aportación de la familia Barreto al conflicto, la donación de una buena cantidad de provisiones para los barcos en los que

se encontraban junto a Mendaña sus hermanos Lorenzo y Diego, eran circunstancias que ella sabría aprovechar. Durante varios días se la vio más sonriente que de costumbre, más alegre y participativa de la vida social, lo que algunos interpretaron como una mera circunstancia relacionada con los honores recibidos por su marido y por sus hermanos y también por los tres días de fiesta que se convirtieron en un prelude de las celebraciones dedicadas a Santiago Apóstol.

Isabel aprovechó uno de los muchos actos festivos para insinuar al virrey, de manera muy sutil, que tanto esfuerzo de los Barreto y del propio Mendaña en la captura del inglés bien merecía un gesto por parte de su persona y que, como la corona disponía ya de dos buenos navíos, amén de otras embarcaciones de menor calado, la *San Jerónimo* podría serles vendida para su utilización en la jornada a las islas de Poniente. La *Dainty* capturada al corsario era una nao con garantías para defender el Perú. El atrevimiento de Isabel provocó una sonrisa en Hurtado de Mendoza y una gran sorpresa en Mendaña y sus hermanos. Sin embargo, no debió de resultar una idea tan descabellada puesto que el virrey, tras escucharla, le contestó que tendría en cuenta su propuesta.

—Si vos dais ese primer paso, yo consigo después los demás barcos —dijo Isabel, zanjando el tema, más como si de un reto se tratase que de una petición a la corona a través del virrey.

Me fijé en que durante todos esos días la mujer de Mendaña tenía casi permanentemente a su lado una sombra, era el negro cimarrón que le había salvado la vida meses atrás cuando, en pleno ataque de bandoleros, se interpuso entre ella y otro cimarrón, recibiendo él mismo un machetazo que no le correspondía. Había dejado de ser un esclavo huido al monte y dejado atrás su mala vida como cimarrón. Curado de sus heridas y viendo las atenciones con las que había sido tratado por parte de los Barreto y los demás trabajadores de la hacienda, había aceptado la oferta de la propia Isabel, que le había propuesto convertirse en su sirviente y protector. El negro cuidaba el caballo de Isabel, conducía su calesa y la acompañaba a todas partes, siendo un inesperado criado que le garantizaba seguridad. Con su fisonomía y su porte imponía respeto. Si a ello añadimos su seriedad de rasgos y lo difícil que resultaba hacerle pronunciar más de dos frases

seguidas, el resultado parecía perfecto. Demasiado perfecto para algunas lenguas viperinas que también creían ver en él un juguete.

Hacía ya más de veintiún años que a Mendaña se le había otorgado la capitulación real, firmada por el propio Felipe II, con la autorización para emprender un segundo viaje de exploración a las islas Salomón. Tal capitulación tenía fecha de 27 de abril de 1573 y le había supuesto al propio Mendaña un desembolso, a modo de compensación para los miembros del Consejo de Indias y de cobertura por posibles riesgos, de nada menos que veinte mil ducados de oro. Demasiado dinero para tanto tiempo de espera. Y aquella cantidad, que le había dejado prácticamente arruinado, no era más que el comienzo de un dispendio del que no se conocía su tope. Afortunadamente, Álvaro de Mendaña era un hombre atractivo para las mujeres y siempre había resultado enamoradizo. Por una mujer regresó de manera precipitada de su primer viaje cuando descubrió las Salomón. Sin un peso real en la faltriquera, pero con la fama de descubridor y el título de adelantado de las islas de Poniente, concedido por Felipe II, resultaba ser un buen partido. Además, disponía de cédula real para repetir viaje. Muchas familias lo consideraban una buena inversión, sin embargo, no era algo que los Barreto tuvieran en mente, pero Isabel sí. La diferencia de edad no era inconveniente, más bien al contrario, cuando se conocieron durante el verano de 1580, la juventud y belleza de Isabel jugaban a su favor ante un hombre que rondaba ya los cuarenta y casi le doblaba en edad. Mendaña hacía sólo dos años que regresara de Valladolid, donde el rey le había concedido la cédula. Lo que no esperaba era haber tenido tantos problemas en Panamá, que incluso le llevaron injustamente a la cárcel. Al final, lo que había comenzado con unos desórdenes, provocados por algunos de los hombres que había reclutado en España para su segundo viaje, acabó siendo el pretexto del gobernador de Panamá para detenerlo y saldar así viejas rencillas que más tenían que ver con el tío de Mendaña, García de Castro, de cuando éste había sido gobernador del Perú entre 1564 y 1568.

Fue entonces cuando Isabel conoció a un Mendaña que estaba empezando a impacientarse con la demora que afectaba a su segundo viaje, ignoraba que aquellos dos o tres primeros años sólo supondrían el comienzo de una larga espera. Isabel hizo mella en él desde un principio, a Mendaña

le gustaba como mujer y también por el interés que mostraba por sus aventuras marítimas. La relación entre ambos concluyó en boda seis años más tarde. Contrajeron matrimonio en la iglesia fetiche de Isabel, la de Santa Ana, en el mes de mayo de 1586. Para muchos fue una boda de conveniencia, por un lado se adivinaba la satisfacción de Mendaña por su casamiento con una hermosa mujer que, además o sobre todo, venía con una dote de cuarenta mil ducados de oro bajo el brazo y el interés de todos los Barreto por las islas Salomón; y, por lo que respecta a Isabel, la posibilidad de cumplir un gran sueño, una ambición que se podría lograr ayudando a sacar adelante los proyectos de su esposo, un hombre mayor que ella, pero que conservaba su atractivo y gozaba de buena salud. Ni con los anteriores virreyes, Francisco de Toledo y Martín Enríquez de Almansa, había habido suerte, con el actual, Fernando de Torres y Portugal, tampoco, a pesar de su buena voluntad. Los recién casados desconocían lo que les iba a deparar el futuro, pero ahora había dinero junto a la cédula real, sólo faltaba la autorización del virrey para poder disponer de una flota con armamento y dotación de marinería, colonos y soldados.

Desde el primer día de matrimonio, Isabel Barreto de Mendaña se había convertido en la cabeza pensante, en la estrategia, ella era quien pergeñaba las líneas de acción que se debían seguir para alcanzar, cuanto antes, los objetivos propuestos, que no eran otros que el disfrute del título de adelantada consorte, o lo que es lo mismo, gobernadora de por vida de los territorios descubiertos y de todas sus riquezas. Isabel ambicionaba dinero y poder y para conseguirlo pondría todo su empeño. Por eso empujó a su marido a comerciar por mar con las ciudades costeras del virreinato, desde Chile hasta Panamá, para que no perdiera la práctica de la navegación y para mejorar sus conocimientos de las costas del Perú, así como de las corrientes y de los vientos dominantes en el mar que las bañaba. También por ello insistió en que debía tomar parte en la defensa de los intereses de la corona, embarcándose con ocasión de la caza del corsario inglés Thomas Cavendish, a quien los barcos españoles pusieron en fuga, no sin haber hecho unos cuantos prisioneros, haberle causado muchas bajas e importantes daños. Si Mendaña, con la inestimable ayuda de Sarmiento de Gamboa, ya había perseguido al propio Drake, que se escapó por los pelos y

no con pocos padecimientos, era necesario que el adelantado estuviera siempre en primera fila para ganar méritos y posibles recompensas que condujeran al fin último: las islas Salomón.

Y en ésas estaba Isabel, después de ocho años de matrimonio, pero nunca con tanto a favor. La captura de Hawkins y de su barco le habían puesto las cartas de cara. Ahora o nunca, y para ella la única respuesta posible a ese dilema era «ahora».

Antes de finalizar el mes de agosto, el virrey llamó a palacio a Mendaña y a su mujer. García Hurtado de Mendoza había tomado una determinación y se la quería hacer llegar a los implicados.

—Mendaña —dijo el virrey—, vuestra mujer me ha lanzado un reto aún no hace un mes y he decidido aceptar el envite.

Isabel esbozó una amplia sonrisa de satisfacción y esperó la oferta del virrey antes de exteriorizar toda su alegría.

—He decidido venderos las naos *San Jerónimo*, *San Francisco* y *San Juan* por la simbólica cantidad de ocho mil pesos corrientes de a nueve reales de plata —continuó el virrey—. Además, incluyo en el lote parte de la artillería de la *Dainty* y un buen número de arcabuces con su munición, también de entre lo confiscado al inglés.

Ahora sí que Isabel no pudo ni quiso contenerse ante aquella noticia que cambiaba su vida, por eso dejó que la alegría se desbordara y rompiendo todo protocolo se acercó a Hurtado de Mendoza y le abrazó, dándole efusivamente las gracias por tal decisión.

—Ahora, Isabel, sois vos quien debe cumplir su parte —recordó el virrey—. Tenéis de plazo hasta enero para conseguir el resto de la flota, si no, no tendrá efecto este acuerdo que, de todas formas, haremos público para que todo Lima sepa que la nueva jornada está pronta a realizarse y así, quizá, haya un mayor interés por parte de hacendados y comerciantes para venderos alguna embarcación y para que se vea definitivamente vuestro proyecto con todo el apoyo oficial.

Mendaña no daba crédito a lo que oía, no estaba acostumbrado a las buenas nuevas en lo referente a las islas Salomón.

Las palabras del virrey le causaron tanta sorpresa y tanta alegría que su cuerpo y su mente no reaccionaban, seguramente por ver al alcance de la mano algo que se le negó durante más de dos décadas, media vida de intentos y de luchas. Pero Isabel daba respuestas por los dos y de qué manera.

—Mañana mismo haremos el depósito de los ocho mil pesos de a nueve reales de plata —dijo Isabel— y si os parece firmaremos los documentos de venta de la *San Jerónimo*, de la *San Francisco* y del *San Juan*. Yo —continuó en primera persona, como si el empeño de su palabra no tuviese nada que ver con su marido— me comprometo, como ya hice hace un mes, a conseguir las demás embarcaciones para realizar la jornada.

—Tenéis también, a partir de hoy mismo, autorización para nombrar capitanes que, con estandartes reales, recorran las partes del virreinato que vos consideréis oportunas, para reclutar soldados y convencer a futuros colonos, de tal manera que os acompañen en vuestro segundo viaje a las islas de Poniente, esas que vos bautizasteis como islas Salomón.

La noticia tan ansiada por Mendaña y los Barreto se corrió por toda la Ciudad de los Reyes y su puerto como la peste. Y no para todos resultó ser tan buena. Algunos mercaderes, los que más intereses tenían en el contrabando de especias, de sedas y de otros estimados productos que llegaban, bajo cuerda, en el galeón de China, veían cualquier intento de buscar nuevas tierras en poniente, atravesando el prácticamente desconocido mar del Sur, como una amenaza para sus boyantes intereses comerciales. Su prosperidad tenía una alargada sombra que alcanzaba, con su manto corrupto, a muchos resortes de la sociedad, desde alguaciles hasta algún alto cargo de las audiencias de Lima, Santiago y Panamá, desde un montón de peones, para la estiba y el reparto de las mercancías, hasta soldados pagados para la protección de bienes y personas, que más bien parecían verdaderos sicarios. Había, por tanto, mucho enemigo y muy poderoso y a partir de ahora todos los implicados, actuales y futuros, debían de conocer los riesgos que entrañaba tal aventura, mucho antes de ser acometida.

Mi reacción personal fue de enorme satisfacción. Yo quería embarcarme en esa expedición, pero debía ser prudente, mi obligación era mantenerme a

la expectativa y observar cómo se desencadenaban los acontecimientos. No debía, por tanto, mostrar interés por enrolarme hasta el último momento. Pero, eso sí, me situaría en primera línea, para estar al tanto de todos los acontecimientos que tuvieran relación con el viaje.

Por lo pronto, los Barreto no estaban dispuestos a abandonar los quehaceres cotidianos. Era el momento de visitar las encomiendas que la familia poseía en Ica, para controlar su buen funcionamiento y productividad. No se querían reveses inesperados que pudiesen alterar el equilibrio económico que precisaban para afrontar la expedición. Por otro lado, era necesario sondear a los colonos de aquella región y averiguar si estarían dispuestos a afrontar un largo viaje, por un mar desconocido, no exento de riesgos, pero con la recompensa de unas tierras de promisión que a todos harían ricos y donde no faltaría de nada. La tarea no era fácil. La caravana estaba preparada. Varios encomenderos viajaban juntos por motivos de seguridad, cuantos más fueran más dificultades plantearían a los cimarrones ante un eventual ataque. Mi amigo Potter, a quien yo acompañaría, Hernán Gallegos de Andrade, militar retirado del servicio, Nuño Barreto, el padre de Isabel, que iría acompañado por su hijo Luis, dejando libres a Lorenzo y Diego, ocupados en los preparativos de la expedición, eran algunos de los integrantes de la misma. Pero a última hora Isabel cambió de planes, dijo que era ella la que debía ir a lea ya que los demás eran necesarios en Lima. Convenció a su padre y a su marido y se puso al mando de los carromatos de la familia, escoltada por el negro cimarrón. Si ya me agradaba la idea de acompañar, como era de esperar, a mi amigo y anfitrión Francisco Potter, ayudándole, de paso, en los quehaceres de carga y transporte de productos del campo desde Ica a Lima, muchos más atractivos veía en el hecho inesperado de que la belleza seductora de Isabel Barreto compartiera caravana con nosotros durante varias semanas. No puedo negar que me sentía atraído por ella.

El viaje resultó de lo más satisfactorio y enriquecedor. La diversidad de paisajes, de luz, de colores, que nos regalaba el camino dejaba en evidencia la vida capitalina de la Ciudad de los Reyes, que siendo una hermosa urbe, bien trazada y con bellos edificios, quedaba empequeñecida por la belleza natural de todo un territorio que no hacía más que engrandecer el virreinato.

Al atardecer, se escogía un lugar para acampar, que venía siendo el mismo en el que se había acampado en anteriores viajes a Ica. Casi todas las noches nos reuníamos alrededor del fuego los jefes de cada grupo familiar y los acompañantes, mientras que soldados de escolta y peones formaban distintos grupos para la cena. A los pocos días se había producido ya una especie de vínculo más fuerte entre los viajeros, el resultante de la solidaridad y el apoyo mutuo entre las personas, el compartir anécdotas y aventuras en las más o menos largas veladas tras la cena, muchas veces acompañadas por el sonido de algún instrumento musical, generalmente flautas o quenas de los indios del altiplano. Resultaron ser unas noches cálidas, con un firmamento plagado de estrellas que titilaban con fulgor y entre las que destacaba, por lo novedoso para los que nunca antes habíamos estado al sur de la línea equinoccial, la Cruz del Sur, que era uno de los puntos de referencia de pilotos y marinos por los mares que bañan el Perú. Buena comida, marcha sin sobresaltos y compañía agradable hacían del viaje más una excursión que otra cosa.

Isabel daba, continuamente, muestras de su capacidad para gobernar. Manejaba a los peones muy segura de saber lo que les ordenaba, tenía criterio para decidir lo que convenía en cada momento y administraba con mucho tino los víveres con que contaba. Sus hombres, gentes de confianza, de toda la vida en la hacienda de su padre, se sentían seguros con ella, la conocían desde niña y sabían de sus capacidades de mando.

Me llamó la atención cierta complicidad entre Hernán Gallegos de Andrade y ella. En las conversaciones al calor del fuego, durante la noche, era como si tanto ella como él, para dar más énfasis a determinado tema, buscaran el apoyo el uno en el otro. Creo, además, que el cruce de miradas entre ellos no debió de ser tampoco ajeno a otros ojos. Por lo que se ve, se conocían desde hacía muchos años, cuando Isabel era una adolescente y Hernán Gallegos llegó a Lima. Tuvo éste mucha relación comercial y de amistad con Nuño Barreto y todo apunta a que, en tiempos, pretendió a Isabel, aunque lo que es evidente es que sus vidas transcurrieron por sendas diferentes, Gallegos se casó con Citcama Teresa varios años antes de que Isabel contrajera matrimonio con Álvaro de Mendaña.

—¿Cómo es que vos realizáis el transporte de los productos de vuestras encomiendas por tierra cuando, según tengo entendido, poseéis varios barcos? —pregunté a Hernán Gallegos—. ¿No os sería más cómodo y más rápido por mar?

—Estáis en lo cierto, De Melo —contestó Gallegos—. Tengo una nao, la *Santa Isabel*, y un patache, el *Salvador*, pero este año me resultan más rentables como barcos de transporte de mercancías entre Panamá, El Callao y Valparaíso, siempre van con los paños llenos de productos de otros comerciantes y míos también. Hay tanto que traer y llevar en este virreinato que el transporte es un negocio rentable, a tener en cuenta. Por eso mismo, este año y en alguna que otra ocasión anterior, he vuelto a las carretas para ir a Ica a cargar frutos y vino.

—Alonso de Leiva tiene una fragata —dijo Potter—, y desde que la usa para el comercio de mercancías, para ir a Ica o a Huancavelica, donde posee encomiendas, utiliza carromatos tirados por bueyes.

Yo disfrutaba de las conversaciones de todos los hacendados y, cuando me acostaba sobre una manta bajo el carromato, observando las estrellas, pensaba en mí y en mi futuro. Me gustaba conocer mundo y gracias a mi trabajo había ido a lugares muy diversos, no exentos de belleza, aunque casi siempre rodeado de circunstancias desagradables, como guerras, espionajes, negociaciones diplomáticas... nada parecido a este encargo de su majestad el rey Felipe II. Pensaba en Isabel y en esas tierras lejanas del Poniente donde, quizá, todo fuese aún más maravilloso que en Perú. Pero, de momento, y a falta de otro lugar que le superase, este país, este virreinato del Perú repleto de grandes oportunidades para prosperar, se me antojaba como un lugar idóneo para sentar la cabeza, fundar una familia y dedicarme a los negocios. De esa guisa me quedaba dormido. Ni siquiera los sonidos de la noche a campo abierto, ni los gemidos de amores vecinos me perturbaban.

Sucedió una noche, después de retirarnos todos a nuestros carromatos, cuando me llamó la atención ver al negro cimarrón, protector de Isabel, sentado en el suelo arenoso de unas dunas, unos cincuenta pasos alejado del círculo de carromatos. El resplandor que producía la luna sobre la arena había sido su delator. Me quedé observando un buen rato, quizá donde nos

encontrábamos fuese una zona especialmente controlada por cimarrones, pero tampoco tenía mucho sentido que nos asaltaran a la ida, los bandidos obtendrían más beneficio en el viaje de regreso, con los carromatos colmados de productos e incluso con oro y plata. En un momento dado, el negro se incorporó y muy discretamente, pero con rapidez, se dirigió al lugar donde dormía habitualmente, debajo del carromato de Isabel, allí se tumbó sobre una manta. Todo resultaba muy extraño hasta que, de detrás de la duna, surgieron dos figuras que, a hurtadillas, se dirigieron cada una a su carreta. Una de ellas era Isabel. Esa noche no dormí hasta bien entrada la madrugada.

Al día siguiente, la caravana se dividió. Aprovechando una encrucijada de caminos algunos hacendados, entre ellos Hernán Gallegos y la familia Barreto, siguieron un desvío hacia el este mientras que nosotros continuábamos ruta hacia el sur. Coincidiríamos tres semanas más tarde en el mismo sitio para acometer el regreso a Lima.

En la encomienda de Potter trabajaba una veintena de peones; los que estaban casados y tenían hijos vivían en casas adosadas con sus familias, dentro de la propia hacienda, los solteros en barracones. Además, estaban los indios, en el caso de Potter unos cincuenta, de la tribu paraca, que pagaban sus tributos a la corona trabajando para el encomendero al que habían sido asignados. Potter tenía una gran extensión de terreno en la que cultivaba la vid, que le producía mucho y buen vino en cada cosecha. Ese vino se elaboraba en la misma encomienda y se transportaba en los carromatos a Lima, donde era vendido, tanto para consumo en la ciudad como para enviar a otros lugares, incluso a Panamá. Otra gran extensión de terreno estaba dedicada a los olivos, para la producción del aceite, que también se elaboraba allí mismo, y para la venta directa de las olivas. En otras zonas tenía árboles frutales. Una gran riqueza, en definitiva.

La vida en el campo transcurría con un ritmo diferente al que estábamos acostumbrados a llevar en Lima. Los quehaceres cotidianos alrededor de los productos de las cosechas marcaban la pauta. No existían los agobios, las prisas eran desconocidas allí. Ello redundaba en una mayor cordialidad en el trato entre las gentes. En ese clima tan bucólico me dejé persuadir por la candidez y por la belleza de una mujer paraca que me habían asignado

como asistente, se encargaba de lavar mi ropa, de prepararme el baño, del almuerzo... procuraba tener todo a punto para que me sintiese cómodo y la verdad es que trabajaba con gusto a pesar de que era una princesa inca perteneciente a un importante linaje de su pueblo. Curi Ocllo era su nombre. Sucumbí a sus encantos. Sentí tanta felicidad durante aquellos días que por mi cabeza pasó la idea de quedarme a vivir en aquel paraíso, de dejarlo todo y ser feliz con mi princesita. Cuando partimos de regreso a Lima estaba completamente confuso, pensé en volver algún día.

Mendaña y sus cuñados Lorenzo, Diego y Luis se habían propuesto conseguir el mayor número posible de compromisos de alistamiento, para llegar a los quinientos que la capitulación indicaba para la realización de la jornada. Aunque se vivían días de euforia por la captura del corsario inglés, lo que había significado un incremento en la fama de Mendaña, no iba a ser fácil reclutar un centenar de soldados, otro centenar de marineros, y unos trescientos colonos entre familias ya formadas y hombres y mujeres solteros. El título de adelantado, concedido por su majestad, le confería la autoridad suficiente como para nombrar capitanes que, con el estandarte real junto al pabellón del propio Mendaña, pudieran recorrer los pueblos y villas del virreinato y alistar tanto soldados como colonos para el viaje. Lorenzo por un lado y sus hermanos Diego y Luis por otro, y el propio Mendaña en Lima, fueron leyendo las capitulaciones y prometiendo tierras llenas de riquezas para todos los que decidieran embarcarse con él en la venturosa jornada a las islas que enriquecieron al mismísimo rey Salomón. No era fácil ilusionar a gente que más o menos se estaba acomodando en un país tan próspero como el Perú, en el que abundaban los metales preciosos y poseía una tierra en la que con el mínimo esfuerzo producía de todo en sus campos, para que participaran en una arriesgada jornada. El trabajo era arduo y los resultados lentos, pero como ya se habían adquirido tres naos y las demás no tardarían en conseguirse, aunque para ello hubiera que ir hasta los confines del virreinato o incluso a Nueva España, la labor de captación de colonos debía acelerarse.

Sin embargo, Isabel no tenía pensado ir tan lejos a comprar barcos. A los pocos días de nuestro regreso de lea, en el transcurso de una reunión que organizó en su casa a la que acudieron muchas personas principales de

Lima que apoyaban incondicionalmente los planes de Mendaña y los Barreto, comunicó a los presentes y también a su marido la adquisición a Hernán Gallegos de Andrade de la nao *Santa Isabel*, completamente pertrechada, aderezada y marinada para hacer el viaje. Gallegos de Andrade levantó, asimismo, cien hombres a su cargo para la expedición. Me quedó claro que esa gestión de Isabel Barreto había tenido lugar en el transcurso del viaje a Ica y suponía, no solamente el tener ya cuatro barcos, tres de ellos naos, suficientes para emprender el viaje, sino el dejar constancia del apoyo moral significado en el hecho de que uno de los grandes mercaderes de la Ciudad de los Reyes apoyara tácitamente la expedición. Durante la reunión, Isabel no especificó el precio de la operación pero dio a entender, ese día y en ulteriores ocasiones, que en ello había empeñado la dote. Los allí congregados arrancaron en aplausos y felicitaciones. Para todos los asistentes el día de la partida se veía cada vez más cerca.

Las alegrías en casa de los Barreto parecían no tener fin. Otro de los acontecimientos sociales más lustrados de aquellos días en Lima fue el casamiento de Mariana de Castro Barreto, hermana de Isabel, con el capitán Lope de Vega. Al evento asistieron algunas de las mejores familias y varios altos dignatarios del virreinato. El capitán Lope de Vega se incorporó al equipo de Mendaña nada más acabar con las celebraciones de su boda y Mariana de Castro ya advirtió a su hermana Isabel de su deseo de acompañar a su marido en la jornada a las Salomón.

Unos días más tarde, los capitanes Lope de Vega y Francisco Vargas se dirigieron a los valles de Trujillo y Saña, donde levantaron hombres y bastimentos. Tuvieron que ser muy convincentes para conseguir que unas cuantas familias y algunos hombres solteros se aventuraran con Mendaña en su proyecto. De todas formas, las cuentas empezaban a salir, ya se contaban unos sesenta soldados que había que sumar a otras doscientas personas más, entre familias de colonos, hombres y mujeres solteros y la dotación de marinería de la *Santa Isabel*.

El verano se acercaba y con él las fiestas navideñas. Y para Mendaña, una fecha en el calendario fijada como la idónea para la salida: la primera semana de abril, con el otoño mediado y lejos todavía del invierno austral. Se había estado haciendo acopio de alimentos y de los bastimentos

necesarios para el viaje. Se habían criado animales para las provisiones de carne y de leche. Se estaban realizando las reparaciones necesarias en todas las naos disponibles. Se compraron cables, velas, maderas, arcones, botijas... Las dos mejores embarcaciones eran la *San Jerónimo* y la *Santa Isabel*, dos naos de más de trescientas toneladas con tres palos cada una, amén del bauprés. La *San Francisco* era de características semejantes pero más vieja y se encontraba en peor estado. Ponerlas a punto costaba su dinero y las arcas de Mendaña estaban cada vez más vacías, por eso no se debía consentir el menor retraso, buscando al mismo tiempo la mayor efectividad en las gestiones y en la organización de la travesía.

Con el año nuevo, 1595, que se prometía dichoso, llegaron los problemas. En los recuentos de soldados y colonos reclutados en levantamientos anteriores, las cifras habían disminuido, bastante gente se había dado de baja. ¿Cuál fue la causa? El dinero. Un grupo de personajes siniestros había hecho el mismo recorrido que Mendaña, los Barreto y sus capitanes, ofreciendo interesantes adelantos en efectivo a todos aquellos que quisieran trabajar en encomiendas o participar como marineros en embarcaciones comerciales o de contrabando. Los motivos eran evidentes, se trataba de tener más brazos para trabajar en negocios seguros mientras, al mismo tiempo, se dejaba malparado al gran competidor, que podría abrir nuevas rutas que hiciesen menos rentable el contrabando que tantos beneficios les aportaba. A todo esto debemos añadir las energías que estaba gastando Manuel Pérez de Alcázar, uno de los oidores de la Audiencia de Lima, en atender supuestas denuncias contra algunos capitanes de Mendaña, acusados de obligar a algunos hombres a alistarse bajo amenazas, lo cual era falso pero acarrearía dificultades. Este oidor quería, asimismo, aprovechar esa circunstancia para revisar toda la documentación contable de Mendaña, ante las sospechas de que se estuviera haciendo contrabando y se omitiera el pago de las cantidades establecidas por ley a la hacienda real. Todo eran artimañas para complicar las cosas. En las capitulaciones firmadas por el rey Felipe II quedaba muy claro que, si bien la jornada no debía costar un real a la corona, todos los barcos y bastimentos de la misma quedarían exentos del pago de almojarifazgos y cualesquiera otros impuestos. Sin embargo, mientras se atendía al oidor Pérez de Alcázar no se

podían hacer otros menesteres. Todo ello únicamente representaba problemas y retrasos.

Entre tanto no se resolvía la cuestión del reclutamiento, no se podían levantar banderas en busca de más voluntarios para alistarse. De todas formas, los requerimientos del oidor sirvieron para que se realizara un trabajo de recuento y catalogación de todos los materiales y productos disponibles hasta la fecha, como bastimentos para la jornada. Más tarde o más temprano habría que hacerlo y, aunque esa tarea estaba prevista para fechas más próximas a la partida, tampoco estaba mal realizarla, aunque fuese a la fuerza, a esas alturas.

Isabel Barreto estuvo presente en varias encuestas realizadas por el oidor, respondiendo a sus preguntas o corroborando las respuestas dadas por su marido Álvaro de Mendaña. Los interrogatorios eran lentos y muy espesos, como si se buscara por parte de Manuel Pérez de Alcázar el dilatar en el tiempo la resolución del caso. Esa pesadez afectaba anímica y físicamente a Mendaña que, viendo tan cerca su tan ansiado viaje, no atinaba a entender por qué tenía tan mala suerte, tantos problemas cruzándose en su vida. Isabel se daba cuenta de ello y trataba de evitarlo a toda costa. En sus momentos de intimidad le daba muchos ánimos y muestras de cariño. La veracidad o no de los chismorreos sobre el hecho de que su matrimonio fuese de conveniencia, quedaba más para los pasillos y salones de la corte virreinal y para las comidillas de tertulia que para el entorno del adelantado. En público, Isabel siempre se mostró respetuosa y atenta con Mendaña, como cualquier esposa, si bien es cierto que no se prodigaba exteriorizando las muestras de afecto. Para mí, estaba muy claro que Isabel había aprendido a querer a su marido, además de exteriorizar su admiración por él. Aquella mañana en la Audiencia de Lima, tras finalizar la encuesta con el oidor y mientras Mendaña y sus hermanos se retiraban, ella se acercó al estrado dirigiéndose a Pérez de Alcázar.

—Señor oidor —dijo con voz firme pero con una sonrisa en los labios—, este caso está resultando demasiado pesado tanto para usted, que le carga en exceso de trabajo, como para nosotros, que nos vemos retrasados en nuestros planes. Yo me preguntaba si no habría alguna forma de

agilizarlo, de tal manera que nadie saliera perjudicado y todos ganáramos con ello.

—Tengo que reconocer su valentía, señora —contestó Manuel Pérez de Alcázar con su más amplia sonrisa, no exenta de ironía y prepotencia—. Es usted muy decidida en sus voluntades y, desde luego, una mujer hermosa, ¿no crees, Buitrago? —continuó, dirigiéndose a uno de sus alguaciles—. ¿Crees que la señora podría hacer algo para que pudiéramos agilizar el caso?

—Yo creo que cualidades no le faltan —respondió el alguacil mientras se ubicaba a un lado de Isabel, tan cerca que rozaba la descortesía.

Isabel se percató, desde el primer momento, de la encerrona en la que pretendían meterla el oidor y su alguacil. Sabía que el intento de arreglo que buscaba podría depararle una situación tan comprometida como ésta, por lo que no le causaba sorpresa.

—Me halagan con sus palabras, señores —dijo—, toda mujer se sentiría verdaderamente cautivada por cualquiera de ustedes, yo misma en otras circunstancias, pero lamentablemente mi corazón ya pertenece a otro hombre al que amo y respeto. En cuanto al posible arreglo, me doy cuenta de la poca disposición que usted tiene para ello pero, aun así, mi propuesta es la de dejar cinco mil ducados de oro en depósito, para cubrir cualquier eventualidad del proceso y las incomodidades causadas, si las hubiere.

—Sigue sorprendiéndome, señora —contestó el oidor—. Veo ese acuerdo muy complicado —continuó, hablando pausadamente, como regodeándose con la situación, y sin apartar la vista del escote de Isabel, que dejaba ver el nacimiento de sus pechos.

El alguacil, un hombre sin educación ni escrúpulos, viendo tan decidido a su jefe en el envite, parecía que en cualquier momento iba a perder los estribos y abalanzarse sobre Isabel para dar rienda suelta a su desaforada y enfermiza pasión. Ella estaba decidida a aguantar un poco más, quería conocer el efecto que estaban haciendo los cinco mil ducados en el cerebro del corrupto oidor.

—Debo reconocer, no obstante, que la cifra de la que habla no está nada mal... Si usted misma se decidiera a traerla personalmente a mi despacho, sería perfecto —propuso el oidor—. Trataríamos el tema con total

discreción, ¿verdad, Buitrago? Casi nunca se tiene la oportunidad de disfrutar de la compañía de una mujer tan hermosa como usted y... para nosotros sería muy gratificante poder recibirla mañana... sería como una señal de mutua confianza. ¿Qué le parece?

La parrafada del oidor, aplazando su conquista para el día siguiente, pareció complacer también al alguacil que, sin dejar de comportarse groseramente, refrenó un tanto sus impulsos.

—Mañana es muy pronto, señores —dijo ella—. Dense cuenta de que la suma es considerable. Denme algo más de margen... ¿les parece bien el viernes, dentro de tres días?

—Por supuesto que sí, señora —dijo el oidor. Pérez de Alcázar se levantó de su escaño y, bordeando la mesa, se acercó a Isabel para besarle la mano—. La esperamos aquí el viernes por la mañana. Todo estará dispuesto para que el encuentro sea lo más discreto posible. No conviene deteriorar la fama y el buen honor de nadie.

—Pueden estar seguros, señores, de que el viernes estaré aquí —concluyó Isabel, abandonando el salón después de ver cómo las gotas de sudor resbalaban por las sienes del regordete oidor, pero sin percatarse del gesto obsceno que no pudo reprimir el alguacil.

Isabel salió con paso firme del despacho. En el exterior del edificio de la Audiencia se reunió con su marido y con sus hermanos. Allí mismo le pidió a Lorenzo, más bien fue una orden, que fuera a casa de Francisco Potter y le invitara a una reunión en su casa, con la máxima urgencia, incluso, si era posible, que le invitara a comer, a él y al señor García de Melo. Lorenzo no pidió explicaciones que sabía no serían dadas, por lo menos de momento, y marchó diligente a cumplir el mandado. Así fue como nos vimos Potter y yo almorzando en casa de los Barreto, con curiosidad por conocer los motivos de tanta urgencia.

Con jarras de vino en nuestras manos, Isabel fue al grano, no esperó ni siquiera a que fuera servida la comida.

—Amigos, les agradezco la confianza que me han demostrado al aceptar una invitación tan precipitada —comenzó diciendo Isabel—. La

situación lo requiere y preciso de vuestra ayuda.

—Vos diréis, Isabel —contestó Potter—. Os escuchamos.

—Estoy completamente segura de que todos los problemas que han surgido en la Audiencia son una argucia para retrasar o impedir nuestro viaje a las islas Salomón. Nunca nos han gustado, ni a mi familia ni a mucha otra gente de bien de esta ciudad, ni el talante ni las maneras del oidor de la Audiencia Manuel Pérez de Alcázar.

—Ciertamente no se le conocen virtudes —siguió Potter—. Su fama le precede, y no por sus bondades precisamente.

—Yo no tengo argumentos con los que dar una opinión —precisé—, pero no pondré en duda la palabra de gente amiga.

—Esta mañana —continuó Isabel—, le hice una propuesta al oidor, en privado, en la misma sala de audiencias, solamente estaba presente el alguacil. Le ofrecí cinco mil ducados de oro en depósito, como garantía ante cualquier supuesto error o negligencia cometidos, a cambio de aplazar cualquier demanda hasta el regreso de la expedición.

—Pero ésa es una cantidad demasiado elevada —protestó Mendaña—, nos quedaríamos con poco dinero para afrontar los últimos gastos.

—Además, sería prácticamente irrecuperable —apuntó Lorenzo—, tratándose de quien se trata, ese dinero iría directamente a sus propias arcas.

—Es cierto que es una suma considerable —continuó Isabel—, pero más ruinoso sería no poder realizar nuestros proyectos, habiendo gastado ya diez veces más. Prefiero tirar cinco mil ducados que dar por perdidos cincuenta mil.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —pregunté—. Me da la impresión de que usted pretende llegar más lejos...

—Veo que usted está percibiendo mi jugada, señor De Melo —dijo ella—. Ahí es donde entran ustedes. Mi propuesta fue legal, no quería pillarme los dedos con algo que pudiera parecer un soborno a un oidor, pero está claro que esperaba que la tentación hiciera el resto y así resultó ser, la codicia rompe el saco. Pérez de Alcázar pretende que le lleve personalmente esa cantidad el próximo viernes por la mañana. La entrega tendrá lugar en su despacho, con absoluta discreción y con el alguacil como único testigo de la operación.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —inquirió Potter.

—Hablar con el oidor Juan Bautista Monzón y contarle el fraude que su colega Manuel Pérez de Alcázar tiene pensado hacer a las arcas de la corona. Nuestro dinero irá acompañado de un documento firmado y sellado por la familia Barreto, en el que quedará constancia de que se trata de un depósito para cubrir cualquier imponderable por nuestra parte hasta nuestro regreso, permitiendo con esa fianza que podamos seguir con nuestra empresa sin mayores dilaciones.

—Isabel, debéis saber —dijo Potter— que Juan Bautista Monzón es muy serio en su trabajo y no se inmiscuye nunca en las investigaciones de sus colegas. Por otra parte, podría pensar que se trata de una trampa que vosotros le tendéis a Pérez de Alcázar por puro resentimiento.

—No quiero que se inmiscuya en ningún proceso en curso, quiero que investigue un nuevo intento de fraude a la hacienda real, sólo que en esta ocasión el investigado va a ser otro oidor de la Audiencia.

—No es poco lo que pide, señora —dije—. No recuerdo ningún caso en el que una situación similar se haya producido.

—Monzón es un oidor de trato difícil pero creo que respetable —apuntó Lorenzo.

—Intentaré hablar con él esta misma tarde —dijo Potter—, pero no prometo nada porque la cuestión es peliaguda.

La comida transcurrió de manera animada. Salieron a relucir los planes más inmediatos, siempre y cuando la autoridad permitiera seguir adelante con los preparativos. En esa ocasión la sobremesa fue corta. Había cosas urgentes que resolver. Abandonábamos la casa de nuestros anfitriones, y yo me preguntaba qué pintaba en todo esto. ¿Por qué había sido invitado a esa comida? La respuesta llegó en forma de nota manuscrita que la propia Isabel depositó con mucha discreción en mi mano cuando nos despedimos.

El corazón me latía desbocado. Estaba impaciente por leer aquel mensaje, pero no quería hacerlo delante de mi amigo. Tendría que esperar a llegar a casa. Procuraba disimular mi acaloramiento y mi nerviosismo para que Potter no notara nada y si en aquel instante se dio cuenta de algo se lo guardó para él, reaccionó con total discreción. Potter se despidió hasta más tarde, quiso ir directamente a la casa del oidor Juan Bautista Monzón,

cuanto antes resolviera ese complicado asunto mucho mejor para todos y el tiempo, además, apremiaba a Isabel. Tener que hacer la entrega del dinero el viernes permitía poco margen.

En cuanto me encontré solo, completamente aislado de cualquier mirada curiosa, leí la nota que decía:

*Oiré misa a las seis en la basílica de la Vera Cruz. Le espero.
Por favor, no falte. Isabel.*

Ante ese escueto mensaje reaccioné con incertidumbre. Quería verme pero ¿para qué? Y la cita era en una iglesia en plena misa. ¿Qué querría? Me tenía completamente aturdido, porque no sabía si pretendía una cita de carácter personal, que yo en el fondo deseaba, o si se trataba de alguna cuestión relacionada con los problemas que la agobiaban.

La iglesia de la Vera Cruz quedaba cerca de la casa de Potter, asomada a una pequeña plazuela con una sencilla fachada. En su interior, pocos fieles asistían a la ceremonia religiosa, quizá por eso Isabel escogió ese lugar para la cita. Ella estaba bastante atrás, apoyada de rodillas sobre un reclinatorio. Yo me situé lo suficientemente cerca como para que me viera. No me dirigió ni un gesto hasta finalizar la misa. Fue entonces cuando me saludó, lo hizo de manera ostensible, muy cortés, como se saluda a un amigo de la familia; tras santiguarnos salimos del recinto religioso. Ya en la calle y manteniendo las distancias, me hablaba de trivialidades, mencionando que si su marido estaba en tal sitio y sus padres atendiendo los negocios.

Los pocos feligreses que salían de la iglesia nos miraban sin prestar atención mientras Isabel se esforzaba en aparentar normalidad. Quien no sabía a qué atenerse era yo. Me sentía como un admirador descubierto en público por la mujer pretendida, como si ella supiera de mi interés por su persona y quisiera certificarlo con una cita absurda que me dejaría en evidencia. Sudaba.

—¿Os causaría mucho incomodo acompañarme a casa? —preguntó súbitamente—. Debo contaros algo de suma importancia.

—Desde luego, señora —respondí.

—Vayamos bordeando el Rímac —sugirió—, podremos hablar con más tranquilidad.

No comenzó su historia hasta que llegamos a orillas del río. Me quedé atónito cuando me contó lo que había sucedido en la Audiencia con el oidor Manuel Pérez de Alcázar y con el alguacil Buitrago.

—No decís nada, señor De Melo. ¿Qué pensáis de todo esto?

—En el almuerzo pensé que habíais sido muy valiente, pero al oír esta otra parte de la historia creo, sinceramente, que vuestra valentía es más osadía y, como tal, os puede resultar muy cara. Os arriesgáis a un robo y a la deshonra.

—Era una baza con la que contaba, pero sabía que tenía que arriesgarme.

—Fuisteis muy optimista dejándolo todo en manos de otro oidor que difícilmente va a intervenir yendo en contra de un colega tan retorcido como Pérez de Alcázar.

—No todo, y ahí entráis vos, si es que queréis ayudarme —dijo Isabel con dulzura, como suplicando algo, cuando ya tenía la absoluta seguridad de que, de proponérselo y sin esfuerzo alguno, yo también sucumbiría a sus encantos. Sabía perfectamente que podría pedirme lo que quisiera.

—Decidme.

—Que un oidor robe una importante cantidad de oro a la corona puede que resulte increíble a los ojos de otro oidor. Es, por lo tanto, probable que Monzón no tome cartas en el asunto, cuando menos de antemano. Pero también es delito asaltar a una mujer y pretender deshonrarla, aunque sea el mismísimo oidor y un alguacil quienes lo hagan. El alguacil del que os hablo se llama Juan de Buitrago, es un indeseable que suele emborracharse en una taberna situada en el camino real que va a Cuzco, como a media legua del puente de piedra. Es un lugar frecuentado por alguaciles, soldados y arrieros que buscan allí bebida barata y el calor de las indias, y de alguna blanca, que también las hay.

—¿Qué pretendéis que haga?

—Estoy segura de que hoy va a fanfarronear sobre sus futuras conquistas ante los de su calaña y ante todos aquellos que quieran escuchar a un bravucón. Lo que pretendo de vos es que estéis presente y que llevéis

algún testigo más, quizá a algún oficial de la guardia del virrey... debe ser alguien que no le vaya con el cuento a mis hermanos, porque si se enteran ellos, saldrían a defender mi honor y el de la familia a golpe de sable, con lo que el objetivo de capturarlos con las manos en la masa, aunque esa masa sea yo misma, se habría ido al traste.

—Queréis que nosotros obtengamos suficientes pruebas para poder montar una trampa en las propias narices del oidor. Queréis capturarlo en su propia jaula.

—Eso es —respondió—. ¿Puedo contar con vuestra colaboración?

—Por supuesto que sí.

Se acercó a mí y tomando mis manos rozó sus mejillas con ellas. Luego subió a la calesa que nos seguía, conducida por el negro, y continuó camino de su casa. Se había acercado tanto para darme las gracias que su perfume se había introducido en mis entrañas como un veneno. Cuando logré reaccionar, me dirigí todavía acalorado a casa de Potter para hacerme con una cabalgadura con la que, al galope, fui a casa de Beltrán de Castro. Sin dar demasiadas explicaciones, que tampoco pidió, le pedí un par de hombres de la máxima confianza para una misión que no entrañaba peligro, pero que era delicada. Debía disponer de ellos durante tres días, transcurridos los cuales recibiría todo tipo de explicaciones. Beltrán de Castro mandó llamar a los capitanes Vicente de Palmeira y Francisco Pedreira de Fontiñas, que en poco tiempo se pusieron a mi disposición. A los dos ya los conocía, habíamos coincidido en la *San Jerónimo* cuando salimos tras Hawkins, eran hombres recios, de fiar, y buenos para la juerga, como comprobé con motivo de las celebraciones por la captura del corsario. Les pedí la máxima discreción y les expuse el plan.

La primera noche en la Casa de Doña Lela, así se llamaba el garito al que fuimos, resultó poco provechosa. Juan de Buitrago casi no se dejó ver ni oír. Tras tomar unas jarras de vino se fue a uno de los cuartos de la trastienda y se perdió entre las piernas de alguna mujer. Tenía mucho que desahogar y mucho que dormir. La segunda noche, el local estaba mucho más animado y a Buitrago se le veía muy suelto, con ganas de desembuchar lo que llevaba dentro, lo que le esperaba para el viernes. Nos costó trabajo quitarnos de encima a doña Lela, la dueña de aquel antro, que estaba

empeñada en ofrecernos lo mejor de la casa, y no era una india. Se trataba de una mujer blanca que no pasaba por su mejor momento, tenía el culo desmesurado y las tetas le llegaban al ombligo. La llamaban la *Pastora* porque nadie recordaba su verdadero nombre, ni ella misma. Decían que había sido la querida del mismísimo gobernador de Puerto Rico, quien le concedía todos los caprichos, la mantenía como a una reina y no le faltaban ni las joyas ni los mejores vestidos que le traían especialmente desde Sevilla. Dicen de ella que, por egoísmo y pura soberbia, envió hombres a galeras y que consiguió expulsar de la provincia a mujeres honradas, sólo por celos. Cuando murió el viejo gobernador buscó refugio en Guayaquil, donde no pudo encontrar un sustituto poderoso, porque su fama la precedía. Allí mismo dilapidó su fortuna y empezó a arrastrarse por los peores garitos hasta llegar aquí. Los que dormían con ella la oían hablar en sueños de su mansión en San Juan y de cómo descansaba en hamacas, a la sombra de las palmeras. Triste historia, fruto de una ambición desmedida.

Vicente de Palmeira se unió a un grupo de alguaciles y pagó otra ronda de vino. La noche se estaba calentando y Buitrago, que era un gallito, quería ser protagonista, su secreto le agobiaba y necesitaba un escape que encontraba en la bebida. Francisco Pedreira de Fontiñas atizó el fuego. Haciéndose el borracho empezó a presumir de sus lances amorosos con mujeres principales. Algunos de los presentes le increpaban por mentiroso y otros mandaban callar a la concurrencia para escuchar la historia. Vicente de Palmeira asentía desde la mesa de los alguaciles a los que había invitado, asegurando que había oído hablar de esa historia, que era muy sonada en Sevilla. El vino corrió y Buitrago no se pudo contener.

—Pues yo el viernes invitaré a todo el mundo a bebida toda la noche. Y tendréis que escuchar mi historia —balbuceó Buitrago—. Os diré cómo me he tirado a una de las mujeres más cachondas de Lima —continuó diciendo entre carcajadas y gestos obscenos mientras la concurrencia exigía saber más.

—Me la voy a tirar en la Audiencia —dijo—. Y ya está, no cuento más.

Habíamos oído lo que esperábamos. Ahora ya sabíamos a qué atenernos y debíamos prepararnos para actuar.

Entre tanto, Potter se había entrevistado con el oidor Juan Bautista Monzón. En un primer momento, como era de esperar, Monzón se mostró reacio a escuchar una acusación que afectaba a un colega de la Audiencia pero Potter insistió. De todas formas, aunque el oidor tuviera algún tipo de duda sobre la honorabilidad de Pérez de Alcázar, no la expresó ante Potter, a quien dio largas con el pretexto de hacer algunas averiguaciones. Ante la falta de noticias, mi amigo se entrevistó de nuevo con Monzón, quien le dijo que, sintiéndolo mucho, si no contaba con el apoyo del tercer oidor en liza en la Audiencia de Lima, Alonso Maldonado de Torres, no iría adelante con el proceso. Y ahí quedó la cosa.

Llegó el viernes e Isabel cumplió con su palabra presentándose en la Audiencia con un arcón que contenía cinco mil ducados de oro. Manuel Pérez de Alcázar y el alguacil Juan de Buitrago la recibieron más nerviosos de lo esperado, quizá no la creían tan decidida a afrontar un soborno y una deshonor. El oidor, entrado en carnes, estaba muy sudoroso, pero tomó las riendas de la situación, era un hombre con la experiencia de haber lidiado en muchas plazas. El alguacil depositó el arcón con el oro en una trampa y al activar un dispositivo mecánico ocultó el botín.

Isabel pretendió que el oidor le firmase un recibo que llevaba preparado, conforme el cual la familia Barreto había hecho entrega de la cantidad apalabrada en concepto de fianza. Pérez de Alcázar entregó el recibo a su alguacil, nunca firmaría ese papel, pero daba largas diciendo que se lo enviarían lacrado y sellado, mientras derivaba la conversación hacia temas más mundanos, acercándose decididamente a Isabel. Los otros dos oidores no habían dado muestras de querer intervenir y la situación se complicaba. Isabel, no obstante, aún confiaba en una salida airosa, y esa idea le permitió tener el temple suficiente para aguantar un poco más. El acoso era muy evidente y el oidor pasaba ya a la acción. Agarrando a Isabel por las caderas se abalanzó sobre ella ante el regocijo y excitación del alguacil. Con el impulso descontrolado del oidor, éste se fue al suelo arrastrando consigo a Isabel y tirando una silla. Se produjo un estruendo. Las puertas del despacho del oidor saltaron por los aires y, con la misma, entraron al salón de audiencias los capitanes Vicente de Palmeira y Francisco Pedreira de Fontiñas, acompañados por una veintena de soldados escogidos entre los de

sus respectivos batallones. Vicente de Palmeira se fue directamente a por el oidor, a quien detuvo sin contemplaciones, acusándole públicamente de asalto y ataque al honor de la señora de Mendaña, mientras Pedreira de Fontiñas hacía lo propio con el alguacil, quedando ambos en manos de los soldados, que los prendieron. Isabel me miró complacida y agradecida por tan decidida actuación. Los soldados se disponían a llevarse a los detenidos al acuartelamiento cuando se personaron ante ellos en la Audiencia varios alguaciles con sus corchetes escoltando a los otros oidores. Juan Bautista Monzón pidió a los capitanes que entregaran a los detenidos. La situación se volvía tensa.

—Esta mujer vino con la intención de sobornarme y de provocarme con insinuaciones lascivas —dijo Pérez de Alcázar, aprovechando la confusión y apoyándose en el testimonio de su alguacil.

—¿Dónde está el oro? —preguntó Monzón.

—¿Qué oro? Esta mujer vino sin oro, únicamente con un recibo —mintió el oidor—. Pretendía engañar a la Audiencia y a la corona, la muy incauta.

—El oro lo escondieron en una trampa detrás de la mesa —apuntó Isabel—. Tiene que estar allí a no ser que haya otra salida y lo hayan puesto ya a buen recaudo.

Los soldados localizaron la trampa y como no encontraban el dispositivo mecánico que la accionaba, la abrieron a machetazos. Allí estaba, efectivamente, el cofre con el dinero. Monzón lo revisó y encontró otra copia del recibo entre las monedas. Dirigiéndose a los alguaciles, y con el beneplácito del otro oidor, Alonso Maldonado de Torres, ordenó la detención de Pérez de Alcázar y de Juan de Buitrago.

DISPUESTA LA FLOTA

La Ciudad de los Reyes estaba conmocionada por la detención del oidor Manuel Pérez de Alcázar y del alguacil Juan de Buitrago. Nunca, en la corta historia del virreinato, se había producido una detención de tan alto nivel. Los más viejos del lugar aseguraban que, tras el asesinato de Pizarro, este hecho era el más significativo de los ocurridos en la ciudad, pero sin duda exageraban, aunque sí que era de destacar su carácter excepcional. La población podría confiar en la administración de justicia y, desde luego, tanto Juan Bautista Monzón como Alonso Maldonado de Torres, los otros oidores de Lima, salieron altamente reforzados en su prestigio ante la sociedad limeña.

Isabel Barreto estaba en boca de todos. Anteriormente ya se la consideraba una mujer un tanto atrevida por dedicarse a tareas reservadas a los hombres, llevar algunas parcelas de los negocios familiares, realizar actividades calificadas como «diferentes», ya fuera montar a caballo a horcajadas, practicar esgrima, acudir a la Universidad de San Marcos y escuchar las lecciones a escondidas, a través de una celosía, pero ahora se había erigido en la protagonista principal de la detención del oidor. Parecía un personaje fuera de su tiempo, una pieza que no encajaba en el rompecabezas de finales del siglo XVI.

Cuando el oidor Monzón citó en la Audiencia a Mendaña y a los Barreto, incluidos los capitanes Francisco Vargas y Lope de Vega, inculpados en delito de levantamiento forzoso de soldados, la sala se encontraba repleta de gente, toda Lima quería conocer el desenlace de aquella retorcida historia y colocar en su lugar a cada protagonista de la misma. La audiencia comenzó con la exposición de los hechos, destacándose las diferencias entre las partes, las acusaciones del oidor

detenido y las pruebas presentadas por Mendaña y los Barreto. Luego vino el turno de los testigos; Juan Pérez de Maldonado y Juan de Santillana de Guevara declararon, junto a otros más, haber visto cómo Mendaña y Lorenzo Barreto levantaban gente para su jornada. Otros hombres hicieron lo propio refiriéndose a los capitanes Vargas y Lope de Vega. Cuando los oidores citaron a Díaz de Medina y a Martínez de Aguilar, que habían denunciado su propio reclutamiento forzoso y el de otra gente de los que se decían testigos, dando fechas y mencionando lugares, no se presentaron en la sala. Ante tal ausencia, el oidor Monzón solicitó los pliegos con los nombres y las firmas de los levantamientos correspondientes a los días y lugares citados por la acusación, aunque sus testigos no estuvieran presentes. Así pudo comprobar la inexistencia de tales nombres en los documentos, constatando la autenticidad de los mismos, por lo que cerró el caso devolviendo los ducados de oro a Isabel Barreto, autorizando la continuidad de los preparativos de la jornada a las islas de Poniente, exculmando a los capitanes y ordenando la detención de los falsos testigos. Todas estas decisiones agudizaron aún más la gravedad de las actuaciones del oidor Pérez de Alcázar que, con todos los informes dictados por la Audiencia de Lima, sería enviado tan pronto como fuera posible a España, para ser juzgado por el Consejo de Indias.

Isabel Barreto se veía de nuevo en la senda correcta. Había conseguido sortear con éxito un gran obstáculo y hacía votos para que fuera el último, sabía perfectamente que la llegada del invierno no permitiría más retrasos. A medida que transcurrían los días, se mostraba cada vez más imperativa, con un carácter más enérgico y menos dado a contemplaciones. Tenía tres barcos y necesitaba marineros expertos, buenos soldados, un gran número de colonos, amén de completar las provisiones.

Una nueva sorpresa agitaría los preparativos de la expedición. Un hacendado y encomendero llamado Alonso de Leiva, pariente del oficial que vino desde Valparaíso a anunciar la llegada de Hawkins, se presentó en casa de los Barreto solicitando permiso para incorporarse a la expedición.

—Si me aceptáis —dijo—, apporto mi nueva embarcación que, aunque pequeña, es muy marinera. Hablo de la fragata *Santa Catalina*, una galera sin remos, muy rápida, construida siguiendo los planos diseñados por el

almirante don Álvaro de Bazán, el capitán general que salió victorioso de la batalla naval de Lepanto contra el gran turco.

Mendaña recibió con los brazos abiertos a Alonso de Leiva y le agradeció la confianza depositada en el proyecto. No era De Leiva un comerciante del entorno de los Barreto y Mendaña, lo cual venía a demostrar el calado que tenía el viaje a las islas Salomón en la Ciudad de los Reyes y el prestigio y la credibilidad de Mendaña como marino. Ya no eran necesarias más embarcaciones, cuatro eran suficientes, pensaba Mendaña.

—Mi ofrecimiento no se queda únicamente en incorporarme a la flota —dijo De Leiva—, también llevaré mi gente, la necesaria para la marinería, mi propio piloto, que se pondrá a las órdenes de vuestro piloto mayor, y unos pocos colonos. Calculo que seremos unos treinta a bordo de la *Santa Catalina*.

—En este momento, y con las facultades que se me reconocen como adelantado de las islas de Poniente y las Salomón, os nombro teniente capitán de la *Santa Catalina*. Mandaréis vuestro barco y tendréis la potestad de levantar gente para esta jornada. Contáis con mi confianza y con mi agradecimiento, señor De Leiva.

La incorporación de Alonso de Leiva había sido el espaldarazo definitivo. Una nao bien pertrechada, otras dos embarcaciones grandes aunque un poco viejas y una fragata nueva podrían servir —pensaba Mendaña— para llegar muy lejos. Pero el adelantado tenía que resolver ahora una cuestión capital para garantizar el éxito de la navegación: la contratación de su piloto mayor, del hombre que haría las cartas de navegación con las coordenadas que el propio Mendaña le diese y el que dirigiría el trabajo de los otros pilotos responsables de cada uno de los demás navíos.

Al verano le quedaban pocos días. Isabel Barreto los pasaba supervisando personalmente los bastimentos almacenados en la propia hacienda de su padre y en un tambo en El Callao. Aun así, y a pesar de su nerviosismo por la proximidad de la realización de su sueño, tuvo tiempo para visitar a Francisco Potter y agradecerle todas las gestiones que hizo

ante los otros oidores de Lima, para solucionar el problema causado por Pérez de Alcázar.

—Siempre habéis estado a nuestro lado —dijo Isabel—, y nunca escuché de vuestra boca la menor insinuación o el menor interés por participar en la jornada de mi marido. Os lo pregunto directamente, amigo Francisco, ¿queréis venir con nosotros a las islas Salomón?

—Querida Isabel —respondió Potter—, para mí fue y será siempre un placer ayudar a mis amigos y es un honor que vos y vuestra familia os encontréis entre ellos. Si por vuestra parte mi colaboración es requerida para algún que otro menester, sabéis que podéis contar conmigo. También os agradezco la invitación que me hacéis para participar en la jornada, invitación que debo declinar por muchas razones, entre las que se encuentra el esperado nacimiento de mi hijo. Además, mi vida ya ha tenido suficiente ajetreo y lo que quiero es disfrutar de mi hogar y dedicarme a poner a pleno rendimiento mis encomiendas.

—Os entiendo, Francisco, y quiero que sepáis que os llevo en mi corazón porque sin vuestra ayuda difícilmente habríamos conseguido salir adelante.

Isabel estuvo durante un buen rato con Concepción, la mujer de Potter, interesándose por su estado e intercambiando deseos e ilusiones para un futuro inmediato, muy prometedor para ambas pero radicalmente diferente en los anhelos. Pocas veces se podía ver a Isabel entre mujeres, como una más. A mi llegada a la casa de Potter, mi anfitrión, Isabel se dirigió a mí. Mi actuación con los capitanes Vicente de Palmeira y Francisco Pedreira de Fontiñas era conocida en Lima y, por ello, no eran necesarias mayores discreciones.

—Señor De Melo —dijo, dirigiéndose a mí con una franqueza inusual—, nunca podré olvidar lo que habéis hecho por mí en la Audiencia. No sé cómo agradeceros toda vuestra entrega y vuestros servicios, por eso quiero que sepáis que, tanto mi familia como yo, estamos en deuda con vos.

—Señora —contesté—, fue un honor serviros y me complace de veras que todo haya salido de la mejor manera para vuestros intereses. Y ya que me brindáis esta oportunidad, deseo aprovechar la ocasión para expresaros mi deseo de participar en vuestra jornada. Mañana mismo le comunicaré

mis intenciones a vuestro esposo, el adelantado, esperando ser bien recibido a bordo.

—Podéis estar seguro de que seréis bienvenido —respondió Isabel—. Me hace muy feliz que nos acompañéis. Necesitamos hombres como vos en la flota.

Y así fue como expresé abiertamente mi decisión de ir a las islas Salomón. Era mi deseo y tenía libertad para poder ir, de esa manera informaría desde primera fila a su majestad el rey Felipe II, que estaba ansioso por ampliar su imperio para mayor gloria de los españoles.

Unos días más tarde, de madrugada, Mendaña y los Barreto se movilizaron sobresaltados. Estaba ardiendo el tambo que guardaba buena parte de los bastimentos de la jornada. Muchos hombres acarreaban agua haciendo una enorme cadena que iba desde la playa de la mar mansa hasta el lugar del siniestro. Había que procurar salvar del pasto de las llamas todo lo que fuera posible y evitar que el incendio se extendiera por las edificaciones vecinas de El Callao. El resplandor del fuego se veía desde Lima. Mendaña y los suyos galopaban desesperados, sus rostros expresaban una rabia contenida y una gran impotencia. Hasta bien entrada la mañana no se consiguió sofocar totalmente el incendio. Por suerte ni el armamento ni la pólvora estaban guardados allí, si no la catástrofe hubiera sido irreparable.

Ya más tranquilos, aunque exhaustos por tanto trabajo, escucharon a los alguaciles, que apuntaron la posibilidad de que el fuego hubiese sido provocado intencionadamente. Algunos vecinos afirmaban haber visto a gente extraña merodeando por allí la tarde anterior. No iba a ser fácil dar con los sospechosos por lo que, para Mendaña, era más importante evaluar los daños y determinar las nuevas necesidades de provisiones, amuras y cabos, jarcias, velas, madera, instrumentos de carpintería, hasta completar la larga lista de bastimentos necesarios para el viaje.

Fue aquella misma mañana cuando Mendaña supo de la presencia en Lima de un navegante portugués al servicio de la corona española. Se llamaba Pedro Fernández de Quirós y gozaba de gran reputación entre los hombres del mar. Mendaña conocía su fama y quiso entrevistarse con él.

Quirós había nacido en Évora y se había educado en Lisboa, estudiando en la prestigiosa escuela de pilotos de la capital lusa. Tan pronto como pudo se embarcó, empezando como escribiente y pasando después por todos los puestos de la navegación comercial, aprendiendo su oficio como mejor se hace, con la práctica. Cuentan que pronto destacó por su habilidad como piloto, lo que le permitió llegar a ser piloto mayor mucho antes de lo previsible, siempre en naos comerciales, donde forjó su fama. Era, sin duda, el hombre que necesitaba Mendaña. Quirós se entusiasmó con la idea y agradeció la confianza, pero una vez puestos de acuerdo en lo económico, reclamó ser la máxima autoridad, después del adelantado, en temas de navegación y en la supervisión de la contratación de los marineros y contramaestres que iba a tener a su mando. También quiso visitar las naves para ver en qué condiciones se encontraban y, en su caso, ordenar las reformas que considerase menester realizar para su mejora. Mendaña pudo comprobar la disposición de Quirós a emprender la jornada, pero también el rigor y la seriedad con que trabajaba.

El virrey García Hurtado de Mendoza se había estado carteando semanalmente con el rey Felipe II. Ambos eran conscientes de que urgía que la jornada de Mendaña se pusiera en marcha de una vez por todas. A los intereses económicos y estratégicos, se sumaba siempre la defensa de la fe católica, pero en esta ocasión había algo más. En la correspondencia de Hurtado de Mendoza al rey se reflejaba el constante incremento de la delincuencia en el último año, de tal manera que las mazmorras de Lima se encontraban repletas y, aun así, los robos, los ultrajes y los asaltos no disminuían. La Ciudad de los Reyes y todo el virreinato del Perú se habían convertido en el lugar deseado de los vividores por cuenta ajena. La fama que esas tierras del Nuevo Mundo tenían, debido a sus riquezas y a las remesas de oro y plata que anualmente enviaban a la metrópoli, traspasaba la península Ibérica y se extendía por toda Europa. Muchos hombres y mujeres, ávidos de dinero fácil y deseosos de una vida más que confortable, se aventuraban como polizones en la flota de Indias o bien comprando ilegalmente sus pasajes en el mercado negro, lejos de la Casa de Contratación de Sevilla. A ellos había que sumar los que, habiendo llegado legalmente al Perú, se habían relajado en su moral, lo que les había hecho

pasar en repetidas ocasiones por el tribunal de la Inquisición o por los salones de pleitos de las audiencias. Era sorprendente que muchos religiosos fuesen condenados varias veces por fornicar y más sorprendentes eran los argumentos con los que se defendían, diciendo que yacer con indias no era pecado y que de esa manera saciaban sus instintos, fruto de los calores tropicales. En fin, que el virrey Hurtado de Mendoza, con la total connivencia de su majestad el rey Felipe II, llegó a la conclusión de que era políticamente saludable y necesario limpiar el país de gente indeseable.

Mendaña y su esposa fueron citados a palacio. Aquella mañana, García Hurtado de Mendoza les comunicó dos nuevas y empezó diciéndoles la buena.

—Estimados amigos, mi confianza en vos se ha visto recompensada, pues estoy seguro de que en pocas fechas iniciaréis vuestra jornada. Ello me satisface enormemente, porque vuestras hazañas quedarán vinculadas históricamente a mis responsabilidades como virrey del Perú. Quiero haceros saber que la corona tenía previsto incluir, sin incrementar el precio que ya habéis pagado por las naos, una serie de bastimentos que paso a relatar —dijo el virrey, dispuesto a leer el documento de cesión:

Sesenta pipas para el agua, dieciséis piezas de artillería, munición para esas piezas, ciento cincuenta arcabuces, cien botijas de pólvora, veinte quintales de plomo, trescientos rollos de mecha, juegos de velas, amuras y cabos...

Mendaña e Isabel expresaban agradecimiento con una incontenible sonrisa, mientras escuchaban toda la relación en la que también se incluía grano, harina, frutas y algunos animales para la provisión de carne fresca, leche y huevos. El virrey ponía cada vez más énfasis en su lectura, como queriendo revalorizar, hacer más grande de lo que ya de por sí era tal dispendio. Era consciente de que había una segunda parte que iba a gustar menos.

—No se nos escapa el esfuerzo que representa para vos esta extraordinaria aportación —dijo Mendaña—, por ello y por todo el apoyo que hemos recibido de vos, desde que sois nuestro virrey, esperamos que

nuestra jornada sea lo más fructífera posible para mayor gloria de nuestra corona y para poder devolveros con creces las muestras de generosidad que nos habéis mostrado. Quedamos en deuda con vos.

—Hay algo más, amigos —continuó el virrey—. ¿Cómo vamos de hombres y de colonos?

—Ése es nuestro punto flaco por el momento —respondió Isabel—. Todo el proceso por las injurias en contra de nuestros capitanes retrasó el levantamiento de más gente...

—No va a ser necesario que alcancéis la cifra de quinientos a la que os obliga la capitulación. Estoy al tanto de vuestros problemas y voy a poder ayudaros. He concedido una amnistía a todos aquellos presos que decidan aceptar realizar el viaje con vos.

—Pero, señor, ¿gente peligrosa en una flota? —preguntó asustado Mendaña.

—Paciencia, señor adelantado —dijo el virrey—. No estoy pensando en asesinos ni en rufianes que tengan las manos manchadas de sangre. He ofrecido clemencia a aquellos que están cumpliendo condenas por delitos menores. Algunos curas que han perdido los hábitos, soldados que han cometido faltas, ladronzuelos, ramera.

—Las ramera pueden causar problemas entre la marinería, señor —apuntó Mendaña.

—No se asuste, Mendaña, recuerde que manteniendo una buena disciplina a bordo no habrá problema que no se pueda solucionar. Y por otra parte, va a necesitar mujeres solteras para que se establezcan en las futuras colonias que vos fundéis en las tierras por descubrir, esas mujeres van a tener una segunda oportunidad para rehacer sus vidas decentemente, uniéndose en matrimonio con algunos de los hombres solteros que viajarán con vos. Hasta el momento son unas veintisiete mujeres y setenta hombres los que se han acogido a esta oferta de indulto.

—Con esa aportación superamos ya las trescientas cincuenta personas a bordo de los cuatro navíos de que disponemos —calculó rápidamente Isabel.

—Una cifra muy respetable para iniciar la jornada —sentenció el virrey—. ¿Cuándo estimáis que podréis zarpar?

—Si no hay más contratiempos, Dios quiera que no, esperamos partir durante la primera semana de abril —indicó Mendaña.

—Cuando la fecha se haga definitiva, debéis informarme para poner en marcha todos los actos de despedida de la flota —dijo García Hurtado de Mendoza—. Os expreso ya mis mejores deseos de una buena navegación y de éxito en vuestros descubrimientos. Quiero recibirlos a la vuelta con todos los honores.

Sabor agridulce o quizá más dulce que agrio el que dejó en Isabel y su marido aquella entrevista con el virrey. El hecho de tener que llevar algunos presos liberados a bordo no iba a ser nada grato, pero negarse a ello habría sido contraproducente. El virrey había sido muy generoso con los bastimentos y era de agradecer su postura de permanente apoyo a la jornada.

Abril estaba a la vuelta de la esquina e Isabel quería conocer lo que le iba a deparar el destino. Para ello fue a buscar a su criada Swami, que aquella tarde se encontraba muy atareada preparando ungüentos en compañía de otra criada a la que llamaban la Pancha, una india de muy buen ver que llevaba viviendo desde niña en la hacienda de los Barreto.

—¿Qué estás haciendo, Swami? —preguntó Isabel—. ¿Para qué son esos ungüentos?

—Señorita, estoy preparando medicinas para el viaje —respondió Swami.

—¿No me habías dicho que ibas a llevar las hierbas para hacer tus pócimas en el barco?

—Sí, señorita, pero así ya llevo unos tarros preparados y de paso le doy un poquito a la Pancha, que ya necesita.

La Pancha sonrió inocentemente a Isabel. La señora era comprensiva y nunca había puesto reparos a Swami para que hiciera preparados para las personas de la hacienda.

—¿Qué té pasa, Pancha?

—Nada, señorita.

—No le ocurre nada —siguió Swami—, pero tiene que aplicarse este emplasto para que no la dejen preñada. Señorita, a la Pancha le gusta mucho

estar con los hombres —continuó diciendo entre carcajadas que ruborizaron tanto a la Pancha como a Isabel.

—Venga, Swami, acaba pronto que quiero ir a la huaca a conocer mi futuro. Tráete a la Pancha si quieres.

—Será bueno conocer adonde nos van a llevar esos barcos por ese mar tan grande que no tiene fin —dijo Swami.

—Pancha, quiero que vengas con nosotras en el viaje, ¿te apetece?

—Me da mucho miedo, señorita —contestó—, pero iré si vos lo queréis.

Ya en la huaca, el nerviosismo de Isabel se acrecentó. Nunca antes se había sentido de esa manera ante los designios del destino, pero ésta iba a ser su más grande aventura y la vida de todos los participantes en ella estaba en juego. En el mar, en un mar desconocido para casi todos menos para Mendaña, la muerte estaba siempre al acecho. Los hechiceros hicieron su trabajo y procedieron a contar lo que habían visto...

—Veo tierras lejanas, tierras verdes y tierras de fuego —dijo uno de los hechiceros—. Veo muerte... cabezas cortadas... veo gloria y esplendor... te veo reina —dijo al final mirando a Isabel.

Isabel se quedó muda y pálida. ¿Por qué tanta muerte? ¿Quién iba a morir? ¿Reina de qué? ¿Dónde? Todas esas preguntas se agolpaban en su cabeza y no la dejaban respirar. Cuando recobró el conocimiento, con la inestimable ayuda de Swami, regresaron a casa, pero se detuvieron un momento en la iglesia de Santa Ana. El frescor que se respiraba dentro del recinto religioso acabó de recuperar a Isabel que, con el rosario en la mano, no paraba de rezar pidiendo protección para ella y los suyos. A Swami y a la Pancha se las veía más contentas, los signos escudriñados por los hechiceros habían resultado benignos y se les auguraba una buena travesía, con dificultades pero con final feliz. Isabel se dio cuenta de ello y se alegró por sus criadas, pero les pidió que juraran no decir a nadie nada de lo que habían visto y oído esa tarde en la huaca. Por la noche, la Pancha, mientras cabalgaba sobre un criado llamado Antonio, le hizo prometer que le pediría al señor Nuño que le dejara ir en la expedición, a lo que Antonio dijo que sí encantado. Unas horas más tarde, José Manuel Cancela Díaz, uno de los capataces de Nuño Rodríguez Barreto, era agarrado por las orejas y

empujado bruscamente hacia atrás, ante sus ojos sudorosos quedaban los hermosos pechos que estaba besando, sorprendido oyó cómo la Pancha le decía que esperaba verlo en el barco de la señorita en el viaje a las islas de Poniente.

La suerte estaba echada y quien más quien menos hacía sus cuentas y se preparaba para la aventura. Yo mismo velaba mis armas. Ponía a punto mi arcabuz, con su mecha, pólvora y plomos, mi sable y mi daga, y mi arma secreta, un arma de fuego de mano que funcionaba como un arcabuz pero se agarraba con una sola mano. Se la compré a un maestro armero veneciano y era muy práctica en las distancias cortas. Por lo demás, mi equipaje era muy parco en prendas, con lo que un baúl de medianas dimensiones sería suficiente. Siguiendo el consejo de Potter, llevaría otro con provisiones y una pipa de agua y unas garrafas de vino.

La gente principal que iba a participar en la jornada, incluido yo, fue citada en casa de los Barreto para intercambiar impresiones, marcar unas directrices y, en definitiva, conocernos un poco más. Mendaña era la máxima autoridad, conferida por su majestad el rey Felipe II y confirmada, muchos años después, por el virrey, en este caso García Hurtado de Mendoza. Era pues el adelantado de las islas Salomón y, en general, de todos los territorios por descubrir. Era el capitán general de la flota, el gobernador vitalicio de los territorios a conquistar y el representante de su majestad allá donde llegase. Mendaña presentó a todos los allí reunidos al piloto mayor, al responsable de la navegación y máxima autoridad a bordo, por debajo de Mendaña, se trataba del marino portugués Pedro Fernández de Quirós, un hombre muy recto y muy religioso y de contrastada fama como navegante. Iría, como es lógico, en la nao *San Jerónimo*, que sería por lo tanto la nao capitana de la flota. En el mismo barco iría también el maese de campo, el hombre responsable de los soldados que acompañarían la expedición y darían seguridad en las nuevas tierras, pero Mendaña desconocía todavía quién ocuparía ese cargo, nombramiento que haría el propio virrey. También en la capitana viajarían sus cuñados, los capitanes Lorenzo y Diego, y su esposa Isabel Barreto, con todos sus criados.

Mendaña, o quizá Isabel, guardaba para mí un pequeño camarote en la segunda cubierta, muy próximo al destinado para el vicario.

Álvaro de Mendaña nombró almirante de la flota al capitán Lope de Vega, marido de su cuñada Mariana de Castro. Iría, por tanto, al mando de la que sería nao almiranta, la *San Francisco*, con un sacerdote, los capitanes Vicente de Palmeira y Francisco Pedreira de Fontiñas. Lo que sí parecía claro era que el teniente capitán Alonso de Leiva iría al frente de su nave, la fragata *Santa Catalina*, con su piloto y la tripulación necesaria, así como con alguna gente que había levantado. De todas formas, este reparto de responsabilidades y las asignaciones a tal o cual barco no eran definitivas y Mendaña era consciente de ello. Pero había conseguido generar entusiasmo entre los presentes; como buen marino que era, sabía que partir con optimismo mejoraría la convivencia y la navegación.

Al día siguiente, Isabel acompañaba a su marido al puerto de El Callao. Allí estaban citados con el piloto mayor Pedro Fernández de Quirós para revisar las naos y realizar los ajustes de última hora. Primero fueron conducidos en una chalupa a la nao *San Jerónimo*. Isabel pudo comprobar *in situ* cómo era por dentro la embarcación en la que iba a viajar durante varias semanas, o tal vez meses; la recorrió sin perder detalle, escuchando muy atentamente los comentarios con los pros y los contras del piloto mayor. La nao era del agrado de Quirós y Mendaña coincidía con él en lo principal. De todas formas, estaba un tanto escasa en velas de repuesto y en otros elementos necesarios para el buen funcionamiento del barco. Quirós también estaba contento con su camarote, que compartiría con su mujer y su hija. Isabel, sin embargo, veía muchas estrecheces en los habitáculos asignados para ella, su marido, sus hermanos y el personal a su servicio. Mendaña tuvo que convencerla de que para ellos se había habilitado una zona más que suficiente, teniendo en cuenta el espacio total disponible en un barco.

De la nao *San Jerónimo* se fueron a la *San Francisco*. En ella empezaron los problemas. Quirós puso mala cara desde un principio, ya antes de subir a bordo hizo comentarios sobre el mal aspecto general del barco. Mendaña callaba sin decir nada, pero siendo hombre de mar y con tanta experiencia ese silencio sólo significaba que Quirós tenía razón. Los

carpinteros trabajaban duramente en las cubiertas, pero sus esfuerzos iban orientados a la construcción de camarotes y al refuerzo de mástiles y vergas. Mendaña y su piloto mayor bajaron a las bodegas; los pañoles hacían agua y la madera del casco se encontraba en penosas condiciones, estaba prácticamente podrida.

—Lamentablemente, señor, debo decirles que esta nao no está en condiciones de realizar una travesía de esta envergadura —sentenció Quirós—. Usted mismo debe darse cuenta de que la madera está podrida. Este barco sólo sirve para navegar costeando y en jornadas cortas. Un simple golpe de mar puede abrir un boquete bajo la línea de flotación con resultados funestos.

—Me gustaría tener argumentos para llevarlos la contraria —respondió Mendaña—, pero debo reconocer que no podemos contar con esta nao.

Al ser descartada la nao *San Francisco*, la *Santa Isabel* pasaría a ser la almiranta. El problema ahora era que sólo disponían de tres barcos. Quirós repasó con Mendaña el barco que Isabel había comprado a Gallegos de Andrade. Su estado tampoco era el ideal para una jornada tan larga, pero el piloto mayor la dio por buena.

—Debemos retirar a los carpinteros de la *San Francisco* y traerlos para la *Santa Isabel*. Deben realizar las reparaciones más urgentes en la estructura de esta nao y repartir los bastimentos de la *San Francisco* entre ésta y la *San Jerónimo* —sentenció el piloto mayor.

La fragata *Santa Catalina*, mucho más pequeña que las naos, con capacidad para treinta o cuarenta personas, estaba en perfectas condiciones. Hacía pocos años de su botadura y durante ese tiempo había sido mimada por sus pilotos y por su propietario.

—Pienso en esta embarcación para que regreséis en ella a informar al virrey del Perú de nuestros descubrimientos y de la llegada a las islas Salomón —dijo Mendaña a Quirós.

—Es una buena decisión —subrayó el piloto mayor—. Es una nave muy rápida y muy marinera que me permitiría hacer el tornaviaje con muchas garantías y gran rapidez.

Tanto Mendaña como Isabel echaban sus cuentas. Disponían de dos naos y de una fragata. Cada nao podría llevar entre ciento cincuenta y

ciento noventa personas y en la fragata podrían viajar unas treinta o cuarenta. Eso significaba que en la jornada podrían participar entre trescientas treinta y cuatrocientas personas.

—Señora —dijo Quirós—, tal como se encuentran las embarcaciones, en la *San Jerónimo* no podrán viajar más de ciento veinte personas, porque se ha destinado mucho espacio para gente principal. En la *Santa Isabel* sería muy arriesgado meter a más de ciento sesenta porque no es una nao en perfectas condiciones. Calcule, por consiguiente, que dispone de espacio para unas trescientas veinte personas en total.

—Pues estamos ya muy justos —dijo Isabel—. Todo dependerá del número final de soldados que llevemos, porque entre la gente principal y las personas a su servicio ya somos casi el centenar.

—Las tripulaciones de las tres naves sumarán otros ciento treinta —dijo Quirós.

—Llevamos unos cincuenta colonos, mujeres y niños, sin contar los que nos asigne el virrey fruto de la amnistía que concedió a los que no cometieron delitos de sangre —apuntó Mendaña—. Van ya unos doscientos ochenta.

—Como dice vuestra esposa —dijo Quirós, aludiendo a Isabel—, estamos ya muy justos.

Con esas cábalas regresaron a Lima. En la cabeza de Isabel rondaba una sentencia que se le había quedado grabada de tanto escucharla cuando era niña: «Dios proveerá». Se la debía, la frase, a una amiga de su madre llamada Encarnación Caamaño que, ante la adversidad de haberse quedado viuda demasiado joven y con seis hijos a su cargo, confió en su fe y en la ayuda del Señor para sacar a sus hijos adelante con los pocos recursos que le habían quedado. Isabel era una mujer con mucha fe, en Dios y en sí misma, por eso tenía la certeza de que si ella lo daba todo, Dios cumpliría su parte.

No tardó mucho en comprobarlo. En la hacienda de los Barreto esperaba el capitán Felipe Corzo, un oficial con negocios propios, que me había presentado en palacio mi amigo Potter en el transcurso de la recepción que dio el virrey cuando, junto a otra gente principal, llegamos al Perú.

—Como vos sabéis, tengo una galeota —dijo Felipe Corzo a Mendaña y los Barreto—. La pongo a vuestra disposición si me aceptáis en la jornada. Me gustaría acompañaros a las islas Salomón. ¿Qué me decís?

—«Dios proveerá» —dijo Isabel en voz alta, llena de alegría.

—Bienvenido —respondió Mendaña—. ¿Tenéis gente?

—Mi barco es pequeño como sabéis —continuó—, no necesita muchos hombres para navegar y mi tripulación está dispuesta a acompañarme. Aun así, podemos llevar a ocho o diez personas más. No cabemos más de veinte, la *San Felipe* sólo dispone de una cubierta y a la intemperie.

—No es mucha la gente que podéis llevar, pero la nave nos será muy útil como auxiliar, para buscar fondeaderos y para realizar otros menesteres propios de una jornada de descubrimiento —apuntó Mendaña—. Os agradezco, amigo Felipe, que hayáis decidido acompañarnos en esta aventura.

Mendaña decidió poner fecha definitiva para iniciar la jornada, sería el viernes 7 de abril y así se lo hizo saber al virrey para que dispusiera lo que estimase conveniente para la despedida de la flota. Todos los integrantes de la expedición fuimos convenientemente informados de tal decisión para que tuviéramos todas nuestras pertenencias a punto para su estiba, y que ese día se pudiera partir con todo en orden y con la bendición del Señor.

El adelantado y su esposa eran conscientes de que uno de los valores más destacados de la capitulación, firmada en su favor por el rey Felipe II, era la cristianización de los pueblos paganos y la defensa a ultranza de la fe católica. Habían dejado para el final la gestión, en el arzobispado de Lima, de la incorporación a la flota de los representantes de la Iglesia, que serían los encargados de preservar la fe a bordo y de cristianizar a los indios de las tierras por descubrir. El arzobispo de Lima, Toribio Alonso de Mogrovejo, no era hombre de despachos, se manejaba mejor entre sus fieles, particularmente entre los más desfavorecidos, que entre sedas y oropeles más propios de su rango. Sus relaciones con las autoridades civiles no eran precisamente cordiales, de hecho, eran conocidos sus rifirrafes con el mismísimo virrey. Empero, gozaba de olor de santidad.

Toribio Alonso de Mogrovejo recibió a Mendaña y a Isabel. Estos contaron al arzobispo sus planes, el primero de los cuales era partir con la

bendición del propio arzobispo. Luego le solicitaron la asignación de un vicario y de los capellanes que estimase convenientes, teniendo en cuenta que la flota estaba compuesta por cuatro barcos y que, con toda probabilidad, los territorios a cristianizar serían amplios. Mogrovejo atendió sus peticiones y les aseguró que en unos días conocerían a los religiosos que les acompañarían en la jornada. Él personalmente estaría en el puerto de El Callao para dar la bendición a la flota antes de zarpar. Efectivamente, antes de finalizar la semana, se presentaron en la hacienda de los Barreto varios religiosos.

—Mi nombre es Juan Rodríguez de Espinosa y me presento ante vos —dijo aludiendo a Mendaña—, porque he sido nombrado, por nuestro arzobispo Mogrovejo, vicario de la flota que vos mandáis y que partirá de descubierta por el mar de Sur. Os presento al capellán Antonio de Serpa y a nuestros hermanos franciscanos fray Anselmo de Neves y fray José Fernández.

Mendaña les dio la bienvenida y les contó sus planes, hasta donde podía alcanzar. Acordaron, asimismo, que el domingo celebrarían misa solemne en la catedral para que todos pudieran participar de una primera celebración de la santa eucaristía antes de zarpar. Cada día, cada hora, se iban ajustando las piezas y cuanto más se ataba, mayor era la sensación de que faltaban cosas, de que lo estimado era insuficiente. Quizá fuesen las preocupaciones lógicas de cuando alguien se enfrentaba a una situación extraordinaria y ésta, sin duda, lo era. Tal vez la más extraordinaria que yo pudiera imaginar. En mi caso, cuando incorporé a mi equipaje papel, plumas y tinta para tomar mis anotaciones y escribir mis impresiones, mi amigo Potter me recordó que seguramente también tendría mucho tiempo para leer; por eso mismo, me regaló dos obras que contaban la historia del virreinato del Perú, con la particularidad de que sus autores eran indios, una era la *Historia del Perú* del inca Garcilaso de la Vega y la otra la *Nueva Crónica y Buen Gobierno* de Felipe Guamán Poma de Ayala, otro inca.

—Me gusta mucho la historia —dije a Potter.

—Lo sé, de ahí mi regalo.

—Estoy leyendo estos días una estupenda historia de los incas titulada *Suma y narración de los incas* de un tal Juan Díaz de Betanzos, gallego de

la capital, de Betanzos de los Caballeros. Es muy instructiva de cómo son la vida y las costumbres de los incas y de quiénes fueron sus jefes y sus más afamados guerreros.

—Cuando regreses de las islas Salomón, te presentaré al autor.

—Te tomo la palabra. Voy a echar de menos tu biblioteca cuando esté embarcado.

OceanofPDF.com

EL INICIO DE LA JORNADA

Formados frente al palacio del virrey, en la plaza Mayor de Lima, se encontraban cien soldados prestos para pasar revista. Algunos portaban arcabuces y la gran mayoría lanzas y sables. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, virrey del Perú, presidió el acto acompañado por el adelantado Álvaro de Mendaña y Neira y por otros cargos militares y funcionarios civiles del más alto rango. Al mando del batallón se encontraba un veterano capitán, Pedro Merino Manrique, que en sus más de cuarenta años de servicio a la corona había estado presente en muchas batallas. De baja estatura, tez morena y pelo cano, generaba temor y respeto en la tropa por su altivez y gallardía. Él era el hombre elegido para el cargo de maese de campo de la Armada del mar del Sur. Nunca antes, y estaba a punto de jubilarse del servicio activo, había ostentado tanta dignidad y tanto mando. Iba a ser el responsable de la seguridad de la flota y de los dignatarios y colonos en las islas de Poniente. Como el riesgo para él no significaba nada nuevo, a pesar de su edad no podía dejar escapar una oportunidad tan fantástica para poner un broche de oro a su carrera como militar, y lo del oro era literal. Ambicionaba, pues, las riquezas y honores que se anunciaban como seguras en la jornada de Mendaña. Con él se encontraban varios oficiales, entre los que destacaba el sargento mayor Luis Andrada, los sargentos Juan de Isla y Diego de Vera, el ayudante del sargento mayor Estamante Jordán y Tomás de Ampuero, ayudante del maese de campo.

Mendaña conocía bien las escasas dotaciones militares que la corona mantenía en Lima y El Callao, y era consciente de que una parte importante de la milicia estaba integrada por soldados que habían sido arrestados y se encontraban cumpliendo condena y por otros hombres, algunos también de

armas, que habían aceptado la amnistía del virrey a cambio de enrolarse en la armada de la expedición.

Isabel presenciaba la ceremonia de jura de lealtad a la corona, al virrey y al adelantado, sentada en la calesa junto a su hermana Mariana de Castro. No perdía detalle y sacaba sus propias conclusiones. Se la veía muy seria, sin embargo, se puso más tensa y malhumorada cuando el negro que tenía a su servicio y que conducía su calesa le señaló a dos hombres a los que reconoció como integrantes del grupo de blancos que repartían dinero entre los cimarrones para que asaltaran las haciendas de los barrios altos. El criado de Isabel se refería a los soldados Manuel Antonio y Juan López.

Tampoco a los capitanes nombrados por el adelantado se les veía muy contentos. Francisco Vargas y Lorenzo Barreto hablaban nerviosos con Lope de Vega, Vicente de Palmeira y Francisco Pedreira de Fontiñas. Desconfiaban de muchos soldados y no les gustaba nada que entre ellos figurase Juan de Buitrago, el alguacil involucrado en el caso del oidor Pérez de Alcázar. También conocían al maese de campo, Pedro Merino Manrique, y se sentían disgustados por tal nombramiento. Cuando finalizaron los actos, así se lo hicieron saber a Mendaña, que se encontró de golpe con las quejas de los capitanes y de su propia mujer. El adelantado contemporizó con todos ellos y evitó que hubiera más discusiones sobre el tema.

—Debéis tener confianza en el maese de campo —dijo—. Es un hombre con mucha experiencia y mano dura, al que le gusta la disciplina y no consiente que nadie ponga en duda su autoridad.

—Pero es que el problema está también en el maese de campo elegido —contestó Lorenzo Barreto—. Todos conocemos a Pedro Merino Manrique y sabemos que no es hombre para tanto cargo.

—Merino es un soldado que necesita una cadena de mando por encima de él —siguió Vicente de Palmeira—. Si recae en él toda la responsabilidad, algo a lo que no está acostumbrado, le va a venir grande el puesto y puede dar palos de ciego, con el peligro que conlleva que eso le ocurra al que manda en cien hombres armados.

—Olvidáis, señores —sentenció Mendaña con la intención de zanjar el tema—, que yo estoy al mando y que Merino juró lealtad a la corona, y en

mi persona recae como adelantado que soy, la representación real cuyo estandarte presidirá la capitana, la nao *San Jerónimo*.

Se le veía muy cansado, demasiado tal vez, y muy indeciso en general. Todo lo contrario que Isabel, que había cambiado su alegre carácter por una gran determinación. Zarparíamos el viernes día 7 de abril. En los barcos se trabajaba a destajo, contra el tiempo, ultimando las obras de carpintería en camarotes, bodegas y cubiertas. Buena parte de las provisiones se estaban estibando, dejando únicamente para el final el abastecimiento de agua y de vegetales y otros productos perecederos. Algunas de mis cosas se encontraban ya a bordo, en mi camarote, y yo me encontraba igualmente impaciente por embarcarme y partir. Era realmente angustiosa la espera y esa ansiedad nos alteraba los nervios a todos, lo cual podría resultar peligroso para la buena convivencia en un espacio tan reducido, como lo eran las cubiertas de los barcos, durante tanto tiempo de singladura.

La mañana del 7 de abril se presentaba muy calurosa para estar ya mediado el otoño, el cielo era de un azul intenso y la mar brava no parecía presentar dificultades para la navegación. Era un día grande en la Ciudad de los Reyes y en el puerto de los Reyes, El Callao. Toda Lima se había desplazado hasta la zona de embarque para participar de la solemnidad de la despedida a la Armada del mar del Sur. Un funcionario leyó en voz alta a todos los presentes, ante la atenta mirada de los virreyes, García Hurtado de Mendoza y Teresa de Castro, marqueses de Cañete, que presidían el acto, la capitulación por la cual su majestad el rey Felipe II nombraba adelantado de las islas de Poniente a don Álvaro de Mendaña y Neira, autorizándole a él y a su gente a portar estandarte real y partir en busca de nuevas tierras y riquezas para la corona y con las ansias de atraer a los nativos de un mundo pagano a la auténtica fe de Cristo. Una vez concluida la lectura, el arzobispo de Lima, Toribio Alonso de Mogrovejo, celebró santa misa, seguida con mucho fervor tanto por los que partían como por los que se quedaban en Perú. Finalmente, fue el virrey quien tomó la palabra para desear la mejor de las fortunas a los integrantes de la jornada, loando la misma y a su mantenedor, el adelantado Mendaña que, con la ayuda de

Dios, conduciría sus barcos a buen puerto en un nuevo paraíso que se convertiría en otra joya para la corona de España. Álvaro de Mendaña se dirigió a los virreyes y demás autoridades presentes agradeciendo muy particularmente la actuación de los marqueses de Cañete, que con su empuje como virreyes consiguieron poner en marcha lo que varios antecesores suyos habían sido incapaces de hacer.

Finalizados los actos protocolarios, poco a poco fueron subiendo a bordo de cada una de las cuatro naves los colonos, los soldados y la gente principal. Las despedidas en la playa del puerto resultaron emotivas, llenas de mucha ventura y buenos deseos. También se escucharon promesas de reencuentros felices. En cada nave esperaban los contraмаestres, condestables y marinería. Todos se encontraban contentamente alegres y esperanzados por lo que pudiera depararles la jornada que estaban iniciando.

Las primeras naves en completar su dotación fueron las pequeñas. La *Santa Catalina*, en la que iba al mando su propietario el teniente capitán Alonso de Leiva, con su piloto, doce marineros y un escribiente; en el puerto de Cherrepe se iban a incorporar ocho matrimonios más, vecinos del pueblo de Saña, para hacer un total de treinta y una personas a bordo. La *San Felipe* estaba mandada por su dueño, el capitán Felipe Corzo, y con él viajaban su piloto, ocho marineros y otras once personas para hacer un total de veintiuno. De la misma manera, se esperaba completar el número de viajeros con nuevas incorporaciones en algunos puertos situados al norte de El Callao. En Trujillo y sobre todo en Paita se encontraban algunas familias esperando la llegada de la flota para unirse a ella.

En la *San Jerónimo* Isabel esperaba la llegada de su marido. Se encontraba en el puente con su hermana Mariana, viendo cómo subían a bordo las familias, el grupo de solteros y los soldados asignados a la capitana. Con ellos venía el maese de campo, Pedro Merino, que no paraba de dar órdenes a grito pelado, como queriendo hacer notar su presencia y rango a todos los que le rodeaban. Quirós, el piloto mayor, supervisaba desde su lugar de mando en el puente toda la operación de embarque y, si era menester, daba alguna que otra indicación al contraмаestre. Los marineros, siguiendo un plan de distribución de las personas en las distintas

cubiertas, fueron acompañando a los futuros colonos, a los sirvientes de la gente principal y a los soldados a los lugares que les habían sido asignados. La excitación era máxima, al pisar las cubiertas de los cuatro barcos, las ilusiones creadas y las esperanzas depositadas en el viaje se empezaban a materializar. Ya no se trataba de una utopía, estábamos a bordo y, aunque tardaríamos una hora en zarpar, no volveríamos a pisar tierra en mucho tiempo.

—¡Piloto mayor, preséntese ante mí! —aquel grito inesperado, aquella orden fuera de tono y lugar, dada por el maese de campo a Quirós, nos puso a todos alerta y el propio piloto mayor, muy sorprendido, no daba crédito a lo que acababa de oír—. ¡No ha oído mi orden! —insistió Merino.

—Me parece que desconoce su cometido a bordo, señor maese de campo —respondió Quirós con educación, conteniendo su furia.

—¡Pero quién se cree usted que es! —insistió Merino—. Prepare a su gente para zarpar, veo a los marineros con mucha holgazanería, dando mal ejemplo. Voy a imponer aquí una férrea disciplina militar para que nadie se descuide.

—Señor maese de campo —respondió Quirós muy enrojecido de cólera—, gobierne usted a sus soldados y deje la marinería a mi cuidado, que para eso fui contratado.

—¿Quién es usted para decirme lo que tengo que hacer y cómo he de desarrollar mis obligaciones? —inquirió muy azorado el maese de campo, que no esperaba una respuesta así, tan parecida a lo que él consideraba desacato a su rango y dignidad—. Usted aquí hará lo que yo le ordene, en todo momento, y si le digo que dirija la nao contra las rocas, lo hará cumpliendo mis órdenes, ¿me ha entendido? Y no quiero que vuelva a cuestionar mi autoridad, es la última vez que se lo consiento.

—Mi nombre es Pedro Fernández de Quirós y soy el piloto mayor de la flota y la máxima autoridad a bordo después del señor adelantado —respondió—, y si usted se empeña en que lleve mi barco contra las rocas preocúpese por rezar que yo haré lo que mejor convenga para mi barco y mi gente y no será ningún desatino. Y con usted no tengo nada más que hablar.

Pedro Merino Manrique nunca había sufrido una indisciplina semejante, así lo creía, nunca nadie en el ejército le había cuestionado una orden y

menos públicamente. Estaba tan encolerizado que echando mano a su sable se dispuso a agredir a Quirós abalanzándose sobre él. Se interpusieron, sorprendentemente, dos soldados que sin dudarlo dieron la razón al piloto mayor, apoyándose en su experiencia como hombres viajados por mar al servicio del rey. Isabel Barreto, que no tenía ninguna simpatía por el maese de campo, se acercó al lugar del conflicto, del que había sido testigo con su hermana, y terció en favor del piloto mayor.

—Me debo —gritó indignado Quirós— a mi señor el adelantado, que me contrató como piloto mayor de su flota y me entregó este barco para que fuese su capitán y eso voy a hacer. Pronto subirá a bordo el adelantado Mendaña, que pondrá las cosas en su sitio y a las personas también, indicando a cada uno de los presentes cuáles son sus obligaciones y dónde no deben meter las narices.

Pedro Merino había cedido en su impulso de bravucón, más por la toma de posición de los soldados y de otra gente, entre los que me encontraba, que por la presencia de una mujer, aunque ésta fuese la esposa del mismísimo adelantado, amén de la firmeza del piloto mayor.

—Y os digo más —insistió aún alterado Quirós—, que si entendiera que de todo lo que queda por descubrir vos pudierais ser gobernador, por no ser mandado por quien tanto se adelanta y tan poca reputación muestra, no acudiría a la jornada.

Álvaro de Mendaña no esperaba, ni necesitaba, al subir a bordo encontrarse con un problema de tal calibre. Tuvo que tirar de la mayor elocuencia y poder de convicción para tranquilizar los ánimos y zanjar el incidente, pero Mendaña no era el hombre preclaro que llevaba un cuarto de siglo esperando la segunda oportunidad, las circunstancias le superaban y con frecuencia se le veía incapaz de tomar las riendas, de utilizar la autoridad que el rey le había conferido, de imponer un criterio claro ante sus subordinados. Quirós ya había hablado con su mujer, Ana Chacón, que le acompañaba en la jornada junto a su hija, para expresarle su deseo de desembarcar si el adelantado no ponía remedio a la situación generada; aceptó la palabra de Mendaña de que bajo su autoridad las obligaciones de cada uno quedarían perfectamente definidas. Pero cuán lejos de imponerse estaba el adelantado.

Las urgencias por normalizar la jornada hicieron que Mendaña diese a su piloto mayor la orden de partir, a lo que Quirós replicó que no era el mejor momento porque había poco viento. Desconozco con qué intención se envió una barca con unos cuantos hombres a tierra, lo que sí sé es que regresaron sin poder poner pie en la playa porque, según ellos, mucha gente armada se lo impidió. Quizá el incidente pueda justificarse como una medida de precaución por parte del virrey para que no se produjera ninguna desertión entre los amnistiados que debían, a cambio de la libertad, participar en la jornada. Con todo, la falta de viento nos impidió salir el viernes 7 de abril de 1595, como así quería el adelantado. Pernoctamos en los barcos sin movernos de la bahía y a la mañana siguiente la galeota, la *San Felipe*, se adelantó a todos abandonando la mar mansa con dirección norte. Nada más salir de la bahía se cruzó con una nao cargada de mercancías que entraba a puerto. En la *Santa Isabel* y en la *Santa Catalina* todos estaban impacientes por recibir la orden de zarpar. Y Quirós tomó el mando.

—Larga trinquete en nombre de la Santísima Trinidad —empezó diciendo el piloto mayor con una primera orden que era todo un ritual en la Marina española—, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero. Que sea con nosotros y nos guarde y nos guíe, y acompañe y nos dé buen viaje a salvamento, y nos lleve y vuelva con bien a nuestras casas.

Al piloto mayor contestó la tripulación poniendo manos a la obra y rezando en alta voz un avemaría, que rápidamente fue seguida por todos los que nos encontrábamos a bordo. Nadie olvidaba que la defensa de nuestra fe era uno de los valores principales que definían la idiosincrasia de nuestro pueblo y que no sólo buscábamos riquezas, también almas que se adhiriesen al cristianismo. Las oraciones iban a estar muy presentes en la vida cotidiana a bordo, lo sabía por mi experiencia cruzando el océano Atlántico y por haberlo vivido cada vez que estuve embarcado. El vicario Juan Rodríguez de Espinosa y el capellán Antonio de Serpa dirigieron, nada más movernos, el rezo del santo rosario, que fue seguido por todos los civiles que se encontraban a bordo e incluso por muchos de los marineros que en esos momentos atendían sus obligaciones como tales. Se izaron vergas, se

largaron velas, mayor, trinquete y gavias, también la de mesana y con la fuerza del viento las naos dejaron atrás el puerto de El Callao de la Ciudad de los Reyes. Poco a poco, aquella costa fue desapareciendo de nuestra vista; mientras tanto, en nuestras mentes se establecía la duda de si algún día tendríamos la oportunidad de volverla a ver.

Cuando alcanzamos el surgidero de la localidad de Santa, fondeamos los barcos muy cerca de la galeota, la *San Felipe*. Nos esperaba su capitán, Felipe Corzo, con una nao repleta de mercaderías y de negros que, procedente de Panamá, se dirigía a Lima. No era la primera nao que Corzo retenía. Entre Lima y Santa había confiscado, cual diligente corsario, muchas provisiones y aparejos a varios barcos con los que se había cruzado. Ahora esperaba al adelantado con el regalo de esa nao. Mendaña había entrado en una permanente nebulosa mental desde los días del juicio al oidor, y nadie era capaz de aventurar cuál sería su respuesta a ninguno de los problemas o cuestiones que se le plantearan, si éstos requerían una rápida y decidida solución por parte de la máxima autoridad de la flota. En esta ocasión parecía más centrado y mostró su disconformidad con la usurpación de los bienes de otras naos; no era necesario y sí contraproducente. Por lo tanto, Mendaña ordenó al capitán Felipe Corzo, dueño de la galeota, que desistiera en su afán por confiscar la nao. Con esta decisión, el adelantado dejó clara su postura a los navegantes para que la tuvieran presente en adelante, mientras estuviesen navegando y fondeando por las costas del Perú para seguir incorporando gente a la jornada, y también bastimentos, los cuales deberían ser obtenidos de otras maneras. No quedó suficientemente satisfecho Juan Rodríguez de Espinosa, el vicario de la flota, que también quiso dejar constancia de su autoridad, y ya empezaban a ser muchas en la flota.

—Ante una actitud vandálica como la vuestra —dijo el vicario en voz alta para ser escuchado por las tripulaciones de la *San Jerónimo*, la *San Felipe* y la nao apresada—, debo hacer que caiga sobre vos —aludiendo al capitán Felipe Corzo— todo el peso de la ley de Nuestro Señor Jesucristo. Sois un mal ejemplo para vuestra gente y vuestros soldados y por ello os castigo con la excomunión.

—¿Qué? —preguntó incrédulo, petrificado Felipe Corzo incapaz de decir más.

—Os ordeno, además, que devolváis a sus dueños todo lo que habéis usurpado o, en su caso, paguéis su precio justo.

Felipe Corzo se retiró sin mediar más palabras con el vicario y absolutamente aturrido por tan drástica decisión. No le afectaba el devolver lo que había confiscado, se sentía totalmente vilipendiado y humillado públicamente por el vicario, que además había tenido el atrevimiento de dar una orden que sólo al adelantado correspondía y, encima, le había excomulgado.

Hechas todas las restituciones, se dieron velas y partimos cara el norte, buscando el puerto de Cherrepe, que servía de fondeadero para la población de Santiago de Miradores. En la nao capitana, la *San Jerónimo*, empezaban a escucharse murmuraciones, lo cual no parecía bueno, pues todavía nos encontrábamos en los primeros días de navegación y realmente la auténtica jornada por el desconocido mar del Sur aún no había comenzado. No se escuchaban quejas concretas, pero sí comentarios alusivos a los excesos del vicario con un capitán del adelantado; también se hablaba de la altanería mezclada con insolencia del maese de campo, que además buscaba mantener su principio de autoridad por la vía del miedo. Lo más preocupante era que entre la gente se empezaran a tener dudas sobre la capacidad del propio Mendaña para mantener un criterio definido y plena autoridad sobre sus oficiales. Eran evidentes los recelos de Quirós con el maese de campo, pero también el notable distanciamiento y la falta de relación entre los Barreto, sobre todo de Isabel y su hermano Lorenzo, con Pedro Merino Manrique. Todos esperábamos una reacción por parte de Mendaña y que éste dejara las cosas claras, poniendo a cada uno en su sitio y a sí mismo por encima de todos, tal como debía ser.

Cuando fondeamos en el surgidero de Cherrepe, se usaron las barcas para llegar a tierra. Nos esperaban allí varias familias y unos cuantos hombres levantados mayormente por el capitán Lope de Vega. Se cargaron más provisiones que, junto con los colonos, fueron llevadas a bordo de la *Santa Isabel*. Entre tanto, llegó al fondeadero una hermosa nao, nueva, robusta, que venía a cargar en este puerto y en otros del virreinato del Perú

harina, azúcar y otros productos que tendrían como destino la ciudad de Panamá. Era una embarcación tan hermosa que la tripulación de la *Santa Isabel* convenció a su capitán, Lope de Vega, para que hablara con el adelantado y le propusiera cambiar la almiranta por esa nao tan nueva. Álvaro de Mendaña escuchó las razones esgrimidas por Lope de Vega.

—La nao almiranta es vieja y su arboladura ya sufrió lo suyo en muchas leguas de navegación anteriores a esta jornada —dijo Lope de Vega al adelantado—. Sería bueno atender los consejos de la gente marinera que tengo a mis órdenes y cambiar la *Santa Isabel* por esta nao que se encuentra en magnífico estado y ofrece enormes garantías para una arriesgada jornada como la que estamos emprendiendo.

—Comprendo vuestras alegaciones —contestó Mendaña—, pero la *Santa Isabel*, sin ser tan nueva, es una nao perfectamente válida para nuestros propósitos. Calmad los ánimos de vuestra gente, seguid con el abastecimiento y disponeos a zarpar en cuanto todos hayamos completado nuestros quehaceres.

Mendaña zanjó la cuestión muy seguro de sí mismo y no se dejó amilanar ni por su capitán, el almirante de la flota, ni por la tripulación de éste. Empero tuvo que escuchar cómo su mujer, Isabel, lamentaba la decisión.

—En la almiranta va Lope y todo lo mejor para él es bueno para nosotros —dijo—. Mi hermana Mariana está preocupada por las murmuraciones sobre la seguridad de la *Santa Isabel* que manda su esposo.

—¿Tú crees que he hecho mal? —preguntó Mendaña a su mujer.

—Deberías pensar algo más en la familia. A Mariana le causa inquietud todo lo dicho y a mí me apena verla preocupada por su marido. Tal vez mañana puedas reconsiderar tu decisión...

—Lo pensaré.

El adelantado volvía a titubear, tras una decisión asumida, que ya había hecho pública, se estaba dejando aconsejar en sentido contrario por Isabel. Si verdaderamente daba marcha atrás, en la almiranta se lo agradecerían, pero su autoridad volvería a estar cuestionada. Los hechos sucedidos en las horas posteriores cambiarían el curso de las cosas, no sabiéndose entonces si para bien o para mal. En la *Santa Isabel* no había gustado la decisión

tomada por Mendaña y unos cuantos, no se sabe quiénes, ni si hubo, o no, falta de connivencia por parte de gente principal, se tomaron la libertad de taladrar la nao, de tal manera que quedase inservible para la navegación, a no ser que pasase por las manos de los carpinteros de ribera para que la pudiesen reparar de tan mal intencionadas actuaciones. Se dio la voz de alarma y todo el mundo se puso manos a la obra para salvar el barco y todos sus bastimentos, como así fue. El adelantado no daba crédito a lo sucedido. Tamaño acto de indisciplina le obligaba a incautarse de la nao que todos pretendían, realizando su permuta por la *Santa Isabel* pero suponía, al fin y al cabo, que se cumpliesen los deseos de su mujer Isabel Barreto. Tripulación, colonos y soldados de la *Santa Isabel* bajaron a tierra mientras el maese de campo, Pedro Merino, cumplía órdenes y se incautaba de la moderna nao que junto a la flota estaba fondeada. No resultó fácil, pues tuvo en contra en todo momento a uno de los propietarios de la carga, un sacerdote de origen italiano llamado Alonso Mañero de Firenza, que por su boca lanzaba pecados e improperios indignos de un miembro de la Iglesia. Pedro Merino seguía a lo suyo, impertérrito, como si tanta maldición no fuese con él. Los soldados y los marineros estaban realizando el trasvase de bastimentos de una nao a otra. Como la furia del cura no cesaba, tuvo que intervenir Mendaña.

—Para paliar las pérdidas que le pudiéramos ocasionar —le dijo el adelantado—, le entrego a cambio la nao *Santa Isabel*, una buena parte de la carga de su propiedad, seis mil seiscientos pesos de plata ensayada y la promesa de pagarle lo que faltare dentro de dos años, o antes si la flota estuviera de regreso con anterioridad a lo previsto.

Tal mediación con la consiguiente negociación por parte del adelantado pareció calmar un tanto los ánimos del cura, que a pesar de todo seguía atentamente todos los movimientos que se producían en la flota y según unos cuantos testigos no paraba de lanzar maldiciones a diestro y siniestro. Varios marineros se asustaron cuando escucharon al cura decir que la nao embargada nunca llegaría a ningún puerto.

La nao requisada fue rebautizada con el nombre de la que se entregó a cambio, *Santa Isabel*, que al mando del almirante Lope de Vega, pasó a ser la almiranta de la flota. Mendaña estaba muy contrariado, toda su gente de

confianza se daba cuenta de ello, pero lo que más nos preocupaba era que también se daban cuenta otros de menos apego que además eran perros viejos curtidos en mil enredos. Pasando a mi lado el adelantado murmuraba para sí mismo «consiento pero no olvido».

Sólo restaba realizar la aguada para completar las mil ochocientas botijas de que disponíamos y que el adelantado indicase si surgíamos en Paita, como último puerto del Perú, o nos adentrábamos definitivamente en el gran golfo, en el mar del Sur. El maese de campo y los soldados no cesaban de protestar, porque a su entender llevábamos demasiado tiempo costeando el virreinato y ellos se habían embarcado para ir a las islas Salomón en busca de riquezas que allí les estaban vedadas. Los hombres trabajaban arreo transportando agua a bordo de los cuatro barcos. Teníamos la, ayuda del corregidor del partido judicial, Bartolomé de Villavicencio, que puso a disposición de la flota indios y mulas para ir a las fuentes y a los pozos a cargar el agua en las botijas, pero la buena disposición del corregidor duró poco, ya que fueron muchas las molestias que causaron entre la población los soldados y otra gente levantada por el adelantado, por lo que una mañana no aparecieron ni los indios ni las mulas, sólo el deseo de que nos fuéramos de una vez.

Aquellos desplantes y la mala reputación que algunos de los hombres tenían allá donde tocaban tierra hicieron que Mendaña tomase la determinación de dejar en Saña a un grupo de elementos tildados de indeseables por buena parte de los participantes en la jornada, con la esperanza de lograr así la mejor convivencia posible entre los que finalmente partían con la flota. Allí fueron desembarcados a la fuerza una veintena de hombres de los que se habían alistado como soldados de conveniencia, algunos de ellos amnistiados por el virrey, y un par de mujeres que, en las pocas semanas que llevábamos a bordo, ya habían causado mucho daño provocando unos cuantos altercados entre hombres que se creían con el derecho de exclusividad como beneficiarios de sus favores.

—Largad velas —dijo Mendaña a su piloto mayor.

—No considero acertada vuestra prisa por partir —contestó Quirós—. Bien sabéis que en este momento no tenemos más que la mitad de las botijas con agua y que éste es un mar muy grande y desconocido.

—Daréis a los soldados un cuartillo de ración en vez de la mitad y así tendremos agua suficiente para la jornada.

—Soy el responsable de las personas que se encuentran a bordo, y en tanto que me habéis nombrado piloto mayor, como tal, no estoy dispuesto a arriesgar con algo tan esencial como el agua, ni a escatimar a unos para dar a otros. Os ruego tengáis a bien no partir sin completar la aguada.

El adelantado atendió las peticiones de su piloto mayor y le ordenó que pusiese rumbo a Paíta, que era un buen puerto para la aguada y que una vez completada partiríamos con rumbo a las islas Salomón. Las cosas no iban a mejorar en Paíta. El primero de los incidentes que allí se dieron fue una discusión muy agria entre Pedro Merino, el maese de campo, y el vicario. Discutían sobre cuestiones de límites de autoridad, con una vehemencia impropia de sus respectivas dignidades, pero que no causó sorpresa porque ambos habían dado muestras, en mayor medida el maese de campo, de su autoritarismo, dejando en evidencia sus notorias carencias para administrar las responsabilidades propias de sus respectivos cargos. Juan Rodríguez de Espinosa llegó a agarrar por el cuello al maese de campo, el vicario era más corpulento que el hombre de armas, pero Merino desnudó su espada. Suerte que se interpuso el adelantado pidiendo medida a las partes. Aun con éstas, el maese de campo golpeó con la espada a un capitán que resultó ser Luis Barreto. Merino alegó en su favor que fue un golpe sin intención hacia esa persona y que ni siquiera suponía que fuese un cuñado del adelantado el que recibiese el golpe. Si Lorenzo y Diego, igual que Isabel, ya estaban muy encontrados con el maese de campo, ese incidente empeoró la situación.

Pedro Merino Manrique subió a un bote y se fue a tierra con su honor mancillado y su autoridad cuestionada. Desembarcó decidido a quedarse en tierra y a no realizar la jornada, tanto es así que incluso mandó que le bajaran de la nao *San Jerónimo* sus ropas y todas sus pertenencias. Para los Barreto aquélla era una buena noticia, no tendrían que depender en tareas defensivas de aquel capitán tan envalentonado y pagado de sí, ellos y otros oficiales y sargentos mayores se sentían capacitados para mandar la tropa y

defender con eficacia la flota, los campamentos y las ciudades que se fundasen a lo largo de la jornada. Isabel no era de otra opinión y presionaba a su marido para que no intercediese y dejase a Merino a su suerte en Paita. Pero Mendaña hizo caso omiso de todos los comentarios procedentes de su familia. Desembarcó también él y se fue a hablar con Merino, al que convenció para que continuase en su puesto de maese de campo.

No había tregua para Mendaña, o todo se había puesto en su contra o no había sabido mandar en la flota como de un adelantado se esperaba. Y la verdad era que ni siquiera era capaz de consensuar las decisiones importantes con los Barreto, incluida su propia mujer. Su familia tenía prisa, por eso se puso al frente de los que se mostraron más ansiosos por zarpar. Aquellos dos meses transcurridos desde que se había salido de El Callao pesaban como una losa y para Isabel, poco acostumbrada a tener que desenvolverse en espacios tan reducidos como eran los camarotes del barco, por muy amplias que fueran sus dependencias personales, aquello se estaba convirtiendo en un suplicio; por otra parte, estaba la recomendación, tanto de su esposo como de sus hermanos, de que no se dejara ver demasiado por cubierta, ya que no gustaba a los marineros llevar mujeres a bordo pues creían que eran portadoras de mala suerte; encima, todavía estaban en Perú. No lo soportaba más y así se lo hacía saber continuamente a su marido. Los ecos de tanta gente mandando en el adelantado habían llegado a los oídos del piloto mayor, que estaba harto de las continuas dificultades que día a día surgían entre los participantes en la jornada. Así que, ni corto ni perezoso, consultó con su mujer y entre ambos decidieron abandonar el proyecto.

—Con todos mis respetos —le dijo Quirós al adelantado—, debo deciros que en estos dos meses he visto aparecer un incidente tras otro en una cadena que parece no tener fin. Vos me habéis contratado como piloto mayor para una jornada en la que creo que no es necesaria mi presencia, ya que vos mismo tenéis condiciones más que sobradas para llevarla a su fin. Por todo ello me rindo ante las dificultades y os pido autorización para que mi familia y yo podamos desembarcar aquí mismo, pues queremos abandonar la jornada.

—¿Vos también? —preguntó escuetamente Mendaña, completamente abatido.

—Señor, lo que mal empieza mal acaba. Y a este viaje se le ven a diario muy malos fines estando tan al principio que no parece que sea presagio de buenos augurios. ¿No creéis?

—Razón no os falta en vuestro análisis —respondió el adelantado—, pero os prometo que todo se va a enderezar y que nada más dejar el Perú los ánimos van a cambiar. Es cierto que llevamos demasiado tiempo costeando, pero eso se acabó. Si en dos días completamos la aguada, partimos definitivamente.

—No me siento con fuerzas suficientes como para afrontar este proyecto en el que cunde el desánimo sin apenas empezar.

—Entiendo... pero necesito —dijo Mendaña— que no hagáis firme vuestra decisión hasta el viernes. Quiero dar solución a otros temas y, al tiempo, que vos veáis quién tiene las riendas en la flota.

Aquel gesto impetuoso del adelantado quería representar una posición de fuerza que hasta ahora no se le había visto nada más que a ráfagas. Se encargó de acelerar el aprovisionamiento de agua. Intercedió ante el vicario para que reconsiderase la excomunión del capitán Felipe Corzo, que tenía a toda su gente angustiada al ser mandada por un hombre apartado de Dios y de su protección, lo que repercutía negativamente en los ánimos de toda la flota. En ese caso, la actuación del capellán Antonio de Serpa y de los dos franciscanos que viajaban en la *Santa Isabel* resultó decisiva. A todo ello hubo que sumar como algo positivo, como buena señal, la incorporación a la flota, a bordo de la nao almiranta, de un hidalgo llamado Ignacio López de Aido que pagó dos mil pesos de plata por su pasaje como sargento mayor. Había indicios de que las cosas se estaban enderezando y de que, por fin, se largarían velas y podríamos aventurarnos por aquellos mares ignotos.

Quien seguía sin verlo claro era el piloto mayor. Mendaña hablaba con él una y otra vez, intentando convencerle de que todo iba bien, que los vientos serían favorables y que los mejores sueños de grandeza se cumplirían al final de la jornada. El adelantado tenía que emplearse a fondo y sacar a relucir sus mejores dotes de persuasión, pues era consciente de que si había algún hombre de quien no podía permitirse el lujo de prescindir, ése era el piloto mayor. Es cierto que él solo se valía para llevar

a cabo la jornada, pero prefería tener a otro navegante experimentado que asumiese las responsabilidades específicas de piloto mayor de la flota y capitán absoluto dentro de la nao, así él podría dedicarse a los menesteres de adelantado y capitán general. Además, le necesitaba para regresar con las noticias sobre los descubrimientos que se iban a procurar y sobre las fundaciones de las nuevas colonias españolas en el mar del Sur. Mendaña había estipulado en las condiciones del contrato de Quirós que éste sería el encargado de regresar al Perú con las noticias que se hubieran producido en la jornada y con el encargo de reclutar nuevos colonos para poblar las tierras descubiertas, amén de traer, en la nueva flota, los bastimentos necesarios para un mejor asentamiento de las poblaciones que se pretendían fundar en las islas Salomón. Nadie estaba en condiciones de suplir al piloto mayor asumiendo tales responsabilidades, nadie estaba preparado para ello, y si Quirós renunciaba a la jornada, tendría que ser el propio adelantado el encargado de regresar al Perú.

Isabel sabía lo que se jugaban y, poniéndose en el peor de los casos, pensando en la desgraciada posibilidad de que su marido, Álvaro de Mendaña, sufriera algún contratiempo que le inhabilitase, era imprescindible tener en la flota a Pedro Fernández de Quirós como piloto mayor. Debía actuar rápidamente. Por eso se dirigió a los camarotes asignados a Quirós, en la cubierta inferior a la suya y allí abordó a Ana Chacón, esposa del piloto mayor, que estaba en esos momentos atendiendo a su hija. No le entró de mujer a mujer, como sería previsible en cualquier otro caso y entre otras protagonistas, sino como si de ellas dependiesen las decisiones importantes que sus respectivos maridos debían afrontar.

—En estos dos meses hemos tenido muy poca relación —empezó diciendo Isabel—. Pero creo que eso debe cambiar de hoy en adelante.

—A los hombres de la mar no les agrada que las mujeres se dejen ver cuando están compartiendo viajes con sus maridos —respondió Ana Chacón—. Yo respeto esa norma, sobre todo para no causar ningún perjuicio a mi marido, por eso no se me ha visto en cubierta ni me he relacionado prácticamente con nadie.

—Os entiendo, porque el adelantado es de la misma opinión que vuestro esposo y yo tampoco quiero ser la excepción, pero creo que con discreción

sí que podríamos compartir inquietudes, esperanzas e ilusiones, así conseguiríamos pasar mucho más agradablemente las largas horas de encierro que exige una jornada como la que vamos a afrontar.

—Mi marido —continuó Ana Chacón— no quiere continuar... lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Y motivos no le faltan. Yo estaría muy molesta, y de hecho lo estoy, con ciertas actitudes negativas que han adoptado a lo largo de estas semanas determinadas personas principales. Pero si en su día vuestro marido aceptó ser contratado por el adelantado fue porque creyó en la jornada, en mi marido y en las enormes posibilidades de futuro que nos puede deparar el destino, si es que con tiento y buenas maneras, y guiados por buenos hombres, alcanzamos el fin glorioso de esta jornada. Las islas Salomón que descubrió el adelantado en 1567 son un territorio maravilloso, lleno de riquezas y en el que se pueden establecer bases para la flota española y factorías para las especias, y donde fundar ciudades para nosotras y para nuestros hijos.

—Todo parece bonito tal como lo explicáis, señora —dijo la mujer del piloto mayor—, pero hay gente mala a bordo y vos habláis de que con gente buena se llega a buen puerto... aquí hay gente muy ambiciosa y con mucha maldad.

—Lo sé, estoy totalmente de acuerdo con vos —confirmó Isabel—. Desgraciadamente, esas personas viajan con nosotros, pero los verdaderamente importantes en la jornada son el adelantado y vuestro esposo, el señor Quirós. De nosotras va a depender que tengan las fuerzas y la cordura suficientes para que nos puedan llevar a buen puerto para así poder cumplir nuestros sueños. Yo me encargo del adelantado, y os prometo que estaré pendiente de todos sus actos para que todo vaya bien. Os pido a vos que hagáis lo propio con el piloto mayor. ¿Aceptáis el reto?

—No os prometo nada, sólo que hablaré con mi marido y él tomará la decisión que más le convenga a él y a nosotras, su familia.

—Confío en vos y espero que nuestra colaboración se haga efectiva y sea eficaz.

Pedro Merino Manrique, el maese de campo, protagonista de algunos de los graves incidentes ocurridos en las semanas anteriores, hacía sus cábalas.

Podía resultar un bravucón, un oficial pendenciero demasiado presto para desnudar la espada, era evidente que tenía mal carácter y que muy pocos de entre todos los que viajábamos lo escogeríamos por amigo, pero tonto no era. Con las mismas bajó a tierra y se presentó ante el piloto mayor.

—Tenemos nuestras diferencias —dijo el maese de campo—, y todo el mundo las conoce, pero somos hombres de bien que estamos aquí para sacar adelante una noble y muy cristiana misión.

—No es fácil llevarla a cabo cuando hay gente a bordo muy larga de manos y muy presta a desnudar la espada —respondió Quirós sin contemplaciones.

—Es cierto que el diablo la lía y nosotros le seguimos el rumbo con demasiada prontitud. Creo, sin embargo, que de caballeros es el entenderse y que no debe ser por nuestra causa que este magno servicio al rey quede sin satisfacerse.

—No creo en enmiendas fáciles y repentinas, señor maese de campo —dijo el piloto mayor—, me parecen más bien respuestas de conveniencia que verdaderos propósitos de enmienda.

—Vos gobernad la nao, dirigid la flota y a vuestros hombres que ni yo ni los míos seremos capaces de entorpeceros, de molestaros y mucho menos de cuestionar vuestras decisiones. Yo gobernaré a mis hombres en lo que a defensa y protección de los nuestros sea preciso.

Quirós era un hombre de palabra y no gustaba estar cambiando de parecer según soplara el viento. No cabía duda de que aquella conversación con el maese de campo le había hecho reflexionar, pero su esposa, Ana Chacón, hizo el resto, de tal manera que cuando Mendaña se aprestaba para una nueva entrevista con su piloto, apremiado por Isabel Barreto, quizá la última tentativa pensaba, se encontró a un Quirós dispuesto a emprender viaje dirigiendo la navegación de la flota a las órdenes del adelantado.

Mendaña se reunió con su piloto mayor en su despacho de capitán general de la flota a bordo de la nao *San Jerónimo*, la capitana, para darle indicaciones precisas sobre las islas Salomón, las rutas a seguir y las cartas de navegación de un mar que sólo él conocía. Mientras en el exterior se terminaba la aguada, Mendaña le dijo a Quirós que hiciera unas cartas en las que únicamente aparecieran tres o cuatro puertos en las costas del Perú,

los de El Callao, Santa y Paita, dos puntos con el Norte y Sur, el uno en siete y el otro en doce grados, y mil quinientas leguas al oeste de Lima, las islas Salomón.

—No daremos más información a los otros pilotos para evitar malas tentaciones y posibles deserciones —dijo Mendaña—. Las demás embarcaciones deberán seguir nuestro rumbo.

—¿Están entonces las Salomón a mil quinientas leguas? —preguntó Quirós.

—No, se encuentran a unas mil cuatrocientas, pero mejor será que crean que llegamos antes que preocuparlos con algún posible retraso.

OceanofPDF.com

EL MAR DEL SUR

A la orden del adelantado que mandó dar velas, la capitana enfiló al Poniente. El piloto mayor trasladó la orden al contramaestre y éste a los marineros.

—¡Buen viaje nos dé Dios! —gritó Quirós.

—¡Buen viaje nos dé Dios! —respondieron a coro los marineros y todos los que nos encontrábamos en cubierta.

Aquel grito multitudinario, aquel rezo en común, aquel deseo de esperanza, me puso la piel de gallina y a más de uno casi se le saltaron las lágrimas. Ahí estaban reflejadas todas las ansias de muchas personas, las ilusiones por un proyecto trabajado y preparado durante demasiado tiempo. La segunda oportunidad en la vida para otras personas que veían en las promesas del adelantado y en las posibilidades de las islas Salomón la ocasión para redimirse y dejar un futuro mejor para sus hijos. En aquellos primeros minutos de silencio, interrumpidos únicamente por las órdenes que recibían los marineros, cada cual se encontraba ensimismado en sus propios pensamientos, en sus planes de futuro, en sus oraciones... en el final de la jornada que ahora sí se iniciaba de verdad. Era un viernes, día en el que gustaba partir a Mendaña, 16 de junio de 1595 y desde los cinco grados Sur de Paita buscábamos los diez grados Sur, con un rumbo Oeste-Sudoeste. Los soldados hicieron sonar los clarines y los tambores, exacerbando aún más la melancolía en los viajeros.

Isabel siguió la maniobra desde una discreta posición en el puente, acompañada por su hermana Mariana y relativamente cerca de su marido, el adelantado. Con la mirada fija en el horizonte y el rostro sereno, se podía adivinar en sus ojos una pizca de emoción. Ella no veía el punto donde cielo y mar se confundían, ella intuía ya la grandeza de las islas que quería

gobernar. Las vislumbraba... quizá iba más allá y se imaginaba paseando en su calesa por las calles de las ciudades que habían fundado... quizá sus sueños eran ir y venir, abriendo rutas para viejos y nuevos productos que llenarían los mercados desde Filipinas al Perú.

—«Bendita sea la luz, y la Santa Vera Cruz y el Señor de la Verdad y la Santa Trinidad. Bendita sea el alma, y el Señor que nos la manda. Bendito sea el día, y el Señor que nos lo envía» —rezó con todas sus fuerzas el grumete encargado del reloj de arena, avisando así a los marineros y a toda la gente de a bordo que ya había pasado una hora.

Las primeras horas transcurrieron con la gente ocupada en ir acomodándose en los emplazamientos que se les habían asignado en alguna de las cubiertas. Diez grumetes viajaban en la cubierta superior del castillo de proa; justo debajo de ellos, en otra cubierta, se acomodaron los quince marineros encargados del bauprés y del trinquete; en la tercera cubierta de proa, sobre los pañoles de cabos y anclas y el de los de víveres, se acomodaron treinta y cinco pasajeros, gente que mayormente pertenecía al servicio de Isabel Barreto, unos que viajaban con sus familias y otros que eran solteros; en la misma cubierta pero en popa estaban los sargentos mayores y los soldados, que hacían un total de treinta y dos; en la cubierta inmediatamente superior tenían sus aposentos el condestable y el contramaestre junto al resto de la marinería, con lo que eran treinta más. En las cubiertas superiores viajaban el adelantado con su esposa Isabel, Mariana de Castro, que no iba en la *Santa Isabel* que mandaba su marido el almirante Lope de Vega, los tres hermanos Barreto, Lorenzo, Diego y Luis, el piloto mayor con su esposa Ana Chacón y su hija, el maese de campo, los escribanos, el vicario, el capellán y yo, que disponía de un pequeño camarote en el que sólo cabía un coy, dos arcones, dos botijas de agua y un pequeño baúl en el que me sentaba para escribir, haciendo de mesa uno de los arcones; por fortuna, tenía un ventanuco que miraba a babor. Éramos en total ciento treinta y siete personas a bordo de la capitana; en la *Santa Isabel* viajaban ciento ochenta y cuatro; veintitrés en la *San Felipe* y treinta y cuatro en la *Santa Catalina*; para hacer un total de trescientas setenta y ocho personas participando en la jornada.

Los vientos nos fueron favorables durante las primeras semanas de navegación y el clima benigno, con lo que se facilitó mucho la vida en las naos. La gente estaba de buen humor y aunque no eran muchos los solteros que formaban parte del contingente de la *San Jerónimo* ya se sospechaban posibles acomodados. Todo transcurría con normalidad, con los marineros haciendo su trabajo sin sobresaltos, con la soldadesca consumiendo el tiempo sin mucho que aportar, los capitanes departiendo y cambiando impresiones, compartiendo proyectos, y yo participando de todo un poco. Aproveché la bonanza para ir conociendo mejor el barco; en las bodegas visité primero el pañol del contramaestre, en el que éste guardaba todo lo necesario para reparar el barco, velas de repuesto, amuras, clavos, etc., justo encima se encontraba la cocina y muy cerca el cuarto del maestro armero. Avanzando hacia proa, en las bodegas centrales del barco se había estibado el agua y buena parte de los víveres, para los que también se habían dispuesto dos paños más, cerca de proa, entre ellos estaba la santabárbara; ya en proa un último pañol estaba ocupado por material de marinería.

En las cubiertas corridas, sus ocupantes se las arreglaron para obtener el máximo de intimidad, aprovechándose de los baúles y de los fardos que cada cual llevaba a modo de separación entre los coyotes. Hombres y mujeres fueron buscando a sus afines, con los que empezaron a compartir ilusiones, esperanzas e incluso proyectos. Isabel pasaba muchas horas del día con su hermana, entre los aposentos y el puente, sobre todo para que Mariana pudiera ver, aunque fuese en la distancia, a su marido Lope de Vega que mandaba la almiranta. Con ellas, excepto en el puente, estaban siempre algunas criadas, generalmente Swami y la Pancha. Isabel se desahogaba con su hermana hablándole de sus intenciones para cuando llegasen a las islas Salomón, le preocupaba mucho el que se pudiera encontrar una ruta rápida y segura que permitiera establecer una línea de comercio directa entre las islas de Poniente y el Perú, para así tener la posibilidad de suministrar al virreinato las especias y las sedas, sin tener que pasar por las aduanas de Acapulco y Panamá, yendo directamente a El Callao. Veía quizá más futuro en el éxito de las rutas que se pudieran abrir que en el propio establecimiento de nuevas colonias en las islas Salomón o en otras tierras susceptibles de ser descubiertas. Era una mujer que no dejaba de

sorprender; en Lima su mayor preocupación consistía en lograr fundar una hermosa ciudad en unas tierras vírgenes, llenas de riquezas y agradables para vivir; tal vez en alguna ocasión, de soslayo, mencionó la apertura de rutas directas con Perú pero sin ningún énfasis, como no queriendo darle importancia para que nadie pudiese reparar en sus intenciones ocultas. A diario dedicaba un precioso tiempo a cambiar impresiones con el adelantado, procurando en todo momento mantenerlo vigilante, atento a todo lo que aconteciese en su flota; quería verlo concentrado y con carácter, de tal manera que estuviera en condiciones de tomar las decisiones más acertadas en cada una de las situaciones, comprometidas o no, que pudieran producirse.

Alguna noche, acompañé a Quirós en la vigilancia de las guardias. Observábamos maravillados aquel firmamento que se mostraba tan evidente, tan manifiesto que parecía querer cubrir con su manto la *San Jerónimo* y a toda la flota. Orión, la Corona Australis, Sagitario y la Cruz del Sur eran fieles compañeros en nuestro viaje por un mar que por su inmensidad más bien parecía un gran océano. El invierno había llegado y con la puesta de sol refrescaba en alta mar, a pesar de que estábamos a pocos grados de latitud Sur. Yo miraba las estrellas ensimismado, incluso sentía cierto vértigo ante aquella sensación de infinito que en cierto modo nos envolvía, confundiéndose con el mar en el oscuro y difuminado horizonte. Buscaba el suelo de la cubierta para sentirme protegido y, por si con eso no era suficiente, procuraba centrarme en las luces de las linternas de las demás naves de la flota que resultaban ser un bálsamo ante tanta grandeza, disipando también la sensación de soledad que emanaba de aquel punto del universo tan alejado de cualquier parte. Quirós, acostumbrado a tantas noches de navegación por el Atlántico, el Cantábrico y el Caribe, leía otras cosas en la noche, su observación de las constelaciones y de las estrellas era más técnica que romántica. El piloto mayor acumulaba experiencias y datos para sus anotaciones que luego incluiría en las cartas marinas que dibujaría para la Casa de Contratación de Sevilla, en la que se ubicaba la Escuela de Pilotos de la corona española, de tanto prestigio como la de Lisboa, en la que él había adquirido sus primeros conocimientos teóricos como marino. Quizá, mezclados con tanto dato técnico se fueran

enhebrando en sus pensamientos algunas ideas menos pragmáticas y más ensoñadoras, pero su rostro curtido por el efecto de los elementos, haciéndole mayor de lo que verdaderamente era, no daba pistas sobre ello.

—«Bendita sea la hora en que Dios nació, Santa María que lo parió, San Juan que lo bautizó. La guarda es tomada, la ampolleta muele, buen viaje haremos si Dios quiere» —cantó el grumete para indicar al jefe de guardia y a la tripulación que era medianoche.

—¿Me acompañáis de ronda por las bodegas? —preguntó Quirós.

El oficial de guardia debía comprobar que todo estaba en orden, también en el interior del barco, que la carga se mantenía en su sitio, que no había extraños en los paños, que el agua que se pudiera filtrar no supusiese un problema que requiriese esfuerzos especiales... El pañol del contramaestre estaba en orden; en la bodega de estribor nos saludó el maestro armero José de Viariz, hombre de confianza del adelantado, que lo había ubicado allí para que le vigilara los víveres, era seguramente la persona que disponía de más espacio a bordo. De los paños de proa, y con las mismas responsabilidades que José de Viariz, se encargaba José Manuel Cancela Díaz, el capataz de los Barreto; estaba despierto, muy despierto... se encontraba en plena faena... no podía parar, a la fuerza tenía que terminar lo que estaba haciendo... seguramente con la Pancha. Seguimos de largo. Cuando subimos a la cubierta principal, oímos la voz del grumete encargado de girar las ampollas del reloj...

—«Buena es la que va, mejor es la que viene. Una es pasada y en dos muele. Más molerá, si Dios quiere. Cuenta y pasa, que buen viaje hace» —dijo, y finalizó con más fuerza—: ¡Ah de proa, alerta, buena guardia!

—¡Buena guardia a la capitana! —contestó el grumete de guardia en la proa que después se dirigió a su capitán y a mí—: ¡Buena guardia, piloto mayor, buena noche, señor!

Los grumetes habían cantado las doce y media, demostrando que estaban despiertos, manteniendo, igualmente, despierta a la guardia con sus avisos cada media hora.

Los buenos vientos y la climatología favorable nos acompañaron, afortunadamente, desde nuestra partida de Paita. Disfrutábamos de un clima tropical ya que, según los cálculos de Quirós y de Mendaña, debíamos de

estar más o menos a la misma altura que Lima pero cientos de leguas al Oeste. Los alimentos no faltaban, pero era evidente que en un mes todos los víveres frescos se habían agotado. Quedaban algunas botijas con fruta que había que ir consumiendo para no tener que tirarla por podrida. Se comían básicamente carnes curadas y en salazón, mucha torta de harina, algún pescado enganchado en las redes que algunos marineros lanzaban al agua una que otra noche, y agua, que para eso el piloto mayor se había empeñado en no partir sin llenar las mil ochocientas botijas. Aun así no se apreciaba nerviosismo entre los embarcados. Lo mismo ocurría en la almiranta y en las embarcaciones más pequeñas, la *Santa Catalina* y la *San Felipe*, que informaban al piloto mayor y al adelantado con cierta frecuencia de las novedades a bordo, que no eran muy diferentes de las nuestras. No obstante, sí que debería ser tenida en cuenta la manifiesta ociosidad de los soldados, poco acostumbrados a estar parados. El maese de campo los mantenía ocupados todo lo que podía, haciéndoles revisar y limpiar los arcabuces y mosquetes, mantener afiladas con las chairas las armas blancas, los sables, puñales y estoques, pero últimamente tampoco era nada bueno que tuvieran en sus manos el armamento, ya que se les veía inquietos por la inactividad, estaban deseosos por entrar en acción o, cuando menos, por oler a pólvora quemada, si les dejaran disparar... por eso mismo, el piloto mayor sugirió al adelantado que una vez por semana se hiciesen prácticas de tiro con cada uno de los cañones, para mantener diestros a los artilleros. Con esa decisión, aplaudida por Mendaña, se ocupaba también a los soldados que, bajo la supervisión del maese de campo, disparaban sus arcabuces igualmente una vez por semana.

Era el 16 de julio, el día estaba despejado, menos viento que en días anteriores, mar en calma. La flota se había agrupado y la gente principal se había vestido para la ocasión, el vicario y el capellán en la capitana y los frailes franciscanos en la almiranta iban a celebrar, con misas solemnes y rezos varios, la festividad de Nuestra Señora del Carmen, día grande para los hombres del mar. Con tal motivo, los barcos se habían engalanado con pendones y banderas. Los clarines y tambores dieron mayor solemnidad a los actos, se sirvió ración y media de alimentos y agua y, por gentileza del adelantado, se repartió vino entre los que quisieron catarlo. La gente se

mostraba feliz y, aunque se oían algunas bromas sobre las islas que tan lejos se hallaban, toda la jornada transcurrió en un ambiente de fiesta.

—Señorita —dijo Swami—, no sé si estamos llegando a donde el adelantado nos quiere llevar, pero huelo tierra.

—¿Qué dices, Swami? ¿Has bebido demasiado? —preguntó Isabel.

—No, señorita, he bebido como todos, pero le aseguro que siento la tierra cerca.

Isabel tomó nota del comentario y esa noche se lo participó a su marido.

—¿Estamos cerca? —preguntó Isabel a Mendaña.

—Muy lejos no debemos de estar —respondió el adelantado—, pero no tanto como para oler tierra tal como te dijo Swami.

—Ella no suele equivocarse. Tiene una gran intuición y tú lo sabes.

—Isabel, hay una gran diferencia entre tener esa clase de intuición y saber navegar. Te digo que no hay tierra conocida por estas latitudes.

Los siguientes días, Mendaña pasó más tiempo del acostumbrado con su piloto mayor. Estudiaban las cartas y hacían estimaciones de longitud, calculaban que debíamos de estar a unas mil cien leguas de las costas del Perú, pero ambos sabían que los cálculos de longitud se apoyaban en datos relativamente fiables que tenían que ver con los nudos de velocidad, la medición del tiempo... y los instrumentos no eran precisos, por eso hablaban de estimación. Sí que conocían la latitud con mayor precisión, navegábamos en los 11 grados Sur. Según lo apuntado por Mendaña a su piloto mayor antes de zarpar de Paíta, las islas Salomón se encontraban en esas latitudes a unas mil cuatrocientas cincuenta leguas, por lo tanto, aún faltaban algunos días para llegar al destino final, siempre y cuando Mendaña estuviera en lo cierto en la distancia correcta y Quirós no hubiese errado en su estimación.

Al mediodía del día 21 de julio, el vigía de la cofa de la mayor, avistó tierra. Una inmensa alegría recorrió el barco, la emoción provocó algún desmayo entre las mujeres y a todos se nos puso la piel de gallina ante la visión de unas tierras desconocidas. ¿Habíamos llegado a las islas Salomón? Ésa era la pregunta que le trasladaba Quirós al adelantado.

—Es algo que no puedo responder hasta desembarcar y comprobar quién habita esa isla y cómo es su orografía. Pero me parece pronto para ser las Salomón.

La flota puso rumbo a la isla descubierta, a la que llegamos al atardecer. Prudentemente se decidió no acercarse demasiado para evitar cualquier situación de peligro. Al día siguiente se desembarcaría para hacer el reconocimiento de aquellas costas. La isla fue bautizada como isla de la Magdalena, por ser la víspera de esa festividad. Esa noche Mendaña ordenó al maese de campo que dispusiera una guardia de soldados convenientemente armados para evitar sorpresas no deseadas.

El descubrimiento de la isla de la Magdalena fue, como cabía esperar, todo un acontecimiento para todos los componentes de la flota. Los barcos habían fondeado juntos, lo suficientemente cerca como para participar de la inmensa alegría que se vivía. Larga fue la noche y muchos los encuentros amorosos entre penumbras. Si cuando el vigía gritó tierra el vicario tenía varias peticiones de casamiento entre la gente de la jornada, con la buena noticia llegaron a ser hasta quince las peticiones entre los de la *Santa Isabel* y la *San Jerónimo*. Ya en sus aposentos, después de cenar en compañía de los demás hermanos, Isabel no tardó en recordarle a su marido el acierto, el instinto convertido en olfato de la negra Swami, que había predicho la proximidad de tierra cinco días antes. Mendaña declinó cualquier discusión, no sin balbucear que tal predicción había sido una casualidad.

Con el alba, la actividad se recobró. El adelantado quería que el maese de campo y algunos capitanes se desplazasen a tierra en una de las lanchas, para inspeccionar la costa y para elegir un buen lugar en el que establecer un campamento que tuviera un manantial de agua dulce en sus proximidades, que permitiera rellenar, sin tener que recorrer grandes distancias, las botijas de los cuatro barcos, pero tal operación debería esperar. Ya no quedaba duda de que la isla de la Magdalena estaba habitada, unas setenta canoas repletas de indios bogaban con furia hacia las naos. Serían en total unos cuatrocientos nativos los que se acercaban y venían totalmente desnudos. Uno de ellos, el más decidido sin duda, se aferró a la *San Jerónimo* extendiendo el brazo en solicitud de ayuda para subir a bordo y se le ayudó, con él subieron unos treinta o cuarenta más. Nos traían cocos,

nueces, plátanos y otras clases de frutos y nos señalaban, con ostensibles gestos y vociferando, hacia un lugar de la costa que suponíamos debía de ser un buen puerto para surgir las naves. Se mostraban muy solícitos y muy admirados por lo que veían, cada utensilio, cada parte de la cubierta o de la arboladura de la nao, algunas mesas tendidas con comida, todo les sorprendía. Las mujeres que estaban a bordo salieron a la cubierta superior para poder admirar a aquellos hombres fornidos y muy altos, más que la mayoría de nosotros; eran muy claros de piel, pero tenían los cuerpos muy tatuados con muchos puntos y peces, dibujados en color azul. Si los nativos se mostraban pasmados ante aquellas ropas de hombres y mujeres, con prendas llenas de colorido y que ocultaban la mayor parte de nuestros cuerpos, las mujeres de a bordo se regalaban la vista ante los esculturales y desnudos cuerpos que tenían ante sí. Todo lo tocaban, barbas de los hombres, músculos de brazos y piernas, cara y cabellos de las mujeres, vestidos, amén de todo lo que encontraban en la cubierta, tanto es así que el adelantado quiso poner orden, pero no hubo respuesta por lo que ordenó que se realizara un disparo de culebrina. El estruendo fue tal que todos los nativos se echaron al agua muy asustados. Desde otras canoas lanzaron una cuerda al bauprés y se pusieron a remar con intención, bien de robar el bauprés, bien de remolcarnos, no consiguiendo obviamente ninguna de las dos cosas. Sí que se enfurecieron con el susto que se les dio, tanto que desde las canoas se abalanzaron con furia contra nosotros pertrechados con hondas y con lanzas de madera; algunas piedras batieron contra el casco de la capitana y una fue a dar en la cabeza de un soldado, que quedó conmocionado. Pedro Merino, el maese de campo, ordenó a los arcabuceros disparar, pero el chaparrón que había caído mientras los nativos estaban en la *San Jerónimo* había humedecido la mecha y la chispa no llegaba a la pólvora. En una de las canoas, había un viejo de largas barbas que daba voces continuamente, estaba muy alterado, agresivo en demasía, y parecía ser hombre principal a tenor del caso que le hacían desde las demás canoas. El sargento mayor ordenó que se disparara un verso, con tan mala fortuna para el viejo nativo que el impacto le abrió la cabeza y además mató a otros siete que le acompañaban en su misma canoa.

A la vista de los incidentes, el adelantado pospuso la orden de inspeccionar la costa en el bajel, tiempo habría si fuera menester más adelante, con lo que decidió continuar la exploración por mar. Así fue como en poco tiempo avistamos otras islas, la primera fue bautizada como isla de San Pedro, a la segunda se la llamó isla Dominica y a la tercera se la bautizó como isla de Santa Cristina, decidiendo Mendaña considerar esas cuatro islas, incluida la Magdalena, como un archipiélago al que desde ese momento llamó islas Marquesas de Mendoza, en memoria del marqués de Cañete, García Hurtado de Mendoza, virrey del Perú, que había resultado esencial para el inicio de la jornada.

Isabel y su hermana Mariana de Castro no perdían detalle de lo que acontecía. A Mariana las islas le parecían pequeñas y no pensaba que en ellas se pudiera uno beneficiar tanto como se pensaba en el Perú.

—Grandes no son —contestó Isabel—, pero no sabemos las riquezas que guardan. Mientras que el adelantado no ordene que se inspeccionen no podemos aventurar nada. Pero son un verdadero paraíso, un regalo para la vista.

—En eso tienes razón —contestó Mariana—, pero sigo pensando que me parecen poca cosa...

—¿Poca cosa? —preguntó con sorna Isabel—, pero si no quitabas ojo a los indios que subieron a bordo, estabas tan ruborizada que cualquiera que te hubiera visto pensaría que no conocías hombre.

—Qué cosas dices, Isabel, tú sabes que no tuve muchas oportunidades de estar con mi marido... y no te metas tanto conmigo que tú también mirabas.

—¡Pero, hermana! ¿Viste qué hombres?

Isabel no tenía todavía suficientes elementos para hacerse una idea sobre lo conveniente y adecuado de ese archipiélago que acababan de descubrir. Si su marido había bautizado las islas, era obvio que no se trataba de las Salomón. Ahora no quedaba más remedio que esperar acontecimientos para valorar si las Marquesas eran un buen lugar para fundar una colonia o convenía seguir camino en busca de las Salomón.

Nuevamente, Mendaña ordenó a Pedro Merino que alcanzase tierra en compañía de veinte soldados. Una vez en el bote se vieron rodeados por

doce o catorce canoas, y fue tal el agobio que sintieron nuestros soldados que realizaron cuatro o cinco descargas, matando a varios indígenas. Desde la capitana tuvimos ocasión de observar el incidente y algunos sentimos dolor y vergüenza al ver cómo un indio se tiraba al mar con su hijo en la espalda y un arcabucero los mató a los dos de un disparo.

—Maldigo y espero que esta maldad se vuelva contra el que me ordenó hacerlo —se oyó decir al autor del disparo en clara referencia al maese de campo.

—¿Entonces por qué no disparasteis al aire? —pregunté.

—Por no mancillar mi reputación de buen tirador —respondió orgulloso el soldado.

—¿Dais más importancia a vuestra puntería que a la vida y a las almas de dos infelices? —preguntó Quirós.

—Podréis estar orgulloso de vuestras habilidades cuando entréis en el infierno —sentenció el vicario.

Un nuevo incidente con sangre y muerte impedía que se realizaran los planes de Mendaña para inspeccionar las islas y, como en el caso anterior, el maese de campo y sus soldados, con las armas tan prestas, estaban de por medio. Con la guardia alerta, se pasó el día a bordo de los barcos. Isabel habló con su marido para que permitiera que su hermana Mariana pudiera visitar a su esposo Lope de Vega, almirante de la flota, a bordo de la *Santa Isabel*.

—Llevan mucho tiempo separados y prácticamente están recién casados —dijo Isabel—, ¿no crees que es triste que hayan tenido tan pocas oportunidades para estar juntos?

—Hoy he convocado a los capitanes y pilotos de los cuatro barcos para una reunión en mi camarote —respondió Mendaña—, luego podrá irse con Lope y estar con él algunos días en la almiranta.

—Espero que esa reunión no te canse demasiado —dijo muy melosa Isabel—, te estaré esperando. Quiero celebrar contigo este descubrimiento.

—Bueno, ya hablaremos más tarde porque ahora tengo cosas muy importantes en las que pensar y no quiero distracciones.

—¿Sabes que te has vuelto muy gruñón y muy poco considerado conmigo en los últimos tiempos? —más parecía una afirmación que una

pregunta la lanzada por Isabel—. Hay amor cada noche en las bodegas del barco y nuestros aposentos están sin estrenar, permanecen vírgenes, ¿ya no te gusto?

—Ya te digo que ahora no puedo pensar en eso —respondió Mendaña, queriendo zanzar el tema—, hablaremos más tarde.

Lope de Vega, almirante de la flota y capitán de la *Santa Isabel*, Felipe Corzo, capitán de la *San Felipe* y Alonso de Leiva, teniente de la *Santa Catalina*, habían acudido a la cita a bordo de la *San Jerónimo* con sus respectivos pilotos. Mendaña y el piloto mayor Quirós quisieron escuchar las incidencias que se habían producido en cada nave de la flota en lo que iba de jornada, para así conocer el estado general de la misma que serviría para un mejor acierto a la hora de tomar decisiones. Se concluyó que era conveniente hacer aguada por haberse consumido mucha y la restante no estar lo suficientemente fresca como para afrontar muchos más días de travesía; asimismo, era necesario hacer leña para suministro de las cocinas y maderas para repuestos en carpintería. Lógicamente se aprovecharía para hacer acopio de frutos frescos y de animales para hacer despensa de carne fresca, huevos... en definitiva, se acordó que lo más indicado sería hacer tierra y montar un campamento en una playa que sirviera de puente entre los encargados de buscar las provisiones y los propios barcos de la flota. Mendaña expuso a los presentes sus dudas sobre la posibilidad de que las islas del archipiélago en el que se encontraban, bautizado como islas Marquesas de Mendoza, formase parte del de las islas Salomón que él mismo había descubierto el 7 de febrero de 1568, hacía nada menos que veintisiete años. Según sus cálculos debían de faltar aún entre doscientas y trescientas leguas, es decir, no estaban lejos, con lo cual no sería de extrañar que las islas Marquesas perteneciesen al grupo de las ansiadas Salomón. A Quirós le pareció un poco arriesgado que Mendaña hubiese dado tanta información y que hubiese sembrado la duda sobre la posición exacta de las Salomón, sobre todo al hablar de que podían faltar doscientas o trescientas leguas. Hasta la fecha y siguiendo las órdenes explícitas del adelantado, las cartas náuticas distribuidas entre los pilotos de cada barco eran muy escuetas, con apenas una docena de datos, pero con un punto de llegada en las mil quinientas leguas al oeste de Lima. El piloto mayor empezó a pensar

en la posibilidad de que Mendaña estuviera navegando un tanto a ciegas, veintisiete años de distancia entre un viaje y otro suponían demasiado tiempo, suficiente como para errar en los cálculos o confundir datos que en su día estuvieron más claros. No obstante, se estaban haciendo las cosas bien y el hecho de hacer tierra parecía una buena idea ya que las islas se antojaban un buen lugar incluso para fundar una colonia que sirviera de puente entre las Salomón y el Perú.

—Mañana irá a tierra el maese de campo con algunos de sus hombres —dijo Mendaña—. Los pilotos, mientras tanto, buscarán un buen lugar para surgir la flota, lo suficientemente cerca de la playa.

—¿Debemos redoblar la guardia? —preguntó Alonso de Leiva.

—Sí, será necesario estar más vigilantes mientras no conozcamos mejor a los nativos —aseveró Mendaña.

—Si la situación es estable, ¿podremos permitir a la gente que tome tierra? —preguntó ahora el capitán Felipe Corzo.

—Creo que es prematuro pensar en esa posibilidad —respondió el adelantado con el asentimiento de los demás—. Esperemos, a ver qué es lo que sucede en uno o dos días antes de volver a pensar en ello.

Al día siguiente la actividad comenzó al rayar el alba. Era el día del apóstol Santiago y antes de enviar ninguna barca a cumplir las misiones encomendadas, todos participamos en los actos religiosos que el vicario había programado. Tras oír misa y recibir la bendición de Juan Rodríguez de Espinosa, los marineros echaron al agua las barcas en las que Pedro Merino Manrique y veinte soldados más irían a tierra. Yo pedí autorización para acompañarles y me fue concedida. A medida que nos acercábamos a la playa, pudimos ver más claramente a los indios, que sin duda sabían de nuestra llegada porque nos estaban esperando en la orilla. Nos tranquilizó ver que no portaban ni las lanzas ni las hondas con las que nos habían atacado, sin embargo los soldados se mantuvieron alerta, con los arcabuces listos para hacer fuego si fuera menester. Desde la *San Jerónimo* seguían con atención nuestra arribada a la playa, todos en cubierta estaban temerosos de las dificultades que pudiéramos encontrar, algunas mujeres rezaban el santo rosario con el capellán Antonio de Serpa, lo mismo sucedía en la *Santa Isabel*. Los Barreto y, por supuesto Mendaña, hacían votos en

silencio para que no se produjeran incidentes y se pudieran normalizar las relaciones con los indios, de tal forma que nadie saliera perjudicado y todos ganando. Echamos pie a tierra y algunos soldados tomaron posiciones. La respuesta de los indios fue concluyente, se acercaron a nosotros con los brazos extendidos ofreciéndonos gran cantidad de manjares, frutas variadas, muchos cocos abiertos para poder beber y comer su pulpa; nos traían también huevos, gallinas y una especie de masa blanca comestible que ellos se llevaban a la boca para que viéramos que era buena. Todo fueron parabienes, intercambios de buenas voluntades, por señas obviamente, y un interés muy grande por hacerse comprender; a nosotros nos pasaba lo mismo. Buscamos un manantial de agua que encontramos muy cerca de la playa, localizamos también muchos frutales y con gestos pedimos a los indios que nos consiguieran más cocos. Resultó definitivo para reducir las suspicacias que pudieran haber surgido el hecho de que a las pocas horas, con mucho trabajo adelantado en la procura de bastimentos, hicieran acto de presencia ante nosotros varios grupos de mujeres nativas, algunas con sus hijos en brazos. Fue una verdadera aparición, nos quedamos paralizados, como si hubiésemos visto a los mismísimos ángeles descendiendo de los cielos, aquellas mujeres eran bellísimas y, al igual que los hombres, estaban totalmente desnudas. Esbozando amplias sonrisas, se fueron aproximando a cada uno de nosotros, agasajándonos con más comida y muy solícitas para entablar conversación y amistad con los visitantes. Desde la flota se vio aquel gesto con enorme satisfacción, por fin nos topábamos con algo de qué alegrarnos.

Aquel surgidero fue bautizado con el nombre de «Madre de Dios». Allí quedaron fondeadas las cuatro naves de la flota, dispuestas para recibir los bastimentos de refresco tan necesarios para continuar con seguridad la jornada. Durante todo el día y los dos siguientes, se fue haciendo acopio de todo lo necesario, sobre todo de agua fresca. Los indios colaboraban con nosotros en la recolección de frutas, en el transporte de las botijas de agua y en el aporte de cerdos, gallinas y otras aves. A las nativas no les costó ningún trabajo ganarse nuestra simpatía; con su enorme poder de seducción, parejo a su desnuda belleza, modos a los que no estábamos acostumbrados en tierras cristianas, consiguieron llevar al éxtasis a más de uno; era difícil,

por no decir imposible, resistir aquella tentación. Nunca supe cómo se llamaba la nativa que me cautivó en aquel encuentro ocasional, un amor efímero pero infinito. En mis recuerdos quedará para siempre como la india de la isla Santa Cristina; aquel día no pude evitar recordar a Curi Ocllo, la mujer inca que me había amado en la hacienda de Potter en lea.

Al cuarto día, el 28 de julio, el adelantado pisó tierra acompañado por su esposa Isabel y por mucha gente principal. Con toda solemnidad, banderas y estandartes, cajas y clarines, el vicario celebró misa ayudado por el capellán y por los dos frailes de la almiranta. Los nativos asistieron atónitos al acto religioso, pero respetuosos y en silencio, de hecho, algunos procuraban imitar nuestros gestos poniéndose de rodillas cuando nosotros lo hacíamos y realizando la señal de la cruz tal como nos veían hacer. Fue verdaderamente chocante el que una hermosa india de larga y rubia cabellera se acercara, durante la celebración, a Isabel y se pusiera a darle sombra con una palmera y a abanicarla. Resultó asombroso ver a la hermosa mujer del adelantado, luciendo un elegante vestido, arrodillada sobre la arena, ser abanicada por la bella nativa que lucía su turbadora desnudez. Nos hizo gracia también el comprobar cómo, una vez finalizados los actos religiosos, algunos indios continuaban poniéndose de rodillas y persignándose. Había cordialidad entre unos y otros, y ése fue el motivo por el que Mendaña autorizó a todo aquel que quisiera bajar a tierra que lo hiciera, siempre dentro de los márgenes lógicos de seguridad en cuanto al número de personas que se pudieran encontrar a la vez en la isla y los que necesariamente tenían que permanecer a bordo de cada barco. Isabel y Mariana, acompañadas por la Pancha y otras criadas, se retiraron a una cala próxima para disfrutar de unas horas de solaz. Otros hombres, francos de trabajo, disfrutaron asimismo de la hospitalidad de las nativas, a algunos ya les estaba empezando a parecer aquella isla un lugar paradisíaco, idóneo para llevar una vida regalada y plena de placeres. Entre tanto, marineros y soldados realizaban la estiba cumpliendo las expectativas, pero sin hartarse en exceso de trabajar, que el lugar era bueno para el disfrute.

Regresé a la capitana bastante antes de la puesta del sol en la misma barca que Isabel, su hermana y algunas criadas. Una vez en la nao, la mujer de Mendaña estuvo interesada en conversar conmigo en la cubierta.

—¿Os gustan estas islas? —me preguntó.

—A primera vista me parecen un lugar agradable, sano... —respondí—, yo diría que podrían servir de puerto puente entre el Perú, las islas Salomón y las Filipinas, garantizando así una mayor seguridad en las futuras rutas entre esos lugares, tanto para la propia navegación como para frenar la posible injerencia de potencias extranjeras o de corsarios.

—Sois rápido y muy perspicaz en vuestras reflexiones —continuó Isabel—. Estoy de acuerdo con vos en que una de las claves de esta jornada es la de determinar una buena ruta, segura y perfectamente estudiada por nuestros pilotos, que nos permita abrir nuevos mercados entre las islas de las especias, China, Filipinas, las Salomón y el Perú. Ése va a ser el mejor descubrimiento de esta jornada, al margen de las riquezas que nos puedan deparar las islas descubiertas por mi marido, hace ya tantos años. Pero volviendo a estas islas, ¿creéis que habrá gente dispuesta a establecerse en ellas como primeros colonos y fundadores de una nueva ciudad?

—A los hombres que en algún momento estuvieron en tierra se les ve contentos, les gusta este lugar...

—Las mujeres son hermosas, ¿os referís a eso?

—Eso, como vos decís, influye positivamente en la actitud —respondí—, pero también tiene su importancia el clima tan agradable, el hecho de que hay comida en abundancia, los nativos no parecen hostiles...

—Y las mujeres dadivosas. O sea, creéis factible la construcción de un poblado fortificado.

—Tengo mis dudas... no sé cómo pueden responder los soldados. Son hombres rudos, necesitados de acción y, aunque aquí gozan de muchos placeres, la relajación permanente acaba por hastiar. Señora, estos hombres —continué— esperan oro, riquezas fáciles, en unas tierras que se imaginan semejantes al paraíso. Si no encuentran ese lugar que se les ha prometido, serán un verdadero problema.

—Entonces no os pronunciáis, no podéis o no queréis darme un sí o un no.

—Es difícil ser categórico, lo siento. Pero aunque veo posibilidades de dejar aquí un establecimiento, a la hora de la verdad creo que la gente se echará atrás cuando vea partir a la flota.

—¿Os habéis divertido en la playa? —preguntó con malicia.

—Ha sido muy agradable volver a pisar tierra firme después de tantos días de navegación —respondí—. Estas islas encierran mucha belleza, pero no tanta como esta nao con vos en cubierta.

—Vais a conseguir sonrojarme, señor De Melo —dijo Isabel, halagada por el piropo—. Nos gustaría contar con vos para la cena.

—Para mí será un placer cenar en vuestra compañía.

En los aposentos del adelantado se sirvió la cena a la que fui invitado; además de los anfitriones, asistían también los cuatro hermanos Barreto. Se respiraba un aire de satisfacción, para los asistentes se vislumbraba un exitoso final de la jornada. De seguir de esta guisa en los días que quedaban hasta las islas Salomón, todo hacía presagiar fortuna y gloria. Quizá el más precavido, que no escéptico, era el propio Mendaña, que observaba la efervescencia de ánimos de su esposa y cuñados. Tal vez tuviese en mente la regla no escrita de los hombres del mar que cuenta que «cuando se navega, sólo se puede decir que se llegó al punto de destino cuando se pisó tierra».

Amaneció otro día y muy temprano, en el puente estaba ya el piloto mayor. Quirós observaba cómo se preparaban las barcas para ir de nuevo a tierra para completar los bastimentos.

La mañana se presentaba espléndida y la gente dispuesta a realizar su trabajo.

—¿Cómo van las cosas, amigo Quirós?

Comedido en palabras como era, el piloto mayor se mostró serio, luego esbozó una sonrisa y finalmente se decidió a contestar a mi pregunta, que lancé a modo de saludo.

—¿No os parece que es demasiado temprano para una pregunta tan complicada como la que me habéis planteado?

—Sólo pretendía saldaros y entablar conversación —respondí—. Pero si vos veis complicación cambio mi pregunta por unos sencillos «buenos días nos dé Dios».

—¿Qué os preocupa? —espetó el piloto mayor.

Parecía gallego el portugués, haciéndome una pregunta como respuesta a la que anteriormente yo le había planteado.

—Mis preocupaciones son las normales en situaciones como las que estamos viviendo, pero ahora, viéndole a usted así, me parece que voy a tener que preocuparme por algo más, ¿me equivoco?

—No me gusta tanta euforia cuando todavía no se han alcanzado las metas deseadas.

—¿No le gustan estas islas? —pregunté.

—Éste no es el lugar de destino, no veníamos aquí, vamos a las Salomón, allí está la tierra prometida y ése es el objetivo de la jornada. Espero que a nadie se le olvide.

—Es usted de ideas fijas —le dije.

—Es posible, me gusta terminar lo que empiezo y esto no se ha terminado.

Razón no le faltaba a Quirós, por eso se enervaba con las alegrías ajenas cuando el trabajo para el que había sido contratado no había finalizado. Marineros y soldados partían a tierra en los botes que esa mañana iban a realizar varios viajes entre la playa y los barcos, porque Mendaña quería dar la oportunidad a la gente que aún no había pisado las islas de solazarse en la playa durante unas horas.

Desde el descubrimiento de las islas Marquesas de Mendoza hasta hoy se habían celebrado unas cuantas bodas entre los solteros que participaban de la jornada, y a alguna pareja más se le veía intención de unirse en matrimonio. El vicario y los demás religiosos tuvieron esos días más trabajo del habitual, entre las festividades de la Magdalena y del apóstol Santiago, la celebración del descubrimiento del archipiélago y los casamientos. Había concordia, buena voluntad y magníficas relaciones con los nativos. Todo apuntaba a que podrían ser factibles los planteamientos del adelantado, en los que Isabel había tenido mucho que ver, de dejar una colonia en la isla Santa Cristina. De hecho, unos cuantos componentes de la expedición, entre ellos algunas familias, habían expresado su deseo de quedarse en el caso de que el adelantado así lo estimase conveniente. Mendaña, efectivamente, había participado de sus intenciones a algunos de sus allegados, quería dejar en la isla unas treinta personas y un grupo de soldados que garantizaran la seguridad de los colonos.

La mañana del 3 de agosto, el batel se dirigía a la playa desde la capitana como era costumbre, con unos cuantos soldados. Una docena de indios les salieron al encuentro en sus canoas y, cuando se acercaron suficientemente, algunos de ellos puestos en pie ofrecieron sartas de cocos a los nuestros. La orden fue ignorar a los nativos y virar a la capitana.

—Que nadie diga ni una palabra a los indios —gritó el sargento—. ¡Preparen los arcabuces!

Así fue como desde la capitana vimos regresar al bajel seguido por las tres canoas de los nativos. La sorpresa fue general cuando alguien disparó un verso que mató a dos indios a la vez, y no acabó ahí el drama, porque los soldados del bajel descargaron sus arcabuces matando a otros tres. Los que estábamos en cubierta quedamos atónitos y los que se sumaron al oír el estruendo de los disparos, conmocionados. Nadie se explicaba aquel episodio violento que había causado tanta muerte. Los nativos que sobrevivieron al ataque alcanzaron a nado la orilla y escaparon despavoridos. Entre tanto, los soldados se hicieron con las canoas y recuperaron tres cadáveres que mutilaron a machetazos.

—Ahora ya conocen estos indios el poder de nuestras armas y el daño que causan nuestros machetes —dijo con voz entusiasta y muy militar Pedro Merino, el maese de campo—. Llevadlos a tierra —ordenó—, y colgadlos procurando que queden bien a la vista.

Así se hizo. Mendaña preguntó al maese de campo por lo sucedido.

—Era una trampa, señor. Venían con intención de espiar nuestra actividad y controlar nuestras naves —respondió Pedro Merino—. Querían atacarnos.

—¿No os parece poco sensato intentar atacar una flota, tan bien armada como la nuestra en comparación con el potencial de estos indios, con sólo doce hombres desde tres canoas? —tercié ante tal desatino.

Mi intervención no gustó nada al maese de campo, que se vio cuestionado delante del adelantado.

—No sabemos nada de lo que pretendían, pero es mi deber prever y abortar cualquier situación que pueda acarrear un peligro posterior —

replicó, queriendo dejar constancia de sus capacidades para el mando y de su solvencia como militar.

—Precisamente por eso que vos decís, me parece desproporcionada vuestra acción cuando desconocíais las intenciones del poderoso enemigo que teníais enfrente, armado con sartas de cocos que podrían acabar hundiendo la flota —repliqué con vehemencia.

—Quiero recordaros que os estáis dirigiendo a un superior, soy el maese de campo y me debéis respeto y lealtad.

—Os mostraré mi respeto cuando vos respetéis la buena voluntad de esta misión que lleva el pabellón real, representado en don Álvaro de Mendaña, nuestro adelantado.

La discusión finalizó con la intervención del propio Mendaña que ordenó que todo el mundo siguiera con sus quehaceres y responsabilidades, que había mucho trabajo por delante. Nadie supo qué quería evitar el adelantado, si las matanzas inútiles e innecesarias o bien las discusiones a bordo de su barco. El pronunciamiento de Mendaña sí fue captado por su mujer y no le agradó nada. Aquel incidente echaba por la borda las pretensiones de fundar una colonia estable en la isla. Haberse enemistado gratuitamente con los nativos haría peligrar a los colonos cuando partiera la flota. Isabel Barreto estaba furiosa.

—Cuando todo parece ir bien, surgen los problemas —dijo muy alterada—. Y siempre se encuentra el maese de campo en medio. ¿Cómo has consentido tal actuación?

—Ya oíste que se había producido una situación de peligro, y en esos casos es el maese de campo el que debe tomar las decisiones que considere oportunas para nuestra seguridad.

—Pero ¿no has escuchado nada de lo que dijo Antonio García de Melo? —replicó furiosa—. ¿Qué peligro podía suponer un pequeño grupo de indios ante nuestras poderosas armas? Dime, ¿qué peligro representaban esos infelices?

—Tal vez venían armados y con malas intenciones. Eso sólo lo saben los soldados que participaron en la escaramuza.

—Estás ciego —contestó con una dureza inusitada Isabel—. Si le cortaras la cabeza al maese de campo sí que se acabarían los peligros. Es un

hombre malicioso e incompetente.

La agresividad de Isabel y la mala conciencia del adelantado se habían aliado. Mendaña, desgraciadamente, estaba recuperando el abatimiento del que había hecho gala cuando los incidentes ocurridos entre El Callao y Paíta, al inicio de la jornada. Esa misma tarde y al día siguiente, Isabel confirmaría sus sospechas pues los colonos, que antes se mostraban deseosos por fundar un hogar, una factoría, en la isla de Santa Cristina, estaban temerosos de quedar desamparados y, lo que es peor, preocupados porque se confiase su seguridad a unos soldados tan insensatos y con los aceros tan dispuestos. A ello había que añadir la cizaña que estaban sembrando algunas otras personas de mala fe que, ante el temor de ser elegidas para formar parte del destacamento militar en la isla, formaban camarillas para quebrar la moral de los compañeros y de los colonos que les querían escuchar. El más ruin pareció ser un tal Jesús María Campillo, un soldado enjuto y que peinaba canas, muy dado a hacer la guerra en las cantinas y en los barracones de los cuarteles, pero que nadie podría imaginar en el frente de batalla, ni siquiera en alguna pequeña escaramuza.

Los indios retiraron a sus muertos y, aun así, algunos de ellos se acercaron cautelosamente a la capitana haciendo gestos claramente pacíficos y gritando algunas palabras en castellano que habían aprendido, entre ellas «amigo». Mendaña, consciente del mal que se había hecho a los indígenas y de los inconvenientes resultantes, convino en que lo mejor era continuar la jornada, abandonando las islas recién descubiertas sin dejar a nadie en ellas. Los soldados se salieron con la suya.

Mendaña recibió a bordo a uno de aquellos indios que gritaban sin cesar la palabra «amigo». Muy perspicaz, el nativo se dio cuenta de que las naves se estaban preparando para partir y se apenó mucho, incluso llegó a implorar al adelantado que le permitiera seguir la jornada con nosotros, petición que Mendaña rechazó.

El adelantado mandó construir tres grandes cruces de madera que ordenó clavar en tierra firme, cerca de la playa, y que en un árbol se grabara una inscripción en la que se dejara constancia de quiénes éramos y cuándo habíamos estado allí. El día 5 de agosto al rayar el alba, poco después de la oración de buenos días del grumete, el piloto mayor puso rumbo Noroeste y

al Oeste franco y la flota abandonó, con viento del Este, las islas Marquesas de Mendoza.

OceanofPDF.com

EL PARAÍSO QUE NO LLEGA

Mariana de Castro le había pedido a su hermana Isabel que terciara ante el adelantado para que le concediera permiso para poder viajar en la *Santa Isabel*, con su marido Lope de Vega, almirante de la flota. Isabel comprendía a su hermana y aceptó mediar ante Mendaña, no sin antes decirle que prefería que hicieran el viaje juntas. La suerte no estaba de parte de Mariana, porque cuando partimos de las islas Marquesas se encontraba a bordo de la capitana, lejos de su marido y notoriamente afligida. Y no era la única persona en la flota que sufría, el ambiente que se respiraba en los cuatro barcos había cambiado. Un viento de desasosiego descendía velas abajo y recorría las cubiertas. Los rostros de los marineros y de los colonos expresaban una gravedad no justificada, los soldados mostraban continuamente su descontento con todo y formaban corrillos que les servían para extender su desagrado por todo el barco.

Isabel Barreto estaba al tanto de los dimes y diretes, como lo estábamos otras personas: el piloto mayor, el vicario, Lorenzo Barreto, el maese de campo o el mismo adelantado, sólo que cada uno podía saber cosas de los demás que difícilmente coincidirían con las informaciones que otros tuvieran. La capitana se había convertido en una madeja de chismorreos, muy complicada, cada vez más; reconducir la situación sería una ardua tarea, poco menos que imposible. Lo mejor sería alcanzar las islas Salomón cuanto antes y darle un final a la jornada que satisficiera a la mayoría. A Isabel, perfectamente informada por sus criadas, le empezaba a resultar agobiante tanto rumor, tanto pesimismo, y se enfurecía al saber que la soldadesca no escatimaba esfuerzos para enrarecer cada día más la convivencia en la nao. Habló con el adelantado de ello y se quedó perpleja: a su marido no le preocupaba lo más mínimo lo que su esposa le estaba

contando. En realidad, se encontraba al tanto de todos los rumores que circulaban por su nao.

—Me exasperas con esa actitud indolente —replicó Isabel a su marido en pleno acaloramiento—. ¿Te estás burlando de mí?

—No, Isabel, no —respondió Mendaña—. Sólo que debes confiar en mí. Nadie excepto yo ha navegado por estos mares y si mis cálculos no fallan, y no deben de fallar, mañana avistaremos las islas Salomón. Calculo que mañana estaremos a unas mil cuatrocientas leguas del Perú, tal vez a mil quinientas, por lo tanto, a lo largo del día de mañana deberíamos de ver en el horizonte alguna de las islas Salomón.

—¿Estás seguro?

—Isabel, es tal como te lo estoy contando —respondió Mendaña.

—Pues entonces —continuó su esposa— podrías anunciarlo a tus oficiales y a la tripulación para que se calmaran los ánimos y variara el talante de las personas.

—¿Te das cuenta de por qué estoy tranquilo? —preguntó Mendaña—. Mañana al amanecer daré la noticia para que todos estén especialmente atentos, fijando sus miradas en la línea del horizonte.

Así fue como Mendaña anunció a la flota que, con seguridad, a lo largo del día tendríamos las islas Salomón ante nosotros. Era el 9 de agosto de 1595 y, efectivamente, ese anuncio había devuelto la alegría y las esperanzas a los que en la jornada participábamos. Quirós confirmó los cálculos del adelantado diciendo que nos encontrábamos a unas mil cuatrocientas cincuenta leguas del puerto de El Callao y que ésa era la distancia que le había facilitado Mendaña como la aproximada para llegar a las islas de Poniente.

Se veían grandes nubarrones en el cielo que, de vez en cuando, descargaban algún chaparrón; hacia el Norte estaba más claro y hacia el Sur, donde se suponía la gran tierra ignota, el cielo era negro, como si las nubes se concentrasen sobre tierra firme, así pensaba Quirós y también Mendaña, pero ambos estaban de acuerdo con que si se había marcado un rumbo éste no debía ser alterado sin justificación, aventurándose en la localización de una tierra sobre la que no se tenía ninguna seguridad sobre su existencia. El tiempo tan revuelto no influyó en los ánimos de la gente

que, además, no regateaba en la comida ni en la bebida ante la inminencia de la llegada del final de la jornada; final en el que encontrarían, según les habían prometido, riquezas y abundante comida para fundar una gran colonia para la corona de España. Pero la noche llegó antes de lo previsto pues, por culpa de las nubes que habían cubierto completamente el cielo, el día se oscureció demasiado pronto. No gustó eso al piloto mayor, ya que sin el referente de las estrellas en el cielo le iba a costar mucho trabajo orientarse. No gustó tampoco a los demás, porque no habíamos alcanzado a ver las islas que nos había anunciado el adelantado. Sin embargo, con el estómago lleno y soplando una brisa fresca en el exterior, los que no estábamos de guardia nos recogimos a dormir plácidamente, con la esperanza de que tal vez al día siguiente sí que llegaríamos a nuestro destino final. Pero tampoco; ni siquiera dos días más tarde, ni los siguientes. Algo raro pasaba porque nadie entendía que el adelantado hubiese anunciado la llegada para días atrás y no tuviésemos ni el menor rastro del archipiélago que él mismo había descubierto veintisiete años antes. Los rumores, las dudas, el desasosiego y la desesperación se estaban apoderando de nuevo de la flota. Isabel preguntaba a su marido y no obtenía respuestas. Quirós hacía lo propio y repasaba sus cálculos y estimaciones y los comparaba con los del adelantado. Sí que pasábamos cerca de islotes o de islas de perfil muy bajo y muy reducido bojeo que resultaban peligrosas para la navegación, porque se encontraban rodeadas de arrecifes que podrían causar mucho daño, sobre todo a las dos naos por tener más calado.

—Sería prudente que se adelantasen la galeota y la fragata para que, sin riesgo para ellas, nos fueran dando la profundidad —dijo el piloto mayor a Mendaña.

—Tenéis razón —respondió el adelantado—. Así también nos avisarían de bajos y de las rocas que se pudieran encontrar. Vos sois devoto de Nuestra Señora de la Soledad, ¿no es cierto?

—Sí, lo soy —respondió Quirós.

—¿Lleváis una imagen de la Virgen con vos?

—Sí, señor, cada día le rezamos mi familia y yo en la intimidad de nuestros aposentos.

—¿Os importaría trasladar cada mañana esa imagen al puente para que en el rezo general todos nos podamos encomendar a ella, para que tercie por nosotros y por nuestra salvación ante Nuestro Señor Jesucristo?

Quirós se sorprendió ante tal petición del adelantado y, aunque no puso ninguna objeción al pedido, quedó muy preocupado. Ese gesto de ponerse en manos divinas para solucionar la jornada significaba únicamente que el adelantado no sabía dónde se encontraba, no se podía fiar ya de ningún parámetro de navegación, estaba perdido y todos nosotros con él. Mal asunto. Desde aquel día, cada mañana Mendaña obligaba a todo el mundo a estar en la cubierta superior para rezar la salve delante de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad.

La galeota y la fragata se pusieron al frente de la flota, siguiendo las instrucciones del piloto mayor, y ahí se mantuvieron durante todo el día, pero al llegar la noche, y ante el temor de ser ellas las víctimas de los arrecifes, se dejaron adelantar y navegaron muy retrasadas, lejos de cualquier reproche por parte del adelantado. Era notorio el desencuentro existente entre Mendaña y sus oficiales. Ya no se le respetaba. Las naves avanzaban hacia lo desconocido guiadas por un hombre completamente derrotado por las circunstancias. A todos los males que supone el encontrarse perdidos, había que añadir el de la consecuente escasez de víveres y de agua. Se había derrochado muchos días atrás, ante la inminencia de la llegada a las islas Salomón que había predicho Mendaña, y ahora todo eran quejas y precariedad en la alimentación. También escaseaba la leña para hacer fuego, no sólo en la capitana, pues la almiranta envió un bote para que se le suministrara leña y también agua, que tenían sólo nueve botijas y eran ciento ochenta y dos personas a bordo. Decían los marineros enviados en el bote de la *Santa Isabel* que ya habían picado, para leña, mucha de la obra muerta de la propia nao y que por eso necesitaban nuestra ayuda. Asimismo pedían agua, porque en la almiranta viajaban muchas más personas que en la capitana, eran casi la mitad de la gente de la jornada y la estiba de bastimentos en las islas Marquesas había empezado por la *San Jerónimo*, sin dar tiempo a completar las necesidades de la almiranta. A Mendaña lo de la leña le pareció bien pero lo de darles agua, no. Creía que se trataba de una treta para tener mayores reservas, con lo cual negó el agua

a pesar de las constantes súplicas y de que en nuestra nao teníamos almacenadas casi cuatrocientas botijas llenas.

Isabel decidió, de nuevo, tomar las riendas. Con mucha sutileza y sin hacerse notar, fue hablando con algunas personas para conocer sus opiniones sobre cuáles serían las medidas más convenientes a tomar para la salvación de la flota. Además de con sus hermanos, mantuvo largas conversaciones con el piloto mayor.

—Creo, señora, que —dijo Quirós—, o bien la latitud y la longitud que me fueron facilitadas por el adelantado estaban equivocadas, o bien, por alguna circunstancia que se me escapa y que dudo se haya producido, nos hayamos desviado del rumbo que debiéramos haber seguido.

—¿Qué creéis vos que sucedió? —preguntó Isabel.

—Yo más bien me inclino porque la longitud no fuese la que el adelantado creía. Quizá las islas Salomón estén mucho más lejos de lo que él había calculado en su momento, o tal vez sus pilotos no hicieron bien las estimaciones, cosa que también dudo, llevando a bordo al insigne cosmógrafo Pedro Sarmiento de Gamboa y como piloto mayor a Hernán Gallegos.

—¿Pensáis que es posible que le hubieran engañado en las estimaciones? —volvió a preguntar Isabel.

—Hoy por hoy —continuó Quirós— vuestro esposo es un gran navegante, no hay duda de ello. Pero debéis pensar que cuando mandó la flota en 1565 era un joven con muy poca experiencia como marino. Ahí quizá esté la clave de este grave problema que nos puede conducir a la muerte a todos los que aquí nos encontramos.

—¿Qué haríais vos para intentar salvar la flota?

—Seguiría avanzando sin subir mucho de los diez grados Sur ni bajar de los ocho. Es posible que, navegando con el mismo rumbo, más tarde o más temprano, alcancemos las tan ansiadas islas que son causa de nuestra angustia.

—Eso haremos, señor Quirós, eso haremos —sentenció categórica Isabel.

—Os recuerdo, señora, con todos mis respetos —dijo el piloto mayor—, que yo seguiré las órdenes de vuestro esposo, el adelantado.

—Yo, personalmente, me encargaría de que recibieseis el más duro de los castigos si así no lo hicierais, señor Quirós.

—Me parece que nos entendemos, señora. Quedo a vuestra disposición.

Los hombres hablaban y hablaban. Unos decían que estábamos totalmente perdidos y que avanzábamos hacia una muerte segura y que por eso había que repartir toda la comida, evitando así una larga agonía. Otros decían que las islas Salomón nunca habían existido, que todo era un invento de Álvaro de Mendaña para poder lanzarse a la aventura de un posible y casual descubrimiento. Incluso había quien decía que como había pasado tanto tiempo, casi treinta años, desde que Mendaña las había descubierto probablemente las islas Salomón se habrían hundido y que habríamos pasado por encima de ellas. Se oía de todo y cada comentario era a cual más disparatado. Hacía quince días que habíamos abandonado de muy mala manera las islas Marquesas de Mendoza y más de diez desde que el adelantado había anunciado que se iban a avistar las Salomón. La rutina y la desesperanza fueron rotas por alguien que gritó: «¡Tierra! ¡Tierra por el noroeste!». Se trataba de cuatro pequeñas islas, muy planas ellas, muy arenosas y llenas de palmeras. Mendaña las bautizó como islas San Bernardo por ser el día dedicado a ese santo.

Se buscó la forma de desembarcar para buscar agua, leña y alimentos, pero por el sudeste era imposible ya que las islas estaban protegidas por un largo bajo de arena que nos haría encallar. Se estaba en ello por el sudoeste cuando el vicario, Juan Rodríguez de Espinosa, llevando a un aparte al adelantado le convenció para que siguiéramos nuestro camino sin más interrupciones. Quirós insistió para hacer entrar en razón a Mendaña pero no lo consiguió, por eso se dirigió a Isabel, para que mediara ante su marido, por la conveniencia de hacer aguada, leña y recolección de alimentos, que la escasez era mucha, habiendo alguna gente enferma. Isabel oyó al piloto mayor y trató, a su vez, de convencer a su marido, pero tampoco logró hacerle cambiar de parecer. Ni siquiera logró averiguar cuáles fueron las verdaderas razones, aducidas por el vicario, para no hacer escala en las islas San Bernardo. Alimentos debía de haber en aquel lugar,

pues a mí me pareció ver unas cuantas canoas tripuladas por indios en las proximidades de la playa, y no fui el único en verlas, otras personas ratificaron la veracidad de mi observación. Otra vez, se complicaba la travesía y la vida a bordo de las naos. Para algunos, la aparición de las islas que el adelantado bautizó como San Bernardo confirmaba que navegábamos con buen rumbo, que después de unas islas vendrían otras y que, finalmente, llegaríamos a las más importantes y deseadas, las islas Salomón. Sin embargo, no todos estaban de acuerdo, ni compartían un ápice tal opinión, más bien al contrario, se mostraban muy pesimistas, más que eso, completamente derrotistas. Y como casi siempre, todos los comentarios negativos provenían del mismo sector, de la soldadesca. Aquellos hombres se aburrían día tras día, hora tras hora, en lo que para ellos era un sin vivir. La total falta de actividad en unos hombres acostumbrados al máximo riesgo y la casi permanente acción les conducía al nerviosismo y a la desesperación. Se les veía al límite, en cualquier momento perderían el control; manoseaban sus armas con ansiedad, deseosos por disparar, por lanzar cuchilladas a diestro y siniestro, por oler la pólvora quemada y por oír el estruendo de los disparos. De sus bocas salían críticas a los pilotos, a los contramaestres, a Quirós y al mismísimo Mendaña, capitán general de la flota. Se entrometían en el duro trabajo cotidiano de los marineros, a los que increpaban con insultos y provocaciones, teniendo que intervenir en varias ocasiones gente de rango para evitar que la sangre llegara al río. En una de estas trifulcas el maese de campo, Pedro Merino, tomó partido por los necios de sus soldados, viéndose involucrado, una vez más, en conflictos impropios de su condición de jefe. Fue otra vez el piloto mayor quien salió en defensa de sus marineros, cargado de razón y lleno de prudencia.

—¿No os parece, señor maese de campo, que deberíais dejar en paz a los marineros? —dijo Quirós.

—Son unos haraganes y por ello les reprendo —respondió el maese de campo.

—Son los hombres que llevan meses trabajando duramente para que todos nosotros hayamos llegado hasta aquí, teniendo la misma ración que vuestros soldados que en todo este tiempo no han dado palo al agua y

cuando ocasionalmente lo han hecho corrió la sangre, trayendo amargura y desolación a los hombres y mujeres de buena fe que estamos en la jornada.

—¿Estáis acaso cuestionando a mi gente?

—A vuestra gente y a vos, que no sabéis o no queréis mantenerlos en la disciplina y el orden.

—No consentiré ninguna intromisión en lo que atañe al contingente militar de la flota —respondió enrojecido por la furia Pedro Merino—. Soy el maese de campo y conozco perfectamente mis obligaciones y sé cómo manejar a mi gente sin que ningún piloto me tenga que dar lecciones.

—Sería bueno que pusieseis en práctica esos conocimientos de los que hacéis alarde —dijo Luis Barreto, al quite, por si hubiera lugar a echar una mano al piloto mayor—. Gran parte de los incidentes que se producen a bordo tienen en medio a alguno de vuestros hombres.

—Si tan capacitado estáis y no queréis injerencias en lo vuestro, dejad en paz a la marinería que ya tienen bastante con su piloto mayor para que les gobierne. Dedicaros a vuestros menesteres y dejadnos a los demás con los nuestros —concluyó Quirós.

La tormenta dialéctica se quedó ahí, no sin elevar el grado de malestar en la nao. La tormenta tropical agitó las aguas del mar del Sur y descargó truenos por doquier con tal furia que mismo parecía que el cielo se había enojado con nosotros. La noticia positiva fue que los denostados marineros reaccionaron con presteza y acumularon baldes y botijas que pronto se llenaron con el agua de la lluvia y que sirvieron para completar la reserva de agua dulce que quedaba en la capitana. Era seguro que en la almiranta y en las naves pequeñas harían lo propio, porque ellos sí que iban necesitados.

Esa misma tarde, con la tormenta alejándose y la mar buscando su acomodo, cuando me disponía a escribir mi diario, recibí la visita de Isabel Barreto en mi minúsculo camarote. Venía, con su hermana Mariana y con la Pancha, de visitar a José de Viariz, el criado de confianza que guardaba los víveres del pañol de estribor. Habían estado haciendo recuento de provisiones y el cálculo estimativo de los días que podrían durar. Isabel pidió a su hermana y a la Pancha que se fueran a los aposentos de la familia.

—Vos diréis, señora. ¿A qué debo el honor de esta visita?

—Os traigo esta garrafa de vino de Porto. Seguro que os hará bien y os ayudará a soportar estos días de incertidumbre —respondió Isabel.

—Os agradezco enormemente vuestra gentileza. Con este vino dormiré mejor. Pero no habéis venido solamente a traerme el vino, ¿verdad?

—Decidme, De Melo, ¿qué opináis de la situación? ¿Creéis, como mucha gente en el barco, que estamos perdidos?

—No os descubro nada que no sepáis si os digo que la gente se siente a la deriva —contesté—. Acabáis de subir de las bodegas y supongo que habréis visto el desánimo en las caras de los que descansan en la cubierta inferior. Llevan varios días encomendando sus almas al Señor ante lo que suponen que va a ser una muerte segura.

—Sí, he visto esas miradas... es algo que nunca imaginé en Lima, nunca creí que esto iba a pasar en nuestra flota. Pero ¿qué creéis vos? ¿Estamos perdidos?

—No soy marino como para poder aventurarme en la respuesta que me estáis pidiendo de forma tan categórica —respondí—. Desconozco si las islas Salomón quedaron atrás, si están más adelante o si han sido borradas de la faz de la tierra porque se las haya tragado el mar. Lo que sí me parece acertado es continuar con el mismo rumbo, es posible que no hayamos llegado y, en caso de haberlas pasado de largo, tal vez podamos encontrar otro archipiélago como los que hemos descubierto anteriormente en estas latitudes.

Isabel pareció quedar satisfecha al escuchar una opinión que, probablemente, coincidía con lo que ella creía y, quizá, con lo que alguna que otra persona consultada con anterioridad le hubiese dicho. Pero ella quería algo más.

—No sabemos lo que nos deparará el futuro, ni lo que Nuestro Señor Jesucristo nos tiene preparado, pero —dijo, posando su mano sobre mi brazo— en caso de peligro y de revueltas a bordo, ¿puedo contar con vos?

—¿Acaso lo dudáis, señora? —contesté, dando un pequeño paso hacia ella en señal de entrega y disposición.

—Gracias, Antonio —dijo Isabel, era la primera vez que se dirigía a mí usando mi nombre de pila.

Quise besar su mano para sellar la confianza, pero inesperadamente se acercó a mí regalándome un beso fugaz del que reaccioné cuando cerró la puerta tras abandonar mi camarote.

Los días pasaban y la flota avanzaba hacia lo desconocido, pero manteniendo el rumbo marcado por el piloto mayor.

Ciertamente, más que una flota aquello parecía un grupo de naves que hacían la misma ruta por casualidad. Tras la capitana, pero muy retrasada y navegando por babor, nos seguía la fragata *Santa Catalina* con el teniente capitán Alonso de Leiva y su gente. Ligeramente detrás de ella les seguía la galeota *San Felipe*, con el capitán Felipe Corzo y su gente y, muy retrasada, casi en el límite del alcance visual desde la capitana, navegaba la almiranta, la *Santa Isabel*, con el capitán Lope de Vega y ciento ochenta y una personas más. No era bueno para la seguridad de los barcos tanta dispersión, pero ya no había en la flota nadie que impusiera el suficiente respeto ni la necesaria autoridad para reconducir en la jornada el orden y las buenas maneras. Ni siquiera a bordo de los barcos; mientras las familias con hijos buscaban la mejor forma para subsistir con el racionamiento, los demás, incluso algunos marineros y gente principal, se dieron a una vida desordenada y licenciosa, no exenta de escándalo en algunos casos. Contra lo que muchos pudieran suponer, porque hablar se hablaba, la Pancha era una mujer fiel a sus hombres, a Antonio y al capataz Cancela, aunque también se decía que aprovechaba las noches libres del negro cimarrón, cuyo vigor se había corrido entre las mujeres. Otras concedían sus favores a cambio de comida o agua, con lo que los más deseados eran los hombres de posición, que contaban con despensa propia y con alimentos fuera del control del racionamiento. Luis Barreto tenía relaciones con una mujer llamada Manuela que se había incorporado a la flota a última hora en Paita; otros que también se incorporaron allí dicen de ella que dejó en Perú a su marido, un viejo regordete dueño de una hacienda con treinta indios y de un almacén que vendía provisiones a toda la comarca, con quien su familia la había obligado a casarse unos meses antes. Lo que había comenzado en las islas Marquesas como una relación normal, de pareja, se había hecho público gracias a la maledicencia de la gente, en el momento en que pudo parecer puro comercio carnal a cambio de comida. Si bien es cierto que el

vicario Juan Rodríguez de Espinosa había expresado su malestar al adelantado por la conducta pecaminosa de su cuñado con una mujer casada, la insistencia no había ido a más y la discreción imperaba en la pareja. No lo era tanto Diego Barreto quien, sin pareja conocida, había sido visto en más de un regazo. El problema serio lo tenía y lo causaba el capitán Lorenzo Barreto, a quien se le atribuía una relación adúltera con una mujer llamada Dolores, algo mayor que él pero muy exuberante y con mucho donaire, que viajaba con su marido, el soldado Juan de Buitrago, exalguacil de la Audiencia de Lima. El asunto se las traía. En un barco es muy difícil, si no imposible, preservar la intimidad y muy fácil alimentar los rumores y las calumnias. Si Buitrago conocía o no lo que hacía su mujer, estaba por ver; si consentía o no también. Pero quien no pasó por alto tal afrenta fue la milicia, pues no podían consentir que alguien se estuviera beneficiando a la mujer de un compañero de armas; eso constituía una verdadera ofensa a los soldados y oficiales del batallón que protegía la flota. Todo este escándalo derivó en una intervención pública de los implicados, negando tal relación adúltera ante la presencia del adelantado, del piloto mayor, del maese de campo y de otra gente principal, entre los que se encontraban el vicario y el capellán. La cosa quedó ahí, pero la reputación de Lorenzo Barreto y de Dolores, la mujer de Buitrago, quedó desde entonces en entredicho. Isabel tenía que evitar que su familia se viera nuevamente implicada en más escándalos de esa clase y por eso invitó a su hermano Lorenzo a tomar una copita de licor en su camarote.

—Lorenzo, debes evitar volver a encontrarte con Dolores hasta que lleguemos a las islas Salomón o hasta que se calmen los ánimos de la gente —le dijo Isabel a su hermano.

—¡Pero si no tengo nada que ver con esa mujer! —respondió.

—A mí no me mientas, Lorenzo —espetó Isabel—. Sé muy bien dónde y cuándo empezó todo esto y creo que, dadas las circunstancias, deberías ser un poco más sensato y no perjudicarte ni a ti, ni a ella, ni la seguridad del barco, con tu terquedad. ¿Te queda claro?

—Está bien, hermanita —contestó Lorenzo—, creo que tienes razón y procuraré evitar más escándalos. Pero tú también deberías ser más prudente.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Sólo te digo que tú también debes evitar comentarios, que los hay sobre ti y algún que otro hombre.

—¡Son mentiras! —gritó irritada Isabel—. ¿Quién te ha dicho a ti algo? ¿Cuándo he dado que hablar? ¿Quién es el que me acusa de semejante infamia?

—Tranquila, Isabel. Son rumores como otros cualesquiera de los que no se libra nadie a bordo. No pretendía irritarte así.

—Pues no hubieras hablado. Para otra vez piénsate antes lo que vas a decir. Pero te recuerdo que tú sí que debes tener mucho cuidado con lo que haces.

Ese mismo día, Mendaña se retiró pronto a sus aposentos, completamente derrotado. El fracaso acechaba y el resultado que llevaba implícito era la muerte de todos los participantes en la jornada, de su esposa, de sus cuñados, de sus amigos, de toda esa gente que había confiado en él, en su sueño; que se habían creído, con pelos y señales, todo cuanto él y sus capitanes habían estado diciendo en Lima y en las provincias al reclutar colonos. No importaba que todo el mundo fuese consciente de que un viaje oceánico era siempre arriesgado y más aún si se realizaba por un mar tan desconocido como el mar del Sur. Isabel se acercó a él y lo consoló. Le dio todo el cariño que era capaz de dar, de expresar, pero sobre todo le hizo ver que en esas horas de aflicción se debía más que nunca a los suyos y que debía participar activamente, junto a su piloto mayor, en la salvación de la flota, que se encontraba en peligro de muerte en medio de la nada, lejos de cualquier tierra cristiana.

—Ármate de valor, que lo tienes —le dijo Isabel—. Sal ahí fuera y toma el mando. Hazle ver a Quirós que no está solo y que tiene patrón a quien servir, y gánate, de una vez por todas, el respeto y la admiración de tus hombres. Y mañana, si Dios quiere, y con el viento a favor y la mar en calma, veremos qué nos depara el horizonte. Y si hay que seguir navegando no cambies el rumbo que, por lo pronto, hasta la fecha, nos hemos topado con islas y ¿quién es capaz de afirmar que las Salomón no están unas leguas más adelante? No consientas que nadie cuestione tus órdenes y si alguien se atreviera, no dudes en ser ejemplar en el castigo.

—Isabel, eres una mujer increíble —respondió Mendaña con voz trémula—, eres maravillosa, eres mi fuerza y mi inspiración. Nunca podré agradecerte suficientemente lo que has hecho por mí, lo que has aportado a mi vida, tu disposición, tu entrega...

—Déjate de piropos y sal ahí fuera y sácanos de este infierno.

El día 29 de agosto avistamos tierra. Se trataba de una pequeña isla cubierta de vegetación y rodeada de arrecifes. El adelantado la llamó isla Solitaria por no ver más a su alrededor. Dada la precaria situación de bastimentos, y de acuerdo con el piloto mayor, el capitán general esperó a la *Santa Catalina* y a la *San Felipe* y les ordenó que, con mucho cuidado, se adelantaran y buscaran un buen acceso para hacer tierra. Era imperiosa la necesidad de reponer agua dulce, madera y alimentos frescos. Alonso de Leiva y Felipe Corzo, en sus respectivos barcos, navegaron hacia la isla pero no encontraron ningún buen acceso. Con mucho riesgo intentaron incluso ver la posibilidad de fondear ellos y encargarse de realizar la estiba para los dos grandes barcos de la flota pero la maniobra, que habría que repetir en varias ocasiones, se presentaba demasiado arriesgada, con lo que desistieron e hicieron indicaciones a las dos naos, la *Santa Isabel* y la *San Jerónimo*, para que siguieran su rumbo, que aprovisionarse en la Solitaria era imposible. Por momentos, desde la capitana, pudimos ver muy de cerca cómo grandes rocas coralinas asomaban amenazantes por encima de las olas. Convenía alejarse y Quirós dirigía la marcha personalmente, teniendo a varios marineros sondando la profundidad de las aguas que surcábamos temerariamente.

La aparición de aquella isla calmó ligeramente los ánimos. La gente más próxima a Mendaña y los Barreto se encargó de difundir, entre la tripulación y el pasaje, la idea de que no se iba desencaminado con el rumbo actual ya que cada pocos días aparecían nuevas islas, lo cual era señal inequívoca de que en esas latitudes se encontrarían las de destino, las islas Salomón. El caso es que los días pasaban y todos nos sentíamos más desesperanzados, más cansados, más débiles de cuerpo y de espíritu. Las misas eran cada vez más frecuentes, los rezos de la salve y del santo rosario se sucedían, en algunas ocasiones el vicario celebraba una misa en una cubierta mientras el capellán Antonio de Serpa rezaba el rosario con otro

grupo de gente en otra parte de la nao. Eran tantas las horas del día y de la noche sin consuelo que parecía no haber descanso para nadie. Por mi cabeza se pasaron episodios de mi vida, unos felices como los de mi infancia y adolescencia entre Galicia y Portugal, en compañía de mis padres y hermanos, y otros más comprometidos y peligrosos, en Flandes, en Italia y en Francia. Me turbaba el beso fugaz de Isabel, a quien quería retirar emocionalmente de mi cabeza y de mi corazón. Por eso buscaba consuelo en el recuerdo de mi estancia en Ilea, en la hacienda de Potter, rememorando aquellas plácidas y calurosas noches de inmenso cariño y placer que me había regalado Curi Ocllo, la princesita inca.

La mañana del 7 de septiembre se presentaba como una más, entre la monotonía y la desesperanza de un viaje a ninguna parte. El vicario Juan Rodríguez de Espinosa celebró misa en el puente, como cada día, ante la imagen de la Virgen de la Soledad. Como siempre, al finalizar los actos religiosos, algunos oficiales y hombres de confianza permanecimos en el puente junto al piloto mayor, departiendo con los Barreto y Mendaña. Aprovechábamos para intercambiar pareceres, refrescar nuestras mentes y otear el horizonte en busca de una tierra, de un paraíso que no llegaba, que se nos negaba sistemáticamente. Los ánimos de la gente estaban caldeados y todo apuntaba a que se debería reforzar la vigilancia ante un eventual intento de motín. Sobre eso hablábamos apoyados en la borda de estribor Lorenzo Barreto, su hermano Luis, Isabel y yo. De repente vi brillar un destello en el aire y, automáticamente, sin pensar en nada, me abalancé sobre Isabel derribándola y arrastrando con ella a Lorenzo. El puñal se espetó contra la puerta de acceso a los camarotes principales y de milagro no alcanzó su destino. Lorenzo se quedó lívido al sentir el acero de la toledana tan cerca de su cara. Todos reaccionamos rápidamente en busca del brazo ejecutor y miramos hacia el lugar desde el que supuestamente había sido lanzado el puñal. Allí sólo se encontraban marineros que no parecían, a primera vista, culpables, más bien todo lo contrario, estaban tan sorprendidos como nosotros ante la gravedad del suceso. Unos minutos antes, junto a los marineros estaban unos soldados, pero en aquel momento no quedaba ninguno en cubierta. Todo un misterio que habría que investigar y que ratificaba las sospechas sobre una posible rebelión a bordo. Tanto

Isabel como su hermano Lorenzo, el resto de los oficiales presentes y el propio Mendaña, se deshicieron en agradecimientos y felicitaciones por mi intervención. Se interrogó, sin obtener resultados positivos, a todos los que estaban en cubierta en aquel momento, incluso se ofrecieron veinte ducados de oro al que entregara al culpable del incidente, pero a lo largo del día sólo se oyeron rumores, malos comentarios sobre el fin de la jornada y cruces de acusaciones de soldados a marineros, de marineros a soldados, del pasaje hacia unos y otros y, finalmente, el que nunca salía bien parado era Mendaña.

El viento soplaba fuerte del Sudoeste, tanto que navegábamos únicamente con el velacho del trinquete. Los vigías anunciaban bajos coralinos por todas partes, aunque no emergiendo claramente, y el cielo presentaba una gran cerrazón por la proa. Quirós sentía el peligro y ordenó a las naves pequeñas que se adelantaran para ir anunciando la profundidad de las aguas a las naos. La tempestad que se aproximaba hacía prever que la noche iba a ser larga y el trabajo para la marinería muy duro.

Un sonido atronador nos puso en alerta. Como si un fuerte rayo hubiese caído en el medio del barco, pero no fue así. La tormenta aún no descargaba, pero sí que se oían los truenos en la distancia y se veían los rayos a lo lejos. No tardaron en echarse encima de las naves de la flota una serie de grandes olas para las que no había explicación. Una vez superados aquellos inconvenientes, el mar se tranquilizó bastante y divisamos a lo lejos, justo tras la puesta del sol, la causa de tal estruendo y del fuerte oleaje. Teníamos ante nosotros una isla volcánica en plena erupción. La *Santa Catalina* y la *San Felipe* se fueron quedando atrás muy poco a poco, con lo que la *San Jerónimo* pasaba a ser la nao que iba al frente de la flota, seguida de la almiranta. Se les dijo precisamente a los pilotos de la *Santa Isabel* que se intentaría pasar la isla por el Sur pero que, en cualquier caso, el punto de encuentro para la mañana siguiente sería al sudoeste de la isla volcánica. Y así se comunicó a todos los barcos.

Las primeras gotas fueron el preludio de un intenso aguacero acompañado por rayos y truenos. Parecía que nos estábamos metiendo de lleno en la boca del infierno. La mar era muy gruesa y la *San Jerónimo* parecía un cascarón flotando a duras penas en el centro de un torbellino.

Toda la marinería se encontraba en sus puestos, atenta a las órdenes de Quirós y de sus oficiales. Navegábamos sólo con la vela del trinquete para hacer gobernable la nao. Quirós tenía tres referencias en la cabeza, la dirección del viento, fuertes ráfagas del sudeste rolando al este, la dirección de las olas y el faro natural en que se había convertido el volcán, con su incandescente lava deslizándose por las laderas y por las grandes explosiones de gas que se producían en el cráter. Por momentos, el piloto mayor veía que nos acercábamos demasiado a la isla volcánica y eso le hacía temer la posibilidad de encallar con alguna roca coralina, como las que rodeaban a muchas de las islas que nos habíamos ido encontrando en nuestro periplo por el mar del Sur. También estaba muy pendiente de las otras tres embarcaciones de la flota, las dos naves pequeñas nos seguían, más o menos juntas, no muy alejadas de nuestra popa, a una distancia prudencial, mientras que la *Santa Isabel* viajaba por estribor, con lo que pronto tendría que maniobrar para pasar la isla por el sur, acercándose a nosotros, maniobra que parecía hartamente complicada, teniendo en cuenta cómo estaba la mar y la dirección del viento, o si no tendría que realizar una empopada y enfrentar la isla por su vertiente norte. El grumete encargado del reloj de arena cantó la hora, eran las nueve de la noche y todo apuntaba a que, de momento, la tempestad no remitiría. Quirós ordenó dar señales con las linternas a las otras naves que, una a una, fueron respondiendo. Mientras duró la tormenta, Mendaña se mantuvo siempre al lado de su piloto, ayudando en las maniobras, repitiendo las órdenes que no habían sido entendidas, manejando la caña...

Con el alba la mar se fue calmando, los vientos se hicieron más suaves y la lluvia fue cesando; de vez en cuando descargaba alguna nube rezagada pero lo peor había pasado. Quirós echó un vistazo a su alrededor y se detuvo observando el volcán, que habíamos sobrepasado por estribor. En su mirada se leía su admiración por las fuerzas de la naturaleza y su orgullo por haber sido capaz de enfrentarse a semejante tormenta y haber salido victorioso. Todavía se veían grandes nubarrones por el Sur, pero ya no eran amenazantes. Quirós, pasado el peligro, dejó en sus puestos a los marineros imprescindibles y mandó a todos los demás a descansar. Sus órdenes fueron quedar al paio, no avanzar, para dar tiempo a las demás naves para

reagruparse. Además, sería interesante inspeccionar la isla volcánica por si se pudieran obtener en ella las provisiones y los bastimentos necesarios para una mejor navegación. El agotamiento llevó a cada uno a su lecho, si bien algunos tuvieron la paciencia de esperar a que les calentaran un poco de agua para mojar en ella las galletas, para así poder descansar mejor y recuperar algo de calor en unos cuerpos destemplados por tanta lluvia, tantas olas batiendo en cubierta y tanto esfuerzo con las velas, los cabos, el achique... El murmullo de hombres, mujeres y niños rezando todo lo que sabían, dando gracias al Todopoderoso por haber pasado con bien aquel duro trance, sirvió de arrullo a los agotados marineros. Los que quedaron en cubierta, de guardia, se dieron el gustazo de ver cómo, poco a poco, los soldados, uno tras otro, aparecían pálidos, como si hubieran visto la muerte, en busca de aire fresco y de un lugar para vomitar lo que no habían sido capaces de arrojar antes por puro miedo.

No habían pasado tres horas cuando Mendaña fue despertado por Quirós.

—Señor —dijo el piloto—, la almiranta no aparece. Están con nosotros la *Santa Catalina* y la *San Felipe*, pero ni ellos ni nosotros sabemos nada de la *Santa Isabel*.

Mendaña subió a cubierta y se reunió con los capitanes de las otras naves y con sus pilotos. Se hizo balance de daños y se acordó que lo mejor sería esperar hasta el mediodía por si acaso la almiranta estuviera fondeada a cubierto, en algún lugar de la costa norte de la isla volcánica.

—En caso de no tener noticias de la *Santa Isabel* —dijo Mendaña—, aprovecharíamos la bonanza para que, con la galeota por el Sur y la fragata por el Norte, se completara el bojeo de la isla hasta encontrarles.

Y así fue, porque llegó el mediodía y la *Santa Isabel* no apareció. El cielo se fue despejando y cuando las dos naves pequeñas estaban dispuestas a partir en misión de rescate un marinero gritó: «¡Tierra por babor!».

EL SEGUNDO INFORME

Lo que más sentía Felipe II era no poder disfrutar de su gran obra, de la que ya era su nueva y definitiva casa, el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Aun así, y a pesar de los terribles dolores que le causaba la enfermedad, siempre que se encontraba con fuerzas suficientes pedía que le pasearan por algunas de las dependencias de tan impresionante edificio, idea suya, hecha realidad con la imprescindible ayuda de los arquitectos y experimentados artistas Juan Bautista de Toledo, que había trabajado con el mismísimo Miguel Ángel en la construcción de la basílica de San Pedro en Roma, y Juan de Herrera, que culminó el monumental edificio. El rey se mostraba particularmente afligido aquellos días al admirar la que consideraba su obra imperecedera, y por la que creía que siempre sería recordado, echando de menos al artífice de sus sueños, a Juan de Herrera, recientemente fallecido. Ya no podía discutir con él, ni encargarle nuevos retoques o conjuntos escultóricos. El rey se sentía muy solo en aquellos paseos a pesar de que le acompañaba una treintena de personas, entre miembros de su servicio y personajes de la corte. Pero nadie, creía Felipe II, estaba a la altura para entender sus comentarios sobre pintura, escultura, o incluso arquitectura, y si alguien pudiera estarlo, para el rey no era lo mismo que compartir sus conocimientos e inquietudes con el fallecido Juan de Herrera. Aquella tarde, entre sus invitados al paseo se encontraba una mujer llamada Manuela González de Farelo, una dama de gran belleza y mayor elegancia que acompañaba algunas veces al conde de Lemos cuando éste visitaba la corte. Encontrándose la comitiva admirando el templo y en sus hornacinas las esculturas de los cuatro evangelistas situadas en el centro del patio al que dan nombre, realizadas por el toledano Juan Bautista Monegro, Felipe II oyó los comentarios que, sobre el estilo de las columnas

y capiteles de las dos galerías, hacía Manuela a su acompañante, el conde de Lemos.

—Tenéis razón, señora —dijo el rey entrometiéndose en la conversación—. El estilo de la columnata inferior es dórico, mientras que el superior es jónico. Fue un buen tema de discusión, en su momento, con el arquitecto Juan Bautista de Toledo. Veo que tenéis buenos conocimientos de arte, ¿dónde los habéis adquirido?

—Me gusta mucho el arte, majestad —respondió ruborizada Manuela—. Mis padres han cuidado mucho mi educación y he tenido la fortuna de contar con buenos preceptores que además de la gramática y el latín me han enseñado la cultura y el arte de Grecia y Roma, de los clásicos.

—Querido conde de Lemos, ¿vais a permanecer muchos días en Madrid? —preguntó el rey—. Me gustaría conversar con vuestra ilustre acompañante en más ocasiones para conocer sus pareceres sobre este monasterio. Quedaros unos días más, os lo ruego. ¿Aceptaríais, vos señora, acompañarme en mis paseos unos días más?

—Complaceros será para mí una gran satisfacción —respondió Manuela—. De todas formas debo reconocer que sólo soy una persona que admira y disfruta con el arte, pero con unos conocimientos muy limitados.

—No seáis tan modesta, señora —dijo Felipe II—. Querido conde, ¿qué me decís al respecto?

—Vuestros deseos son órdenes para mí, majestad.

—Haré que os preparen unas habitaciones aquí mismo para evitaros tener que ir y venir a la villa.

—Pediré que nos traigan nuestras pertenencias de Madrid —apostilló el conde, aceptando la invitación de su majestad.

Antes de retirarse, la comitiva real accedió al patio de los reyes y subiendo los siete peldaños entró en la iglesia para asistir a los oficios religiosos que, una vez terminados, sirvieron para que el rey se despidiera de sus invitados y se retirara a sus aposentos, que se encontraban justo detrás de la cabecera del templo, en un pequeño añadido que sobresale por Oriente del perfecto trazado rectangular del monasterio.

La presencia de aquella mujer pareció animar a su majestad durante unos días en los que le acompañaba la salud y los dolores parecían remitir

un poco. Tal vez fueran las ansias por compartir un tiempo diferente con alguien que no buscaba prebendas y que, como él, admiraba la belleza.

Una mañana, Cristóbal de Moura, el privado del rey, se presentó a despachar con su majestad y, tras atender los temas más urgentes del gobierno del imperio, entregó a Felipe II un nuevo legajo que contenía la segunda parte del informe que Antonio García de Melo, espía del rey, le enviaba desde Manila, en las islas Filipinas. Felipe II estaba preocupado por la llegada o no del segundo informe, tenía serias dudas sobre un final halagüeño de la jornada iniciada por el adelantado Álvaro de Mendaña. En cuanto hubo atendido los asuntos a los que estaba obligado como rey de unas tierras en las que, según sus propios enemigos, nunca se ponía el sol, se dispuso a leer el segundo legajo para conocer el final de la historia de aquellos hombres y mujeres que, armados de valor, decidieron seguir a Mendaña en navegación por un mar desconocido hacia unas tierras que prácticamente sólo el intrépido marino había visto. Por fortuna para el rey, uno de sus hombres de confianza iba a bordo de la nao capitana y era el autor de los informes que había recibido, el segundo de los cuales quería empezar a leer.

¿LAS ISLAS SALOMÓN?

Mariana de Castro buscaba consuelo en su hermana Isabel. Cada vez que oía al grumete del reloj cantar los cuartos y las horas, su desesperación aumentaba. El tiempo transcurría sin tener noticias de la nao almiranta gobernada por su marido, el capitán Lope de Vega, elevado a rango de almirante por su cuñado Mendaña. Tanto la fragata *Santa Catalina* como la galeota *San Felipe* habían partido para realizar un bojeo de la isla volcánica con el fin de inspeccionarla y, sobre todo, de localizar la *Santa Isabel*. Entre tanto, nosotros, a bordo de la *San Jerónimo*, nao capitana de la flota del mar del Sur, navegábamos a todo trapo con la mayor, la gavia, el trinquete y el velacho en busca de un puerto donde fondear en aquella isla que se encontraba al sur de la volcánica.

Había mucha expectación a bordo. A medida que nos acercábamos, nos dábamos cuenta de que se trataba de una isla bastante grande, según la primera estimación del piloto mayor, de unas cien leguas de boj. Se veía mucha vegetación y todo apuntaba a que, por fin, habíamos encontrado un lugar donde reponer fuerzas y recobrar el espíritu.

Mendaña, aunque sin mucha convicción, dijo que creía que habíamos llegado a las islas Salomón.

—No puedo asegurar que ésta sea una de las islas que he descubierto en mi primer viaje, pero tiene una gran similitud. De todas formas quiero esperar a ver a los nativos.

A Isabel le brillaban los ojos, pero debía contenerse ante el sufrimiento de su hermana. Encontramos un puerto suficientemente resguardado de los vientos dominantes donde soltar anclas, muy cerca de la orilla. El adelantado puso en guardia a los soldados que, ante la posibilidad de acción, reaccionaron como si tuvieran resortes en los pies y en los brazos.

Armaron rápidamente los arcabuces y se pusieron vigilantes, oteando cualquier movimiento en la costa. En esto, Mendaña hizo subir al puente al vicario y en voz alta convocó a todos los soldados a confesión pública.

—Estamos en las islas Salomón y no sabemos lo que nos podemos encontrar —dijo—. Quizá los nativos de esta isla no sean tan pacíficos como los de las islas de Guadalcanal, Santa Isabel, Malaita, Candelaria... que yo he visitado. Por ello, quiero que todo el mundo de armas se confiese para que en caso de percance mortal sea acogido por Dios Nuestro Señor.

Con lo dicho, y para cortar cualquier mal comentario al respecto, se arrodilló ante el vicario y se confesó. Tras él, y con la ayuda del capellán, fueron confesándose todos los soldados. Eran muchas las ganas de tocar tierra firme, sobre todo por las penosas condiciones en las que se encontraban las despensas de la nao, pero el adelantado insistía ante sus cuñados en que era más prudente esperar a que llegaran las otras naves de la flota.

—Con el bajel y diez soldados yo me atrevo a bajar a tierra y traer agua y alimentos frescos para hoy —apuntó Lorenzo Barreto.

—No seréis vos sino yo quien baje, que para eso soy el maese de campo y el que mejor conoce a sus hombres —dijo Pedro Merino.

—Ni uno ni otro, no baja nadie a tierra hasta que lleguen las otras naos —ordenó Mendaña—. El bajel es muy pequeño y si se llena de soldados no habría lugar para los que tuvieran que conseguir las provisiones. Cuando lleguen las otras naves, aprovecharemos sus lanchas para bajar a tierra y mientras los soldados hacen la cobertura los demás realizarán las labores de estiba de alimentos y agua.

Mariana de Castro tenía los ojos vidriosos de tanto llorar y la vista cansada de mirar al horizonte en busca de la nave en la que estaba su esposo. Con ella se encontraba Swami, que trataba de consolarla. Isabel se acercó a ellas y les propuso dejar el puente y recogerse en los aposentos.

—Señorita Mariana —dijo Swami—, quizá no aparezcan hoy, quizá no lleguen con las otras naves, tal vez estén al otro lado de esta isla y no en la

volcánica. Lo más probable es que en los próximos días se produzcan buenas noticias y volvamos a ver reunidas todas las naves de la flota.

—Tiene razón Swami —dijo Isabel—. Es comprensible tu preocupación, pero debes tener fe y pensar en que pronto estaremos todos juntos.

Mariana escuchaba entre sollozos, queriendo creer pero sabiendo que sólo eran buenas palabras de consuelo.

—Hay que esperar a ver si con las naves de rescate viene la almiranta —dijo Isabel.

Pero, además de tratar de animar a su hermana, Isabel quería saber qué sensaciones tenía Swami. Se fiaba de ella, de su intuición, de su parte bruja. Llevándosela consigo, Isabel preguntó directamente a su criada por todo aquello que le preocupaba.

—Yo creo que hemos llegado a donde queríamos venir —dijo Swami—. Por aquí hay varias islas y algunas de ellas deben de ser las que el señor adelantado descubrió hace tantos años.

—Pero dime, ¿qué va a pasar? ¿Cómo nos va a resultar el final de la jornada?

—Yo veo todo muy revuelto —dijo la criada—. Veo cosas muy buenas y cosas muy malas. No sé qué va a pasar. Todo está confuso en mi cabeza.

—Y con respecto a Lope de Vega y a su nao, ¿qué crees que ocurre?

—Me da mucha pena la señorita Mariana. Creo que no volverá a ver a su marido, y nosotros tampoco. No volveremos a ver ese barco. Fue muy fuerte, muy poderosa la maldición que le echó aquel cura de Paita, el dueño de la mercancía que llevaba a bordo la *Santa Isabel*.

—¡Ay! No digas eso, Swami, que me pones la piel de gallina y me entra el miedo en el cuerpo. Esperemos que los capitanes Alonso de Leiva y Felipe Corzo den con la *Santa Isabel* y todo vuelva a ser como antes.

—Ojalá tenga razón, señorita. Ojalá.

Salió de los aposentos en busca de su marido, el adelantado. No entendía por qué la felicidad no podía ser completa de una vez por todas. Habíamos encontrado tierra, una isla lo suficientemente grande y parecida a las Salomón que había descubierto su marido... ¿por qué tenía que perderse la *Santa Isabel*?, se preguntaba. ¿Por qué Swami no las tenía todas consigo

y veía nubarrones en el futuro? Isabel buscaba en Mendaña palabras que tranquilizaran su corazón, que le dieran esperanzas para un futuro inmediato, prometedor, que se correspondiera con el soñado durante tantos años en Lima. Prácticamente lo arrancó del puente de mando y, ante la mirada atónita del contramaestre y del piloto mayor, se lo llevó a un aparte.

—¿Dónde estamos? Dime, ¿hemos llegado a las islas Salomón? —inquirió un tanto azorada.

—Creo que ésta es una de las islas del archipiélago que descubrí en el primer viaje —respondió el adelantado—. No puedo asegurar que sea una en las que hayamos puesto pie en tierra, pero... todo apunta a que pertenece al grupo de las Salomón.

—¿En el primer viaje habíais visto el volcán en aquella isla?

—No, querida Isabel, pero tranquilízate —continuó su marido—, lo que es seguro es que llevamos recorridas unas mil ochocientas cincuenta leguas desde que partimos del Perú y la lógica indica que si las Salomón no estaban en las mil cuatrocientas leguas que yo había estimado, tendrían que encontrarse en la misma latitud más adelante.

—No es muy alentador ni definitivo lo que me estás diciendo. Quizá no sean éstas las islas... entonces ¿qué haremos?

—Si no son las Salomón, tal vez no tenga demasiada importancia si encontramos aquí una riqueza semejante y un buen lugar para vivir y fundar una colonia, para nosotros y para la corona de España.

—Te recuerdo que nuestros sueños tenían como meta las islas Salomón. Por ese sueño sufrimos y casi morimos...

—En estas islas podemos montar una base, reponernos de tan cansado viaje, reparar los barcos y, partiendo de aquí, iniciar exploraciones de nuevas islas —comentaba Mendaña, intentando insuflar nuevas ilusiones en su mujer.

—¿Tú crees que puede ser un buen lugar para comerciar especias con Perú? —preguntó Isabel.

—Ése fue siempre tu sueño, ¿verdad? Más que las propias islas Salomón en sí. Te conozco mucho mejor de lo que te imaginas.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el primer momento —respondió Mendaña—. Y no te lo reprocho, al contrario, te estoy muy agradecido porque sin tus esfuerzos, sin tu lucha, sin la energía que has puesto en todo momento en este proyecto, no podríamos haber iniciado la jornada. Cerré los ojos a muchas cosas y los oídos a muchos comentarios. Sé que eres una gran mujer, una buena mujer y una excelente esposa. Me siento afortunado.

—Sí que es verdad que he asumido la jornada como algo mío que, sin embargo, creí siempre totalmente compatible con tu propio sueño. Desconozco lo que has visto y lo que habrás oído, pero tú deberías saber que la gente es muy ligera de lengua. Siempre te he querido y creo haber obrado con todo el respeto hacia tu persona.

—Yo sé que me quieres y también sé que te quiero. Me alegro de poder decirte esto aquí en este lugar tan alejado del mundo cristiano, a un paso de ver cumplidos nuestros sueños. ¿Estás más tranquila?

Un tierno beso fue la respuesta. Mendaña regresó al puente de mando e Isabel con él. Allí se encontraba un buen hombre, entrado en años, con pelo canoso y muy enjuto, llamado Juan Leal. Era enfermero en Lima, trabajaba en el Hospital Español y visitaba algunos conventos para ayudar a los religiosos y religiosas en la atención de los enfermos. Leal estaba hablando, muy respetuosamente, con el piloto mayor. Quería saber si se iba a tardar mucho en ir a tierra porque había algunas personas enfermas que necesitaban comida fresca y agua, que la que quedaba a bordo estaba rancia y resultaba poco saludable.

—Si hemos aguantado hasta aquí —respondió Quirós—, bien podremos aguantar unas horas más. A lo sumo un día.

—Así se lo diré a la gente para que se tranquilicen y piensen en que mañana estarán bien alimentados y empezarán a curarse —respondió Juan Leal.

Alguien avisó que había movimiento en la orilla. Efectivamente, miramos a estribor y, apoyados en el pasamano, vimos cómo unas cincuenta canoas se echaban a la mar y se dirigían hacia nosotros. Parecían canoas hechas de un mismo tronco, algunas tenían vela y unos palos transversales que sostenían otro longitudinal que daba estabilidad a la embarcación. Se acercaron haciendo grandes aspavientos, como invitándonos a ir a tierra, a

lo que desde la capitana respondimos con gestos amables y hospitalarios para que se acercaran, quería Mendaña que subieran a bordo. Aquellos indios tenían la tez oscura y el cuerpo completamente tatuado con series de puntos, todavía más oscuros que su piel, que configuraban dibujos de peces y figuras geométricas por todo el cuerpo. Estaban totalmente desnudos si exceptuamos que tapaban sus partes con alguna piel o tela. Llevaban muchos adornos, a modo de collares, hechos con conchas de ostras, dientes de peces, trozos de madera y otros abalorios. Nos recordaban a los nativos de las islas Marquesas de Mendoza que habíamos descubierto a las pocas semanas de iniciar la jornada. Venían armados con macanas de madera y con arcos y flechas arponadas con puntiagudos huesos.

A Mendaña se le iluminó el rostro al verlos. Eran como los que él recordaba de su primer viaje. Estaba seguro, habíamos llegado a las islas Salomón y así lo gritó eufórico en el puente. Se dirigió a los indios con una serie de palabras que tenía apuntadas en unos papeles que guardaba desde el primer viaje a las Salomón. En aquella ocasión se había molestado en escribir, muy a su manera, una serie de voces con el supuesto significado en español; Mendaña tenía su propio vocabulario indígena realizado casi tres décadas atrás. Habló repitiendo en voz alta algunas palabras. Los nativos contestaban con mucho alboroto. El adelantado se dirigió entonces a un nativo que estaba a bordo de la canoa más próxima a la *San Jerónimo*. Por su edad y aspecto bien pudiera ser el jefe. El intercambio de palabras no sirvió de nada. Ni ellos entendían al adelantado ni éste entendía a los nativos. Entre tanto, los demás continuábamos haciendo ostensibles gestos de invitación para que subieran a bordo y vieran nuestras buenas intenciones. Pero nos ignoraban. Seguían a lo suyo, unos mirándonos atentamente y dando voces mientras otros daban vueltas alrededor de la capitana. Inesperadamente, el que parecía ser el jefe se dirigió a los suyos con severidad y éstos tensaron sus arcos y empezaron a flechar a diestro y siniestro, contra el casco, contra las velas, contra nosotros. Afortunadamente no hirieron a ninguno de los nuestros, pero el peligro era cierto, por lo que el adelantado ordenó al maese de campo disparar. Los soldados, que tan necesitados estaban de entrar en acción, no se hicieron esperar y soltaron unos cuantos arcabuzazos con los que mataron a varios

nativos, hirieron a otros y asustaron a todos los demás, que huyeron despavoridos hacia tierra, remando con todas sus fuerzas e incluso nadando. No se detuvieron en la playa ni para retirar sus canoas del agua y se perdieron en la espesura del bosque.

¿Habíamos llegado realmente a las islas Salomón? Esa pregunta nos la hacíamos todos. El hecho de que el adelantado no entendiera ni una palabra de lo que decían los nativos parecía extraño, pero quizá, tantos años de demora podrían ser la causa de tal incompreensión. La duda quedaba en el aire, alimentada, además, por ese hostil recibimiento.

Mendaña ordenó que se persiguiera a los nativos, por lo que el maese de campo, muy dispuesto siempre para cumplir su cometido, y cuatro arcabuceros se fueron a tierra en el bajel. Debieron de encontrar peligroso adentrarse en aquella foresta, porque decidieron disparar a discreción unas cuantas veces con los arcabuces y regresaron.

En ésas andábamos cuando llegó la galeota sin encontrar ni rastro de la *Santa Isabel*. Esa falta de noticias aumentó la angustia y la desesperación, tanto de Mariana de Castro que temía por su marido, como de todos los que tenían familiares y amigos en la nao almiranta. Se les ordenó no soltar anclas, porque el adelantado decidió no pernoctar en aquella bahía ante el peligro que pudiera suponer un nuevo ataque por sorpresa de los nativos. Buscamos un nuevo fondeadero durante unas horas sin encontrar un lugar seguro y protegido de los vientos, con lo que se nos echó la noche encima entrando en una pequeña ensenada. La maniobra resultó temeraria, precisamente por ser de noche, y pudo ser catastrófica de no actuar con diligencia el piloto mayor. El casco de la capitana rozó unos bajos, embarrancando ligeramente, pero con mucho peligro de que las olas remataran la faena castigando la nao contra las rocas. Se pidió la ayuda de todo hombre disponible para realizar una pronta maniobra y a esa orden respondieron todos menos los soldados, que alegaron que en esos menesteres ellos no entraban, ya que estaban llamados a servir al rey en circunstancias más elevadas y honrosas. A pesar del desplante, con riesgo para las vidas de todos, también para las de los soldados, la maniobra realizada por el piloto mayor sacó a la *San Jerónimo* del aprieto, quedando a salvo sin mayores daños. La noche no fue tan tranquila como se deseaba

porque hubo que soltar ancla, aunque no demasiado lejos de la costa, sí en una zona desprotegida de los vientos que, afortunadamente, esa noche se quedaron en una simple brisa.

Amaneció con buen tiempo y con la llegada de la fragata del teniente capitán Alonso de Leiva. Definitivamente, la almiranta se había perdido y con ella el marido de Mariana de Castro, el almirante Lope de Vega, y otras ciento ochenta y una personas. Entre ellas estaban los capitanes Francisco Pedreira de Fontiñas y Vicente de Palmeira, los frailes Anselmo de Neves y José Fernández... y otros tantos amigos y conocidos. Fue la constatación de una desgracia que por esperada no era menos dolorosa. Al fin, la maldición lanzada por aquel cura, enojado porque en el puerto de Saña se le había expropiado la nao *Santa Isabel* con parte de la carga que era de su propiedad, se había cumplido; «rezaré para que esa nao nunca llegue al puerto deseado», había dicho. Aquellas palabras llenas de maldad, que todos quisimos apartar de nuestras mentes, habían salido a flote para nuestra desgracia y la de los pobres desaparecidos, y resonarían para siempre en nuestras cabezas como un macabro recuerdo de un viaje que ya siempre sería desgraciado por tan grande pérdida. Algunas mujeres lloraban desconsoladas por sus hombres, maridos, novios o hermanos, perdidos en el mar del Sur. Todos en general, marinería, soldadesca y colonos, estábamos afectados. En los camarotes de los Barreto, los llantos de Mariana intentaban ser aplacados por sus hermanos Luis, Diego, Lorenzo y, especialmente, por Isabel. Casi la mitad de la gente que había iniciado la jornada había desaparecido con la *Santa Isabel*. Con el adelantado al frente, el vicario y el capellán celebraron misas por todos ellos, loando sus esfuerzos y su valentía por participar en tan dura jornada e intentando reconfortar a los presentes con la convicción de que ellos sí que habían alcanzado ya el paraíso.

Con esos ánimos hubo que ponerse en marcha en busca de un fondeadero en condiciones que permitiera tomar posesión de la isla para la corona española, montar un campamento, contactar con los nativos pacíficos, si los había, explorar su territorio y localizar sus riquezas. Arduo trabajo. Finalmente, se decidió surgir en las proximidades de una playa que presentaba un pequeño saliente de tierra que remataba en rocas, bautizado

por un marinero con el nombre de «playa de Supinal», ya que se parecía mucho a una que había en su pueblo. No era el lugar ideal, pero, como no tardaría en ponerse el sol, Quirós no quiso que se repitiera el mal trago de la noche anterior. No se permitió a nadie bajar a tierra pese a la insistencia de los soldados; argüían éstos que no tenía sentido pasar calamidades y carencias en los barcos habiendo comida a tiro de piedra. Pero el adelantado se mantuvo en sus trece, con el beneplácito de los oficiales y del piloto mayor, que juzgaban imprudente emprender la aventura de buscar comida de noche en unas tierras desconocidas y en las que habíamos sido atacados por los indígenas. Reinó la cordura. Se duplicó la guardia y los demás se retiraron a sus camarotes y a sus respectivos coyotes a descansar. No fue fácil. Durante tantas y tantas jornadas de navegación por el mar del Sur, que era mucho más grande de lo que cualquiera pudiera imaginar, unas noches las habíamos pasado tranquilas, con buen mar y con ligeras brisas, y otras soportando los embates de fuertes vientos y continuos golpes de mar, con las olas dejando media braza o más de agua en cubierta. Estábamos acostumbrados a escuchar el ruido del mar y del viento para dormir. Esta noche era diferente. Los nativos debían estar reunidos en algún lugar no muy lejano de la costa que teníamos enfrente, por estribor. Escuchamos sus cánticos hasta el amanecer, acompañados por el sonido de tambores que no auguraban nada bueno para la mañana siguiente. Los pronósticos no pudieron ser más acertados. Rayaba el alba cuando un numeroso grupo de canoas, más grandes que las de los nativos que nos atacaron el primer día, con diez o doce indios en cada una, se adentraron en el mar y nos atacaron con flechas y con lanzas. Gritaban como poseídos por espíritus malignos. Desde la orilla, otro gran grupo que llenaba la pequeña playa daba ánimos a los suyos para que sacaran a relucir toda su valentía y toda su fiereza. No entendíamos esa hostilidad injustificada. No habíamos desembarcado nunca, salvo cuando el maese de campo pisó playa con sus cuatro hombres para perseguir a los que nos habían atacado el primer día. Incluso llegué a pensar, y así se lo hice saber a Lorenzo Barreto, que tal vez todo ello se debiera a que, efectivamente, ésta fuera una de las islas Salomón y los nativos guardarán muy mal recuerdo de aquella primera visita y no quisieran que se repitiera, de ahí esa notoria falta de hospitalidad. Tal vez,

pero sólo se trataba de una conjetura. Se dispararon varios versos y tiros de arcabuz que causaron espanto en los atacantes que, atronados por tanto fuego y tanta sangre, se retiraron como pudieron, abandonando armas, canoas e incluso a los heridos. Esta vez Pedro Merino, el maese de campo, quedó a bordo, poniendo al mando de los quince hombres que irían en persecución de los atacantes al sargento Buitrago. En la playa consumieron munición y se atrevieron a internarse un buen trecho en la espesura del bosque.

Cuando los soldados regresaron, cargados de fruta y con un par de cerdos, Mendaña dio instrucciones para la defensa de la flota, más concretamente, instrucciones a Quirós y al capitán de la *Santa Catalina*, Alonso de Leiva, para que permanecieran en aquel lugar, muy atentos a un posible ataque indio y con la prohibición total de acercarse a tierra y, mucho menos, desembarcar. Mendaña se trasladó a la galeota *San Felipe* con Diego y Luis Barreto. Yo también quise ir, pero el adelantado me pidió que permaneciese al lado de su cuñado Lorenzo, cuidando de Isabel y de Mariana.

La *San Felipe* del capitán Felipe Corzo tomó rumbo Sudoeste, costeano en busca de un buen fondeadero. Descubrieron una gran bahía que caía de este a sudoeste, poco practicable por estar protegida por una cadena de arrecifes imposibles para las naos de gran calado. Borearon toda la bahía, que presentaba en todo el margen de costa mucha vegetación, algunos ríos de cierta importancia y también pequeños manantiales que vertían sus cristalinas aguas al mar, un mar que más allá del arrecife presentaba un fondo arenoso. Vimos varios poblados y muchos nativos que también nos vieron y no mostraron ninguna animosidad hacia nosotros. La bahía estaba protegida en la parte del oeste de su entrada por un grupo de islas, la más grande debía de tener de boj lo mismo que la volcánica, otras dos eran bastante más pequeñas, y también había varios islotes y farallones. En todas ellas, la vegetación era idéntica a la de la isla grande y estaba igualmente muy poblada, se veían muchos nativos en la costa, en tierra, y en pequeñas canoas desde las que pescaban. El adelantado escogió una buena ensenada para fondear toda la flota, casi en la entrada de esa gran bahía que bautizó con el nombre de Graciosa y hasta allí nos condujo.

Fue a la mañana siguiente cuando, otra vez, un numeroso grupo de canoas grandes, entre cuarenta y cincuenta, se acercaron a nuestros barcos. A primera vista no parecían con malas intenciones pero, teniendo en cuenta las anteriores experiencias con los nativos de esta isla, las precauciones eran necesarias. De todas formas, el adelantado pidió discreción con las armas, que no se hiciese ostentación de cuchillos y arcabuces.

—No parece que esta vez vengan con intenciones hostiles —dijo Isabel, que se encontraba en el puente junto a su marido, en contra de la voluntad de éste, por el riesgo de un ataque con flechas—. Fíjate, están adornados con collares de flores, con pulseras... Así no se va a la guerra, ¿no crees?

—Eso parece —respondió Mendaña—, pero no debemos fiarnos.

Al igual que en el primer contacto, que acabó como el rosario de la aurora, hubo intercambio de palabras y de gestos aparentemente pacíficos. Las mujeres salieron a cubierta y observaron, apoyándose en el pasamano junto a marineros y soldados, a aquellos hombres de tez oscura y muy tatuada que no paraban de hablar, parecía que hacían comentarios sobre nuestros barcos y sobre nosotros. El maese de campo había advertido que en las canoas traían arcos y flechas, macanas y lanzas. Insistía en que habría que aprovechar la ocasión para hacer una demostración de fuerza, para que a los indios les quedara constancia de quién estaba al mando. Esa actitud tan agresiva, tan fuera de lugar y ante un enemigo tan débil, en comparación con nuestro poderoso armamento, irritaba enormemente a Isabel.

—Vos también llevaríais vuestras armas ante gente desconocida a la que pretendéis llegar en son de paz —le dije al maese de campo, evitando así una intervención poco amistosa de Isabel—. Yo desde luego lo hago, las llevo conmigo, pero no para usarlas en cada momento sin ton ni son.

Mi comentario no gustó a Pedro Merino, que probablemente me querría responder con toda la agresividad que mostraban sus ojos, tal vez diciéndome que me metiera en mis asuntos. Pero Mendaña estuvo rápido y le dejó con la palabra en la boca.

—Invitémosles a subir a bordo —dijo el adelantado—. A ver si en esta ocasión aceptan y llevamos las relaciones por buen camino. Merino, diga a sus hombres que no quiero ver un solo arcabuz en cubierta.

—No comparto su orden porque pone en peligro a la flota —respondió el maese de campo.

—¡Pero bueno! ¿Quién se ha creído que es, este cretino? —saltó alborotado Lorenzo Barreto mientras su cuñado, el adelantado, no reaccionaba sorprendido por la indisciplina tan notoria de su maese de campo.

—Si no cumple inmediatamente las órdenes del adelantado, se arriesga a quedar relevado de sus funciones y a ser arrestado para sufrir consejo de guerra —respondí—. Le recuerdo que soy oficial de los ejércitos españoles, bajo las órdenes directas de su majestad el rey Felipe II.

Mendaña tomó las riendas de nuevo y, aunque sin ejercer su legítimo derecho a castigar tan grande desacato, puso a Merino en su sitio y pidió a todos, dando ejemplo, que con gestos amables invitaran a los indígenas a subir a la nao capitana. Su decisión pareció acertada, al igual que su insistencia en querer entablar relaciones pacíficas con los indios. Subieron a bordo tres hombres, uno de ellos entrado en años y con pelo cano que parecía ser el jefe, los otros eran dos fornidos guerreros que le acompañaban y protegían. Con una amplia sonrisa y con palabras ininteligibles para nosotros, parecía preguntar por nuestro jefe. Mendaña se acercó a él y tomándole la mano como prueba de amistad se esforzó en dar muestras de hospitalidad y respeto.

—¡Malope! ¡Malope! —gritaba el indio, señalándose a sí mismo, como si ése fuera su nombre.

—¡Mendaña! —dijo el adelantado, repitiendo los mismos gestos.

Las presentaciones funcionaron porque Malope repitió el nombre del adelantado y finalmente lo intercambió con el suyo, llamándose a sí mismo Mendaña y al adelantado Malope. Las risas de todos, ante esos primeros pasos de comprensión, sirvieron de terapia para rebajar la tensión y para calmar a los más alterados. Malope intercambió otra palabra con Mendaña, *jauriqui*, que debía de significar «jefe» en la lengua nativa. También repitieron varias veces la palabra que el adelantado les decía constantemente: «amigo». Malope gritaba a los suyos, que estaban a la expectativa en las canoas, «¡amigo!, ¡amigo!», agarrando el brazo de Mendaña. Se les obsequió con algunas camisas, con cuentas de vidrio, con

retales de tela... se les mostró el funcionamiento de algunas cosas, los cuchillos, las navajas de rasurar, tijeras y otros utensilios que les llamaron poderosamente la atención y que querían llevarse consigo, especialmente las tijeras y los cuchillos. Cuando vieron a las mujeres, con aquellos ropajes tan extraños para ellos que vivían desnudos, ciertamente no sabían si realmente eran mujeres o no. Su curiosidad les llevó a tocarlas y a intentar ver lo que se escondía debajo de tan amplias y vistosas prendas. Les llamó la atención la belleza de Isabel, que esa mañana lucía un espléndido vestido color añil, muy entallado, que realzaba aún más su innegable atractivo. La toqueteaban, pretendían averiguar qué se escondía debajo de aquellos tejidos. Fue la Pancha quien los sacó de dudas levantando graciosamente las sayas; provocando la carcajada general y la desilusión de los nativos, que quizá esperaban otra cosa. También miraban debajo de los jubones y de las camisas de los soldados para certificar que eran de carne y hueso como ellos. Todo en un ambiente de mucha cortesía y relajación.

Malope y su gente nos visitaron durante varios días. No venían con las manos vacías, siempre traían las canoas repletas de frutas, cocos, varios tipos de plátanos, raíces semejantes a las patatas... Se vivía en un ambiente de concordia, pero el adelantado aún no había dado permiso para bajar a tierra y establecer un primer campamento. No quería precipitarse, pero el momento estaba cerca. La armonía se rompió una tarde en la que, estando Malope a bordo departiendo con Mendaña y con otros oficiales, un soldado llamado Tomás de Ampuero, ayudante del maese de campo, apareció por la escotilla portando un arcabuz. Malope al verlo se asustó mucho y abandonó asustado la *San Jerónimo*; y sin atender a razones, haciendo caso omiso de las disculpas de Mendaña, se retiró a tierra con todos los suyos. El soldado posiblemente no tuviese la intención de provocar un incidente, pero había contravenido las órdenes de no portar arcabuces delante de los nativos para evitar problemas, y él había subido a cubierta ignorando tales órdenes y asustando a Malope. Las consecuencias de aquel desencuentro eran inciertas. Todos los oficiales, excepto el maese de campo, pidieron un castigo para el soldado que, además, sirviera de ejemplo para sus compañeros de armas que, así, se pensarían mejor no acatar las órdenes de sus superiores, saltándoselas tan a la ligera. El soldado Tomás de Ampuero

fue efectivamente castigado con una docena de latigazos. Aquella noche, mientras el noble enfermero Juan Leal le curaba las heridas de la espalda, desde cubierta veíamos el resplandor de una serie de grandes hogueras que dejaban perfectamente señalizada la ubicación de otras tantas aldeas nativas. Cerca de la orilla, circulaban pequeñas canoas en un ir y venir incesante entre los distintos poblados costeros. ¿Habríamos despertado de nuevo el fantasma de la guerra entre los nativos? Había que tomar una determinación que diese una solución lo más definitiva posible a la jornada, no llevábamos tantos meses navegando para quedarnos fondeados frente a las costas de las islas deseadas. Eso creía Isabel y así se lo había dicho a su marido y a sus hermanos.

—No es quizá el mejor momento por culpa de los acontecimientos de esta tarde —dijo Isabel—, pero no podemos quedarnos a las puertas de nuestro objetivo por más tiempo. Creo que debemos desembarcar por las buenas, sin intención de atacar a nadie —continuó—. Pero sí con la convicción de que debemos ser expeditivos en el caso de ser atacados.

—Yo preferiría no usar la fuerza ni forzar situaciones que la requiriesen —apuntó Mendaña.

—Ya, ni yo tampoco, ni nadie con dos dedos de frente, pero eso es lo que hemos estado haciendo durante estos días —dijo Lorenzo—, y una nadería como el ver a un hombre armado provocó este desencuentro que nos vuelve a dejar a nosotros en un callejón sin salida.

—Además, tenemos que traer agua fresca a los barcos y llenar nuestros pañoles con provisiones —dijo Quirós.

—Álvaro —dijo Isabel con todo su poder de convicción—, es necesario bajar a tierra mañana mismo y procurar un lugar para establecer un campamento. Debes autorizar que un grupo de hombres vaya a buscar provisiones.

—Dejadme ir a mí con unos cuantos soldados —solicitó Lorenzo—. Entre la milicia hay gente en la que se puede confiar.

—No, Lorenzo —respondió Mendaña—. Para ti tengo otra misión. Partirás al alba con la galeota *San Felipe* a bolear esta isla, localizar buenos fondeaderos e intentar, por última vez, localizar la nao almiranta de Lope de

Vega. Llevarás contigo ocho soldados bien armados. Por lo demás, ordenaré al maese de campo que baje a la isla con treinta hombres.

Pedro Merino estaba encantado, se había salido con la suya. Bajaba a tierra con sus soldados, unos hombres que ante la posibilidad de acción habían abandonado su letargo y los malos modos dentro del barco. Cuando llegaron a la playa, un grupo de soldados tomó posiciones defensivas mientras los demás avanzaban hacia la espesura en busca de algún manantial en el que hacer aprovisionamiento de agua fresca. No tardaron en localizarlo. Cuando estaban completando las últimas botijas sufrieron el ataque de los nativos, que se echaron encima de los nuestros con sus macanas de madera. La rápida reacción de Merino y la efectividad mortal de los arcabuces fueron decisivas. Cinco indios muertos y varios heridos, y entre los nuestros algunos contusionados y un par de flechados sin gravedad; ése fue el resultado de la refriega. Desde la fragata *Santa Catalina* y desde la capitana seguimos atentamente este nuevo incidente que evidenciaba que no iba a ser tarea fácil el desembarco y, mucho menos, la fundación de una colonia con tanta hostilidad por parte de los indígenas. Tampoco era lógico salir con el rabo entre las piernas en busca de otra isla, sobre todo teniendo en cuenta los esfuerzos realizados y las vicisitudes que habían rodeado la jornada hasta la fecha. Por ventura, el maese de campo y su gente traían consigo todas las botijas llenas de agua, asimismo habían cogido cinco cerdos, que fueron sacrificados nada más ser subidos a bordo, y varios sacos de fruta. En esta ocasión Merino recibió los parabienes de los presentes.

—Merino, le felicito por la acción y por su diligencia en este trabajo —le dijo Mendaña—. Después del almuerzo, vaya de nuevo a la isla con cuarenta hombres de refresco y arrase el primer poblado que encuentre. A ver si con un escarmiento se lo piensan dos veces antes de volver a atacarnos.

Aquella orden había sido magníficamente recibida por el maese de campo y también por los soldados cuando Merino se la transmitió. Poco antes de la puesta del sol, regresaron las chalupas con los soldados. Siete de ellos venían heridos por flechas, algunos otros con magulladuras, todos fueron atendidos por Juan Leal y por varias mujeres. No hubo bajas entre

los nuestros, que contabilizaron seis indios muertos durante el ataque. Destruyeron varias cabañas, prendieron fuego a otras tantas, destrozaron enseres y pusieron en fuga a los habitantes de una aldea, que se refugiaron en las montañas cercanas. También en esta ocasión, los soldados aprovecharon su estancia en tierra para apoderarse de todo lo que consideraban comestible, así que llegaron con cinco cerdos más, varias gallinas, huevos, mucha fruta, plátanos sobre todo. No quedaba más remedio que esperar para conocer la repercusión que tendría la demostración de fuerza que habíamos puesto en escena.

Al día siguiente, cuando el sol aún no había alcanzado su cénit, Malope se acercó a la capitana en su canoa, acompañado por sus dos inseparables guerreros y por una docena de canoas más. Venían desarmados y querían subir a bordo. Mendaña aceptó. Malope se esforzaba en explicar que ni él ni su gente habían sido los causantes de los ataques, que ellos eran *amigos*. Que los malos eran otros indios vecinos que siempre estaban en guerra con ellos y con otros nativos de la isla. En demostración de buena voluntad nos ofrecieron más alimentos. A todas luces, Malope era un hombre pacífico, aunque no faltaba quien decía que se trataba de un gran embustero, que nos estaba engañando, que quería que nos confiáramos para pillarnos desprevenidos. De todas formas, Mendaña aceptó la versión de Malope y ese día acabamos en paz, pero también sin descender a tierra. Quirós pidió a los vigías una especial atención ante la posible llegada del capitán Lorenzo Barreto, por si fuera necesario orientar con linternas a la galeota, para que pudiera aproximarse sin problemas hasta el lugar donde habíamos surgido.

La *San Felipe*, sin embargo, no regresó hasta bien entrado el día siguiente. Lorenzo Barreto no había encontrado ni rastro de la nao *Santa Isabel* ni de su gente, ésa había sido la peor noticia a pesar de que todos la dábamos por perdida desde bastante antes de que la galeota iniciara su periplo. Sí descubrieron varias islas, algunas de cierta entidad, muy parecidas en cuanto a características y muy pobladas ellas de gente que el capitán definió como mulata. Tal vez lo que más agradó al adelantado fue el descubrimiento, no muy lejos de donde nos encontrábamos, de un buen fondeadero, muy protegido de vientos y corrientes, sin arrecifes cerca, ni fondos rocosos con ratones que pudieran causar situaciones de riesgo y, a

mayores, con una buena playa, justo enfrente, en la que se podría desembarcar con cierta facilidad. Sin pensarlo dos veces, el adelantado pidió al capitán Lorenzo Barreto que nos guiara y en ese fondeadero surgimos los barcos. Esa misma tarde fue cuando Mendaña bautizó la isla, en la que desde hacía días queríamos desembarcar y en la que sólo encontrábamos problemas, la llamó isla de la Santa Cruz, convencido además, aun a sabiendas de la falta de entendimiento con los nativos, de que formaba parte del archipiélago de las islas Salomón.

A primera hora del día siguiente quisimos bajar a tierra, pero recibimos un nuevo ataque, esta vez fue masivo, pues eran varios cientos los indígenas que nos disparaban sus flechas, si bien es cierto que con poco peligro para nuestra integridad, ya que la flota estaba fuera de su alcance. Se ordenó a Lorenzo Barreto, que ya se encontraba a bordo de una de las lanchas para desembarcar, que repeliera el ataque y pusiera en fuga a los nativos, y así lo hizo, con los quince soldados de que disponía, incluso tomaron la playa y persiguieron a los indios más rezagados hasta quedar seguros de que no habría peligro para el desembarco, si es que el adelantado consideraba oportuna tal eventualidad. Al maese de campo no le gustó nada que Lorenzo hubiese sido el protagonista de la réplica a los belicosos indios, y así se lo hizo saber en cuanto tuvo ocasión, reprochándole que se hubiera tomado una licencia, la de poner pie en tierra firme, que nadie le había dado. Finalmente, se produjo el desembarco de hombres. Unos se encargaron de la seguridad, otros del hacer acopio de provisiones para reponer las maltrechas bodegas de los tres barcos y los demás, de localizar el mejor lugar para construir un poblado. En este tema también hubo problemas. Pedro Merino se puso a desbrozar y a cortar árboles en una zona que no gustó ni siquiera a la mayoría de sus soldados, que aseguraban que se había escogido el peor sitio, el más húmedo, en la zona más pantanosa e insalubre de toda la franja costera que dominaban. Los había que decían que era preferible ocupar uno de los poblados que los indios habían abandonado al huir al monte, mientras que otros señalaban otra zona de la costa, próxima a un riachuelo, a la que el sargento mayor Luis Andrada llamó Nueva Andalucía. El maese de campo no cejaba en su empeño y seguía trabajando con un grupo de soldados en el lugar que, según su

entendimiento, le pareció idóneo. Las quejas llegaron al adelantado que, desde la capitana, observaba la evolución de los trabajos, y éste se inclinó por el lugar propuesto por el sargento mayor, por la Nueva Andalucía. Tal contrariedad provocó la ira de Pedro Merino que, malhumorado, se fue a dormir al poblado indio abandonado, acompañado por alguno de sus hombres.

Era evidente que la jornada transcurría a trancas y barrancas. Cuánta razón tenía Quirós cuando en Paita, antes de adentrarnos en el mar del Sur, hablaba de desistir de participar en la jornada, aduciendo que lo que mal empieza mal acaba y que parecía que, desde la partida del puerto de El Callao, todo transcurría a trompicones. También era cierto que todos los problemas tenían siempre a los mismos protagonistas como actores principales, aunque buena parte de culpa la tuviese el propio adelantado por no haber ejercido su autoridad con convicción y determinación cuando la ocasión lo requirió, siendo varias las veces en las que esa falta de autoridad quedó en evidencia.

Los siguientes días transcurrieron sin incidentes de mención, incluso se veía a los soldados, principalmente a los casados, participar activamente en la construcción de viviendas que se hacían con troncos de árboles, tejados de tablas y ramajes. También se construyó una empalizada de protección ante eventuales ataques de tribus no amigas. Desde el primer día hubo gente viviendo en sus nuevos hogares, tanto colonos como soldados, con sus respectivas familias. También se construyó una iglesia con una gran cruz sobre la puerta de entrada; en ella el vicario Juan Rodríguez de Espinosa celebró la primera misa en presencia de toda la gente principal y de los demás componentes de la jornada que se encontraban en tierra. Isabel aprovechó su primera visita a la isla para dar un paseo, acompañada por una amplia comitiva, entre los que se contaban su hermana Mariana, Ana Chacón —la mujer de Quirós—, Swami, que despertó tanta curiosidad por el color negro de su piel como el impresionante vestido granate y oro de Isabel, la Pancha también iba, así como Diego y Luis Barreto y una docena de soldados. No era precisamente un grupo discreto, más bien todo lo

contrario, llamaba la atención de tal manera que cuando llegamos al poblado de Malope fuimos recibidos por todos sus habitantes. Nos ofrecieron todos los manjares de que disponían, frutas, mariscos, pescados frescos, gallinas, cerdos, agua de coco... de todo. Vimos por primera vez a las mujeres y a los niños. Ellas se acercaban curiosas a tocar los cabellos de Isabel, su blanco rostro, el vestido... entre expresiones de admiración y sorpresa. Los niños, cuando alcanzaban la suficiente confianza como para perder la timidez, se escurrían entre nuestras piernas manoseando nuestros jubones, las espadas y las dagas. No tocaban los arcabuces, que miraban de soslayo, conocedores de su fuerza mortífera, inexplicable para ellos. Los hombres hicieron sonar los tambores, hechos de troncos de árbol huecos; esta vez el sonido era muy diferente al que habíamos escuchado en anteriores noches y que tanto nos había sobrecogido porque anunciaba peligro. En el poblado almorzamos con los productos que nos ofrecieron los nativos y todos juntos gozamos de su hospitalidad. Por momentos, hasta resultó sonrojante el verse tan bien atendido por aquellas esbeltas mujeres, casi totalmente desnudas, tan cariñosas, tan insinuantes y al mismo tiempo tan sencillas e ingenuas, en presencia de las mujeres de la jornada, de Isabel... Alguno tuvo ocasión de regresar al poblado a dar rienda suelta a sus ansias amorosas una vez que la comitiva regresó a los barcos. Mendaña y Quirós, y casi toda la gente principal, seguían viviendo en la capitana, por no tener casa en tierra ni haber pensado dónde construirla. El vicario, una vez terminada la iglesia, decidió quedarse en tierra, en una casita anexa al templo. Prefería —decía— estar cerca de los que, según él, más le necesitaban y éstos eran los infieles que había que salvar convirtiéndolos al cristianismo. También se estableció en tierra Pedro Merino, el maese de campo, con lo que, en ausencia del adelantado, era la máxima autoridad en la incipiente colonia que se estaba fundando. Con él se habían ido sus oficiales más fieles, varios sargentos y los soldados afines. Alonso de Leiva y Felipe Corzo seguían viviendo en sus respectivos barcos.

Aquellos días de cierta tranquilidad aventuraban un futuro prometedor para los componentes de la jornada. La vida cotidiana transcurría con mucho trabajo y las horas pasaban muy rápidamente debido a tanto esfuerzo. Los indios de Malope seguían mostrándose muy hospitalarios y

contribuían a nuestra causa con un incesante aporte de provisiones: recolectaban frutos, pescaban para nosotros, traían gallinas, garzas y otras aves. Lorenzo se sentía afortunado y veía con entusiasmo todo lo que acontecía, se estaba construyendo una hermosa casa en un alto, cerca del mar, y le ayudaban José de Viariz y unos cuantos indios. Compartía sus esperanzas y sus proyectos con su hermana Isabel, que bajaba a tierra con mucha frecuencia y se paseaba, observando cómo crecía el poblado español en la isla de Santa Cruz, como si lo estuviese haciendo por las mismísimas empedradas calles de Lima. Durante esos días de felicidad incipiente, Isabel sacó a relucir sus mejores galas, dejando sorprendidos a casi todos los que allí estábamos por la riqueza y variedad de sus vestidos, por sus joyas y por todo lo que la rodeaba. Se escuchaban comentarios de muy diversa procedencia, unos alababan la belleza y la elegancia de la mujer del adelantado, otros veían indecoroso que hiciera gala de tanta ostentación, también hubo quien apuntó que sólo con los ropajes que había lucido en la jornada y las joyas que portaba se pagaba otra flota completamente avituallada. El caso es que estábamos viviendo unos días de total normalidad, con todo el mundo entregado a sus quehaceres.

Sin embargo, no todo era perfecto. Pedro Merino no había hecho mil ochocientas cincuenta leguas desde Lima para ponerse a cortar árboles, desbrozar montes, vivir en cabañas y construir calles. Era el maese de campo, o lo que es lo mismo, un altísimo oficial de los ejércitos españoles que, en principio, tenía como destino las islas Salomón, descubiertas por Mendaña, en las que las riquezas corrían por doquier. Suponía que debía asumir el mando de una ciudad en la que el oro, la plata, las piedras preciosas y las perlas fueran tan abundantes que no significara esfuerzo alguno alcanzarlas a paladas, donde la comida llegara sin medida a su mesa y a la de sus hombres; un lugar, en definitiva, mucho más rico que las tierras peruanas que habían abandonado, en el que dedicarse a una vida relajada y llena de placeres. De momento, el panorama era muy distinto, si exceptuamos los placeres de la carne colmados por las bellas mujeres nativas, del oro y de la plata nada se sabía. Era significativo que los indios no llevasen adornos hechos con metales preciosos sino con conchas nacaradas de ostras perleras, pero ni de las perlas había señales. Merino

había encomendado una secreta tarea de búsqueda de riquezas a varios de sus hombres de confianza, entre los que se encontraban Estamante Jordán, ayudante del sargento mayor pero fiel al maese de campo, su propio ayudante Tomás de Ampuero y los soldados Juan López y Manuel Antonio. Cada día debían recorrer distintas áreas, próximas a la zona que ocupábamos con nuestras edificaciones, para luego informar a Merino sobre lo que habían visto, y las noticias sobre tesoros y riquezas no llegaban. Todo ello redundaba en el incremento del mal humor entre los componentes de ese escogido grupo, ávido de opulencia, necesitado del brillo de los metales preciosos, logrados de manera fácil, inmediata. Ése fue el germen desde el que se alimentaron, de nuevo, los comentarios inconformistas, negativos, que buscaban un descontento general que evitara el establecimiento definitivo de la colonia en aquella isla, que en nada se parecía a las islas Salomón que pregonara el adelantado, en las que la abundancia había quedado reflejada hasta en la Biblia.

A nadie se le escapaba que, probablemente, la isla de Santa Cruz no era el lugar prometido por Mendaña al inicio de la jornada, pero eran muchos los factores que empujaban a la gente a luchar por un espacio en el que vivir dignamente y aquellas tierras eran fértiles, con una variada vegetación, agua muy buena, abundancia de animales, pescados, mariscos, buenos vecinos, un clima excelente... A Isabel aquel lugar le parecía idóneo para llevar a cabo sus planes de expansión mercantil, para llevar las especias, las sedas, la pólvora y otros productos desde las islas Filipinas y la China directamente al Perú. Establecería una nueva ruta comercial que ella controlaría y que supondría el verdadero tesoro que las islas Salomón podrían ofrecer. Pero últimamente se la veía preocupada por la salud de su marido, ciertamente debilitado, tal vez por agotamiento, tal vez por causa de alguna fiebre.

—Isabel, debo decirte que me siento atormentado por una duda que no me da tregua, que no me permite descansar —dijo Mendaña a su esposa—. Esta isla de Santa Cruz no creo que pertenezca al archipiélago de las Salomón. Hay muchas cosas que no encajan en mi cabeza, que no se relacionan con mis lejanos recuerdos de hace casi tres décadas.

—Pues eso no debería preocuparte demasiado —contestó Isabel—. Si no estamos en las Salomón ya iremos en su busca dentro de unos meses, cuando nos hayamos asentado en este nuevo territorio que acabas de incorporar a la corona de España. Desde aquí, y con este puerto como base, tanto podremos buscar las Salomón como empezar a localizar nuevas islas con especias que llevaremos directamente a Lima y que proporcionarán la merecida fortuna a muchos de los que nos han acompañado en la jornada.

—Las Salomón no pueden estar muy lejos... tienes razón, desde aquí, una vez construida nuestra capital y una vez reparados los barcos, deteriorados por la larga travesía, sí que podríamos llegar a ellas, seguro que reconozco Guadalcanal, Santa Isabel, San Cristóbal y los demás islotes en los que estuve en mi primer viaje.

—Además —continuó Isabel—, todo el mundo piensa que probablemente éstas no son las islas que les habíamos prometido y, de momento, por lo que se puede apreciar en tierra, la gente está trabajando ilusionada en la construcción de su nueva ciudad, de la que se sienten fundadores; tienen el espíritu de los pioneros.

Cuando no bajaba a tierra, Mendaña supervisaba desde el puente de la capitana cómo evolucionaban las obras en la nueva ciudad, podía hacerlo a simple vista porque la *San Jerónimo*, al igual que la galeota y la fragata, estaba fondeada muy cerca de la playa. Otras veces departía con su piloto mayor, que no cesaba de pasarle informes sobre las necesidades más perentorias de los barcos, de las acciones que se debían ejecutar con urgencia para dejar las naves listas para una eventual partida, bien con ocasión de realizar alguna misión encomendada por el adelantado, bien por vernos obligados a ello por culpa de algún ataque de indígenas hostiles, incluso por si se produjera algún tipo de motín o sublevación por parte de algún sector de la expedición. Aquellas últimas apreciaciones de Quirós no gustaron nada al adelantado. Éste reaccionó diciendo que tomaba buena nota y que las peticiones de Quirós serían atendidas en su momento, de tal manera que no distrajeran a nadie de sus cometidos actuales, ni que dieran que pensar cosas extrañas a los más suspicaces. Mendaña se retiró a sus aposentos y mandó llamar a Andrés Serrano, escribano de la capitana, a quien quería dictar una serie de informes que tenía pendientes y un bando

que haría público al día siguiente, por el cual se instaba a todos los participantes en la jornada a respetar al máximo tanto a los naturales como a sus bienes y propiedades, para evitar nuevos conflictos, de cara a asegurar con el buen comportamiento diario un futuro en paz.

El bando fue pregonado por todo el campamento, se difundió en los tres barcos, y fue también recordado por el vicario durante el sermón de la misa. Pero no gustó nada a la selecta camarilla del maese de campo, tan preocupada por la consolidación del poblado que pronto sería una pequeña ciudad, con todas las de la ley; nada bueno para ellos y su desmesurada y ciega ambición.

A la mañana siguiente, aparecieron en las cercanías del campamento los cadáveres de dos indios de la tribu de Malope que habían sido asesinados esa misma noche.

OceanofPDF.com

CORRE LA SANGRE

Los momentos de silencio sólo eran rotos por los que se resistían a admitir que se torcieran las cosas y no cejaban en su empeño por seguir construyendo el sueño que les había movido, que les había motivado y generado tanta ilusión durante los últimos días. Lorenzo y Diego Barreto se desplazaron en comitiva oficial, en representación del adelantado, que se encontraba debilitado en su salud, para expresar sus condolencias a Malope y a los familiares de los indios fallecidos la pasada madrugada. También iban con ellos, además de la escolta, el sargento mayor Luis Andrada y el vicario Juan Rodríguez de Espinosa, que gozaba de buena reputación, como hechicero, entre los nativos. Se encontraron una tristeza absoluta y mucha desconfianza hacia los soldados, a los que acusaban de los crímenes. Lorenzo Barreto preguntó si alguien había sido testigo de lo ocurrido y varios nativos empezaron a decir, muy alterados, señalando a los soldados de la escolta, que habían sido hombres como ellos los que, bien entrada la noche y después de haber estado en la aldea gozando de los favores de varias mujeres, se pusieron a increpar y a golpear a todo el que se cruzaba en su camino. Los dos muertos habían sido los que, con mucha paciencia y no sin recibir algunos golpes, habían logrado persuadir a aquellos soldados para que regresaran a su campamento, que ellos mismos les guiarían por los oscuros caminos del bosque para que no se perdieran. Para evitar incidentes mayores dentro de la aldea india, aquellos dos nativos habían pagado con la vida su valentía. El capitán Lorenzo Barreto prometió a Malope que se buscaría a los asesinos y que se les castigaría debidamente, según marcaba la ley de la corona española. Algunos nativos susurraban por lo bajo frases como «no amigos», «no comida», «no amigos», «*narria*», «*mate*», estas dos últimas palabras eran las preocupantes, significaban «vais a morir» y

«guerra». Con buen criterio, los Barreto abandonaron el poblado de Malope con ostensibles gestos de desolación y tristeza por lo ocurrido, queriendo demostrar a Malope y a los suyos el dolor que sentían por aquellas muertes, y lo decididos que estaban a encontrar y castigar a los culpables.

El maese de campo no perdió el tiempo. Se desplazó a la capitana para entrevistarse con el adelantado y darle antes que nadie su versión de los hechos. Lo recibió Mendaña en su camarote, únicamente en compañía de su esposa Isabel y del escribano Andrés Serrano.

—Sería bueno que volviéramos a realizar una demostración de fuerza ante los nativos —decía Merino—. Se están relajando mucho los indios... cada día desaparecen más cosas del campamento.

—¿Qué es lo que roban? —preguntó el adelantado.

—Que si un hacha, que si un machete, algunos cuchillos, herramientas —respondió el maese de campo.

—¿Y por esas menudencias pretendéis hacer correr la sangre? —preguntó irónicamente Isabel—. Entonces cuando os roben un sable o un mosquete, ¿creeréis oportuno exterminar a todos los nativos de la isla?

—¡Señora! Porque es mujer y por el respeto que le tengo al señor adelantado vuestro esposo...

—No me vuelva a amenazar, señor Merino —replicó Isabel—. Voy a vigilar todos sus movimientos y como descubra que se desvía lo más mínimo de las indicaciones del adelantado y de las órdenes que se le hayan dado, puede estar seguro de que caerá sobre usted todo el peso de la ley y no tendré piedad arruinando su ya lamentable carrera militar. Así lo haré saber en todas las instancias a las que tenga acceso, y no han de ser pocas.

—Tengamos la fiesta en paz —ponderó el adelantado—. Cálmate, Isabel, estoy seguro de que el maese de campo no quiso en ningún momento excederse, ¿no es cierto, señor Merino?

—Ni yo ni mis hombres buscamos camorra, señor —dijo Merino—. Pero debe saber que a ningún soldado le agrada que nadie cuestione su esforzada labor en defensa de los intereses de la corona y, por extensión, de todos los presentes.

—Pues que así sea, señor maese de campo. De momento no veo motivos para ninguna acción de castigo contra los nativos, bastante

sufrimiento les habrá causado haberse encontrado a dos de los suyos muertos. Sería bueno que abriese una investigación para aclarar las causas de esas desgraciadas muertes y que incrementase la vigilancia para la mejor protección del *jauriqui* Malope y de todos los suyos. En cuanto a los pequeños hurtos, dígalos a los que tienen indios ayudando en los trabajos del campamento que extremen las precauciones, para que no llegue un día y se encuentren sin sus propios calzones.

—Señor —continuó Merino—, mis hombres son inocentes. ¿No estará pensando que hay un asesino entre ellos? Le puedo asegurar que ningún soldado ha asesinado a nadie. Además, no se ha oído ningún disparo esta noche. Lo digo porque lo de la investigación no va a sentar nada bien entre mis hombres. ¿No se fía de mi palabra?

—Simplemente le digo que espero que no se vuelva a repetir ningún incidente con los nativos de Malope. No quiero tener noticias de más muertes. ¿Quedó claro?

—Por nuestra parte está todo muy claro, señor. Puede tener la certeza de que mis hombres ni han matado ni matarán a ningún indio salvo órdenes expresas de vuestra señoría.

—Puede retirarse, señor Merino. Sepa que el señor Serrano ha tomado nota de todo cuanto aquí se ha hablado para que figure en el informe final de la jornada. Recuerde, quiero paz.

La salida del maese de campo de la capitana coincidió con la llegada de los hermanos Barreto y de los hombres que les acompañaron al poblado de Malope. Iban directamente a informar al adelantado y cruzaron una mirada de las que matan con el maese de campo, cuando éste descendía al bote que le llevaría a tierra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isabel a sus hermanos—. ¿Por qué estáis tan alterados?

—Fueron soldados quienes mataron a los indios de Malope.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mendaña—. ¿Qué pruebas tienes?

—Únicamente los testimonios de los nativos, que claramente se refirieron a hombres con ropas militares, hombres que vestían como

aquéllos, dijeron señalando a nuestra escolta, como los culpables de los crímenes. Ayer algunos soldados se solazaron con algunas nativas y, ya entrada la noche, generaron varios altercados con los hombres de Malope. Dos de ellos, los que luego fueron asesinados, fueron los que consiguieron, en primera instancia, calmar los ánimos de los soldados e incluso los acompañaron de regreso a nuestro campamento. No regresaron con vida.

—Es muy grave lo que me cuentas. ¿Son de fiar esos testigos?

—Yo les creo —dijo el vicario—. Hay algunos hombres descontentos entre la tropa. No se sienten a gusto en este lugar, en el que no ven por ningún lado las riquezas prometidas.

—Hasta ahora, todo el malestar se concentraba en una pequeña camarilla —dijo el sargento mayor, soldado también—, pero ahora se han atrevido a extender el descontento entre la gente del campamento aunque, de momento, sin demasiado éxito.

—No creo yo que sean tan pocos —replicó Diego Barreto—. Hay quien dice que tienen un papel con más de ochenta firmas en el que piden que se les lleve a las islas Salomón o que se les devuelva a las ricas tierras del Perú de las que salieron engañados. Eso es lo que dicen.

—¿Quiénes son esos hombres y quién les manda? —preguntó Isabel—. ¿Quién es el cabecilla?

—Son principalmente los soldados solteros —indicó el sargento mayor—. El escaso éxito tiene que ver con que la mayoría de los que se encuentran en el campamento, trabajando en él, construyéndolo, creyendo en un futuro próximo más dichoso en esta isla, son los casados, algunos marineros y todos los colonos, hombres y mujeres casados o no.

—Cuando son muchos los soldados solteros que coinciden en tierra —dijo Lorenzo—, el problema se agrava. Además, yo sé quién está detrás de todo esto, veo claramente la mano de Merino en todos los alborotos, en todas las disputas. Es verdad, siempre lo dije, fue un error aceptarlo como maese de campo. Y esperemos que la cosa no vaya a más porque si no se pueden complicar los acontecimientos.

—No podemos acusar a nadie sin pruebas —dijo Mendaña—. Ya sé que no congenias con el maese de campo, pero eso no lo hace culpable de nada.

—No sé cómo puedes decir eso —replicó Isabel—. Querido esposo, ¿no te das cuenta de que ese hombre es como un mal tumor en la flota desde el día en que subió a bordo? ¿Cómo puedes estar tan ciego? Yo estoy de acuerdo con Lorenzo y, viendo las caras de los presentes, me atrevo aventurar que todos opinan lo mismo que yo.

—Debemos tener más calma, es la mejor manera de solucionar los problemas que se nos presenten. Si actuamos con rencor iremos por mal camino y con malas consecuencias. Seamos, pues, prudentes.

—No entiendo cómo puedes ser tan blando —se atrevió a decir Isabel a su marido en público—. Con esa falta de carácter que en algunas ocasiones evidencias, sí que podemos estar perdidos. Pero ¿no te das cuenta de que ese odioso Merino siempre te está echando un pulso, está calibrando tu poder y tus fuerzas?

—Eso es cierto —dijo Lorenzo—, pero creo que ya hemos expuesto nuestras opiniones con suficiente claridad y que es momento de tomar medidas.

—Tienes razón, Lorenzo. Vamos a redoblar los esfuerzos para lograr una mayor seguridad en el campamento —dijo Mendaña—. Sería bueno que supiéramos con qué gente contamos, quiénes son de nuestra confianza entre los hombres de armas. Una vez que sepamos con quiénes contamos, sabremos cómo actuar. De momento, que cada uno vuelva a sus obligaciones y que no trascienda ninguna sospecha hacia nadie, ni lo hablado esta tarde aquí, en este camarote.

Ciertamente, la situación se estaba complicando por momentos. La armonía de los días precedentes se había tornado en incertidumbre, contagiada aun a los que se habían mostrado más optimistas, más esperanzados con un porvenir venturoso en aquella isla. Por lo pronto, las medidas de seguridad se habían incrementado aunque, bien es cierto, se temía más por lo que pudiera surgir desde dentro del campamento que por un ataque por parte de los nativos, a pesar de que motivos no les faltaban. La gente se había vuelto recelosa, hasta los soldados se miraban de soslayo intentando averiguar las afinidades del compañero de guardia, si era pro maese de campo o pertenecía al sector de los que se mantenían fieles a la soberanía que ejercía el adelantado, al fin y al cabo, representante del rey en

aquellas tierras paganas y máxima autoridad de la flota. Los rumores de motín se extendieron y los ojos y oídos de cada una de las partes permanecieron más alerta que nunca, mientras los espías de cada bando realizaban sus tareas con un frenesí inusitado. A unos y a otros les llegaban noticias muy desalentadoras, muchas de ellas falsas e interesadas, pero que hacían tanto daño como si de auténticas se tratase.

En la capitana, Isabel Barreto hacía esfuerzos redoblados por mantener la calma, por conservar la entereza necesaria para salir de los malos tragos. Buscaba en sí misma aquellas energías que le habían servido en otras ocasiones para solventar cuestiones delicadas. Esta vez, se sentía tan cerca de alcanzar sus sueños que no podía permitir que nada ni nadie diese al traste con ellos. Sin embargo, ella sabía que la tarea no iba a ser nada fácil. Su marido seguía mostrando esa indolencia y ese temblor de manos que le caracterizaron en los peores momentos de la jornada, parcelas del carácter desconocidas para Isabel, que siempre le había visto en primera fila en grandes situaciones históricas que se habían solventado a favor de los intereses de la corona; recordaba a aquel hombre que, junto a Sarmiento de Gamboa, puso en fuga al corsario Drake, obligándole a adentrarse en el mar del Sur sin llevarse ningún botín del virreinato del Perú; también su intervención en la persecución de Cavendish y, finalmente, la captura de Hawkins. Nunca le había temblado el pulso a Mendaña. Pero es que ahora, hasta lo veía enfermo, debilitado, sin fuerzas. Las últimas semanas le habían supuesto un enorme desgaste, por no haber encontrado las Salomón y por la pérdida de la *Santa Isabel*, con más de ciento ochenta personas a bordo, con el capitán Lope de Vega y tantos otros amigos de los que probablemente no volveríamos a tener noticias nunca más. La responsabilidad por esas pérdidas le estaba pasando una enorme factura.

Entre los enemigos de los provocadores se encontraba Quirós, el piloto mayor de la flota, el único hombre, salvo el adelantado, que sería capaz de llevar de regreso al Perú a los amotinados o a la flota entera. Se empezaron a lanzar falsos testimonios contra él en los que se decía que, como tenía órdenes del adelantado de regresar a Lima como portador de las noticias del descubrimiento de nuevas tierras en el mar del Sur, los rebeldes en sus elucubraciones sospechaban que se iría sólo con sus marineros y que no

regresaría; otros infundios decían que se marcharía únicamente con la gente principal, dejando a los revoltosos en Santa Cruz abandonados para siempre. Era necesario, según ellos, hacerle un mareaje estrecho para evitar cualquiera de las mencionadas opciones y, en todo caso, acabar con su vida tal vez fuese la solución. Las intenciones de los rebeldes, del grupo de soldados solteros y de algún que otro casado como Juan de Buitrago, que comandaba el siempre descontento y mal encarado maese de campo, eran las de regresar al Perú o si la suerte les acompañaba, seguir buscando durante un tiempo prudencial las deseadas islas Salomón, que se hallaban esperándoles repletas de riquezas.

Tal vez animado por Isabel, tal vez por iniciativa propia, el caso es que una mañana, con el ambiente muy caldeado del día anterior, el adelantado bajó a tierra. Le acompañaban el sargento mayor, Lorenzo y Diego Barreto, el capellán, Marcos Marín el contramaestre, cuatro marineros y una docena de soldados. Les salieron al encuentro el vicario, un grupo de colonos y varios soldados con sus familias. El adelantado pulsó los ánimos de los presentes y departió con ellos, queriendo con sus palabras, pero también con sus acciones, darles confianza y fe en la solución de los problemas. Cuando la comitiva se dirigía hacia los barracones donde se aposentaban los militares les salieron al paso un grupo de soldados que blandían sus espadas desnudas. No parecía aquello una bienvenida.

—¿Acaso acecha algún peligro que por su sorpresa o por su magnitud requiera lucir los aceros? —preguntó el adelantado.

—Vuestra señoría sabe que no queremos continuar en esta pocilga —dijo uno que resultó llamarse Juan López—. Aquí no hay nada que merezca la pena perder un día más.

—Éstas no son las islas Salomón. Aquí no hay ni oro ni plata ni nada que se le parezca —replicó otro—. Nos han engañado.

—Deberíamos darles garrote aquí mismo —dijo Lorenzo muy alterado—. Sólo merecen morir como vulgares ladrones y no como soldados.

—No se puede consentir tanta insolencia y tamaña indisciplina —dijo Luis Andrada—. ¡Envainen sus espadas! ¡Es una orden! —los soldados, al ver la actitud de otro militar, del sargento mayor, acataron la orden y aunque a regañadientes envainaron sus espadas—. Tomo nota de quiénes son, por si

el señor adelantado cree menester hacerles un consejo de guerra sumarísimo, que pueden estar seguros de que apoyaría incondicionalmente —continuó Andrada—. Nunca mis soldados tuvieron una actitud semejante. ¡Retírense de mi vista!

Mendaña y su comitiva recorrieron el campamento deteniéndose a hablar con todos los que se acercaban, también con los pocos nativos que se atrevían a seguir trabajando con los españoles en la construcción de las viviendas, acarreando agua, leña y víveres y realizando múltiples funciones, todas de agradecer.

—Mendaña amigo —dijo a un grupo de nativos—. Con Mendaña no hay problema. Yo quiero hablar con *jauriqui*, con Malope.

Entendieron el mensaje y sonrieron. Seguro que se encargarían de transmitir a su jefe las intenciones de Mendaña. Quien se hizo de rogar fue el maese de campo, que se mantuvo durante horas, escabullendo el bulto, sin presentarse a recibir a su superior. Vino con una amabilidad desmesurada, muy fuera de tono, con una sonrisa cínica que, no obstante, expresaba con una maestría digna de mención, propia de una persona con una larga trayectoria personal ejerciendo malas artes. En todo momento trataba de quitar hierro a los problemas causados por su gente insistiendo, por ende, en que allí nadie era «su» gente sino que todos éramos un mismo ente con un solo jefe: la jornada a las Salomón con Mendaña como adelantado blandiendo el pendón real. Pero entre adulación y adulación, entre mentira y engaño, lanzaba alguna puya, de manera inocente, como sin querer, dejando en evidencia o criticando las decisiones del adelantado o la situación real en la que nos encontrábamos, cuya parte negativa procedía de sus adláteres, por mucho que pretendiera negarlo. Ésa sí que era la realidad. Mendaña en ese primer encuentro con Merino dejó muy claro quién estaba al mando y quién tomaba las decisiones y que no dudaría ni lo más mínimo en cortar las cabezas que fueran necesarias para mantener la paz en el campamento y entre las gentes de la jornada.

En los barcos, los marineros trabajaban, como cada día, en la construcción de nueva obra muerta para sustituir la que se había utilizado como leña o reparando piezas o partes importantes de las naves, dañadas durante la larga travesía por el mar del Sur. El maestro carpintero José de

Vilanova y el maestro armero José de Viariz, con sus respectivos ayudantes, trataban de devolver a cada barco su fisonomía. También reparaban mástiles, masteleros, vergas y botavaras. Otros marineros y grumetes se dedicaban a fabricar cabos con los hilachos que obtenían de algunos árboles y plantas que crecían abundantemente en la isla de Santa Cruz y que los propios indígenas usaban para los mismos menesteres y para construir redes y trasmallos para la pesca. En todo caso, aunque ocupados en esas labores, como prisa no había, las naves distaban mucho de su estado óptimo; de hecho, para Quirós no estaban ni en condiciones de afrontar una travesía de más de quinientas leguas, y mucho menos si el mar no era favorable.

No hacía mucho que el grumete de la *San Jerónimo* había girado la ampolla que marcaba el mediodía cuando un disparo de arcabuz pasó sobre el bauprés de la capitana y perforó la mayor de la fragata. Aún no repuestos del susto, un segundo disparo pasó sobre la cabeza del piloto mayor, que en ese momento se encontraba en el alcázar de popa. Los disparos procedían de tierra y, lógicamente, habían sido realizados por algún soldado. Se oyó decir a Quirós que no atinaba a saber a qué clase de pájaros pretendían acertar. La cosa se estaba poniendo muy fea. Que alguien se atreviese ya a disparar contra los suyos era prueba concluyente de la crispación que se vivía en tierra. Las malas intenciones de los rebeldes habían quedado suficientemente claras y también de lo que serían capaces de hacer.

El vicario, ayudado por el capellán Antonio de Serpa, celebró misa en la iglesia recién construida y que resultó insuficiente para tantos fieles asistentes, por lo que se dejaron las puertas abiertas para que los que quedaban fuera pudiesen escuchar. El vicario tenía ya un par de aprendices de monaguillo indígenas revoloteando por el altar mayor y unos cuantos más entre los fieles, capaces de seguir algunos rezos en voz alta. Al finalizar la misa, Diego Barreto, que no había asistido al acto religioso, se acercó a su hermano Lorenzo y al adelantado y les dijo que sería conveniente regresar a la nao.

—¿A qué vienen tantas urgencias? —preguntó Mendaña.

—Debemos regresar cuanto antes —continuó Diego—. Y con la mayor discreción y naturalidad. Debéis saber que nuestro hermano Luis se encuentra en tierra con el capitán García de Melo. Ambos se habían

ocultado en diferentes escondrijos del campamento para espiar al maese de campo y a sus secuaces, y han averiguado que planean matarnos a todos, hacerse con el mando y obligar a Quirós a que les devuelva al Perú o a algún otro lugar, en el que mentirán sobre el motín y se presentarán como los héroes supervivientes de un engaño perpetrado por vos contra ellos y contra la corona.

—No puedo creer que Merino se atreva a ir tan lejos —replicó Mendaña—. No puede ser.

—Mientras os encontrabais en misa —continuó Diego—, alguien ha realizado dos disparos de arcabuz contra los barcos, esperemos que no hayan causado ninguna desgracia.

—Vámonos —dijo Lorenzo en tono imperativo—. Estaremos más seguros en la capitana. Allí podremos perfilar una nueva estrategia defensiva.

En esta ocasión no dejaron alternativa a Mendaña que, rodeado por sus cuñados, regresó a su barco. Nada más llegar, fue informado de que los disparos no alcanzaron a nadie pero de milagro, ya que uno de ellos iba dirigido contra el piloto mayor. La respuesta no se hizo esperar demasiado. Se envió un bote a tierra y se dijo al vicario que celebrara otra misa a la que debían acudir cuantos más fieles mejor. Así fue. Cuando un numeroso grupo de colonos asistía a la celebración litúrgica y el resto del campamento se encontraba prácticamente vacío, sólo con los soldados que hacían sus guardias en las garitas y algún que otro despistado, el adelantado dio la orden a su piloto mayor, que a su vez se la transmitió al condestable de la capitana, un catalán llamado Carlos de la Creu, de que disparara un cañonazo que pasara por encima del tejado del barracón de la milicia. Sería la respuesta a tanto desafío y una demostración absoluta de poder.

El estruendo sirvió para finalizar el ejercicio religioso. Todos salieron espantados a mirar qué ocurría y pudieron comprobar cómo una docena y media de militares, incluidos Pedro Merino y sus soldados más fieles, salían corriendo de los barracones, muy aturdidos, asustados también, justo a tiempo para librarse del árbol que se les caía encima, segado su tronco por la mitad gracias al certero disparo de los artilleros de la *San Jerónimo*; árbol que al caer destrozó con su peso uno de los barracones. Esa noche algunos

dormirían a la intemperie y mirando las estrellas reflexionarían sobre sus veleidades.

No tuvieron suerte los soldados, esa noche llovió intensamente, como lo suele hacer por estas latitudes; fue un aguacero que duró varios días y que por un lado calmó los ánimos más alterados y, por otro, sumió en la tristeza a los demás. No hacía frío, pero sí se sentía en los corazones y en las almas de la gente de buena fe. Durante ese tiempo, Isabel habló mucho con la vieja Swami, pero no encontró consuelo en sus palabras, muy al contrario, las predicciones de la bruja anunciaban lo peor, «correrá la sangre», dijo, asustando a Isabel. «Pero, niña, quédate tranquila que a ti no te va a pasar nada, sufrirás por tu familia pero tú estarás a salvo». Isabel, siempre fuerte, siempre sólida como una roca, se desmoronó y lloró desconsoladamente en los brazos de su negra.

Cuando oscurecía, una pequeña canoa india se acercó a la capitana. En ella regresábamos Luis Barreto y yo. No traíamos buenas noticias. En el camarote del adelantado se celebró una reunión a la que asistimos los que nos podíamos considerar como miembros de una especie de gabinete de crisis. Además de Mendaña e Isabel, acudían Lorenzo y Diego Barreto, el sargento mayor, el piloto mayor, el contramaestre y el condestable. Antes de nada querían escuchar las noticias que Luis Barreto y yo traíamos de tierra.

—Preferiría no ser portador de malas noticias —dijo Luis—, pero la realidad es bien distinta. Se ha quebrado definitivamente la unidad de esta jornada. A las claras existen dos bandos, el nuestro y el de los que están contra nosotros que, encabezados sin ningún género de dudas por el maese de campo, están decididos a tomar el mando de la flota, usando sus armas si fuere menester, como ya hemos comprobado con los disparos de arcabuz dirigidos contra la capitana y contra la fragata *Santa Catalina*.

—No creo que se atrevan a pasar a cuchillo a todo el que no comparta sus intenciones —apunté—. Pero estoy seguro de que pretenden atentar directamente contra vuestra señoría —dije, dirigiéndome al adelantado— y contra Quirós.

—Se sienten tan envalentonados que se creen capaces por sí mismos de dirigir la flota a puerto cristiano —continuó Luis—. Están verdaderamente locos...

—Lo malo es que cuando corre la sangre en un amotinamiento —seguí con mi explicación—, es difícil que se detengan con dos muertes, no creo que ninguno de los que nos encontramos en este camarote pueda tener la seguridad de conservar la vida si estos rebeldes consiguieran hacerse con el mando.

—¿Cuáles creéis que van a ser los siguientes pasos que van a dar? —preguntó Isabel.

—Es difícil saberlo, pero teniendo en cuenta lo que vuestro hermano Luis y yo hemos escuchado y el grado de demencia que presentaban algunos, en cualquier momento son capaces de actuar de nuevo, quizá contra alguno de los colonos que consideren fieles al adelantado, lo más probable es que ataquen a los nativos, matando a unos cuantos, para que las relaciones con ellos se deterioren y se convierta esto en una situación irreversible, con la convivencia definitivamente deteriorada...

—Con lo cual —continuó Luis Barreto—, no tendríamos otra alternativa que abandonar Santa Cruz en busca de otra isla, de las Salomón tal vez, o de intentar el tornaviaje.

—Tal como se encuentran las naves, ahora mismo sería impensable acometer el tornaviaje —respondió tajante el piloto mayor, apoyado por gestos de aseveración por el contramaestre y el condestable—. La nao no tiene una arboladura con garantías para iniciar una subida tan al norte, ni bastimentos, ni mucho menos provisiones. Aconsejo —continuó Quirós— que independientemente de las medidas que hoy se adopten aquí en lo referente a nuestra propia defensa y a la recuperación del orden establecido que violentaron los rebeldes con su indisciplina, aconsejo, insisto, que con moderación pero sin pausa llenemos nuestras bodegas de víveres y agua; asimismo será necesario que se multipliquen y aceleren los trabajos de reparación de los buques, sus mástiles, vergas, etc., hay que renovar los obenques y fabricar muchos metros de cabos, por mencionar únicamente lo imprescindible para ponernos de nuevo en marcha.

—Así se hará —contestó Mendaña—. Dígale a sus hombres que desde mañana mismo se pongan manos a la obra y sin miramientos, que no tenemos nada que disimular ante un enemigo tan explícito. En lo que se refiere a la recuperación de la autoridad sobre todos los hombres de la jornada, sobre todos los soldados, quiero escuchar vuestras propuestas. ¿Qué creéis que debemos hacer? Por cierto, Andrada, ¿de cuántos hombres de armas disponemos?

—Decididamente fieles, de unos diez o doce —respondió el sargento mayor—, quizá más si logramos convencer a algunos de los que no se han pronunciado.

—Toda la marinería está con vuestra señoría —dijo el contraamaestre.

—Sí que es cierto, pero como mucho podríamos implicar a los artilleros en un eventual enfrentamiento contra Merino y sus secuaces —continuó Quirós.

—Están todos a vuestras órdenes —refrendó el condestable.

—Hay que incluir a Alonso de Leiva y su gente y al capitán Felipe Corzo y los suyos, que sumados a los presentes hacemos la treintena —dijo Lorenzo Barreto.

—Lo primero que debemos hacer es reforzar la guardia en las tres naves —apunté—. La marinería prevenida y, asimismo, un equipo de artilleros de guardia. Si alguno de los presentes tiene que bajar a tierra deberá ir siempre acompañado por alguno de nosotros y por una escolta. Aunque creo que lo mejor es aprovechar este tiempo de aguaceros para quedarse en los barcos, al abrigo de las inclemencias del tiempo y de las toledanas.

—Considero muy oportunas vuestras propuestas pero quisiera matizarlas —dijo Quirós—. Me gustaría bajar a tierra mañana. Ya sé que es muy peligroso y que uno de los arcabuzazos me tenía a mí como objetivo. Pero creo que podrían escucharme, quizá no me hagan caso, pero por lo menos me escucharán. Intentaré hacerles ver que no todo está perdido y que hay mejores maneras de solucionar el conflicto, sin tener que recurrir a las armas para luchar entre cristianos.

—Iré con vos —dije—. Llevaremos cuatro soldados de escolta.

—También iré yo con un par de marineros —dijo el condestable.

—De acuerdo —dijo Mendaña—. Desde aquí os cubriremos. Mantendremos los bajeles listos por si fuese necesario enviar más hombres a vuestro rescate.

Cuando a primera hora de la mañana hacíamos pie en la playa, media docena de soldados se acercaron a nosotros corriendo con los sables en las manos. Nuestra escolta se puso en guardia con los arcabuces y el contramaestre y los marineros blandieron sus machetes. De esa manera se frenaron un poco los exaltados, que bajaron sus armas pero no guardaron su lengua. Nos recibieron con insultos y amenazas de muerte. Quirós se dirigió a ellos con intención de iniciar una conversación lo más cuerda posible.

—No nos vais a engañar —dijo un soldado—. Sabemos que os estáis preparando para regresar al Perú para informar al virrey de los descubrimientos y que nos queréis dejar aquí, abandonados como puercos.

—Queréis dejarnos tirados —dijo otro—, y no lo vamos a consentir. Si no salimos todos juntos de esta isla de mierda no quedará nadie vivo para contarlos.

—¿Quién os dijo que nos marchábamos? —preguntó Quirós—. ¿Quién os está engañando de esa manera? Nadie se va al Perú. Nadie va a dejar abandonado a nadie.

—Entonces ¿por qué estáis aprovisionando los barcos? —preguntó otro.

—Todo barco debe estar siempre aprovisionado por lo que pudiera pasar, aquí y en cualquier puerto del mundo —respondió el piloto mayor—. ¿No decís que entre vosotros hay gente con experiencia marinera? Preguntadle.

—Se nos prometieron tierras, casas y la posibilidad de hacer fortuna y nosotros no vemos riqueza por ningún lado. Nos sentimos engañados.

—¿Qué pensabais, que las casas estarían aquí construidas por encantamiento, esperando a que llegais vosotros? ¿Tal vez esperabais dar una patada a una piedra y que debajo de ella aparecieran tesoros? —preguntaba Quirós—. ¿Sois hombres o niños de pecho? ¿Qué clase de soldados sois?

—Pero éstas no son las islas Salomón. Eso tenéis que reconocerlo —dijeron.

—Probablemente no lo sean. Seguro que Santa Cruz no es ninguna de las islas que el adelantado descubrió en su primer viaje, pero no hemos hecho más que llegar, no hemos podido realizar más exploraciones, salvo el bojeo de esta isla que realizó la fragata que, por cierto, descubrió unas cuantas islas más. ¿Quién nos dice que éstas no forman parte de las Salomón?

El vicario, que se había unido al grupo nada más vernos llegar, teniendo en cuenta el recibimiento que se nos había dado, templaba los enardecidos ánimos de los rebeldes corroborando cada palabra de Quirós.

—Aquí hay mucho por hacer, son muchas las almas que hay que salvar, acercándolas a la fe de Cristo —dijo Juan Rodríguez de Espinosa—. Además, como dice el piloto mayor, son necesarias muchas reformas y arreglos en los barcos para ponerlos a punto para navegar sin hacer peligrar nuestras vidas. Y es necesario afianzar este campamento a fin de utilizarlo como base de la flota para los nuevos descubrimientos, esos que pueden aportar las riquezas materiales que tanto anheláis.

—No hemos venido aquí para salvar las almas de nadie y mucho menos las de un puñado de cochambrosos indios —replicó otro—. Teniendo que ponernos ahora a construir casas y calles, iglesias, fortalezas y a salvar almas, como usted dice, no se alcanza lo que se nos prometió antes de salir y que, según el adelantado, nos está esperando en las islas Salomón. Buscamos fortuna y gloria, no trabajos forzados. Que para eso nos quedábamos muy a gusto en Perú.

—Me gustaría saber, de verdad, quién os engaña con tanto cuento sobre tesoros esperando en cada esquina a que vosotros lleguéis —insistió Quirós—. No puedo entender cómo hombres como vosotros, que habéis luchado en tantas batallas, os dejáis convencer con cuentos de niños.

Los soldados rebeldes no entraban en razón. Por mucho que el piloto mayor lo intentaba, la animosidad de aquellos hombres no cejaba. No se puede dialogar con quien no se presta a escuchar. Rematamos el encuentro y nos dirigimos hacia la zona donde algunas familias continuaban trabajando en la construcción de sus casas. Quirós deseaba conocer de primera mano la opinión de los que, aparentemente, parecían conformes con colonizar la isla de Santa Cruz. Observados desde lejos por los

amotinados, escuchamos a mujeres y hombres dispuestos a quedarse, siempre y cuando la autoridad a quien seguían, el adelantado, pusiese orden en el campamento y garantizase la buena convivencia entre cristianos y con los indios.

No pudimos encontrarnos con el maese de campo porque aprovechó nuestra estancia en la isla, y el que los hermanos Barreto también habían abandonado la capitana, para visitar en la *San Jerónimo* al adelantado, sin que éste tuviese a ninguno de sus oficiales de confianza a bordo, creyendo que de esa manera tendría más fácil exponer su postura, quizá prepararle una celada o, simplemente, mantenerlo en el engaño de que todo iba bien, diciéndole que no se preocupara por nada y mucho menos por las habladurías. Tan pronto como Isabel lo vio llegar presionó a su marido para que lo matara.

—Qué desfachatez tiene este bellaco —dijo Isabel—. ¡Presentarse aquí! ¡Solo! Se siente tan seguro de sí mismo, se cree tan superior a ti que no te teme. ¿No te das cuenta?

—No creo que sea para tanto —respondió Mendaña—. Vamos a escuchar lo que tenga que decir, tal vez venga con buenas noticias.

—Eres un ingenuo. Deberías darle garrote nada más subir a la nao y luego colgarlo de una verga para que todos sus secuaces lo vieran.

—Isabel, no deberías decir esas cosas. No es bueno que haya más muertes.

—Muerto el perro se acabó la rabia —dijo Isabel—. ¡Qué razón tiene ese dicho! Hazme caso y no te arrepentirás. Estoy segura de que matando a ese villano solventamos el problema.

El adelantado no hizo caso a su mujer y escuchó al maese de campo que, ante la nada amigable mirada de Isabel, se limitó a negar que hubiese intentos de asesinar a nadie y menos al adelantado; que sí que era cierto que había mucho descontento entre todos los que vivían en el campamento porque nadie, absolutamente nadie, quería quedarse a vivir allí. Todos deseaban regresar al Perú o buscar las islas Salomón. Pero, que no se preocupara por ningún motín ni rebelión, que todos eran hombres de honor al servicio del rey y bajo el mando de Mendaña como gobernador de aquellas tierras descubiertas y como capitán general de la flota.

—Si es cierto lo que me decís, no os costará ningún trabajo entregarme las supuestas quejas por escrito y con la firma de quienes las refrenden —dijo Mendaña.

—Me parece una sabia decisión —contestó Merino—. Es la forma correcta de dirigir un pedido a vuestra señoría.

Isabel enrojecía de rabia. No daba crédito a lo que acababa de oír. Su marido acababa de dejar en manos del cabecilla de los rebeldes la decisión de si convenía o no quedarse en Santa Cruz. En cuanto el maese de campo abandonó la nao, expresó a Mendaña todo su malestar.

De vuelta en la nao capitana, Quirós contó al adelantado lo que en tierra había hablado y lo que había escuchado de parte de unos y de otros. Me sorprendió que, siendo tan claras las posturas y a mi entender tan difícil la reconciliación, propusiera a Mendaña bajar a tierra.

—Es mi opinión —dijo Quirós— que si vuestra señoría decide bajar a tierra, le será muy fácil ganarse adeptos y convencer a los mal influenciados. Se les ve buena gente pero muy engañados y me parece que vos, con el pendón real portado como se merece, seréis quien ha de reconducir la partida. Vos lo lograríais. Todos os respetan, señor, hasta los más obtusos.

—Estas noticias que me dais confirman que mi estrategia de evitar los enfrentamientos y los castigos es la adecuada —dijo Mendaña—. Mañana bajaré a tierra y hablaré a todos los miembros de la flota.

Sin embargo, cuando unas horas más tarde llegaron a la capitana los hermanos Barreto y el sargento mayor, sus semblantes no eran precisamente de satisfacción. Habían sido insultados, amenazados de palabra y en sus cuerpos habían impactado algunas piedras y otros objetos, lanzados por gente oculta en la espesura de la selva cercana. Y no eran nativos los causantes de tales atropellos. Ante esa nueva versión de los hechos, Mendaña estaba aturdido, no sabía ya de quién fiarse; cada persona de su entorno le venía con su visión particular de las cosas. Quirós se mostraba dialogante, como él mismo quería aparecer, sus cuñados le apremiaban a resolver el conflicto por la fuerza, Merino se había presentado respetuoso y afirmando que no había tal motín y su esposa, Isabel, le empujaba a matar a Merino para acabar con actuales y futuras revueltas. Rogó que le dejaran

solo, que necesitaba descansar. Ni siquiera permitió que su esposa le acompañara al camarote. Presentaba unos sudores muy extraños y mucha fragilidad en los movimientos. Cenó solo y de manera muy frugal. Y no era el único con fiebres, Juan Leal, el viejo enfermero que se había pasado toda la jornada ayudando a unos y a otros, no daba abasto, tanto en tierra como en las tres naves tenía pacientes a quienes intentaba, con sus pocos conocimientos pero con su gran entusiasmo, aliviar las calenturas, los sudores, el gran malestar que algunas personas manifestaban y que les dejaba muy debilitados de salud; de hecho, se temía por la vida de más de uno. Para el piloto mayor y para varios miembros de la tripulación se trataba de fiebres tropicales, idénticas a las que muchos españoles sufrían en Portobelo o en Nombre de Dios y también en algunas zonas del norte del Perú. Juan Leal hacía que les preparasen sopas calientes que actuaban como bálsamo para las vísceras y como hidratación para el organismo; debía perseverar mucho, pues sus pacientes se mostraban inapetentes. La lluvia aparecía cada día a la misma hora de manera intensa, para después despejar o dejar los cielos cubiertos y la tierra con excesiva humedad. El ambiente no era, en consecuencia, nada sano.

Unos días más tarde, las noticias que traían de tierra Lorenzo y Luis Barreto no eran mejores. Ellos, que cada día insistían en bajar al campamento para continuar con la construcción de sus viviendas, conocían de primera mano las amenazas que los soldados vertían donde les pudieran escuchar. Iban dirigidas contra el adelantado y su familia, contra Quirós y, de paso, contra varios otros que suponían pudieran representar un peligro para sus propios intereses. Cuando al caer el sol regresaban a la capitana para pernoctar, comentaban cómo les había ido. Hablaban sobre las desgracias que debían de estar causando los soldados en los poblados de los indios cada vez que salían a por comida. Siempre se oían disparos de arcabuz. Algunos de los nativos que ayudaban a Lorenzo en la construcción de su casa hablaban de muertes, de violaciones, de incendios, de destrucción. Tenían tanto miedo que cada día eran menos los que se acercaban a trabajar. La perspectiva de sacar adelante la gran factoría española en el mar del Sur, un puente entre las islas de las especias, la China y el Perú, se estaba esfumando. La desidia, el abandono de los

quehaceres cotidianos, bien por enfermedad, por cansancio o por falta de alicientes, llegaba incluso al camarín de los oficiales, ni siquiera Isabel Barreto, verdadero baluarte de la expedición, podía evitarlo. Sólo un milagro podría dar un giro a la deplorable situación que nos atenazaba. Uno de esos días, Quirós y yo nos aventuramos a ir a tierra en uno de los bajeles a la procura de víveres. Vinieron con nosotros el contramaestre, el negro y siete soldados leales. Evitamos la playa que daba acceso al campamento y nos dirigimos, bordeando la costa, hacia un poblado cercano. Cuando descendimos y nos aproximamos a las cabañas, comprobamos que el poblado había sido abandonado precipitadamente, no quedaba nadie. No nos extrañó. Si eran ciertos los comentarios sobre los desmanes que los hombres de Pedro Merino Manrique llevaban a cabo en toda la zona, la sola presencia de hombres con arcabuces en nuestro grupo era suficiente motivo para salir en desbandada. Fueron precisamente dos disparos de arcabuz a nuestras espaldas, realizados por los cuatro soldados que junto al contramaestre quedaron custodiando nuestra barca, los que nos hicieron regresar. Cuando llegamos, nuestros hombres estaban cargando los alimentos que les estaba ofreciendo Malope, que había llegado con un par de grandes canoas repletas de víveres. El *jauriqui* continuaba siendo un hombre amable, sonriente, hospitalario, a pesar del dolor que sufría por causa de unos cuantos desalmados que no merecían el nombre de cristianos. Malope nos condujo a otras aldeas en las que nos siguieron agasajando con provisiones de todo tipo. Nos sentíamos verdaderamente agradecidos ante aquellas muestras de aceptación, de generosidad. Llegamos hasta el poblado frente al que habíamos fondeado por primera vez al arribar a Santa Cruz, aquel en el que los nativos se habían mostrado sumamente hostiles; sin embargo, en esta ocasión fueron igualmente generosos como sus vecinos. Regresamos a la capitana, no sin dificultad debido a la enorme cantidad de alimentos que portábamos. Repartimos los víveres entre las tres naves y contamos al adelantado cómo nos había ido el día y el trato tan exquisito con el que nos agasajó Malope, que le enviaba muchos abrazos y buenos deseos.

Mendaña se encontraba en un estado lamentable, permanentemente tumbado en su cama, que tenía que ser cambiada y ventilada con frecuencia

debido a las grandes sudadas producidas por la fiebre. Todos estábamos preocupados por su salud, vital para el devenir de la jornada. Sin embargo, había recibido con verdadera alegría las noticias que le traíamos de su amigo Malope. Cuando nosotros dejamos al adelantado en su camarote, entraba su esposa Isabel con semblante hosco, poco o nada amigable.

—Esto se está saliendo de madre —dijo azorada—. Me acaban de informar de que el maese de campo y sus hombres están diciendo que van a matar a Malope para que todos los nativos se pongan en pie de guerra y no quede más remedio que abandonar la isla de Santa Cruz. ¡Cuánta razón tienen! Si realmente llevan a cabo sus diabólicos planes estamos perdidos. Adiós factoría, adiós puerto base para nuestros proyectos de expansión comercial. Detén al maese de campo antes de que cometa esa fechoría. Deténlo ya, no esperes más, que puede ser demasiado tarde.

Nadie conocía el motivo del mal humor de Isabel ni lo que le habría dicho a Mendaña. El caso es que el adelantado recuperó las suficientes fuerzas como para presentarse en el camarín donde estábamos cenando los demás oficiales y esposas. Nos dijo que tenía idea de descender a tierra por la mañana, que preparásemos una escolta. También citó a sus cuñados Lorenzo y Diego y al sargento mayor en su camarote.

—Mañana yo voy a tierra con De Melo, el condestable y quince soldados con arcabuces —dijo el adelantado—, me acompañarán, asimismo, Quirós y el capitán de la galeota Felipe Corzo. Aquí, en la capitana se quedará vuestro hermano Luis junto al contramaestre, con otro grupo de soldados armados. Para vosotros tengo otra misión, estaréis al quite con un pequeño grupo de hombres de máxima confianza, por si fuera necesario dar muerte al maese de campo, pero sólo a él, ¿entendido? Y siempre que yo confirme la orden desde tierra o a mi regreso, ¿de acuerdo?

Ninguno de los presentes daba crédito a lo que estaba oyendo. Seguro que pensaban que ese paso hacía mucho tiempo que se debiera haber dado, pero fueron tantas las insubordinaciones que se le habían perdonado al maese de campo que creyeron que nunca llegaría el momento de recibir esas órdenes, precisamente del propio adelantado. Sin duda, el que más muestras de alegría dio fue su cuñado Lorenzo Barreto quien, en varias ocasiones, se había enganchado con Merino.

—Ya era hora de tomar las riendas —respondió Lorenzo.

—¿Con quién contáis? —preguntó Mendaña.

—Con los sargentos Fernando Arias y Germán de Vilanova dos Infantes... —dijo Andrada.

—Mi segundo, Juan Antonio de la Roca, y el soldado Valeiras —continuó Diego Barreto.

—Yo me llevo al soldado Pérez y al criado negro de Isabel, que es muy valiente y contundente —sentenció Lorenzo.

—Os recuerdo que no debéis actuar sin recibir mi orden definitiva y, por supuesto, nada de lo que aquí se ha hablado debe ser difundido. Tened a vuestros hombres prevenidos, pero no informados hasta que llegue la hora de actuar.

No llovía pero tampoco lucía el sol durante aquella mañana que, al menos en la capitana, había amanecido diferente. La comitiva presidida por el adelantado, a la postre, gobernador de las tierras descubiertas y capitán general de la flota, máxima autoridad con representación real, llegó a la playa sin imprevistos. La única novedad era que Quirós y el condestable venían acompañados por media docena de artilleros de la *San Jerónimo*. Cuantos más seamos, más seguros estaremos ante la tentación de algún insensato, habían dicho. A pie de playa se cruzaron con una docena de soldados que con sonrisas maliciosas se burlaron de los recién llegados, no respetaron ni el pendón real que enarboló decididamente el condestable. El nerviosismo provocado hizo que más de uno, en los dos bandos, blandiera su espada o armara su arcabuz. Mendaña no quería un enfrentamiento abierto que seguro reportaría muchas bajas y traería consecuencias funestas para todos los componentes de la flota.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó el adelantado.

—Vamos de cacería —contestó uno de los soldados entre risitas irónicas que pronto fueron imitadas por otros.

—¡Alférez! Conteste al adelantado. ¿Adónde se dirigen y por qué? —ordenó Luis Andrada, sargento mayor fiel a Mendaña—. Por mi honor que le arresto aquí y le hago un consejo de guerra.

—Vamos a buscar provisiones a los poblados indios —contestó.

—Eso, vamos de caza —dijo otra voz entre risas.

—Está bien que vayan por víveres, pero procuren no molestar a los nativos, que tanto bien nos están haciendo —dijo Mendaña—. Ayer mismo su *jauriqui* Malope agasajó a nuestro piloto mayor con alimentos que no cupieron en el bajel.

—Así es —confirmó Quirós—. Nos dieron un trato excelente.

—Tengan, por lo tanto, en cuenta lo que les he dicho. No quiero ningún incidente con los nativos —sentenció Mendaña.

Los soldados siguieron su camino, por la playa, hacia el mismo poblado en el que ayer habíamos estado Quirós y yo. No tenía buena pinta aquel despliegue de fuerzas para aprovisionarse. Así lo hice saber. Esa misma preocupación la tenía, igualmente, el adelantado, que inmediatamente ordenó al condestable que siguiera al pelotón, acompañado por un par de hombres, pero sin intervenir, simplemente como testigos de sus posibles fechorías.

—Procurad no ser vistos —dijo—. Os vais a encontrar con los capitanes Lorenzo y Diego Barreto. Decidles que se incorporen a mi grupo, que las órdenes son las de llegar hasta el final pero todos juntos.

No tardaron en llegar los Barreto, lo hicieron cuando estábamos a punto de cruzar el umbral del portón de entrada al fuerte que Merino, el maese de campo, había ordenado construir a marchas forzadas; buscaba mayor seguridad tras la destrucción de parte de los barracones por la caída del árbol tronzado por el cañonazo que se disparó desde la capitana. A aquella hora de la mañana eran pocos los soldados con los que nos cruzamos. Nuestra llegada al fuerte no podía pasar inadvertida para nadie, avanzábamos en grupo, sin ocultarnos y dando vivas al rey, representado por Mendaña y por su bandera. Pedro Merino Manrique, el maese de campo, no estaba precisamente listo para revista. Salió del barracón en el que se encontraba en calzones y camisa y al ver al adelantado y su comitiva volvió al barracón para ceñirse la espada y una daga. Volvió a salir. Mostrando la mejor de sus sonrisas, con mayor cinismo que nunca, se dirigió a los presentes en tono socarrón. La respuesta no se hizo esperar.

—¡Viva el rey! —dijo Mendaña.

—¡Viva el rey! —coreamos todos.

—¡Muerte a los traidores! —gritó Mendaña.

—¡Muerte a los traidores! —gritamos todos.

Sin pensarlo dos veces y mientras los demás seguíamos coreando vivas al rey Felipe II y muerte a los traidores, Lorenzo Barreto se abalanzó sobre el maese de campo y le asestó una puñalada. Merino cayó al suelo mal herido, con convulsiones. No era agradable aquella muerte. Juan Antonio de la Roca, ayudante del capitán Diego Barreto, tras mirar al adelantado y ver cómo asentía, descargó un machetazo en la cabeza del maese de campo y acabó con su sufrimiento. Entonces Mendaña, alzando la voz, dijo que aquella muerte servía para castigar a los traidores y para recuperar el orden en la jornada, y que una muerte bastaba. De esa manera perdonaba a los seguidores de Merino Manrique. Pero la confusión era enorme. Del barracón que ocupaba el maese de campo salió uno de sus hombres más fieles, provocador de innumerables altercados, tanto en la nao durante la travesía como en tierra, en las islas Marquesas y en Santa Cruz. Salió gritando y llamando a la guardia en socorro de su superior. De nuevo fue el capitán Lorenzo Barreto quien se abalanzó sobre Tomás de Ampuero, que viendo lo que se le venía encima se disponía a defenderse. Cayó de bruces, golpeando la tierra con su rostro y sangrando a borbotones por el cuello. Un certero machetazo del negro, el inseparable criado de Isabel, había sido suficiente para acabar con su vida. Los soldados de guardia del fuerte no sabían qué hacer, se sentían desamparados sin su jefe, tenían los arcabuces en sus manos, otros las espadas, pero ninguno se decidía. Se miraban entre ellos, dudaban, miraban a los hombres del adelantado. Los vivas al rey y muerte a los traidores continuaban, pero ya eran dos los muertos y Mendaña alzó de nuevo la voz para perdonar a los demás, no quería más sangre, no era necesaria. Sin embargo, la tensión no se rebajaba, dentro del barracón se oían voces desesperadas y temerosas de morir. Desde fuera se les invitó a salir desarmados, serían perdonados. Después de insistir a gritos para que salieran, por fin se decidieron. Un alférez y tres soldados más fueron saliendo a medio vestir y sin armas; con ellos también salieron media docena de mujeres, dos de las cuales eran nativas, que, con los pechos descubiertos o completamente desnudas, huían avergonzadas tapándose el rostro. El sargento mayor se acercó a ellos y soltó el brazo por dos veces, hiriendo a dos soldados que según él se habían significado en demasía a

favor del maese de campo. Mendaña puso paz y ordenó que cesaran las agresiones, sin embargo, mandó que cortaran las cabezas de los dos muertos y que, colgadas de una red, fueran expuestas públicamente en la entrada al cuerpo de guardia, para que todo el que no se hubiese enterado de que de nuevo imperaba la justicia del rey, al ver el triste final de los revoltosos supiera a qué atenerse. Pensaba, sin duda, en el numeroso grupo de soldados con que nos habíamos tropezado nada más pisar la playa, que, probablemente, no tardarían en llegar con las provisiones.

Quien sí llegó a tiempo de ver cómo colgaban las cabezas de Merino y de Ampuero fue Isabel Barreto, que venía muy dispuesta a estar en primera fila, en contra de la decisión de su marido. La acompañaban su hermana Mariana, su hermano Luis y el vicario, Juan Rodríguez Espinosa, que no gozaba precisamente de buena salud, afectado por las mismas fiebres que el adelantado y que otros miembros de la expedición; empero, el vicario traía energías suficientes como para repartir bendiciones a diestro y siniestro, gritando, entre medias, vivas al rey y al adelantado. Con una cruz de madera en la mano izquierda, el vicario se situó junto a Diego Barreto, que en ese momento enarbolaba la bandera real. Isabel se puso al lado de su marido y juntos esperaron la llegada de todos los colonos que, una vez pasado el peligro, se acercaron a rendir pleitesía a su gobernador. Esperaban con ello recuperar las esperanzas en un futuro más halagüeño para todos.

Anticipándose a la llegada del pelotón de soldados, entraron en escena el condestable y los marineros que le habían acompañado en misión de espionaje de las actividades de la milicia. Sus caras estaban descompuestas.

—¡Han asesinado a Malope! ¡Mataron a Malope! —decían al unísono.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Lorenzo Barreto.

—No iban a proveerse de comida, iban de rapiña, a destrozar todo lo que se les ponía por delante —contaba casi sin aliento el condestable—. Malope se presentó ante ellos, como siempre, con una sonrisa y les ofreció de todo. Se lo llevaron a un aparte con engaños y buenas palabras y delante del alférez y del sargento Buitrago, le colocaron un arcabuz en la sien y le volaron la cabeza.

—No les debió de parecer suficiente castigo porque —dijo un artillero— aun le asestaron, tumbado en tierra sin sentido como estaba, tres o cuatro

machetazos.

A Mendaña le temblaron las piernas al escuchar aquel sanguinario relato. Tuvo que apoyarse en el brazo de Isabel para mantenerse en pie ante sus hombres. Ella ayudó a su marido en aquel trance que, como ella y muchos otros sabían, abocaba al fracaso el intento de colonizar Santa Cruz, de fundar una hermosa factoría que diera mayor gloria al rey de España e incontables riquezas a sus gobernantes y a los que participaran en la jornada. A Mendaña aún le quedaron arrestos para ordenar la muerte sumarísima de los asesinos de su amigo Malope.

OceanofPDF.com

JUSTICIA Y MUERTE

Afortunadamente, los soldados del pelotón que asesinaron a Malope regresaron al fuerte en pequeños grupos y de manera desordenada. Al adelantado no le resultó difícil, por consiguiente, ir prendiendo a los rebeldes hasta que, finalmente, capturaron al asesino del *jauriqui*. El soldado se llamaba Juan López, conocido por ser uno de los más camorristas de la milicia. Se le puso el cepo y a sus acompañantes también; eran el sargento Juan de Buitrago, el alférez Estamante Jordán y el soldado Manuel Antonio, testigos presenciales e instigadores del asesinato. Mendaña, siempre muy prudente, muy comedido en todas sus decisiones, quería en esta ocasión la muerte de los asesinos, su ajusticiamiento inmediato. Los gritos y los sollozos de una mujer se hicieron más patentes, era Dolores, la mujer de Buitrago, la amante del capitán Lorenzo Barreto. Se lamentaba por el triste destino de su marido, lloraba por su propia suerte y por lo que parecía inevitable. El adelantado no quería esperar más y así se lo hizo saber a su cuñado Lorenzo. Éste mandó retirar el cepo a Juan de Buitrago y se lo llevó a un aparte. El capellán Antonio de Serpa se encontraba junto al reo, a quien confesaba de sus pecados y daba la última bendición cuando su rostro se empapó de la sangre que manaba a borbotones del cuello de Buitrago. El criado negro de Isabel necesitó un segundo machetazo para terminar de cortar la cabeza al infeliz sargento, cabeza que fue a parar al cesto en el que se encontraban la del maese de campo y la de Tomás de Ampuero. Su cuerpo, siguiendo la misma suerte que los de sus compinches, fue arrojado al mar. Lorenzo se acercó de nuevo a Mendaña y preguntó cuál de los reos sería el siguiente. En esto, se acercó Isabel y, sorprendentemente, pidió clemencia para Estamante Jordán y para Manuel Antonio.

—Son demasiadas muertes las habidas hoy —puntualizó—. Seguir matando no va a devolver la vida a nuestro amigo Malope. Perdona a estos hombres si te juran lealtad.

Mendaña quedó conmovido por aquella demostración de clemencia por parte de su esposa, la mujer que en todo momento le pidió energía y resolución, mano dura y castigo para los que instigaban la rebelión. Pero tenía razón, nada haría cambiar el destino del pobre Malope.

—Que así sea —respondió Mendaña—. ¿Juráis lealtad al adelantado y a la corona real?

—¡Juramos! —contestaron al unísono los presos.

—Ya podéis agradecer a la señora que os haya salvado la vida. De momento permaneceréis presos hasta que todo esto quede zanjado.

Muy agradecidos a Isabel Barreto, los presos Estamante Jordán y Manuel Antonio fueron conducidos al cuerpo de guardia. Sólo permanecía con el cepo, esperando su ejecución, el soldado Juan López, el que disparó el balazo de arcabuz en la sien de Malope. Lloraba desconsolado, conocedor de su suerte. Se lamentaba de su acción y, arrepentido, imploraba perdón. Daba verdadera pena verlo. En un momento dado, cuando se acercaban a retirarle el cepo, se encomendó a Isabel y al piloto mayor, les pidió ayuda, se ofreció para servirles de por vida sin recompensa alguna.

—Pido perdón por matar a Malope —gritaba desconsolado—. Señora, perdonadme la vida, os lo suplico. Señor piloto mayor, ayudadme, os lo ruego.

De esa manera, tanto Quirós como Isabel se apiadaron del soldado y solicitaron al adelantado su perdón. Mendaña se encontraba muy débil, era el primero en desear que aquello se acabara cuanto antes. Sus piernas casi no podían con el peso de su cuerpo y su cabeza estaba sufriendo las consecuencias de tanta sangre, de tanta maldad, de tanta injusticia. Quería descansar, necesitaba dormir.

—Soltad al reo. Queda a vuestro cargo —dijo a Quirós—. A la más mínima queja sobre su conducta se le corta la cabeza.

Antes de regresar al barco, Isabel pidió a su marido que hiciera llegar las cabezas de los culpables al poblado de Malope, para que vieran que nosotros mismos habíamos hecho justicia con los asesinos de su jefe.

—Me parece una propuesta acertada —dijo Mendaña, ordenando al capitán Lorenzo Barreto que así lo hiciera—. ¿No crees que ya es hora de que construyamos nuestra casa? —preguntó el adelantado a su esposa.

—Sí —afirmó ella—. Que se empiece hoy mismo.

Aquel arrebató de Mendaña, el querer construir su casa en Santa Cruz cuando peor estaban las cosas, cuando era seguro que todos los nativos de la isla se unirían para luchar contra aquellos extraños invasores que tanta muerte habían causado, más parecía un gesto de demencia, de una apuesta por un imposible, que una acción pensada con la frialdad necesaria. Empero, Isabel respondió que sí inmediatamente. Ella era la más cuerda de la familia, la mejor estrategia junto a su querido hermano Lorenzo, pero supongo que con su respuesta quiso contentar a su debilitado marido y, de paso, echar un órdago a la grande al destino.

La fama de Isabel Barreto cambió para bien y se incrementó en todo el campamento, desde los soldados hasta la marinería, entre las mujeres y los hombres de toda la flota. Su disposición hacia el perdón de los culpables y su empeño en conseguirlo la hicieron acreedora de los mejores comentarios, nunca antes vertidos hacia su persona, salvo por sus allegados. Con aquel final tan insospechado para un día que había amanecido tan lleno de dolor, tan sangriento, en el que la muerte acechó por toda la isla, la administración de justicia había cambiado otra vez el talante de la gente. Los siguientes días no iban a resultar nada fáciles, pero un aire de esperanza sobrevoló de nuevo Santa Cruz. El adelantado quiso hacer público ese mismo día que nombraba a su cuñado Lorenzo como nuevo capitán general, máximo responsable de la milicia y de la flota, que actuaría directamente bajo su propio mando, ya que él seguiría siendo el adelantado, representante máximo de la corona en las islas y gobernador de todos los territorios descubiertos.

Todo el mundo se puso manos a la obra, unos a terminar sus casas, a cultivar los pequeños huertos, otros a edificar vallas defensivas para frenar posibles ataques de los nativos; Lorenzo Barreto se fue con algunos hombres al poblado de Malope para entregar a los nativos las cabezas de los culpables de la muerte de su *jauriqui*. José de Vilanova con sus ayudantes y un grupo de colonos empezaron la construcción de la vivienda del

adelantado y de su esposa Isabel. Aquello parecía que quería volver a funcionar como un pueblo organizado.

En el poblado de Malope no quedaba nadie. Al darse cuenta los nativos de que se acercaban soldados, mandados en esta ocasión por Lorenzo Barreto, algo que para ellos era irrelevante pues se trataba de soldados con arcabuces, se habían echado al monte. No estaban muy lejos, se les oía hablar, seguramente unos cuantos se ocultaban muy cerca, entre la maleza, con sus arcos y flechas preparados por si alguien se empeñaba en seguirles. Lorenzo hizo que los soldados mostrasen las cabezas cortadas del maese de campo, Ampuero y Buitrago, para ver si comprendían que se había hecho justicia, pero los nativos no respondían. A pesar de los intentos realizados por aquellos hombres, el resultado fue negativo, no hubo manera de acercarse a ellos para explicarles lo sucedido. Era de esperar, entonces, que en el futuro habría dificultades de convivencia en la isla. Convendría, pensaba Lorenzo, estar prevenidos en todo momento.

En los siguientes días, los trabajos se realizaron con cierta normalidad excepto la consecución de víveres. Cada expedición que partía a las aldeas indias en busca de alimentos regresaba sin haber podido contactar con los nativos porque éstos huían nada más verles llegar, de tal manera que sólo traían algún que otro cerdo, algo de fruta y quizá algún pescado o marisco. Mendaña, muy enfermo, e Isabel vivían ya en el campamento y como ellos muchos otros que hasta la fecha se habían resistido a hacerlo. Quedaban en los barcos casi los imprescindibles para su mantenimiento y los oficiales de mar, pilotos con sus familias, contramaestre, condestable y ayudantes. Entre todos se procuraba mejorar la situación, en tierra y en la flota. Sin embargo, la tarea resultaba cada día más complicada. Los enfermos no mejoraban de sus fiebres y los alimentos empezaban a escasear. Como era necesario encontrar soluciones, se enviaron patrullas en las barcas y el propio Lorenzo Barreto zarpó en la fragata para localizar, por mar, nuevos poblados con nativos dispuestos a echar una mano en el tema de la alimentación. La fragata puso rumbo hacia algunas de las islas que se encontraban cerrando la bahía Graciosa por el oeste, donde habíamos visto mucha población en el primer bojeo realizado en aquella costa. El recibimiento fue a flechazos, estaba claro que nos habíamos convertido en

enemigos de aquellas poblaciones nativas y que, si a nuestra llegada unos se mostraron hospitalarios y otros no, ahora se habían unido para enfrentarse al enemigo común, los hombres de piel clara, rostros barbudos y corazas protegiendo sus cuerpos, que tenían armas que lanzaban fuego. La escaramuza se produjo cuando una primera avanzadilla regresaba a la fragata con víveres. De repente los nativos, ocultos entre los árboles, empezaron a disparar flechas con tanta rapidez e intensidad que los hombres de Lorenzo Barreto no pudieron defenderse, no sabían hacia dónde disparar y lo hicieron a discreción. Alguna bala de arcabuz hizo daño, pero al campamento regresaron siete hombres flechados, incluido Lorenzo Barreto, que tenía una herida profunda en una pierna. Mucho esfuerzo para poca comida, ése fue el resultado, ya que las patrullas de las barcas apenas pudieron traer lo que encontraron abandonado en alguna aldea de la costa. Lorenzo fue asistido por sus hermanas, Isabel y Mariana, que le limpiaron la herida y le procuraron descanso con una infusión de hierbas preparada por Swami. Como Juan Leal, el viejo enfermero, estaba también afectado por las fiebres y muy cansado por seguir atendiendo a los que, como él, padecían ese mal, fue el maestro armero José de Viariz el encargado de extirpar del muslo del capitán Lorenzo Barreto la punta de la flecha que le había herido. Al terminar la extracción, le cauterizó la herida con un cuchillo incandescente.

El dolor apareció de nuevo en el campamento. Se trataba de las primeras muertes por causa de las fiebres. Un día uno, al siguiente otro, luego dos o tres por día. Aquel mal parecía no tener remedio y si lo había no era conocido por ninguno de nosotros. El teniente capitán Alonso de Leiva, propietario de la fragata *Santa Catalina*, fue de los primeros en morir; al día siguiente fue el capellán Antonio de Serpa quien nos dejó, con gran dolor para todos pero especialmente para el vicario que, también enfermo, se quejaba de que ahora él se había convertido en el único que moriría sin poder confesar sus pecados y sin recibir la extremaunción. También murió ese día Juan López, el asesino material de Malope, pero en este caso fue porque quiso. Tras serle perdonada la vida y quedar bajo la custodia de Quirós, los remordimientos por lo que había hecho y por los males que había causado le trastornaron tanto que empezó a beber agua de

mar y a dejar de tomar alimentos. Murió de una manera más dolorosa y lenta que si hubiese sido ajusticiado junto a los demás.

La enfermedad era la dueña del campamento y de los barcos. Sin embargo, durante unos días se produjo un trasiego de personas de un lugar a otro, convencidos los de tierra de que la vida en los barcos era más saludable, mientras los de los barcos bajaban a tierra pensando que allí se encontrarían a salvo y, en todo caso, curarían sus fiebres. El mal obligaba cada día a replantearse los planes de defensa y los trabajos del campamento, y resolverlos no era sencillo, porque con el paso del tiempo eran más los enfermos y menos los válidos para el trabajo. Por si fueran pocos los problemas que teníamos, los nativos nos dieron más. Desde que un día se atrevieron a acercarse al campamento a flecharnos y vieron que, además de dejar a varios de los nuestros heridos, nuestras armas les causaban cada vez menos bajas, los ataques se hicieron constantes. Nuestro problema no estribaba únicamente en nuestra propia debilidad física y en el descenso del número de efectivos para la defensa, también nuestras armas se estaban deteriorando e incluso inutilizando por culpa de la humedad, de hecho, mucha pólvora se había estropeado y las mechas para disparar los arcabuces no prendían, con lo que las fuerzas se estaban igualando, con la salvedad de que ellos eran centenares y, además, conocedores del terreno y, por supuesto, ajenos a las enfermedades que a nosotros nos afectaban. Era un castigo divino por haber ofendido al Señor con nuestros actos malévolos hacia los nativos, decían algunos no sé si con razón o no, el caso es que nuestro vicario, en los oficios religiosos de cada día, nos conminaba a todos a rezar y pedir perdón al Santísimo por los pecados cometidos durante la jornada, sobre todo durante la estancia en la isla de Santa Cruz.

La segunda semana de octubre fue especialmente dura. Por un lado las muertes por enfermedad y, por otro, los intensos ataques de los indios que dejaban a los pocos hombres sanos heridos por flechas. Fue tal la intensidad de los ataques que Lorenzo Barreto ordenó un contraataque a discreción, lo más contundente posible, que permitiera a los cristianos pasar unas semanas en paz para así recobrase de las heridas y la enfermedad. A la mañana siguiente, con las primeras luces, todos los habitantes del campamento se encontraban en la iglesia o en las edificaciones aledañas. En los puestos de

vigilancia se habían dejado espantapájaros con uniforme de soldados. Todo el mundo esperó el ataque de los nativos. Cuando empezaron a caer las primeras flechas, desde el noreste y desde el sudoeste del campamento, un atronador sonido resquebrajó el silencio. Los cañones de la *San Jerónimo* y de la fragata escupieron fuego durante unos minutos. Los árboles caían partidos en dos, fragmentos de rocas saltaban por los aires hechas trizas... los gritos de los nativos eran aterradores al ver cómo se les abría la tierra bajo los pies y cómo desaparecían árboles y guerreros en un santiamén. Fueron cinco minutos en los que el infierno se había apoderado de la isla. Una patrulla, conmigo al frente, supervisó los daños. Encontramos más de dos docenas de nativos muertos, algunos totalmente destrozados por haber recibido impactos directos, otros aplastados por los árboles a los que se habían encaramado y que los cañonazos derribaron. Los fuimos recogiendo y, a riesgo de ser flechados, los llevamos hasta las cercanías del poblado de Malope donde los depositamos, uno junto a otro. Cuando regresamos, nos pusimos a reconstruir parte de la valla afectada por algunos impactos y montamos otra vez la guardia en los puestos de vigilancia, provisionalmente ocupados por los espantapájaros. No habría hecho falta, durante varios días no volvimos a tener noticias de los nativos.

Mendaña había perdido tanto peso que se le notaban todos los huesos, hasta le costaba trabajo hablar, su fin parecía no estar muy lejano. Ello no era óbice para que su esposa Isabel dejara de lado las tareas que se había impuesto. Tenía a Swami haciendo infusiones y pócimas que hacía beber a los enfermos y ella, con Mariana, organizaba a las demás mujeres sanas para atender a todos los enfermos y heridos del campamento y de los barcos, para preparar las comidas y lavar las ropas de los que no pudieran valerse por sí mismos. Se vestía con atuendos de hombre, como los que usaba en Lima para montar a caballo y para practicar con diferentes armas, y se movía como uno más por todo el campamento, dando órdenes, dirigiendo de alguna manera la vida cotidiana en la que todos debíamos apoyarnos solidariamente si queríamos sobrevivir, y ella lo sabía, era la primera en ponerse manos a la obra. Parecía que estaba en la hacienda de sus padres dirigiendo los quehaceres diarios. Ahora le iba la vida en ello, la suya y la de todos los que allí nos encontrábamos.

La noche del 17 al 18 de octubre hubo un eclipse de luna que para muchos era un mal presagio. Mendaña hizo llamar al escribano Andrés Serrano y a algunos oficiales y amigos. Dictó testamento dejando a su esposa Isabel Barreto como heredera universal de todas sus posesiones, de todos sus bienes y de los títulos que, tal como constaba en las capitulaciones firmadas por el rey Felipe II, podía legar a sus herederos. Isabel pasaría por tanto, a la muerte de su marido, a ser la adelantada, la gobernadora y marquesa de todas las tierras descubiertas. Dejó a su cuñado Lorenzo como capitán general en tierra y mar, mando que ya recaía en él de manera provisional desde el día del asesinato de Malope. Firmó el testamento con mucha dificultad y debajo, como testigos, hicieron lo propio Luis Barreto, el capitán Felipe Corzo, el capitán Diego de Vera, heredero de Alonso de Leiva, y un servidor de su majestad. Dio fe el escribano.

Cuando nos retiramos entraba el vicario para dejar al adelantado en paz con Dios en el trance de la muerte. El adelantado, don Álvaro de Mendaña y Neira, murió a primera hora de la mañana del 18 de octubre de 1595, apenado, sin duda, por no haber podido cumplir su objetivo, su sueño vital, el haber regresado a las maravillosas islas que había descubierto el 7 de febrero de 1568; en ellas pretendía ser feliz con su esposa y con todos los amigos y seguidores que con él se aventuraron en la jornada a las islas de Poniente, las islas Salomón, que nunca pudo volver a ver. Se le enterró en el cementerio situado junto a la iglesia, con todos los honores que se le pudieron dispensar en aquel lugar y circunstancias. Con el redoble de tambores y el disparo de salvas de ordenanza, su cuerpo fue portado por oficiales y amigos hasta su última morada. Al rematar el sepelio, la comitiva se dirigió a la casa principal para expresar sus condolencias a la adelantada, a la gobernadora de las islas Marquesas, de Santa Cruz y de las islas Salomón, Isabel Barreto de Mendaña.

La vida continuaba en el campamento de la misma manera que en las últimas fechas. Porque, si bien es cierto que faltaba el hombre al que todos habíamos seguido, desde la muerte de Malope era como si ya no ejerciera, como si se hubiese desprendido de toda responsabilidad, dejando todo en manos de su cuñado Lorenzo y de su mujer, Isabel. Los muertos que enterrábamos cada día iban en aumento y los nativos volvían de nuevo con

sus escaramuzas. Esa desazón fue la causa de que empezara a circular un documento para el que se buscaban firmas, con el que se pretendía convencer a la adelantada de que sería mejor abandonar la isla de Santa Cruz y partir hacia otro lugar, tal vez regresar al Perú. Pocos se resistían a firmar aquel documento y así se le hizo saber a Isabel. Nadie quería un motín, por eso la información sobre la petición a la gobernadora se realizaba con total transparencia, sin ocultaciones ni camarillas, no se quería dar ningún golpe de mano, tal como en su momento pretendió hacer el maese de campo. Precisamente, cuando se estaba leyendo la petición delante de unos cuantos soldados, en el cuerpo de guardia, salieron a relucir las verdaderas intenciones de los amotinados que habían sido ajusticiados. Un soldado llamado Luis Morán declaró que Pedro Merino Manrique, el maese de campo, quería convertirse en el gobernador de las islas y que su brazo derecho, el sargento Buitrago, quería ser capitán de la guardia de Merino.

—De eso nada —dijo Manuel Antonio, soldado que se había librado de ser ejecutado gracias a la intercesión de Isabel—. A Buitrago lo mataron porque su Dolores estaba liada con el capitán Lorenzo Barreto.

—Esa mujer estaba con el capitán Lorenzo y con unos cuantos más —aseguró Luis Morán—. Y Buitrago quería ser capitán. Igual que Tomás de Ampuero quería ser vicegobernador con Merino, o capitán general, lo que le pareciese mejor llegada la ocasión.

Cuando se consultó al piloto mayor sobre lo que convendría hacer, dijo que no era quién para decidir sobre esa cuestión, pero de lo que sí que estaba seguro era de que ninguna de las naves estaba en condiciones de regresar al Perú.

—Y si así se me ordenara —continuó—, deberíamos hacerlo todos en la capitana, aprovechando todo lo aprovechable de la fragata y de la galeota para completar jarcias, velas y maderas que nos permitieran incrementar las posibilidades de llegar con las menores bajas posibles y con alguna garantía de éxito. Ni la fragata ni la galeota están en condiciones, sería el fin de toda la flota porque unos tendríamos que esperar por los otros, a sabiendas de que las naves pequeñas en su estado nunca llegarían.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Luis Barreto, que estaba de acuerdo con abandonar Santa Cruz.

—Ser leales y continuar con este informe de la mejor manera posible y presentárselo a la adelantada con las firmas de todos los participantes en la jornada —sentenció Quirós mientras estampaba su firma.

—Eso desde luego —respondió Luis Barreto—. Lo que quiero saber es lo que usted recomendaría hacer. ¿Hacia dónde ir?

—Tampoco soy la persona que debe decidir eso —espetó Quirós.

—No le pido que decida, sólo que dé su opinión —interrumpió Luis Barreto.

—En caso de ser consultado, creo que no sería una mala opción intentar localizar alguna de las islas Salomón navegando hacia el oeste —dijo el piloto mayor—. Lo digo por varios motivos, el primero es que tal vez se encuentre allí la nao almiranta, por otro lado creo que no debe estar demasiado lejos la isla San Cristóbal, la más occidental de las descubiertas por el adelantado. Quizá allí tuviésemos la oportunidad de cumplir con los objetivos iniciales de la jornada, sin problemas con los nativos, sin rebeldes dentro de la flota...

—Quería oírle decir eso —contestó Luis Barreto.

Era mucha la gente de la jornada que opinaba que se debería salir en busca de las Salomón, teniendo en cuenta la insalubridad de estas tierras y los problemas con los nativos. Para algunos desesperados ya valía cualquier cosa con tal de marchar de Santa Cruz, isla que era equivalente de enfermedad y muerte. Pero, efectivamente, se querían hacer las cosas bien, por eso se informó a la adelantada, Isabel Barreto, del procedimiento, a lo que ella respondió que atendería cualquier propuesta razonada y presentada como Dios manda, siguiendo los cauces que para esos temas estipulaba la corona. Isabel se estaba haciendo respetar por su consideración hacia las opiniones de los demás y por su entrega personal en la ayuda a los más necesitados, por enfermedad o por haber sido flechados por los nativos.

Los intentos por encontrar salidas factibles se incrementaron. Con el beneplácito de Isabel, la fragata *Santa Catalina*, mandada por el capitán Diego de Vera, inició una singladura alrededor de la isla de Santa Cruz y el boqueo de algunas de las islas cercanas. Su misión consistía en localizar

fondeaderos más propicios, alejarse algunas leguas hacia el oeste para observar el horizonte en busca de nuevas islas, entablar contacto con otros pueblos nativos y traer comida. No era poco, pero con esa orden partieron. Regresaron al tercer día con ocho indios jóvenes, procedentes de una isla de tamaño medio no muy apartada de Santa Cruz. El trato con aquel pueblo fue bueno, no estaban contaminados por los hechos acontecidos con la gente de Malope y sus vecinos. Aquellos indios, de hecho, habían subido a la *Santa Catalina* voluntariamente. La fragata regresó, asimismo, repleta de víveres, mucha fruta y animales vivos, cerdos y aves. También trajeron una cantidad nada desdeñable de ostras perleras, lo cual animó a muchos otros que, con ese ejemplo, veían que la fortuna no estaba muy lejos.

Entre tanto, en el campamento habían arreciado los ataques de los nativos, por lo que Lorenzo Barreto organizó una expedición de castigo. Un numeroso grupo de soldados se dirigió hacia el poblado de Malope que, como era de prever, había sido abandonado. Le prendieron fuego. A otros dos poblados también. Se buscaba darles un escarmiento, no era cuestión de salir a matar indios, sino de provocarles destrozos para tenerlos ocupados reconstruyendo sus hogares, tal vez así se frenarían sus acometidas durante unos días.

La enfermedad y la muerte continuaban con su tarea; tantas penurias estábamos pasando que costaba trabajo enterrar a los muertos. ¿Y los enfermos? Eran tantos que a veces los oficiales teníamos que apostarnos en los puestos de guardia, por no tener ni soldados ni otros hombres disponibles. A Isabel se le ocurrió que había que convencer a algunas familias de nativos para que se vinieran a vivir al campamento. Tal vez así dejarían de atacarnos por miedo a herir a los suyos.

—Además, tendríamos más brazos para tanto trabajo como aquí hay —dijo.

—El inconveniente que le veo es que los que acepten van a tener una idea muy clara de nuestra debilidad —apuntó Lorenzo.

—Tienes razón —respondió Isabel—. Pero aunque nuestra intención es buscar la concordia, arriesguémonos con las familias nativas aquí dentro, si sale mal...

—Si sale mal no habrá suficientes arcabuces para detenerles —replicó el sargento mayor Andrada.

—Siempre nos quedarán los barcos, para refugiarnos en ellos o para repeler el ataque a cañonazos —apuntó la adelantada.

En una arriesgada incursión hacia los poblados nativos, partió un grupo de hombres prácticamente desarmados. No les resultó nada fácil acercarse a ellos. Diego Barreto, que iba al mando, les ofreció regalos, cuentas de vidrio, algunos tejidos, varios cuchillos, tijeras... cosas que sabíamos que apreciaban. Con gestos, con palabras... el caso es que media docena de familias se vinieron con ellos. En el campamento se les recibió con muestras de cariño, con toda la hospitalidad de la que éramos capaces. Se les ubicó en un grupo de casas que habían construido algunos de los nuestros que llevaban días enterrados. Más que ayudarnos ellos a nosotros, al principio estuvimos mucho más pendientes de la comodidad de nuestros huéspedes que de cualquier otra cosa. Mostramos mucho interés en hacerles ver que no eran prisioneros, que podían entrar y salir cuando quisieran aunque, cada vez que alguno de ellos abandonaba el campamento, la angustia recorría nuestros cuerpos. Rezábamos para que regresaran y para que no estuviesen informando sobre nuestras carencias. Como los días pasaban sin incidentes todo apuntaba a que, al menos de momento, el incorporar esos nativos a nuestro fuerte había resultado ser una buena idea. Es más, cuando visitaban sus propios poblados, regresaban con alimentos de todo tipo para compartir con todos los demás. Eran buena gente... lástima que con nosotros haya venido el mal que, a la postre, perjudicó a unos y a otros.

Uno de los que tenían más miedo a morir era el vicario. En las últimas tres semanas pasó de vivir de la nao al campamento, en la casa adyacente a la iglesia, de nuevo a la nao y otra vez de regreso al campamento, pero esta vez a la casa de un colono que había muerto días atrás. Ningún lugar le agradaba lo suficiente y no permanecía en él más de cuatro o cinco días. Sin quererlo, generó un problema, más bien lo agudizó, porque ya se daba a pequeña escala. Unos y otros se dedicaron a andar y desandar el camino

entre la nao y el fuerte y viceversa. Esfuerzo inútil, la gente había enfermado tanto en tierra firme como en los barcos. Pero el problema no resultó ser únicamente una cuestión de salud. Las sospechas surgieron cuando al intentar organizar las guardias comprobamos que había más gente sana en los tres barcos de la flota que en tierra. Pronto supimos qué pasaba. Se había corrido la voz de que el piloto mayor tenía la intención de marcharse por su cuenta y riesgo, dejando en tierra a quien no se encontrase a bordo en el momento de la desertión. O muy mal informados estábamos, o muy engañados nos tenía Quirós, pero ciertamente nos entró el miedo en el cuerpo. Isabel, oportunamente, mandó recado para que Quirós se presentase ante ella en tierra.

—Mucha gente tenéis a bordo estos días —apuntó la adelantada.

—Demasiada. Tanta que entorpece la puesta a punto de los barcos —respondió el piloto mayor—. Sería bueno que se tomaran medidas al respecto.

—Entonces, prediquemos con el ejemplo —respondió Isabel—. El vicario dejó su casa libre, ¿por qué no la ocupáis vos con vuestra familia durante unos días?

La propuesta pilló completamente por sorpresa al piloto mayor. No supo qué responder, trataba de pensar con rapidez a qué se debía aquella decisión de la adelantada.

—No es lo correcto, el puesto de un piloto mayor está siempre en su barco, pero si creéis oportuno mi traslado... No entiendo a qué se debe vuestra decisión —dijo—. Sospecho que tenéis motivos que no alcanzo a vislumbrar. ¿Tal vez me hacéis responsable de algún contubernio?

—No, amigo Quirós. Sencillamente os pido que hagáis ese esfuerzo. Ya veréis como detrás de vos vienen muchos otros para tierra.

Quien hizo caso omiso fue el vicario. Juan Rodríguez de Espinosa cada día se quejaba más. Es verdad que la fiebre le estaba dejando en los huesos, aunque se le notaba menos que a otros porque siempre fue un hombre enjuto, desgarrado. Por otra parte, tampoco se le hacía demasiado caso porque nunca paró de quejarse estando sano, cuanto más ahora que paseaba su palidez, cuando podía, bien por el campamento, bien por la cubierta de la *San Jerónimo*. El primero de noviembre, día de Todos los Santos, el vicario

fue requerido en tierra. Se hizo de rogar durante todo el día, alegando que si abandonaba el barco sería por última vez, pues se veía tan débil que notaba la proximidad de la muerte. Razón no le faltaba, hubo que transportarlo en parihuelas y, aun así, no paró de quejarse en todo el trayecto. Se le llevó directamente a la casa de Lorenzo Barreto, la mejor sin duda de todo el campamento, adonde llegó tras la puesta del sol. Colocado en la misma cama que el capitán general, procedió a confesarlo. Cuando los demás regresamos a la alcoba, fuimos testigos de su testamento, que dictó al escribano García Cortés. El capitán general Lorenzo Barreto murió en las primeras horas del día 2 de noviembre de 1595, dejando como heredera universal a su hermana Isabel, adelantada, gobernadora y marquesa de todas las tierras descubiertas por su marido y, además, capitana general y almirante de la flota de su majestad el rey Felipe II en el mar del Sur. Isabel, la mujer que atesoraba todos esos cargos, lloró amargamente la pérdida de su hermano mayor. Lorenzo siempre había sido su ejemplo, de haber nacido hombre le habría gustado ser como él. Ese día se sintió terriblemente sola.

LA MUJER ALMIRANTE

Sobre ella recaía todo el poder que se pudiera imaginar y, sin embargo, ni la más ambiciosa Isabel lo habría deseado en tales circunstancias. Estaba sola, se sentía sola, el propio poder la dejaba sola. No le quedaban referentes en los que apoyarse o, como era lo habitual, a quienes aconsejar para lograr que sus intereses no se malograsen. Sin su marido y sin su hermano Lorenzo la vida le iba a resultar más complicada. Lo estaba siendo ya. Isabel hizo balance consigo misma. Necesitaba poner en orden todos los pensamientos, quería reflexionar sobre las personas que la rodeaban, saber con quién podía contar y con quién no; debía, además y sobre todo, priorizar los objetivos, los suyos propios; luego, si fuese menester modificarlos se haría, dependiendo de las circunstancias, pero primero ella misma debía tener claras sus intenciones. No se daban, precisamente, las mejores condiciones para tener calma. El campamento estaba patas arriba. Los nativos seguían al acecho, los cristianos, enfermos de cuerpo y de espíritu, los barcos no presentaban su mejor aspecto; víveres, pocos; problemas, demasiados. ¿En quién confiar?, se preguntaba la adelantada. Por un lado se encontraban sus hermanos Diego y Luis, con los que podía contar con toda seguridad, el caso es que ellos también habían perdido el referente del hermano mayor y nunca se habían visto en una situación parecida, ¿responderían como se esperaba de ellos? Ésa era la principal duda de Isabel. El sargento mayor Luis Andrada se había convertido en un fiel defensor de Mendaña, por lo tanto, cabría pensar en su lealtad para con la adelantada. Otro hombre que se había ganado la confianza de todos era el capitán Diego de Vera, al mando de la fragata que había heredado del fallecido Alonso de Leiva. ¿Y Quirós? ¿Serían ciertos los rumores que hablaban de su desertión? Que ella supiera, no había motivos para que el

piloto mayor se marchase abandonándolos, a ella y a los suyos, a su propia suerte en Santa Cruz, pero era el único capaz de conducir los barcos a tierras cristianas y, en caso necesario, de regresar a Santa Cruz o de encontrar las islas Salomón. Debería tenerlo vigilado en todo momento, era el único imprescindible para la supervivencia.

Lorenzo Barreto fue enterrado el mismo día de su muerte. Murió en paz con Dios, gracias a la intercesión del vicario, pero fue enterrado casi en soledad; la comitiva la formaban sus hermanos, Luis Andrada con cuatro arcabuceros, otros cuatro hombres que cargaban con la caja, el piloto mayor y pocos más. Si alguien nos hubiera visto habría creído estar en un corral viendo una representación de Lope de Rueda. Ni salvas ni tambores ni clarines. Silencio absoluto, si acaso los sollozos de Mariana de Castro. Al finalizar las exequias, Isabel convocó a toda su oficialidad para primera hora de la mañana siguiente. Quería, con esa reunión, sopesar los pareceres de todos y cada uno de los hombres principales que aún quedaban con vida en la jornada, quería saber por boca de otros, y ante todos los demás como testigos, cuál era la opinión de cada uno sobre la situación actual y sobre lo que sería más conveniente hacer.

Me tocó hacer guardia hasta la medianoche en una garita situada en la salida del fuerte hacia el poblado de la tribu de Malope. Allí recibí la visita del criado negro de Isabel, que llegó con una nota:

Os espero ahora mismo en mi casa.

Mi criado hará la guardia entre tanto.

No tardéis. Sed discreto.

Isabel.

Y discreto fui. Me presenté con diligencia en la casa de Isabel. Efectivamente, me estaba esperando. Fui tan rápido que no tuve tiempo de considerar la situación, de pensar qué querría, de sopesar mi posición. No me gustaba presentarme en ningún sitio sin conocer las cartas con las que se iba a jugar, pero ésa era una ocasión en la que no me quedaba más remedio que confiar en mi intuición.

—Os agradezco que hayáis venido tan presto —apuntó Isabel en la misma puerta—. Entrad.

—Estoy a vuestras órdenes —respondí.

—En verdad, Antonio —utilizó de nuevo mi nombre de pila—, vuestras palabras son las que deseaba escuchar esta noche.

—Es que, efectivamente, estoy a vuestras órdenes, señora.

Nos sentamos junto al fuego y me ofreció una copa de vino de Porto.

—Brindemos por un buen final para esta difícil jornada —acercó su copa a la mía y bebimos.

—Exquisito vino —apunté.

—¿Puedo, entonces, contar con vos? ¿Me vais a ser fiel?

—Como ya os he dicho, estoy a vuestras órdenes, sois la adelantada, nuestra gobernadora —dije—. Nadie debe dudarlo. Mi fidelidad llega hasta el fin —continué—, siempre y cuando no choque con mi lealtad al rey Felipe II, y tratándose de vos no creo que ello vaya a suceder. ¿Qué esperáis de mí?

—Espero que permanezcáis a mi lado y que en todo momento me deis buenos consejos —respondió—. Sois un hombre valiente y decidido y supongo que si gozáis de la confianza de su majestad será por algo.

—Me vais a sonrojar con tanto halago —dije.

Se puso en pie y se acercó a mí, chocó su copa contra la mía y, esta vez, brindó por nuestra amistad. Mientras bebía, apoyó su mano sobre mi hombro.

—Mañana celebraremos una reunión muy importante que me va a servir para tomar decisiones sobre la jornada —dijo sin apartarse de mí—. Quiero que estéis muy atento a todo lo que digan los demás porque, más tarde, os pediré vuestra opinión sobre cada uno de ellos. ¿Cuál es la vuestra?

—La mía es la misma que la de vuestro hermano Lorenzo, que en paz esté. He firmado, al igual que él, un documento en el que se os pide que salgamos de Santa Cruz, documento que se os entregará mañana.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque este lugar se ha viciado, no responde ya a las expectativas de nadie y sólo reporta dolor, malos recuerdos y nuevos enfrentamientos con los nativos. Enfrentamientos innecesarios por nuestra parte porque no

hemos venido a eso. Por lo tanto, considero oportuno intentarlo en otro lugar, en paz, por las buenas.

—Me hubiera gustado conoceros en otras circunstancias —dijo, abrazándose a mí y susurrándome al oído que esperaba todo mi apoyo hasta el final.

Su calor me turbó tanto como su voz. Se quedó mirándome a los ojos, sin desprenderse de mí, esperando la respuesta definitiva. Acerqué mis labios a los suyos y la besé y ella me besó con pasión que yo correspondí. Entonces, me dio las buenas noches.

Regresé conmocionado a mi puesto de guardia, queriendo conservar el calor de su cuerpo, sus formas, su pasión... quería conservar todo aquello eternamente. Despedí al negro y continué con mi guardia hasta que sonó la campana de medianoche en el barco y con ella llegó mi relevo. Me fui a dormir a la casa que estaba ocupando, cerca de la playa. Había luz dentro. Me asusté. Entré con precaución. La Pancha estaba desnuda sobre mi cama con una garrafa de vino de Porto en la mano y diciendo que se trataba de un regalo de la señora. En ese mismo momento comprendí que la «señora» nunca sería mía.

Al amanecer estábamos los convocados en torno a una mesa en casa de la adelantada. Busqué su mirada y no la encontré, sólo vi a una mujer tratando con sus oficiales y queriendo resolver sus problemas. Pidió, tal como esperábamos, nuestra opinión y sus propios hermanos, Diego y Luis, se la dieron en forma de documento firmado por la casi totalidad de los componentes vivos de la jornada.

Con el debido respeto a la autoridad que vuestra señoría representa, pero con la convicción que nos da el sentir que nuestro deseo es compartido por casi todos los miembros de la jornada, los que este documento suscribimos queremos pedirle que tome en consideración esta iniciativa por la cual estimamos necesario, para el bien de todos, abandonar la isla de Santa Cruz en la que tantas desgracias hemos vivido, entre ellas la pérdida muy llorada de nuestro capitán general y adelantado, don Álvaro de Mendaña y Neira, por quien todos estamos en esta empresa. La posterior

muerte de don Lorenzo Barreto y todas las demás muertes habidas y las que se esperan, por enfermedad o por causas del enfrentamiento con los nativos, así como las desavenencias con los pobladores de esta isla, debidas a la mala conciencia de algunos de los malos cristianos que con nosotros partieron del Perú, nos obligan a ello. Proponemos, por lo tanto, a vuestra señoría que nos lleve en busca de las islas Salomón, que nos lleve a las Filipinas, al Perú o a cualquier otro lugar en el que podamos finalizar nuestra jornada en paz.

En Santa Cruz, a 3 de noviembre de 1595.

Al escrito le seguían unas ochenta firmas, incluida la de Lorenzo Barreto, que se unió al documento poco antes de morir.

Isabel se quedó meditando durante unos breves instantes, con la mirada perdida en el horizonte, como queriendo buscar ese lugar que todos ansiábamos desde nuestra partida de El Callao.

—Tomo en consideración esta propuesta para la que tendréis contestación en cuanto haya meditado suficientemente sobre el futuro de esta empresa —respondió segura de sí misma, con autoridad, la adelantada—. Entre tanto, poned en marcha lo necesario para que la fragata parta en busca de alimentos, quizá a la huerta, la isla que tenemos enfrente y en la que nunca hemos tenido problemas. Espero que nadie los busque allí, porque se trata de sobrevivir dejando vivir en paz a los que llevan aquí desde que Dios los creó.

—Hoy mismo partimos —respondió muy dispuesto el capitán Diego de Vera.

—También es mi deseo que se vayan realizando las tareas necesarias para que todos los barcos se encuentren dispuestos para zarpar en unos días —dijo Isabel—, por si fuéramos obligados o porque así lo estimase conveniente. Vayan arreglando los barcos y almacenando alimentos y agua en sus bodegas.

Así fue como Isabel Barreto, la adelantada, viuda de Álvaro de Mendaña, tomó las riendas y ejerció el mando que recaía en su poder. No

por ello dejó de ayudar en la atención a los enfermos y en la organización de la vida cotidiana de un grupo deshecho física y moralmente.

Los nativos no debían de ser ajenos a nuestras penalidades porque, ante nuestra evidente debilidad, decidieron reanudar los ataques al campamento. Ataques que rechazábamos a duras penas porque éramos pocos los hombres sanos disponibles y porque muchos de nuestros arcabuces ya no funcionaban, la pólvora estaba estropeada... si los naturales de Santa Cruz hubieran llegado a conocer el lamentable estado de nuestras armas nos habrían arrasado con un solo ataque multitudinario, no habríamos durado un día más con vida. Con todo, unos defendíamos el campamento, otros reparaban y estibaban los barcos y la fragata traía alimentos de la isla vecina. De todas formas, la situación se hizo tan insostenible que el martes, 7 de noviembre, la adelantada dio la orden de que se abandonase el campamento, que todo el mundo regresase a los barcos. La noticia fue muy bien recibida por la gente. La gran mayoría veía en la isla de Santa Cruz una extensión del mismísimo infierno. Tiempo habría para regresar y salvar aquellas almas, pero serían otros más jóvenes y más fuertes quienes afrontasen esa tarea, pensaban. Pero la subida a bordo vino marcada por otro hecho luctuoso, la muerte del vicario, Juan Rodríguez de Espinosa, un buen hombre que con sus oraciones y con su dedicación nos reconfortaba a todos. Nos habíamos quedado aún más huérfanos con la partida de nuestro guía espiritual. Según dejó testado, se le enterró en el mar porque temía que, cuando abandonásemos la isla, los nativos profanasen su tumba e hiciesen diabluras con su cuerpo.

Hacían falta víveres y agua. Urgían si se quería iniciar otra vez la navegación por el desconocido mar del Sur. Luis Andrada en la galeota y el propio Quirós en la fragata estuvieron fuera durante casi dos días, llenando los paños con toda la fruta que pudieron conseguir, con toda el agua que pudieron almacenar y con unos ciento cincuenta cerdos que habían cazado. Aun así, al piloto mayor todo aquello le parecía insuficiente para continuar la jornada con garantías.

Se produjo una nueva reunión, convocada por Isabel, para determinar el rumbo y las condiciones de la navegación.

—Partiremos con la mayor premura —dijo— en busca de la isla de San Cristóbal, la primera que deberíamos encontrar del archipiélago de las Salomón. Es posible que, si Dios lo quiere, nos encontremos allí con la nao almiranta del capitán Lope de Vega y su gente. De no encontrar rastro de esas islas en los próximos días, continuaremos rumbo a Manila, en las Filipinas, donde repararemos los barcos y haremos los bastimentos necesarios para regresar en busca de nuestras islas perdidas.

A todos los presentes nos pareció muy bien la propuesta de la adelantada y opinamos que sería muy bien recibida por toda la gente, pero la tarea no estaba exenta de complicaciones, como apuntó el piloto mayor.

—Estoy totalmente de acuerdo con la decisión que habéis tomado —dijo Quirós—, pero me gustaría que escucharais algunas consideraciones al respecto, por si tenéis a bien tomarlas en cuenta.

—Adelante, Quirós —dijo Isabel—. Os escucho.

—No va a resultar nada fácil navegar por un mar desconocido en busca de unas islas que, a ciencia cierta, no sabemos dónde están. En todo caso, si nuestro destino fuese Manila y si mis cálculos, que compartía vuestro difunto esposo, no son erróneos, debemos encontrarnos a unas ochocientas o novecientas leguas de distancia, es decir, a bastante más de la mitad del camino que ya hemos recorrido. ¿Qué quiero decir con ello? Pues que nuestros barcos no están para esos trotes, se encuentran muy desaparejados, con mucha madera podrida, imposible de reemplazar, con cabos y velas en estado lamentable, con pocos marineros disponibles, con insuficiente comida a bordo y en un mar desconocido.

—Siempre os estáis quejando de lo mismo —apuntó Diego Barreto, con el asentimiento de su hermano Luis—. ¿Qué queréis entonces?

—Es mi deber, señora, como vuestro piloto mayor que soy, exponer aquí el verdadero estado de la flota. No porque me lo calle va a dejar de ser diferente la situación que nos vamos a topar en cuanto nos encontremos otra vez en mar abierto.

—¿Qué sugerís? —preguntó Isabel—. Porque alguna propuesta tendréis, ¿no?

—Así es, señora. Creo que podremos realizar el viaje con muchas garantías si abandonamos aquí mismo la fragata y la galeota...

—Pero ¿qué dice? ¿Está loco? —contestaron irritados sus propietarios Diego de Vera y Felipe Corzo—. Es muy fácil disponer de lo que no es de uno. Se nota que no son sus barcos.

—Y aunque lo fueran —continuó Quirós—, los abandonaría, haciendo que toda la gente se ubicara convenientemente en la *San Jerónimo*, aprovechando los aparejos de las naves abandonadas, así como la madera útil. Todos juntos en una sola nave tendríamos muchas más posibilidades de sobrevivir. Además, en Manila se pueden conseguir otros dos barcos, mejores que éstos, por menos de doscientos pesos.

La idea de partir proporcionó energías renovadas a los componentes de la jornada. Les parecía la más acertada de las decisiones y veían en ella la salvación. Entre tanto se ultimaban los preparativos para la salida definitiva de Santa Cruz, continuó el debate sobre si seguir con los tres barcos o rematar la jornada todos juntos en la *San Jerónimo*. Isabel dudaba. Tenía a sus hermanos y a los capitanes Diego de Vera y Felipe Corzo defendiendo la continuidad de la flota y, por otro lado, estaba Quirós, su piloto mayor, el único que les podría salvar, que podía hacer llegar los barcos a Manila, que sabía lo que se traía entre manos en temas de navegación, que opinaba que un solo barco tendría más posibilidades. Los partidarios de seguir con los tres barcos no perdieron el tiempo e iniciaron una campaña de captación de adeptos, nada dificultosa. Para cualquier necio, tres tablas daban más posibilidades que una sola, salvo que se sepa de lo que se habla. Pero esa campaña tuvo un coste que habría que pagar. Muy astutos fueron los hermanos Barreto cuando, compinchados con Diego de Vera, bajaron a tierra por última vez, desenterraron el cadáver de Mendaña y lo subieron a bordo de la fragata. Había sido el toque de gracia para que Isabel definitivamente desoyera las recomendaciones de su piloto mayor y decidiera aventurarse por el mar del Sur con aquellos tres maltrechos barcos.

La mañana del sábado 18 de noviembre de 1595, la flota del Mar del Sur abandonó definitivamente la bahía Graciosa y, tomando rumbo sudsudoeste, buscó los 11 grados Sur en los que, según Mendaña, se encontraban las islas Salomón. Atrás quedaba la isla de Santa Cruz y, en ella, tantos de los nuestros enterrados y tanta sangre derramada inútilmente.

Al día siguiente, alcanzamos la latitud deseada y ahí nos mantuvimos navegando con vientos favorables del sudeste hasta el mediodía del día siguiente. Como no se avistó por ningún lado ni la más remota señal de tierra, Quirós consultó con la adelantada qué hacer y ella dictaminó que se pusiese rumbo a Manila. Marcos Marín, el contramaestre de la capitana cayó enfermo y con él otros cuatro marineros, eran los coletazos de unas fiebres que, a pesar de abandonar Santa Cruz, no querían dejarnos e insistían en cobrarse vidas y más vidas. Avanzábamos entre diez y quince leguas diarias para no perder de vista por la popa a las otras dos naves, que nos seguían renqueantes. Sería terrible para ellas no tenernos delante de su proa, navegaban sin pilotos, siguiendo únicamente la estela de la capitana, si nosotros hacíamos bordadas, ellas también, si navegábamos de bolina, hacían lo propio, si quedábamos al paio, tres cuartos de lo mismo. Les iba la vida en ello.

Teníamos cientos de leguas por delante y Quirós no se había equivocado en sus cálculos sobre las provisiones, por eso, desde el primer día de navegación, impuso un estricto racionamiento de alimentos y agua, en el que contemplaba, como buen marino, raciones extra para los marineros que se esforzaban al máximo en las tareas encomendadas. Diez días después de partir, encontramos corrientes cambiantes, contrapuestas a los vientos, que seguían siendo favorables aunque a veces rolaban al sudoeste. Según Quirós, y también según la opinión de algunos marineros experimentados, eso se producía generalmente cuando se navegaba cerca de tierra, quizá entre islas. Pero ni por babor ni por estribor se veía ni un triste atolón. Tras unas jornadas de mal tiempo, con fuertes aguaceros, que aprovechamos para hacer acopio de agua dulce, apareció el sol. Las aguas continuaban revueltas, arrastrando ramas y troncos de árboles a la deriva. Atravesamos zonas con algas. Estábamos alcanzando los 5 grados Sur y Quirós pensaba que debíamos estar cerca de la isla llamada Nueva Guinea, de la que quería huir por tener entendido que en ella habitaban tribus muy hostiles, devoradoras de hombres. Quizá fuese algún extremo de la llamada *terra ignota* o *terra australis* que tanto le hubiera gustado inspeccionar, pero con lo precario de su flota, afortunado sería si alcanzaba su destino. ¿No serían las islas Salomón? ¿Y si la referencia de los 11 grados Sur fuera la extrema

y llegasen hasta los 5 grados Sur por el otro lado? Nunca lo sabríamos. Aquellos días, la labor de Isabel consistía en estar informada por su piloto de las incidencias de la navegación y del estado de la marinería, que no era bueno, que empeoraba con el paso del tiempo. Por lo demás, acostumbraba a decirle a su piloto mayor que tanto ella como toda la flota estaban en sus manos y que dependíamos de sus buenas artes para navegar. Lo decía como la certeza más absoluta que pudiera salir de su boca, pero adornado con cierta dosis de condescendencia. Quirós no dejaba escapar ninguna de las ocasiones que se le presentaban de conversar con la adelantada para, sutilmente, manejando muy bien las palabras, dejar en evidencia ciertas irregularidades que estaban dificultando las relaciones entre los hombres, y entre algunas mujeres también, que tenían su origen en gente principal. Se refería Quirós al reparto de algunos alimentos, procedentes de los almacenes privados de algunos señores, como pago de favores prestados o por prestar, y de acomodos nocturnos. Prevenía el piloto a la adelantada de las posibles consecuencias que ello pudiera acarrear en el futuro, ya que algunos de los beneficiados eran hombres sanos, válidos para el trabajo, que por estar bien alimentados sin necesidad de dar palo al agua, se convertían día a día en malos ejemplos para los que se afanaban en el duro trabajo. Por no hablar del intercambio de favores carnales por comida. Aunque sin mencionarlo, Quirós apuntaba directamente a los hermanos de Isabel, a Diego y a Luis, que ciertamente habían perdido el norte, se habían relajado de sus responsabilidades y se mostraban incapaces de asumir su condición de notables tras la muerte de su hermano mayor, de Lorenzo. Se comportaban como adolescentes mimados a los que no faltaba de nada, vividores bajo el manto protector de las faldas de su hermana, la adelantada. De hecho, al finalizar la primera semana de diciembre, por las mañanas realizábamos el enterramiento marítimo de uno o dos cristianos, casi siempre víctimas de las fiebres que tanto se parecían a las de Panamá mientras que por las noches, en los pañoles de popa, algunos se divertían agotando las últimas garrafas de vino de Porto y de otros espíriticos que aún quedaban, derrochando alimentos sin ningún recato en orgías desenfundadas a las que algunas mujeres se entregaban voluntariamente, por pura lascivia, y otras obligadas para obtener alimentos extras para algún

hijo e incluso para algún marido enfermo. Lamentablemente, en un barco siempre se sabe en popa si un marinero estornuda en proa.

—¿Por qué navegan tan alejados los otros barcos? —preguntó Isabel una hermosa mañana en la que observaba desde el puente la situación de la flota.

—Bastante hacen con no perdersen de vista —respondió Quirós—. Todas las mañanas, antes de empezar mi guardia, rezo para seguir viéndolos por la popa.

—¿Y si nosotros aflojamos algo la marcha?

—Señora, llevo esta nao lo más despacio que puedo —respondió el piloto mayor—. No avanzamos ni diez leguas diarias cuando, si los barcos estuvieran en condiciones, podríamos hacer dos leguas a la hora o más.

—¿Por qué no les esperamos media jornada para que se agrupe la flota? —preguntó Isabel.

—Puedo hacerlo, señora, si vos me lo pedís, pero no vamos a solucionar nada, mañana va a suceder otro tanto y pasado otra vez lo mismo. Y así iremos agotando las pocas provisiones que nos quedan y moriremos todos.

—No seáis tan pesimista, no convoquéis a la muerte tan a la ligera —respondió la adelantada.

—Buen remedio hubiera sido, y aún estamos a tiempo, el abandonar esos dos barcos, aprovechar sus bastimentos y continuar a Manila todos juntos a bordo de la capitana. Tendríamos más brazos para trabajar, mejores turnos de trabajo y de descanso, velas y cabos de refuerzo y navegaríamos algo más rápido y sin preocuparnos de quién viniese detrás.

—Esperémosles hoy, y mañana ya veremos —sentenció Isabel.

La parada fue casi obligatoria, pero un poco más larga que de costumbre. Llegaba el momento de lanzar al fondo del mar a los que habían muerto a bordo durante las últimas horas. Siempre resultaba triste aquel momento de cada mañana, que se había vuelto tan rutinario que casi ni dolía. Era tan precaria la vida en la capitana que no había lonas para envolver a los muertos antes de arrojarlos por la borda, ni cabos con que atar sus ropas, protegiendo sus cabezas para que no fueran devoradas inmediatamente por los peces. Quirós rezaba unas oraciones, leía un responso, pronunciaba los nombres de los fallecidos y... al mar, al fondo

del mar del Sur. Pero aquella mañana al entierro asistió prácticamente todo el barco. El propio Quirós se emocionó al pronunciar el nombre del fallecido e Isabel donó una de sus sábanas para que le sirviera de mortaja. Se había ido Juan Leal, el enfermero, el hombre que había cuidado de todos los demás, de los muertos y de los aún vivos, hasta la extenuación. Se había muerto sin hacer ruido, echado sobre unos tablones, con una sonrisa de placidez dibujada en su rostro... «¡Era un santo!», dijeron algunas voces. Sí que fue un gran hombre, preocupado únicamente por el bienestar de sus semejantes.

Todavía tuvimos que esperar un par de horas hasta que se acercaron suficientemente la fragata *Santa Catalina* y la galeota *San Felipe*. Ellos también se habían detenido para enterrar a sus muertos. Isabel preguntó a los capitanes Diego de Vera y Felipe Corzo cuál era su estado y el de sus embarcaciones y tripulación. El orgullo es mal consejero y aderezado con avaricia, mucho peor. Respondieron que todo iba bien a bordo, que no había por qué preocuparse. La verdad es que, mirando las caras de los marineros y de los soldados, que en sus naves viajaban, parecía imposible que pudiesen resistir mucho más. Se continuó la navegación.

La fatídica mañana del 10 de diciembre el piloto mayor golpeó amargamente con sus puños el pasamano de popa. La galeota *San Felipe* no estaba a la vista. Se había perdido. Habría que esperar a la fragata para saber si tenían noticias de la galeota, si habían sido su referente en la navegación durante la noche. Pero Quirós se temía lo peor. La *Santa Catalina* tampoco tenía ninguna noticia de la *San Felipe*. La galeota, al igual que la fragata, navegaba a ojo, siguiendo la estela de la capitana, sólo con la destreza de algunos marineros, porque sus pilotos habían muerto en Santa Cruz. Una locura. Una lástima. Muertes innecesarias. Si se hubiesen atendido los consejos del piloto mayor, aquella desgracia se habría evitado. Empero, la terquedad de ciertas personas parece no tener fin, a pesar de que tanto Quirós, como el sargento mayor, como yo mismo insistimos a la gobernadora para que obligara a los de la fragata a subir a la capitana y que se abandonase ese barco. Pesó más la opinión de sus hermanos y la del capitán Diego de Vera que la razón pura.

—Si nos cedéis tres hombres, tres marineros, no tendremos problemas para seguir vuestra estela —apuntó Diego de Vera.

—Enviad tres marineros a la fragata —dijo Diego Barreto, asumiendo un rango que no poseía.

—Mi señora —dijo Quirós—, con todos mis respetos. Bastantes dificultades tenemos en la capitana como para tener que prescindir voluntariamente de tres hombres. Me resulta difícil organizar turnos con marineros sanos como para desprendernos de hombres que, si cambiasen de barco, quedarían abocados a una muerte segura. No creo que encuentre a nadie que se vaya a la fragata de forma voluntaria. Mi consejo es viejo. Abandone la fragata, que todos juntos en la capitana seremos capaces de llegar a buen puerto.

Como efectivamente había previsto el piloto mayor, nadie quiso ir a la fragata. Las órdenes de Isabel fueron, otra vez, las que contentaban a sus hermanos, pero como Quirós se negaba a entregar tres marineros al otro barco, fueron Diego y Luis Barreto los que obligaron a tres de sus hombres, de los bien alimentados, a trasladarse a la *Santa Catalina*, que capitaneaba el insensato Diego de Vera, buen capitán pero mal hombre de mar. Para persuadir mejor a los obligados, les llenaron bien los zurroneos con comida procedente de la despensa privada de sus mentores. Aun así no parecían excesivamente contentos. Probablemente tuvieran malos augurios sobre su destino o quizá, en lo más profundo de sus mentes, alguna voz les avisaba de que el piloto mayor pudiera tener razón.

El hambre estaba haciendo mella en la tripulación y en el pasaje. La nao *San Jerónimo* se presentaba cada vez más complicada de gobernar, tanto por la debilidad de los marineros que seguían con vida como por la podredumbre que se adueñaba de casi todo el barco, velas, masteleros, vergas, botavara, cabos... el que no partía por un lado lo hacía por otro. Menos mal que la estructura de la nao era de madera de Guayaquil, que tenía fama de ser la más resistente de entre todas las maderas que se podían utilizar para la construcción de barcos en América. El agua dulce era escasa y mucha de ella corrupta; los víveres disponibles para el racionamiento,

pocos. Quirós apuntó en su diario que los pocos oficiales que quedábamos con vida habíamos decidido compartir nuestras pequeñas bodegas personales con el resto del pasaje. Ninguno de nosotros habría querido que se hiciese pública tal iniciativa, pero el piloto mayor entendió que era correcto divulgarla, que serviría de acicate para los esforzados hombres que trataban de llevarnos a buen puerto. Quirós ciertamente no daba puntada sin hilo. Lo que pretendió con aquel acto de solidaridad de casi toda la oficialidad con la marinería fue paliar las penurias, pero también socavar las conciencias de los hermanos Barreto que, aunque en menor grado porque todo se acaba, continuaban con el derroche de sus víveres en cenas fastuosas e inmorales.

Isabel se iba dejando ver cada vez menos. Siempre que podía, despachaba con su piloto mayor en sus aposentos, no como en días pretéritos, cuando subía al puente y mostraba su belleza al viento, belleza apenas castigada por las inclemencias de la dura jornada. Se acercaba la Navidad, lo sabíamos no sólo porque llevábamos cuenta del calendario, sino porque el piloto mayor nos iba leyendo las Sagradas Escrituras en los rezos que cada mañana pronunciaba. Sin embargo, aquel penar vagando por un mar eterno, desconocido, se asemejaba más a un calvario que a la celebración del nacimiento de Cristo. Desde que dejamos Santa Cruz nunca había vuelto a encontrarme con Isabel a solas, mi presencia ante ella fue únicamente resultado de alguna que otra convocatoria de oficiales. El 17 de diciembre me mandó llamar. Entrar en sus aposentos era como visitar un mundo irreal que nada tenía que ver con las deplorables condiciones del resto del barco y de su gente. Allí parecía no faltar de nada. Me dolía aquella visión, era ofensiva para cualquier cristiano con conciencia. Sin embargo, su rostro mostraba preocupación y era obvio que quería compartir conmigo sus temores, así como obtener de mí informaciones que le sirvieran para contrastar otras. Por lo pronto, pidió a sus criadas que nos dejaran solos, no quería testigos.

—No tenéis mal aspecto, amigo De Melo.

—El vuestro, señora, es inmejorable.

—¿Qué os turba tanto? —preguntó—. ¿El hecho de quedar a solas conmigo, tal vez?

—No os burléis de mí, os lo ruego. Sabéis que mi corazón se acelera con vuestra presencia... pero no es eso precisamente lo que me trastorna.

—Ah, ¿no? ¿Acaso he perdido ya mi ascendiente con vos? —preguntó con un cierto grado de coqueteo.

—No se trata de eso, señora, no es lo que pensáis. Mi turbación tiene más que ver con este lujo, que sin duda merecéis, pero que contrasta tanto con la miseria que se ha adueñado del resto del barco...

—¿Miseria? —preguntó con alguna sorpresa no exenta de mal humor—. Mis ojos no ven tal miseria. No voy a negar que haya gente enferma, pero de ahí a que se pasen calamidades dista mucho.

—Vos no veis las dificultades por las que pasa la tripulación porque hace muchos días que no salís de vuestros aposentos...

—Cierto. Pero aquí recibo a mis hermanos y a sus ayudantes y no he escuchado ninguna queja de ellos —replicó.

—¿Qué os dice vuestro piloto mayor? —pregunté.

—Quirós siempre se está quejando —respondió Isabel—. Pero deberíais saber que es su obligación estar continuamente pidiendo a sus patronos más y más vituallas para sus marineros. Es una forma de mantenerlos contentos con su superior.

—Esta vez os equivocáis, señora. No puedo negar que vuestros hermanos y sus criados y criadas gocen de buena salud, pero son los únicos. El resto del pasaje y de la marinería viven de lo poco que queda para repartir y de lo que el propio Quirós y otros oficiales han decidido compartir con ellos.

—No me gusta nada lo que me estáis diciendo, De Melo. ¿Pretendéis enfrentarme a mis propios hermanos? ¿Debo, acaso, dudar de su honorabilidad? ¿Pero si han querido saquear mis despensas? Eso es motín.

—No es momento para buscar enfrentamientos con nadie tal como se encuentra el barco. Pero si queréis mi consejo, haced caso de vuestro piloto mayor. Tened un gesto con vuestra gente, con los supervivientes de esta penosa jornada. Abrid vuestras despensas y compartid una parte de vuestros alimentos con quienes se esfuerzan, entregando la salud e incluso la vida, por llevaros a Manila sana y salva.

—¿Tan mal está la cosa?

—Hay días en que arrojamus al mar tres o cuatro cadáveres... Todos estamos en el mismo barco y todos debemos esforzarnos para que llegue a su destino.

—Muy bien. Os haré caso —respondió—. Autorizaré a mis hermanos para que repartan alimentos entre la tripulación del barco.

—No, por Dios, señora. Eso no. Vuestros hermanos han sido los causantes de muchos de los desatinos ocurridos en las últimas semanas. Ellos dilapidan vuestras despensas en orgías, beneficiando a los que en ellas participan, despreciando el infortunio de los que trabajan de verdad. Poned remedio a esos desmanes y entregad la comida a vuestro piloto para que él la distribuya convenientemente.

—Me duele lo que me contáis, pero se hará como vos decís —contestó—. No me esperaba que la situación fuese tan grave.

—Calamitosa, señora. Otro consejo que os doy es el de que aceptéis abandonar la fragata. Todos juntos en la capitana podremos llegar. Sería terrible no encontrarla por popa cualquier mañana.

—Muy bien. De acuerdo. Mañana los esperaremos y traeremos a bordo de la capitana a los de la *Santa Catalina*. Continuaremos todos en la nao —sentenció.

—Por cierto, una cosa más, si me permitís.

—Decid.

—Se comenta que no habiendo agua para beber, aquí se consume para lavar vuestras ropas.

—Sí que se lava la ropa, pero con el agua que se corrompe —contestó.

—El caso es que no hay agua sana a bordo y aunque esté corrupta es la que se usa para cocinar y para beber.

La adelantada entregó a Quirós agua, aceite y alimentos para que el piloto gestionase según su criterio. Desde aquel día no se volvieron a producir desmanes nocturnos en las bodegas de los Barreto, ni se lavó la ropa con agua dulce. Lo que sin embargo, y muy a nuestro pesar, no se pudo hacer a la mañana siguiente fue el traslado de la gente de la fragata a la capitana. La *Santa Catalina* se había perdido durante la noche entre las corrientes cambiantes y los vientos, que ahora eran del Este rolando a Nordeste, porque habíamos cruzado ya la línea equinoccial. Solamente un

milagro conduciría la fragata a alguna isla que les pudiese servir de cobijo hasta que por la gracia de Dios fuesen rescatados. Las lamentaciones fueron muchas, los reproches hacia la adelantada y sus hermanos también. Se les acusó, no sin fundamento, de ser los culpables de aquella nueva desgracia que estremecía una vez más la flota. Quirós había ganado, su fatídica predicción se había cumplido y, en el fondo, parecía disfrutar de un cierto regusto a victoria. ¿Dónde estaba aquella gallarda flota que seis meses atrás había zarpado de Paíta? Primero se perdió la colosal *Santa Isabel* con más de ciento ochenta personas a bordo, luego le tocó el turno a la galeota, la *San Felipe*, con la docena de personas que llevaba y, finalmente, a la fragata *Santa Catalina* con otros catorce navegantes. Si a ello sumamos los más de cuarenta muertos en Santa Cruz y los fallecidos a bordo, el balance era aterrador, quedábamos con vida, en la capitana, unas sesenta personas entre hombres, mujeres y niños. Más o menos la sexta parte de los que iniciamos la jornada en el Perú. Un verdadero desastre que únicamente se podría paliar siempre y cuando los que permaneciéramos con vida lo pudiésemos contar, en Manila.

La desgraciada desaparición de la fragata supuso, sin embargo, una mejora en la navegación de la capitana. La nao *San Jerónimo* pasó de las diez o doce leguas de navegación por día a las veinticinco, que se alcanzaron sin esfuerzo desde el momento en que navegó sola, sin tener que esperar por los otros barcos de la flota. Durante algunas fechas he tenido dudas sobre por qué no encontramos las islas Salomón, cuando a principios de diciembre todo parecía indicar que no debíamos de estar muy lejos de ellas, o de la *terra ignota* como decía el piloto mayor. No paro de darle vueltas en la cabeza... aquellos troncos y ramas que arrastraba la corriente hacia el Sur, no sé por qué buscábamos tierra por babor... es cierto que en las muchas horas que pasé en el castillo de popa con el piloto mayor fui aprendiendo algunos de los signos que busca un piloto para conducir su barco, los busca de día en el sol y de noche en las estrellas, los busca en la dirección de las corrientes marinas y en la dirección y fuerza de los vientos, los busca también en las nubes, que no son iguales en alta mar que en la

costa, en los pájaros... en tantas cosas. En algún momento llegué a pensar que Quirós sabía dónde se encontraban las islas Salomón, que incluso llegó a otearlas en alguna de sus guardias, y que no quiso, por alguna circunstancia que no alcanzo a entender, llevarnos hasta ellas. ¿Por qué no mirábamos a estribor durante aquellos días? Esa duda la tendré siempre conmigo. ¿Querría, acaso, el piloto mayor llevarse toda la gloria siendo él quien regresara a las islas del adelantado Mendaña? No me parecía tan ambicioso, pero hay hombres que nunca muestran su verdadera cara...

El día de Navidad salimos de una buena. La nao se había metido por un canal situado entre una muy extensa zona de islotes rodeados por grandes arrecifes de coral. Fue un verdadero milagro no haber encallado, no haber perdido el barco allí mismo, en aquel mar que presentaba por un lado las peligrosas restingas y por otro, a poca distancia, un fondo que nunca se llegaba a rozar con el escandallo colocado al final de la sondaleza. El caso es que los pocos días que quedaban para finalizar el año continuamos navegando con rumbo Nornoroeste y alcanzamos, el primero de enero de 1596, los 14 grados Norte. Teníamos a la vista el punto de referencia que buscaba Quirós, las islas de los Ladrones que había descubierto Magallanes en su circunnavegación de la Tierra. Pasamos muy cerca de una que llaman Saipan, también entre arrecifes. Hasta nosotros se acercaron varias docenas de grandes canoas de doble proa, muchas con vela, en las que los nativos, muy fornidos ellos, nos ofrecieron agua, cocos, plátanos y otras frutas, arroz, gallinas, cerdos... tanta comida que nos dieron la vida, y todo a cambio de unos cuantos utensilios de hierro, que conocían desde el paso de Magallanes por aquellos lugares. Sin embargo, no pudimos detenernos. Teníamos un viento favorable que nos empujaba al Oeste y si Quirós no erraba, Manila estaba en los 14 grados a unas doscientas leguas en dirección oeste.

A mediados de enero de 1596 olía a tierra. Sin demasiada orientación debido a que llovía sin cesar desde hacía días, cuando no había espesas nieblas, el domingo 14 de enero se avistó tierra. Pronto encontramos una bahía que con muchos pesares dejamos atrás por no ser buena para fondear en ella sin prácticos que la conociesen. Nos aventuramos por unos canales, entre arrecifes, hasta que encontramos otra ensenada para surgir. Nadie

conocía aquellas tierras, quizá se tratase de las islas Filipinas, pero todas las precauciones eran pocas.

Por aquel entonces, Isabel Barreto se sentía abatida, sin fuerzas y sin ánimos. Desde que era la capitana general de la flota se habían perdido dos barcos, muchas vidas y, definitivamente, el cuerpo sin vida de su esposo Álvaro de Mendaña, que era transportado en la fragata para ser enterrado en tierras cristianas. Se sentía culpable, irremediablemente culpable por no haber seguido sus propios instintos, pronunciándose una y otra vez a favor de los argumentos nada razonables de sus dos hermanos varones y de los capitanes Felipe Corzo y Diego de Vera que, finalmente, habían pagado con sus vidas tal insensatez. La adelantada había encontrado en mí al confesor que no tenía, casi todas las tardes se desahogaba conmigo, permitiendo a su hermana Mariana de Castro, viuda del desaparecido almirante Lope de Vega que comandaba la *Santa Isabel*, ser testigo de nuestras conversaciones, de sus lamentos, de sus pecados... No ansiaba honores en Manila, no se creía merecedora de ellos, era consciente del fracaso de la empresa que con tanto ahínco emprendió junto a su marido. Quería llegar cuanto antes a algún punto de las islas Filipinas en el que fondear el barco, aunque se perdiera, le daba igual. No soportaba ver más muertes, más enfermedad. Sin embargo, en público, no dudó en mantenerse firme, hasta excesivamente estricta en algunas apreciaciones, porque no quería que su debilidad fuese la mecha que encendiese desmanes, motines, pérdida de la disciplina necesaria en todo barco. En aquellos momentos en los que se mostraba como una mujer, despojada de cualquier signo de poder y de falsas vanaglorias, hablaba con nostalgia de las personas y lugares que añoraba: de sus padres en Lima, de sus encomiendas en lea... pero especialmente se recreaba en sus raíces, en las lejanas tierras gallegas que su familia dejó atrás cuando partieron para el Perú en busca de fortuna y gloria. En aquellas verdes y brumosas costas tuvo sus primeros contactos con el mar cuando, siendo niña, acompañaba a su padre en la dorna grande hasta la isla de Arousa. «Algún día volveré», pensó en voz alta.

Entre la niebla aparecieron varias pequeñas canoas, con dos o tres nativos en cada una de ellas. Nos hicieron señas que nosotros correspondimos con claros signos de que se acercaran. Una de ellas sí lo

hizo. La gobernaban tres indios, uno de los cuales no paraba de hablar, pronunciando palabras en varias lenguas hasta que, ¡por fin!, se soltó en español. «¡Amigos, amigos!», gritaba. Al oír aquellas palabras todo el barco se dio cuenta de que habíamos llegado a tierras cristianas. Todo el mundo en la capitana se echó a llorar desconsoladamente. Entre llantos y oraciones de agradecimiento a Nuestro Señor y a la Virgen de la Soledad, a cuya imagen rezábamos cada día sobre la cubierta, se les preguntó qué tierras eran aquéllas.

—Esta punta es el cabo del Espíritu Santo, de la isla de Samar, en las islas Filipinas —respondió el nativo exultante al comprobar que era portador de las mejores noticias.

—¿Quién gobierna las islas? —preguntó la adelantada.

—Su excelencia don Luis Pérez Dasmariñas, señora —contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Es hijo de Gómez Pérez Dasmariñas? —preguntó de nuevo Isabel.

—Sí, señora, pero su excelencia murió hace más de dos años y su hijo es el gobernador desde entonces.

—¿Podéis guiarnos hasta un fondeadero seguro? —preguntó Quirós.

Dos de los nativos que iban en la canoa, el que hablaba tan bien el español y otro no menos parlanchín, subieron a bordo de la capitana e indicaron al piloto mayor por dónde tenía que llevar su barco, como si de avezados prácticos de un puerto se tratase. Mientras uno se sentía capitán de la nao, el otro contaba a todos los que le querían oír que, años atrás, él había sido capturado por el pirata Cavendish, quien lo utilizó como guía para no perderse en el mar de Sibuyan entre islas, arrecifes y canales. Habíamos llegado a las islas Filipinas. Estábamos salvados, pensaba para mis adentros.

LA REINA DE SABA

La desesperación se había mutado en alborozo, en embriaguez, causada no por vinos o licores sino por un incontenible desenfreno originado por ese brusco cambio de expectativas, pasando de un estado mental de abocamiento a la muerte a otro tremendamente vital. La mayoría de los indígenas de la aldea de Espíritu Santo, en la isla filipina de Samar, se habían volcado con nosotros, sabedores de las penalidades por las que debíamos de haber pasado, a la vista de nuestro lamentable aspecto. Durante varios días, con sus noches, no cesaron de estibar agua y todo tipo de alimentos, desde la aldea a la capitana. Carnes frescas, huevos, arroz, mucho arroz, frutas de todo tipo, leche... formaban parte del festín, los fogones no pararon de preparar comida para saciar hambres actuales y atrasadas. De todas las maneras, aquella gentileza desinteresada, de solidaridad con los necesitados, que éramos nosotros, los poderosos españoles, duró lo que los nativos consideraron como un período razonable. Cuando vieron que nuestro aspecto y nuestra salud mejoraron, mantuvieron su disposición a ayudarnos, pero pusieron precio a todo lo que les pedíamos. Afortunadamente, quien más quien menos guardaba sus monedas, innecesarias durante la jornada, con lo que además de lo que pagó la adelantada para aprovisionar la nao y para su bodega privada, cada cual fue completando sus raciones con las vituallas que habían adquirido.

El contramaestre, bastante recuperado de sus fiebres, y unos cuantos marineros bajaron a tierra firme, se fueron hasta la aldea a encargar cables y cabos para la arboladura de la capitana porque lo poco que quedaba estaba podrido. Con unas cuantas monedas pusieron a bejuquear a hombres y mujeres. Por lo pronto, se hicieron con cuanto cabo de bejucos toparon para

emplearlos desde ese mismo momento en las jarcias de la mayor y del trinquete.

Unos se reponían de sus males, alguno murió por no comer con mesura después de tanta hambre pasada, otros se afanaron por reparar el barco, sustituyendo masteleros y vergas podridas por otros nuevos fabricados con troncos y ramas de árboles que, sin ser los más apropiados, pudieran resistir la navegación que restaba hasta Manila. Isabel rezó mucho aquellas dos semanas. Daba gracias por finalizar la jornada con vida, por haber podido salvar parte de su hacienda, por poder honrar la memoria de su difunto marido el adelantado Mendaña y de su querido hermano Lorenzo, enterrado en Santa Cruz; por ver cómo sus otros hermanos, Diego, Luis y Mariana, conservaron sus vidas, por tantas y tantas venturas y desventuras. Pero la mujer no olvidaba a la adelantada. Sabía que en pocos días debería presentarse ante el gobernador de Filipinas y tendría que rendir cuentas para que aquél informase a su majestad. No se le escapaba el hecho de que no fueron pocos los conflictos que desgraciadamente ocurrieron en la jornada, su difunto esposo tuvo que ejecutar a Pedro Merino Manrique, ni más ni menos que su propio maese de campo, y a dos de sus secuaces, también oficiales de su majestad. Por otra parte, tres de las cuatro naves habían desaparecido tragadas por las aguas del mar de Sur, dos de ellas con ella como adelantada. También estaban ahí los numerosos conflictos, casi amotinamientos, que se habían producido en muchos días de navegación desesperada. Todas esas penumbras no deberían eclipsar el éxito que significaba el hecho de que, por primera vez en la historia de la corona española, una mujer acumulase los títulos de adelantada, gobernadora, marquesa, capitana general y almirante de unas tierras descubiertas por su marido y de una flota, diezmada terriblemente, pero en definitiva arribada a Manila con una mujer al mando. Ella conocía a la familia del gobernador en funciones, eran gente de alta alcurnia procedente de la capital del antiguo reino de Galicia, Betanzos de los Caballeros. Contaba con una baza a su favor que no iba a dejar escapar. No paró, por tanto, de reunirse con sus hermanos para organizar su futuro, un futuro que dependía, sin lugar a dudas, de lo que aconteciese durante el recibimiento que les ofrecieran en Manila. A nadie más confió sus planes. Quería llegar cuanto antes a la

capital de las Filipinas, pero no quería precipitarse en la estrategia a seguir, por lo que consintió días de relajamiento para hombres y mujeres y apuntaló las bodegas para evitar escasez en los últimos días. De quien tampoco se supo mucho fue del piloto mayor que, salvo en las breves horas que llamaba a oración o que disponía de sus marineros para los quehaceres en la nao, se recluía en su camarín. Organizaba sus notas, planificaba asimismo su propio futuro. Era evidente que se había producido un choque de intereses entre lo que pudiera favorecer a la adelantada y lo que presumiese que podría conseguir el piloto mayor, como marino, artífice de la navegación desde Santa Cruz hasta Manila sin cartas de marear y sin apenas datos, si exceptuamos los conocidos y distribuidos por la Casa de Contratación de Sevilla y por su Escuela de Pilotos y de lo que pudiera haber aprendido en la Escuela de Pilotos de Lisboa, donde se formó. Si alguien pretendía regresar a Santa Cruz o buscar las islas Salomón tendría que contar con sus servicios, no quedaba nadie con vida de la primera expedición de Mendaña y de la jornada presente, sólo él era capaz de pilotar. Quién sabe, tal vez considerase que el futuro le pertenecía y en su mente se hubiese fijado como meta ser el nuevo adelantado en un tercer viaje a las míticas islas con nombre bíblico.

El lunes 29 de enero de 1596 zarpamos de Espíritu Santo con destino a Manila. A algunos no les hubiera disgustado nada quedarse allí, decían que ya buscarían la manera de llegar a la capital cuando se encontrasen totalmente recuperados. Detrás de aquellas aparentemente inofensivas intenciones se encontraban otras muy distintas que escondían los temores a algún tipo de represalia por acontecimientos pasados, de los que obviamente se sentían culpables. No deberíamos tardar más de una semana en llegar a nuestro destino final porque, si la navegación entre tantas islas, muchas de ellas con arrecifes coralinos amenazando a cualquier embarcación, y entre tantos canales era complicada, contábamos con la inestimable ayuda de media docena de nativos conocedores de una ruta que habían realizado en múltiples ocasiones. Aun así, y a pesar de las dos semanas de recuperación que se habían disfrutado, la navegación fue un verdadero suplicio. Todos, hasta los marineros más experimentados, sufrían de un agotamiento extremo, tanto de las fuerzas como del espíritu. Si, en

general, los supervivientes de la jornada necesitábamos varias semanas de descanso para recuperarnos del agotador periplo, cuanto más los esforzados marineros que tuvieron que luchar contra viento y marea para traernos a tierras cristianas. Ellos sí que necesitaban un largo descanso antes de volver a su oficio.

Dejamos atrás el mar de Samar, la isla de Masbate y el mar de Sibuyan para cruzar el canal que separa la isla de Mindoro de la de Luzón que veíamos por babor. A los cinco días de navegación, los hermanos Diego y Luis Barreto pidieron que se les permitiese acercarse a la costa, con algunos hombres, para hacer provisión de alimentos, que empezaban a escasear porque se comía sin control, sin racionamiento. Se les esperó todo el día y no regresaron a la *San Jerónimo*, lo cual resultó muy extraño. Quirós preguntó a la adelantada qué hacer y ésta le contestó que continuase rumbo a Manila, que no se preocupase por sus hermanos que sabrían guardarse, sobre todo en tierras de españoles. El piloto mayor acató las órdenes y continuó con la navegación. Cada hora que transcurría se hacía más pesada, no llegaba el ansiado final que supuestamente estaba a pocos días de distancia. ¿Qué tramaba Isabel? ¿Qué estratagema puso en marcha con sus hermanos? Todas eran conjeturas pero ninguna certeza. Tendríamos que esperar al final de la jornada para saber a qué atenernos.

¡Por fin! Avistamos la entrada de la bahía de Manila. Quirós, ante las dificultades que planteaba la embocadura, dirigió la nao hacia la isla de Marivélez. De ella salió un barangay que enfiló hacia la capitana. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se comprobó que venían en él cuatro españoles. Se trataba del centinela de la bahía, que también hacía las funciones de práctico, que venía acompañado por el maese de sala del gobernador de las islas y por dos soldados. Subieron a bordo y se les dio la bienvenida. Preguntaron inmediatamente por la gobernadora, por doña Isabel Barreto, viuda del adelantado don Álvaro de Mendaña y Neira. Nuestra sorpresa, la del piloto mayor, la del sargento mayor, la de la gente de calidad y de los marineros que en la cubierta estábamos, fue mayúscula, nos dejó perplejos. Preguntaban por la heroína sin dejar de saludar a los valientes que con esfuerzo sobrehumano habían llegado a las islas Filipinas directamente desde el Perú, por un mar desconocido. Todo fueron

parabienes mezclados con pesar, por el lamentable estado de nuestra enfermería, que se había llenado de nuevo porque, evidentemente, los enfermos necesitaban algo más que dos semanas de reposo y buenos alimentos en Espíritu Santo para continuar en un barco que olía a podredumbre. Alonso de Albarrán, que así se llamaba el centinela, presentó a la gobernadora al maese de sala del gobernador, el capitán Montero de San Sadurniño, perteneciente a una rancia familia de aquellas tierras de las que Isabel había oído hablar en casa de sus padres.

—Es un honor poder recibir a tan alta dignidad —dijo el maese de sala—. Soy portador de esta carta que su excelencia el gobernador de las islas Filipinas, don Luis Pérez Dasmariñas, me pidió que os entregara en mano. Tanto su excelencia como toda la ciudad de Manila esperan impacientes vuestra llegada.

Isabel rasgó el lacrado con el sello del gobernador y leyó la misiva.

Excelentísima señora: os doy la bienvenida a las islas Filipinas, que son desde este momento vuestra casa. Conocedores que somos de vuestras hazañas y de vuestra proeza, de llegar hasta aquí por un mar ignoto desde el Perú, pido a Dios Nuestro Señor que sea breve la hora de vuestra arribada a Manila, en donde seréis tratada con los honores que una mujer de vuestra talla y dignidad merecen.

Don Luis Pérez Dasmariñas, gobernador.

El júbilo en la *San Jerónimo* se desbordó. Únicamente los más delicados de salud parecieron ajenos a la explosión de alegría. La estrategia de Isabel Barreto, siempre tan brillante, tan lúcida como pocos hombres de su tiempo, había dado resultado. Quizá había conseguido un mejor final que el que hubiera soñado cuando diseñó su plan. Aquella misiva de bienvenida del gobernador, tan cariñosa, la había emocionado. Lo había logrado, había conseguido sobrevivir a una jornada épica pero trágica a la vez. Su rostro volvía a brillar.

Entre tanto, casi sin darnos cuenta, otro barco, un champán de gran porte, se había abarloado a la *San Jerónimo* por babor. Ahí sí que llegaba lo que más se necesitaba en aquellos momentos, la comida. También la

definitiva confirmación de que, de una manera insospechada, todavía se podrían alcanzar la fortuna y la gloria. En el champán, que pertenecía a un encomendero llamado Diego Díaz de Marmolejo, venían Diego y Luis Barreto. Se tardaron casi dos horas en trasladar a la capitana todos los alimentos que traían en su enorme cubierta. De hecho, se empezó a cocinar mucho antes de que se hubieran embarcado todos los víveres. Ahora sí que había empezado la fiesta.

Los hermanos Barreto, usando como ardid el pretexto de buscar comida fresca en algún lugar de la costa de la isla de Luzón, no muy alejada por tierra de la capital, desembarcaron con la intención de llegar a Manila antes que la *San Jerónimo*, y lo consiguieron con la ayuda de dos de los nativos de la aldea de Espíritu Santo que se habían embarcado en la capitana. Una vez en Manila, se presentaron ante el gobernador, a quien narraron convenientemente los avatares de la jornada, adornados con tonos épicos y con descripciones heroicas, sin olvidar los momentos más dramáticos, que fueron muchos. Fue tal el interés puesto por Dasmariñas que pronto toda la ciudad de Manila supo de la próxima llegada de la nao que había partido del Perú hacia las islas Salomón y en la que venía como gobernadora y capitana general una mujer que tenía por nombre Isabel Barreto de Mendaña. Desde el palacio del gobernador a la más humilde choza de los nativos de Manila, pasando por el fuerte de Santiago, las iglesias y los conventos de religiosos y religiosas, los mercados, las calles, el puerto de Cavite... se corrió la voz, una voz que hablaba de islas exóticas, ubicadas en un mar desconocido, que tenían por nombre el del bíblico rey Salomón, que debía buena parte de sus riquezas a la generosidad de una mujer procedente de tierras lejanas, a la que todos conocían como la reina de Saba. Las monjas, los pescadores, los soldados, las criadas, los mozos... todos, en Manila, anunciaban la llegada de la reina de Saba... y ésa era Isabel Barreto de Mendaña.

La nao *San Jerónimo*, con nosotros en ella, permaneció aún tres días más en la entrada de la bahía de Manila, en las proximidades de la isla de Marivélez, a las puertas del canal de entrada formado por la isla del Centinela y el farallón llamado del Fraile. El 11 de febrero de 1596 subió a bordo el contramaestre de la Armada real, Antonio Callón, con cuarenta marineros. Quirós le cedió el gobierno de la capitana. Aquellos brazos de

hombres experimentados y descansados nos llevaron sin dificultad hasta el puerto de Cavite, donde fondeamos ese mismo día, dando término a la jornada del adelantado Mendaña. Nos recibió la flota de su majestad con el estruendo de toda su artillería, mientras, a pie de playa, una guarnición entera de soldados, marcialmente formados y vestidos con sus mejores galas, disparó con los arcabuces las salvas de ordenanza. Las lágrimas de los más duros hombres se confundieron en la cubierta con las de las mujeres y los niños. Estábamos salvados. Pero no sólo eso, nos sentíamos verdaderos héroes de una hazaña que tardaríamos un tiempo en asimilar, en comprender su magnitud.

Isabel Barreto se había dispuesto para el recibimiento que le tenían preparado, sus hermanos le habían dejado el camino abonado y ahora le tocaba a ella realizar su papel, por eso no dudó en ningún momento en ponerse sus mejores galas para la ocasión. Todos en cubierta miramos hacia ella, unos con admiración y alguno hubo que lo hizo con desdén e incluso con desprecio, pero en algo había unanimidad, era una digna representante de las mujeres de Lima, bella y orgullosa. Muchas lanchas, barangayes, champanes y embarcaciones de todo tipo se acercaron rodeando la *San Jerónimo*, de la misma forma que en tierra se acumulaba la gente que quería ver de cerca a los héroes de las islas Salomón y, sobre todo, a la reina de Saba. El entusiasmo crecía entre los habitantes de Cavite y de Manila, en tierra todo era expectación y en el mar, ofrecimientos de comida y bebida a los participantes de la jornada.

La mañana del 12 de febrero subieron a la capitana las autoridades de Manila, los representantes de los tres poderes, a saber, el maese de campo de la plaza, que subía a bordo en representación del gobernador, el regidor del Cabildo del Pueblo de Manila y el representante del Cabildo eclesiástico. Los tres saludaron a la adelantada con las mismas muestras de entusiasmo que en tierra mostraba el gentío. Aquellos ilustres dignatarios se sentían tan emocionados, tan felices por estar allí, por formar parte de la historia, que parecían levitar. De esa manera, con ellos sobre la cubierta de la capitana junto a Isabel Barreto, a Pedro Fernández de Quirós, al

contramaestre de la Armada real Antonio Callón, que había fondeado la *San Jerónimo* en Cavite, y a la demás gente de calidad, comenzaron las labores de desembarco. Primero lo hicieron los más débiles y los enfermos, que fueron trasladados a los hospitales, luego y hasta el final todos los demás. Las pocas mujeres solteras fueron acogidas, en conventos unas y en casas de familias acomodadas otras; igual suerte corrieron los hombres solteros. Las mujeres viudas con y sin hijos fueron acogidas por familias nobles. A los soldados y a los marineros se los disputaban otras familias que querían cuidar de ellos, darles cobijo. En realidad la ciudad entera se volcó, en todas las casas hubo ofrecimientos para albergar a quien fuera menester. El momento cumbre del desembarco se produjo cuando Isabel pisó tierra. De nuevo, los soldados de la guardia del gobernador dispararon salvas que se confundieron con los fuegos de artificio y con el atronador ruido de tambores, clarines y cornetas. Miles de personas fueron testigos de aquel recibimiento, querían ser partícipes del que consideraban un acontecimiento histórico de primera magnitud.

EPÍLOGO

Han pasado ya más de tres meses desde la arribada a Manila de la nao San Jerónimo. Los supervivientes de la jornada del adelantado Mendaña, que partió de Lima en abril de 1595, y que finalizó su viuda Isabel Barreto de Mendaña, poco a poco nos fuimos recuperando, unos de sus enfermedades, otros del enorme agotamiento, en general todos de un gran esfuerzo físico y mental, gracias a la indescriptible hospitalidad con que hemos sido tratados por los habitantes de Manila que, desde los más humildes a los más poderosos, se han desvivido por darnos el mejor socorro posible para facilitar nuestra recuperación y nuestro acomodo. Siempre estaré agradecido a esta ciudad y a su gente.

Durante la primera semana nos homenajearon con festejos. Isabel Barreto fue la protagonista principal, a ella estaban dedicados los bailes de gala en palacio, las recepciones, los banquetes. Tuvo la adelantada que recibir en audiencia a casi toda la nobleza, a los encomenderos, a los oficiales de los regimientos, a los miembros de la Armada real aquí destinados. Nadie quiso perder la ocasión de saludar y de conocer a aquella extraordinaria mujer, verdadera artífice de la jornada, muy por encima de los cargos que ostentaba y de la mitificación que se estaba haciendo de su figura. Mitificación que, sin embargo, había resultado determinante en el trato recibido por ella y por todos nosotros.

Debemos celebrar, por otra parte, otro acontecimiento que podría ser calificado de milagroso, la galeota consiguió alcanzar una isla próxima a Luzón, donde quedó varada, con el capitán Felipe Corzo y otros siete tripulantes vivos. El regidor de la isla los

tiene bajo su custodia y cuidado hasta que se restablezcan de sus carencias y sean enviados a Manila. La noticia, por inesperada, causó una gran alegría entre los que llegamos en la capitana. No corrieron la misma suerte, quizá por bien poco, los que viajaban en la fragata Santa Catalina. La fragata fue localizada a la deriva por un champán en las costas orientales de Filipinas, pero tanto el capitán Diego de Vera como el resto de los tripulantes estaban muertos y sus cuerpos, medio podridos, esparcidos por la cubierta. Fueron, por tanto, dos noticias, una buena y una mala, que hicieron albergar aún alguna esperanza sobre la posible aparición de la nao almiranta, la Santa Isabel, desaparecida antes de llegar a Santa Cruz con ciento ochenta y dos personas a bordo. Aunque hay rumores que hablan de la existencia de una colonia de hombres blancos en alguna isla de difícil acceso, otros dicen que se encuentran muy al sur, en una tierra grande y desconocida. La verdad es que no hay ninguna certeza sobre su destino.

Isabel Barreto, por su parte, comunicó a sus allegados su intención de regresar al Perú y, quizá, desde allí retomar la búsqueda de las islas Salomón. Tal vez lo consiga, pues valor y decisión no le faltan, como tampoco capacidad e inteligencia. De momento, se la ve muy a menudo en compañía del capitán don Fernando de Castro, recién llegado a Manila como miembro del séquito de don Francisco de Tello, nuevo gobernador de las islas Filipinas.

*En Manila, a 22 de mayo de 1596,
capitán Antonio García de Melo.*



JOSÉ RAMÓN BOUZAS CAMAÑO (Palmeira/Ribeira, Galicia, 1957) cursó estudios de Medicina en la Universidad de Santiago, y de Sociología en la UNED. Trabaja en medios de comunicación desde 1979. Comenzó su actividad profesional en la cadena SER. Seis años más tarde fue contratado por la COPE. En 1985 se incorporó como presentador a la Televisión de Galicia, empresa a cuya plantilla sigue perteneciendo. Desde entonces ha dirigido, presentado y guionizado numerosos programas, formando parte además de la redacción de informativos. Entre 1986 y 1992 compatibilizó su trabajo en la TVG con la dirección y presentación de varios programas en la Radio Galega.

Entre sus libros publicados se encuentran *Mitos, ritos y leyendas de Galicia* junto a Xosé A. Domelo y *Santiago de Compostela. ¿Y después de abrazar al Santo qué?*

Como novelista, algunas de sus obras son *El informe Manila* (2005) y *Las luces del Norte* (2008).

ÍNDICE

El espía del rey
La ciudad de los reyes
El corsario inglés
La sonrisa de la ambición
Dispuesta la flota
El inicio de la jornada
El mar del Sur
El paraíso que no llega
El segundo informe
¿Las islas Salomón?
Corre la sangre
Justicia y muerte
La mujer almirante
La reina de Saba
Epílogo